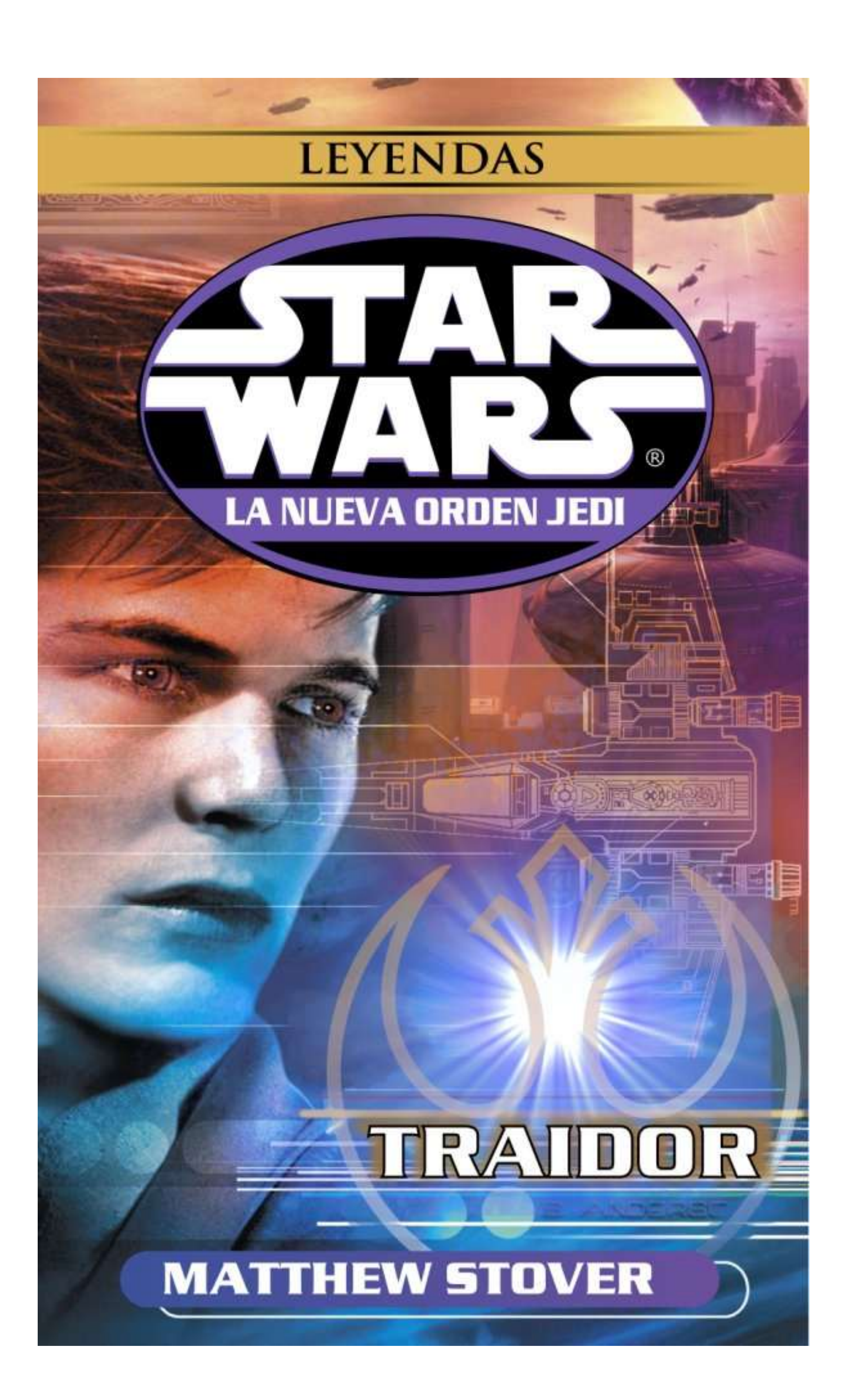

LEYENDAS
STAR WARS
LA NUEVA ORDEN JEDI
TRAIDOR
MATTHEW STOVER

Desde las profundidades de la catástrofe, un destello de esperanza.

Después de la captura de Coruscant, el poderoso corazón de la Nueva República, una aturdida galaxia teme que nada puede detener a los yuuzhan vong. Sin embargo, esta terrible derrota produce un pequeño milagro: Jacen Solo aún está vivo. Aunque él apenas pudo imaginarse en circunstancias más extrañas.

El joven Caballero Jedi está bajo el cuidado de Vergere, una criatura fascinante de misterio y poder, sus intenciones difíciles de sondear, sus crueldades rara vez ocultas. Pero esta maestra en las artes inescrutables tiene mucho que enseñarle al joven Jedi… pues ella tiene la llave a una nueva manera de experimentar la Fuerza, de llevarla a otro nivel—peligroso, deslumbrante, tal vez mortal.

En las manos equivocadas, las tremendas energías de la Fuerza pueden ser devastadoras. Y hay otros que observan de cerca el progreso de Jacen, esperando pacientemente el momento en que él esté listo para sus propios malvados propósitos. Pero pase lo que pase, que la nueva maestría de Jacen desate la luz o la oscuridad, él nunca será el mismo Jedi de nuevo…



La Nueva Orden Jedi 13

Traidor

Matthew Stover



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Traitor*

Autor: Matthew Stover

Ilustración de cubierta: Steven D. Anderson

Publicación del original: julio 2002

28 años después de la Batalla de Yavin

Digitalización: bubi

Maquetación de portada: Pedro

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 2.0

22.12.16

Base LSW v2.21

Declaración

Dramatis Personae

Ch'Gang Hool: Maestro Cuidador (macho yuuzhan vong)
Ganner Rhysode: Caballero Jedi (macho humano)
Jacen Solo: Caballero Jedi (macho humano)
Nom Anor: Ejecutor (macho yuuzhan vong)
Tsavong Lah: Maestro Bélico (macho yuuzhan vong)
Vergere: (hembra fosh)

Prologo

El Abrazo del Dolor

Fuera del universo está la nada. A esa nada le llaman hiperespacio.

Una pequeña burbuja de existencia flota en la nada. A esa burbuja le llaman nave.

La burbuja carece de movimiento o de inmovilidad, hasta de orientación, dado que la nada carece de distancia o dirección. Flota allí desde hace una eternidad, o menos de un instante, porque la nada también carece de tiempo. El tiempo, la distancia y la dirección sólo tienen sentido dentro de la burbuja, y la burbuja conserva la existencia de esas cosas sólo porque hay una separación absoluta entre lo que está dentro y lo que no lo está.

La burbuja es su propio universo.

Fuera del universo está la nada.

Jacen Solo cuelga de la blancura, explorando todo el espectro del dolor.

En el extremo infrarrojo encuentra rescoldos de sed que le queman la garganta. Subiendo aún más en las longitudes de onda visibles, atisba los estirados ligamentos carmesí que chisporrotean en sus hombros, rechinantes gritos como astillas de vidrio aúllan en las articulaciones de su cadera como chillidos agónicos de doradas flores estelares ithorianas. También hay verdor, burbujeantes lenguas de ácido que lamen hambrientas sus nervios, además de sacudidas azul relámpago que provocan espasmos en su sobrecargado cuerpo y lo hacen convulsionarse.

Y subiendo aún más, muy por encima de la traición ultravioleta que lo trajo aquí —la traición que lo entregó a las manos de los yuuzhan vong, la traición que lo llevó al Abrazo del Dolor, la traición de Vergere, en quien confiaba— encuentra silenciosas ráfagas de destructores rayos gamma que caen como aguanieve en su cerebro.

Esas ráfagas de rayos gamma tienen el color de la muerte de su hermano.

«Anakin —gime, en alguna parte en lo más profundo de su ser—. Anakin, ¿cómo puedes haber muerto?»

Ya ha vivido antes muertes en su familia; más de una vez había creído muerta a Jaina, o a su padre, o a su madre o a su tío Luke. Y los había llorado, y guardado luto por ellos, pero siempre había sido un error, un malentendido, a veces hasta un truco deliberado… Al final siempre volvían.

Hasta Chewbacca.

Cuando la luna se estrelló contra Sernpidal, no acabó sólo con la vida de Chewbacca sino con el hechizo mágico que siempre había parecido protegerlos a todos. Algo en el universo se había escorado y abierto una brecha en la realidad; y la muerte había llegado a su familia por esa brecha.

«Anakin…»

Jacen lo había visto morir. Lo sintió morir, mediante la Fuerza. Vio su cuerpo sin vida en manos de los yuuzhan vong. Anakin no llegó a desaparecer. Sólo murió.

En un instante imposible, Anakin dejó de ser el hermano con quien jugaba, se burlaba, al que cuidaba, gastaba bromas, con quien se enfrentaba, por el que se preocupaba, con quien se entrenaba, al que quería… y se convirtió… ¿en qué? En un objeto. En un resto. Ya no era una persona, ya no. Ahora, la persona que es Anakin sólo existe en la imagen que Jacen lleva en el corazón.

Una imagen que no puede ni permitirse ver.

Cada fogonazo de Anakin —su sonrisa despreocupada tan parecida a la de su padre, sus ojos provocadores llenos de indómita voluntad como los de su madre, su despreocupada elegancia atlética de guerrero tan parecida a la de tío Luke— es una ráfaga de rayos gamma que le quema la médula de los huesos, que le cuece el cerebro hasta que la ebullición amenaza con reventarle el cráneo.

Pero cuando aparta la mirada de Anakin, no hay nada que ver salvo el dolor.

No consigue recordar si está en una nave, o si sigue en un planeta. Puede encontrar un vago recuerdo de una captura a bordo de una mundonave yuuzhan vong, pero no está seguro de si eso le pasó a él, o a algún otro. No consigue recordar si tales distinciones significan algo. Sólo conoce la blancura.

Recuerda que ya lo habían capturado antes. Recuerda Belkadan, recuerda su vano sueño de liberar a los esclavos, recuerda el vacío terror de descubrir que sus poderes en la Fuerza no servían contra los yuuzhan vong, recuerda el Abrazo del Dolor, recuerda su rescate por el tío Luke…

El Maestro Luke. El Maestro Skywalker.

Recuerda a Vergere. Recordar a Vergere lo lleva hasta la reina voxyn, y la reina voxyn lo arroja por una ladera de desesperación por la que se desliza hasta el cadáver de Anakin. El cadáver de Anakin flota en un ardiente lago de tormentos mucho más intensos que cualquier cosa que pueda pasarle al cuerpo de Jacen.

Jacen sabe —de forma intelectual, distante, abstracta— que una vez vivió fuera de la blancura. Sabe que una vez sintió felicidad, placer, ira, pesar, incluso amor. Pero eso sólo son fantasmas, sombras que murmuran bajo el rugido del dolor que llena todo lo que es, todo lo que será; el mero hecho de que la blancura tuviera un principio no implica que vaya a tener un final. Jacen existe más allá del tiempo.

Donde Jacen está sólo existe la blancura, y la Fuerza.

La Fuerza es el aire que respira, es un fresco retazo de cordura, una suave brisa de un mundo más cuerdo, pero puede acogerse a su poder tanto como podría coger el viento. Lo rodea, lo llena, acepta su sufrimiento y alimenta su cordura. Le susurra recordatorios de que la desesperación pertenece al Lado Oscuro, y su incesante murmullo le da energías para seguir viviendo.

En la distancia de esa brisa fresca siente un nudo de peligro, de oscura ira y dolor y desesperación que se aprieta aún más, comprimiéndose hasta ser un diamante y algo más,

aplastándose para volver a ser polvo de carbón; a través del lazo que comparte desde la cuna con su hermana gemela la siente cayendo en la oscuridad.

«Jaina —suplica en un silencioso rincón de su corazón—. No lo hagas. Jaina, aguanta…»

Pero no puede permitirse tocarla a través de la Fuerza, no puede pedirle que comparta su tormento; ella padece tanto dolor que sufrir también el de él sólo la abocaría aún más a la oscuridad. Y de este modo hasta su lazo de gemelos es ahora fuente de angustia.

Jacen se ha convertido en un prisma que reintegra el resplandeciente espectro del dolor en pura agonía ardiente. La agonía es blancura.

Es una ceguera de nieve en un eterno mediodía gélido de un Hoth de sufrimiento. Jacen Solo cuelga del Abrazo del Dolor.

El roce de una mano recorriendo su mandíbula filtró el tiempo a la blancura. No era una mano humana, ni wookiee, ni de un familiar o un amigo íntimo —tenía cuatro dedos mutuamente oponibles, de carne dura como las garras de un raptor—, pero su roce era cálido, y húmedo, y de algún modo amistoso. El dolor se replegó hacia el fondo de su mente hasta que pudo volver a pensar, pero seguía notándolo al acecho, esperando. Sabía que volvería a apoderarse de él, que se desataría en oleadas por todo su ser, pero por el momento…

Las mareas de la agonía retrocedieron lentamente, y Jacen pudo abrir los ojos.

La mano que le había sacado de la blancura pertenecía a Vergere. Estaba parada bajo él, mirando hacia arriba con grandes ojos alienígenas, acariciándole suavemente la mejilla con los dedos.

Jacen colgaba en posición horizontal, suspendido boca abajo a dos metros de un suelo húmedo, de verdes y marrones con aspecto resbaladizo, de superficie acordonada, venosa, como si estuviera hecha de músculos y venas. Las paredes rezumaban una humedad oleosa que olía a algo siniestramente orgánico, a sudor de bantha y cagadas de murcielalcón. De la oscuridad de arriba bajaban tentáculos como tallos oculares prensiles en cuyo extremo había cuencas con brillantes orbes que lo miraban mientras se desenrollaban y agitaban y se retorcían uno alrededor del otro.

Se daba cuenta de que el enemigo lo vigilaba.

A veces lo sentía como garras, afiladas y constantes, que le agarraban del cráneo por detrás; no podía volver la cabeza para ver qué lo tenía cogido. Tenía los brazos extendidos, estirados al máximo y retorcidos de un modo que los hombros gritan descoyuntados. Una única y sólida atadura le aplasta los tobillos el uno contra el otro, arañándose hueso con hueso…

Pero el mayor dolor proviene de mirar a Vergere y recordar que había confiado en ella.

Ella retiró la mano, cerrándola y abriéndola mientras se la miraba con lo que, en un humano, podría haber sido una sonrisa, como si su mano fuera una herramienta desconocida que resultase ser un juguete.

—Entre nuestros amos —dijo casualmente, como si continuase una conversación amistosa— no se considera vergonzoso que un guerrero de tu posición rece pidiendo la muerte. Se concede en ocasiones, para honrar un gran valor. En esta misma nave hay quienes susurran que tu enfrentamiento con la reina voxyn te hace merecedor de ese honor. Por otra parte, nuestro Maestro Bélico te reclama para sacrificarte ante los Dioses Verdaderos. Eso también es un gran honor. ¿Entiendes eso?

Jacen no entendía nada salvo lo mucho que sufría, y lo terriblemente que lo habían traicionado.

—Yo… —hablar le desgarraba la garganta, como si tosiera astillas de transpariacero. Hizo una mueca, cerró los ojos con fuerza hasta que dentro de ellos brillaron galaxias, entonces apretó los dientes y habló de todos modos—. Confié en ti.

—Sí, así es —abrió la mano, volviendo hacia arriba la palma cuadrífida como para recoger una lágrima al caer, y le sonrió—. ¿Por qué?

Jacen no encontró aliento para responder, y entonces descubrió que no tenía respuesta a eso.

Ella era tan alienígena…

Él había crecido en Coruscant, nexo de la galaxia, y no recordaba un tiempo en que no hubiera docenas, centenares, incluso miles, de especies diametralmente diferentes a la vista cada vez que se asomaba a la falsa ventana holográfica de su dormitorio. Todas las rutas espaciales llevaban a Coruscant. Todas las especies inteligentes de la Nueva República tenían allí un representante. El racismo era algo inconcebible para él; podía caerle mal o desconfiar de alguien sólo porque perteneciese a una especie desconocida tanto como podía respirar metano.

Pero Vergere…

Tenía el cuerpo compacto y esbelto, brazos largos y extrañamente móviles como si tuvieran articulaciones de más, manos cuyos dedos se abrían como las espinas captoras de los pólipos de roca de Andoan, rodillas que se doblaban hacia atrás sobre pies de dedos palmeados. Jacen era completa y abrumadoramente consciente de no haber visto nunca a alguien de la especie de Vergere. Ojos alargados y brillantes con forma de lágrima, un ramillete de bigotes curvándose alrededor de una boca redonda y expresiva… Pero ¿expresiva en qué sentido? ¿Cómo podía saber lo que significaba realmente la curva de sus labios?

Parecía una sonrisa humana, pero ella no se parecía a nada humano.

Puede que su especie utilizase la cresta de plumas iridiscente que le recorría el cráneo para comunicación no verbal. En ese momento, mientras él la miraba, las plumas que rodeaban la nuca de su cráneo oblongo se erizaron y giraron de modo que su color variaba del plata estelar al rojo de un disparo láser. ¿Era el equivalente a una sonrisa? ¿O al inexpresivo encogimiento de hombros de un humano? ¿O una reacción a la amenaza de un depredador?

¿Cómo podía saberlo?

¿Cómo podía haber confiado en ella?

—Pero tú… —dijo con voz rasposa—. Salvaste a Mará…

—¿De verdad? —gorjeó ella alegremente—. Y si lo hice, ¿qué significado le atribuíste?

—Creí que estabas de nuestro lado…

Enarcó una ceja de largos pelos.

—No existe un «nuestro lado», Jacen Solo.

—Me ayudaste a matar a la reina voxyn…

—¿Te ayudé? Quizá. Quizá te utilicé, quizá tenía mis motivos para querer la muerte de la reina voxyn, y tú fuiste la arma que necesitaba para ello. O quizá fueras tú quien de verdad me interesaba, quizá sí que le entregué mis lágrimas a Mará… Quizá sí te ayudé a sobrevivir al encuentro con la reina voxyn… Quizá todo lo que he hecho lo hice para poder traerte aquí y colgarte del Abrazo del Dolor.

—¿Cuál… —se forzó Jacen a decir—… cuál de esas cosas fue?

—¿Cuál crees que fue?

—N… No lo sé… ¿Cómo puedo saberlo?

—¿Y por qué me preguntas a mí? ¿Acaso presumo de instruir a los Jedi en los misterios de la epistemología?

Jacen se tensó en el Abrazo del Dolor; no estaba tan quebrantado como para no ver que se burlaban de él.

—¿Qué quieres de mí? ¿Por qué has hecho esto? ¿Por qué estás aquí?

—Son preguntas profundas, pequeño Solo —la cresta de plumas ondeó a través de un tembloroso arco iris como un mazo de sabacc en forma de diamante barajado por un jugador experto—. Es más cercano a la verdad decir que soy un mensajero de la melancolía, un heraldo de la tragedia que llega con regalos para consolar a los deudos. Alguien que llora a los difuntos, y lleva solemnes presentes para decorar la tumba. Un hierofante que celebra los sagrados oficios para los muertos…

La cabeza le daba vueltas.

—¿De qué estás hablando? Yo no… No puedo…

La voz se le quebró, agotado, abatido.

—Claro que no puedes. A los muertos les basta con morir; ¿sería justo pedirles que además entendieran su muerte?

—Estás diciendo… —Jacen se humedeció los labios, con lengua tan seca que se los raspó en carne viva. «No puedo enfrentarme a esto», se dijo. «No seré un gran guerrero, pero puedo morir como uno»—. Estás diciendo que vas a matarme.

—Oh, no, en absoluto —y en la boca de Vergere sonó un tintineo musical como una lluvia de cristales-viento endorianos; supuso que sería su risa—. Digo que ya estás muerto.

Jacen se le quedó mirando.

—Los mundos que conocías te han perdido —continuó diciendo con fluido gesto alienígena que bien podía ser un encogimiento de hombros—. Tus amigos te lloran, tu padre se enfurece, tu madre derrama lágrimas por ti. Tu vida ha terminado; hay una línea

divisoria entre ti y todo lo que conocías. ¿Has visto el terminador que divide la faz de un planeta, esa división crepuscular entre el día y la noche? Tú has cruzado esa línea, Jacen Solo. Los luminosos campos del día han quedado para siempre en el pasado.

Pero lo que conocía no había desaparecido, no mientras viviera. Era un Jedi. Acudió a ella con sus sensaciones…

—Ah, la Fuerza —gorjeó Vergere displicente—. La Fuerza es vida; ¿qué tiene que ver la vida contigo?

El dolor y el agotamiento habían desangrado su capacidad de asombro; no le importaba cómo podía saber Vergere lo que él estaba haciendo. Se abrió a la Fuerza, dejó que le bañara su limpia catarata, disolviendo su dolor y su confusión… y encontró a su lado una conexión con la Fuerza tan profunda como la suya.

Vergere chisporroteaba de poder.

—Eres un Jedi… —murmuró Jacen.

Vergere se rió.

—Aquí no hay Jedi —dijo, e hizo un gesto, rápido como un parpadeo.

En la cabeza de Jacen, un remolino de gases interestelares se desplomó sobre sí mismo alumbrando una protoestrella tras sus ojos. La protoestrella se hinchó, acumulando poder, aumentando en intensidad hasta que la luz dentro de su cráneo barrió el brillo mortecino de la cámara en la que estaba colgado. En el blanquecido resplandor oyó la voz de Vergere, fría y precisa como la luz de un distante quasar.

—Soy tu guía en el país de los muertos.

Y aparte de esto no oyó ni vio nada más.

En el cerebro de Jacen estalló una supernova silenciosa, llevándose consigo el universo.

Pasaron segundos o siglos de olvido.

La consciencia retornó a él y abrió los ojos para encontrarse todavía colgado del Abrazo del Dolor. Vergere seguía estando debajo, con-el mismo facsímile alienígena de alegre burla en el rostro.

Nada había cambiado.

Todo había cambiado.

Ahora el universo estaba vacío.

—¿Qué…? —Jacen dijo con ronquera, con la garganta tan en carne viva como si llevase días gritando en sueños—. ¿Qué me has hecho…?

—No tienes nada que hacer con la Fuerza, ni ella contigo. ¿Dejarte tener la Fuerza? ¡Vaya idea! Debe de ser algo propio de los humanos… Los mamíferos sois tan impulsivos, tan imprudentes, como niños que juegan con una pistola láser. No, no, no, pequeño Solo. La Fuerza es demasiado peligrosa para los niños. Mucho más poderosa que esos ridículos sables láser que tanto os gusta lucir. Así que te la he quitado.

El vacío del universo aullaba en su cabeza.

Nada había fuera.

Sólo el vasto vacío interestelar. Todo su entrenamiento, todo su talento, su don, no eran nada para ese cosmos ilimitadamente indiferente; la Fuerza sólo era el fantasma de un sueño del que acababa de despertar.

Jaina… Recurrió desesperadamente al lazo que siempre había estado ahí, buscando a su hermana, su gemela; derramó su pérdida y su terror en el vacío que bostezaba donde siempre había estado ese lazo.

Sólo había silencio. Sólo vacío. Sólo ausencia. «Oh, Jaina… Jaina, lo siento…»

Al romperse su lazo en la Fuerza, hasta Jaina lo daría por muerto.

Sabría que estaba muerto.

—Tú… No hay manera… No puedes… —apenas reconocía como propia esa vocecita, ese susurro perdido en la oscuridad.

—Pero lo he hecho. En serio, estás mejor sin la Fuerza. Si eres buen chico, te la devolveré cuando seas mayor.

—Pero… —¿cómo podía ser tan frágil su universo? ¿Cómo podía romperse todo con tanta facilidad?—. Pero soy un Jedi…

—Fuiste un Jedi —le corrigió—. ¿Es que no me prestabas atención? ¿Qué parte de que estás muerto no has entendido?

—Yo no… —Jacen apartó la mirada con los ojos cerrados. Las lágrimas se acumularon en sus pestañas, y cuando abrió los ojos gotearon directamente de los globos oculares para salpicar el suelo a los pies de Vergere. Uno de los tallos oculares prensiles de la sala se retorció para bajar y examinarlas—. No entiendo nada… Ya nada tiene sentido…

Vergere enderezó sus piernas de articulación invertida y se puso de puntillas, acercando su ancha boca a un decímetro del oído de Jacen.

—Jacen Solo. Escucha bien —su voz era cálida y amable, y el aliento le olía a especias floreciendo en suelo extraño—. Todo lo que te digo es mentira. Cada pregunta que te hago es un truco. No encontrarás ninguna verdad en mí —se acercó lo bastante como para que sus bigotes le hicieran cosquillas en la oreja, y susurró:

—Aunque no creas nada más, puedes depositar tu fe en esto.

Jacen miró a ojos de una negrura que abarcaba tanto como el espacio interestelar.

—¿Qué eres tú? —susurró.

—Soy Vergere —dijo con sencillez—. ¿Qué eres tú?

Ella esperó, paciente e inmóvil, como para confirmar que no obtendría respuesta, y dio media vuelta. Un esfínter escotilla se dilató en la pared, haciendo un ruido húmedo como de labios abriéndose para un beso, y Vergere se fue sin mirar atrás.

Cuando el Abrazo del Dolor volvió a tensarse, las paredes y el techo crujieron como las articulaciones de un viejo. Jacen Solo volvió a ser tragado por la agonía.

Para Jacen ya no existe la Fuerza, ya no sentirá más frescas brisas de vida y cordura, ni más Jaina, ni más vida. Donde está Jacen sólo existe la blancura.

Primera Parte

Descenso

Capítulo 1

Capullo

En los confines barridos por el polvo del espacio interestelar, donde la densidad de la materia se mide en átomos por metro cúbico, un pequeño bajel de coral yorik nace a la existencia con un parpadeo, vira bruscamente trazando una curva radical que altera su dirección y velocidad, y se aleja, dejando atrás una estela recta como un láser de radiación ionizante, para volver a desvanecerse en el estallido gamma del hipersalto.

Un tiempo desconocido después, el bajel volverá a caer en la galaxia cierto número de veces y cada vez volverá a ser tragado por la nada que hay más allá.

Jacen Solo cuelga en la blancura, pensando. Empieza a desentrañar la lección del dolor.

La blancura lo suelta de vez en cuando, como si el Abrazo del Dolor lo comprendiera de algún modo, como si pudiera ver los límites de su fortaleza. Cuando podría matarlo un minuto más en la blancura, el Abrazo del Dolor se afloja lo suficiente como para hacerle volver a la realidad de la sala, de la nave; cuando el dolor lleva tanto tiempo consumiéndolo que su cerebro y sus nervios sobrecargados podrían quemarse dejándolo demasiado entumecido para sentirlo, el Abrazo del Dolor lo deposita en el suelo, donde incluso puede dormir un tiempo, mientras otros aparatos —o criaturas, dado que ya no distingue la diferencia, dado que ya no está seguro de que haya diferencia— lo bañan y atienden las heridas causadas por el Abrazo del Dolor arañando o desgarrando o cortando, y todavía más criaturas aparato se arrastran sobre él como cucarañas, inyectándole nutrientes y agua suficientes para mantenerlo con vida.

Su entrenamiento Jedi le proporciona modos de sobrevivir al dolor, incluso sin la Fuerza. Puede sumir su mente en un ciclo de meditación que levanta un muro de disciplina entre su consciencia y la blancura. Puede mantener la mente alejada del dolor aunque su cuerpo siga sufriendo. Pero ese muro de disciplina no durará siempre, y el Abrazo del Dolor es paciente.

Erosiona sus muros mentales con la persistencia inanimada de las olas contra la costa; la arcana percepción del Abrazo sabe de algún modo que se está defendiendo, y acumula lentamente sus esfuerzos, como una tormenta que crece para ser un huracán, hasta que vuelve a azotar el muro y puede desatarse una vez más contra todo lo que es Jacen. Y sólo remite cuando ya lo ha llevado al límite extremo de su tolerancia y lo ha arrojado más allá sumiéndolo en nuevas galaxias de dolor.

Se siente como si la blancura estuviera devorándolo, como si el Abrazo se alimentara de su dolor, pero nunca tanto como para que no pueda recuperarlo y luego volver a alimentarse de él. Está siendo manipulado, cuidado como un alga vagabunda retenida en un criadero de aguas profundas de Chadian. Su existencia se ha vuelto una rítmica marea de agonía que crece hasta alcanzar una cresta, infinita y luego volver a retroceder lo suficiente como para que pueda recuperar el aliento; el Abrazo cuida que no se ahogue.

A veces, cuando abandona la blancura, Vergere está allí. A veces se agacha a su lado con la paciencia depredadora y sin pestañeos de un murcielalcón; a veces se pasea por la habitación moviéndose sobre sus patas como una cigüeña de Dactyl vadeando un pantano. A veces es incongruentemente amable con él, y cuida personalmente de su carne rota con eficiencia extrañamente consoladora; a veces se pregunta si ella no haría algo más, no diría algo más, de no ser por las constantes miradas vigilantes de los tallos oculares del techo.

Pero la mayoría de las veces él se sienta, o se tumba, esperando. Desnudo, con la sangre manando por muñecas y tobillos. Más que desnudo; sin pelo alguno. Las máquinas vivientes que cuidan su cuerpo también le arrancan el pelo. De todas partes: cabeza, brazos, piernas, pubis, axilas. Cejas. Pestañas.

Una vez preguntó con su fino hilo de voz, débil, ronco:

—¿Cuánto tiempo?

La respuesta de ella fue una mirada ausente. Volvió a intentarlo:

—¿Cuánto tiempo… llevo aquí?

Ella hizo esa onda líquida con sus flexibles brazos que él interpreta como un encogimiento de hombros.

—Cuánto tiempo llevas aquí es tan irrelevante como dónde estás. El tiempo y el lugar son para los vivos, pequeño Solo. No tienen nada que ver contigo, ni tú con ellos.

Sus preguntas siempre obtienen respuestas así. Al final deja de preguntar. Las preguntas requieren energías, y a él no le sobran.

—Nuestros amos sirven a dioses severos —dijo ella, la segunda o la quinta o la décima vez que despertó para encontrársela a su lado—. Los Dioses Verdaderos decretan que toda vida es sufrimiento, y nos dan el dolor para demostrar su verdad. Algunos de nuestros amos buscan el favor de los Dioses Verdaderos causándose dolor. El Dominio Shai es legendario por eso. Usaban el Abrazo del Dolor como tú o yo podríamos darnos un baño. Quizá castigándose ellos mismos esperaban evitar el castigo de los Dioses Verdaderos. Supongo que, en esto, podemos suponer que quedaron… esto, decepcionados. O, quizá, como le gusta murmurar a los detractores del Dominio Shai, acabaron disfrutando con el dolor. El dolor puede ser una droga, Jacen Solo. ¿Has comprendido ya eso?

A Vergere nunca parecía importarle que no respondiera; parecía satisfecha con hablar de forma incesante sobre cualquier tema, como si no le interesara nada que no fuese el sonido de su propia voz. Pero en cuanto él alzase la cabeza, en cuanto balbuceara alguna respuesta ronca o murmurase una pregunta, el tema se desviaba de algún modo al dolor.

Tenían mucho de lo que hablar; Jacen había aprendido mucho sobre el dolor.

Su primera pista sobre cuál era la lección del dolor la tuvo tumbado sobre el suelo encordado, temblando de agotamiento. Los grilletes como ramas del Abrazo del Dolor seguían allí, sujetándolo, pero sin apretar, sin establecer contacto directo. Colgaban sobre su cabeza en espirales relajadas, desde excrecencias nudosas, abultadas, de músculo vegetativo que se retorcía y agitaba sobre el techo de corteza de cuero de la cámara.

Esos periodos de descanso dolían a Jacen casi tanto como el tormento del Abrazo: su cuerpo recuperaba su aspecto original lenta pero inexorablemente, reconectando articulaciones descoyuntadas y liberando dolorosamente la sobredimensionada tensión de los músculos. Y sin la agonía constante del Abrazo del Dolor, sólo podía pensar en Anakin, en su muerte, en la gran herida que había abierto en su vida, en lo que la muerte de Anakin estaba haciéndole a Jaina, empujándola hacia la oscuridad, y en cuánto estarían sufriendo sus padres por haber perdido a sus dos hijos…

Más por distraerse que por cualquier deseó de conversación, movió los ojos para mirar a Vergere y preguntó: —¿Por qué me haces esto?

—¿Esto? —Vergere lo miró con firmeza—. ¿Qué estoy haciendo?

—No… —cerró los ojos, organizando sus pensamientos dispersos por el dolor, y volvió a abrirlos—. No, me refiero a los yuuzhan vong. El Abrazo del Dolor. He pasado por una ruptura. La ruptura tiene cierto sentido, supongo. Pero esto…

La voz se le quebró en la desesperación, pero se contuvo, y retuvo la lengua hasta que pudo controlarlo. «La desesperación pertenece al Lado Oscuro».

—¿Por qué me torturan? —preguntó llana y simplemente—. Nadie me pregunta nada…

—¿Por qué? siempre es una pregunta más profunda que su respuesta —dijo Vergere—. Igual deberías preguntar ¿Qué? Hablas de tortura. Hablas de ruptura. Para ti, lo es, sí. Pero, ¿para nuestros amos? —inclinó la cabeza, y su cresta se salpicó de naranja—. ¿Quién sabe?

—¿Esto no es tortura? Deberías probarla conmigo —dijo Jacen con una débil sonrisa—. De hecho me gustaría que la probaras.

La risa de ella tintineó como un puñado de campanillas de cristal.

—¿Crees que no la he probado? Jacen la miró, sin entender.

—Puede que no te estén torturando —dijo alegremente—. Puede que te estén enseñando.

Jacen emitió un sonido oxidado, entrecortado, a medio camino entre una tos y una risotada amarga.

—La educación en la Nueva República no duele tanto.

—¿No? —inclinó la cabeza en el ángulo contrario, y su cresta derivó al verde—. Quizá sea por eso por lo que tu pueblo está perdiendo la guerra. Los yuuzhan vong saben que ninguna lección se aprende de verdad si no es con dolor.

—Oh, claro. ¿Y qué se supone que debe enseñarme esto?

—¿Es lo que enseña el maestro o lo que aprende el estudiante?

—¿Qué diferencia hay?

Entre el arco de sus labios y la inclinación de su cabeza podía estar formando una sonrisa.

—Eso es, en sí, una pregunta digna de ser meditada, ¿verdad?

Hubo otra ocasión… antes de ésa, después, no está seguro. Estaba arrebujado contra la curva de cuero de la pared de la cámara, con los grilletes del Abrazo siguiéndole desde arriba como goteros alimenticios. Vergere estaba agachado a su lado, y cuando la consciencia goteó por él le pareció recordar que le animaba a tomar un sorbo del tallo de un bulbo que era como una calabaza alargada. Lo intentó, demasiado exhausto para desobedecer; pero el líquido que contenía, sólo agua, fresca y pura, le desgarró la garganta hasta producirle arcadas y tuvo que escupirla. Vergere usó pacientemente el bulbo para humedecer un trapo y se lo entregó para que lo chupara hasta que la garganta se le relajara lo bastante como para poder tragar.

El vasto desierto que había en su boca absorbió la humedad al instante, y Vergere volvió a humedecer el trapo. Esto continuó durante un periodo considerable.

—¿Para qué es el dolor? —murmuró ella, al cabo de un tiempo—. ¿Piensas alguna vez en eso, Jacen Solo? ¿Cuál es su función? Muchos de nuestros amos más devotos creen que el dolor es un azote de los Dioses Verdaderos, que el sufrimiento es su forma de enseñarnos a despreciar la comodidad, el cuerpo, la misma vida. El dolor chasquea el látigo, y todo lo que vive se mueve. El instinto más básico de la vida es apartarse del dolor. Esconderse de él. Si estar aquí duele, hasta una babosa del granito iría allí; vivir es ser esclavo del dolor. Estar «más allá del dolor» es estar muerto, ¿verdad?

—No para mí —contestó Jacen embotado, cuando su garganta se abrió lo bastante como para que pudiera hablar—. Sigue doliéndome, por muy muerto que digas que estoy.

—Oh, bueno, sí. Lo de que los muertos están más allá del dolor sólo es un artículo de fe, ¿verdad? Deberíamos decir que esperamos que los muertos estén más allá del dolor… pero sólo hay un modo de saberlo con seguridad —le guiñó un ojo, sonriendo—. ¿Tú también crees que el dolor es el principio gobernante de la muerte?

—Yo no creo nada. Sólo quiero que pare.

Ella se volvió, haciendo un extraño sonido como si sorbiera, y durante medio instante Jacen se preguntó si su sufrimiento había acabado por afectarla, se preguntó si se apiadaría de él…

Pero cuando ella volvió a mirarlo, en sus ojos brillaba la burla, no la compasión.

—Soy una idiota —canturreó—. Todo este tiempo he creído que estaba hablando con un adulto. Ah, el autoengaño es la peor jugarreta de todas, ¿verdad? Me he permitido creer que una vez fuiste un Jedi de verdad, cuando en realidad no eres más que una cría que tiembla en su nido, quejoso porque tu madre no se apresura a alimentarte.

—Tú… tú… —tartamudeó Jacen—. ¿Cómo puedes… después de lo que has hecho…?

—¿Lo que he hecho yo? Oh, no, no, no, pequeño niño Solo. Esto es por lo que has hecho tú. —¡Yo no he hecho nada!

Vergere apoyó la espalda en la pared de la cámara a un metro de distancia. Dobló lentamente las rodillas invertidas, entrelazó los dedos ante su boca de delicados bigotes y lo miró por encima de los nudillos. Al cabo de un largo silencio, durante el cual «¡Yo no

he hecho nada!» resonó en la mente de Jacen hasta hacerle sonrojarse, Vergere habló. —Exacto.

Ella se inclinó hacia delante, como para compartir con él un secreto embarazoso.

—¿Y no es esa la táctica de un bebé? ¿Llorar, y llorar, y llorar, y agitar los dedos y darse patadas en los talones… esperando a que un adulto se dé cuenta y se preocupe por él?

Jacen bajó la cabeza, luchando para contener las lágrimas.

—¿Qué puedo hacer?

Ella volvió a recostarse y volvió a hacer ese sonido de sorber.

—Una de tus opciones es seguir colgado en esta habitación y sufrir. ¿Y sabes qué pasará mientras sigas haciendo eso? Jacen la miró con aire herido. —¿Qué?

—Nada —respondió alegremente. Extendió las manos—. Oh% supongo que con el tiempo te volverás loco. Con suerte, quizá hasta mueras algún día —la cresta se aplanó hacia atrás y se hizo gris taladradora—. De viejo.

Jacen se la quedó mirando, boquiabierto. No podía afrontar el pasar una hora más en el Abrazo del Dolor, y ella le hablaba de años. De décadas.

Del resto de su vida.

Se agarró a las rodillas y enterró la cara en ellas, frotándose los ojos contra las rótulas como si así pudiera arrancarse el horror de la cabeza. Recordó al tío Luke en el umbral de la choza en Belkadan, recordaba la tristeza de su rostro cuando se abrió paso entre los guerreros yuuzhan vong que habían capturado a Jacen, recordaba la presión firme y rápida de su pulgar cibernético cuando le arrancó del rostro la semilla esclavizadora.

Recordó que esta vez el tío Luke no iría a por él. Que nadie iría.

Porque Jacen estaba muerto.

—¿Por eso sigues viniendo? —musitó dentro de sus brazos doblados—. ¿Para regodearte? ¿Para humillar a un enemigo derrotado?

—¿Me estoy regodeando? ¿Somos enemigos? —preguntó Vergere, pareciendo sinceramente desconcertada—. ¿Estás derrotado?

Le sorprendió el tono repentinamente sincero. Alzó la cabeza y no pudo encontrar burla alguna en sus ojos.

—No lo entiendo.

—Eso, al menos, está muy claro —suspiró—. Te hago un regalo, Jacen Solo. Te libero de cualquier esperanza de rescate. ¿No ves cómo intento ayudarte?

—¿Ayudarme? —Jacen tosió una risa amarga—. Necesitas repasar tu Básico. Cuando se habla en Básico de las cosas que me has hecho, ayudar no es la palabra que empleamos.

—¿No? Entonces quizá tengas razón, y nuestras dificultades son lingüísticas —Vergere volvió a suspirar, y se apoyó aún más abajo de la pared, doblando los brazos en el suelo ante ella y poniéndose encima de un modo más felino que avícola. Unos párpados interiores secundarios le nublaron los ojos—. Cuando yo era muy joven… más joven que tú, Jacen Solo… encontré en una luna anillada una polilla sombra al final de su

metamorfosis, todavía dentro del capullo —dijo con tono distante, algo triste—. Yo ya tenía cierto contacto con la Fuerza; pude sentir el dolor de la polilla sombra, su pánico, su claustrofobia, su lucha desesperada e irremediable para liberarse. Era como si esa polilla concreta supiera que yo estaba a su lado, y me gritase pidiendo ayuda. ¿Cómo negársela? Los capullos de polilla sombra son silicatos poliencadenados —muy, muy duros— y las polillas sombra son tan delicadas, tan hermosas; amables criaturas cuya única finalidad es cantar al cuelo nocturno. Así que le presté lo que creo que tú llamas ayuda: usé un pequeño cortador para abrir el capullo, para ayudar a la polilla sombra a salir.

—Oh, no, no lo harías, ¿verdad? Por favor, dime que no —Jacen dejó que sus ojos se cerraran, lamentándolo ya, pues sabía cómo terminaría la historia.

Durante una corta temporada había tenido una polilla sombra en su colección de animales exóticos; recordaba cómo veía crecer a la larva, sintiendo su satisfacción a través de su talento empático a medida que se alimentaba de trozos de aislamiento y polvo de durocemento; recordaba la joven polilla sombra que salió del capullo, extendiendo sus alas crepusculares bellamente estriadas contra el polímero cristalino de su jaula: recordaba el emocionante silbido de canción lunar cuando la liberó de su jaula y la hizo alejarse bajo el brillo mezclado de las cuatro lunas de Coruscant.

Recordaba el pánico desesperado que le golpeó en oleadas a través de la Fuerza la noche en que la polilla sombra se liberó de su capullo. Recordaba el dolor que le impelió a ayudar a la impotente criatura, y recordaba poiqué no lo había hecho.

—No puedes ayudar a una polilla sombra cortando su capullo —dijo—. Necesita hacer ese esfuerzo; la lucha por romper el capullo fuerza al icor a entrar en las venas de sus alas. Si cortas el capullo…

—La polilla sombra saldrá tullida —acabó solemnemente Vergere por él—. Sí. Fue una criatura trágica, que nunca volaría, nunca se uniría a sus compañeras en su danza nocturna bajo las lunas. Hasta los silbadores de sus alas estaban tullidos, por lo que estaba tan muda como atada al suelo del planeta. Aquel largo verano a veces se oía por la ventana de mi dormitorio la canción lunar y sólo sentía tristeza y amarga envidia en mi polilla sombra, porque nunca podría volar bajo las estrellas, porque su voz nunca se elevaría en canción. La cuidé lo mejor que supe, pero la vida de una polilla sombra es corta, ya lo sabes; pasan años y años como larvas, almacenando fuerzas para un único verano de baile y canciones. Yo robé a esa polilla sombra, le robé su destino… y todo por querer ayudarla.

—Eso no es ayudar —dijo Jacen—. Eso tampoco es lo que significa ayudar.

—¿No? Vi una criatura que sufría, que gritaba de terror, y me esforcé por aliviar su dolor, por aplacar su miedo. Si eso no es lo que tú llamas ayudar, es que mi dominio del Básico es peor de lo que creía.

—No sabías lo que pasaba.

—La polilla sombra tampoco —repuso Vergere, encogiéndose de hombros—. Pero dime una cosa, Jacen Solo: Si yo hubiera entendido lo que pasaba, si hubiera sabido lo que era la larva, y lo que debía hacer, y que debía sufrir para convertirse en la gloriosa

criatura en que se convertiría, ¿qué debería haber hecho para, lo que tú llamas en tu Básico, ayudarla?

Jacen lo pensó un momento antes de responder. Su empatía en la Fuerza le había permitido comprender a las criaturas exóticas de su colección con extraordinaria profundidad y claridad; esa comprensión le había dejado un profundo respeto por los procesos intrínsecos de la naturaleza.

—Supongo —dijo despacio—, que la mejor ayuda que habrías podido prestarle sería mantener a salvo el capullo. Los murcielalcones comen larvas de polilla sombra y les gustan especialmente las pupas de los capullos recientes, por ser la etapa en que están más gordas. Así que supongo que la mejor ayuda que habrías podido prestarse era vigilar la larva, protegerla de los depredadores, y dejarla sola para que librase su propia lucha.

—Y quizá —sugirió amablemente Vergere—, protegerla de otras personas bienintencionadas que podrían querer, en su ignorancia, «ayudar» con sus cortadores.

—Sí… —dijo Jacen, y entonces contuvo el aliento, y miró a Vergere como si de pronto le hubiera crecido una segunda cabeza—. Eh… —la comprensión empezaba a asomar en él—. Eh…

—Y, quizá, también —siguió diciendo Vergere—, podrías visitarla de vez en cuando, para que esa criatura que luchaba, desesperada, sufriendo, supiera que no estaba sola. Que le importaba a alguien. Que todo su dolor estaba al servicio de su destino.

Jacen apenas podía respirar, pero de algún modo consiguió emitir un susurro.

—Sí…

—Entonces, Jacen Solo, nuestras definiciones de ayuda son idénticas.

Jacen se movió hacia delante, poniéndose de rodillas.

—No estamos hablando de larvas de polilla sombra, ¿verdad? —dijo, con el corazón latiéndole de pronto con fuerza—. Estás hablando-de mí.

Ella se levantó, desplegando las piernas bajo ella como lo haría una grúa articulada.

—¿De ti?

—De nosotros —su garganta se ahogó con una esperanza imposible—. De ti y de mí.

—Ahora debo irme; el Abrazo está impaciente por tu regreso.

—Vergere, ¡espera…! —dijo, luchando por ponerse en pie, con las ramas-grillete del Abrazo colgando de las muñecas—. Espera, Vergere, vamos, háblame… y, y, y de polillas sombra —tartamudeó—. ¡Las polillas sombra son indígenas! No es una especie viajera… ¡Son nativas de Coruscant! ¿Cómo pudiste encontrar una larva de polilla sombra? A no ser, a no ser que tú… Quiero decir, has… eres…

Ella puso la mano entre los labios del receptáculo sensor en forma de boca situado junto al esfínter escotilla, y la verrugosa boca fruncida de la escotilla se abrió.

—Todo lo que te digo es mentira —dijo ella, cruzándola.

El Abrazo del Dolor lo recogió una vez más en la blancura.

Jacen Solo cuelga de la blancura, pensando.

Por un instante infinito, le sorprendió poder pensar; la blancura ha castigado su consciencia durante días, o semanas, o siglos, y ahora le sorprende descubrir que no sólo piensa, sino que piensa con claridad.

Pasa un eón blanco maravillándose.

Y entonces se pone a trabajar en la lección del dolor.

«Es esto —piensa—. A esto se refería Vergere. Ésta es la ayuda que me da, la que yo no sabía cómo aceptar».

Ella lo ha liberado de su propia trampa, la trampa de la infancia. La trampa de esperar a alguien. De esperar a papá, o a mamá, o al tío Luke, o a Jaina, o a Zekk o Lowie o Tenel Ka o a cualquiera de los otros con los que siempre ha contado para que acudieran en su rescate.

No está indefenso. Está solo. No es lo mismo.

No tiene por qué limitarse a colgar allí y sufrir. Puede hacer algo.

La historia de la polilla sombra podía ser una mentira, pero la mentira contenía una verdad que no podría haber comprendido sin ella. ¿Se refería a eso al decir «todo lo que te digo es mentira»?

¿Importaba eso?

«El dolor en sí es un dios: el capataz de la vida. El dolor chasquea el látigo, y todo lo que vive se mueve. Vivir es ser esclavo del dolor».

Sabe que eso es cierto, no sólo por su propia vida sino por haber visto a papá y a Anakin tras la muerte de Chewie. Había visto como el dolor chasqueaba su látigo sobre su padre y le había visto cruzar media galaxia huyendo de ese dolor. Había visto a Anakin endurecerse, esforzarse como un poseso, obligarse a ser más fuerte, más rápido, más efectivo, a hacer más, en única respuesta al dolor de haber sobrevivido y ver morir a su rescatador.

Jacen siempre había pensado que Anakin se parecía mucho a su tío Luke, con su talento para la mecánica, su habilidad como piloto y luchador, su discreto valor de guerrero. Ahora se da cuenta de que se parecía más a su padre en un detalle muy importante. Su única reacción al dolor había sido mantenerse demasiado ocupado para no notarlo.

Huir del capataz.

«Vivir es ser esclavo del dolor».

Pero eso sólo es cierto a medias; el dolor también puede ser un maestro. Jacen puede recordar horas y horas arrastrando sus doloridos músculos repitiendo una y otra vez sus rutinas de entrenamiento con sable láser. Recuerda cómo practicaba las posturas más avanzadas cuanto le dolía hacer trabajar a su cuerpo como no había trabajado nunca, bajar el centro de gravedad, soltar las caderas, entrenar las piernas para encogerse y saltar como una pantera de las arenas. Recuerda a tío Luke diciéndole «si no te duele es que no lo estás haciendo bien». Recuerda hasta la picadura de los disparos de entrenamiento,

porque aunque el propósito fuera interceptar o esquivar las picaduras, la mejor forma de evitar ese dolor habría sido dejando de entrenar.

A veces el dolor es el único puente que te lleva a donde quieres ir.

Y los peores dolores son aquellos de los que no puedes huir. Conoce la historia de su madre tan bien que la ha visto en sueños: parada en el puente de la Estrella de la Muerte, forzada a mirar mientras la principal arma de la estación de combate destruía su planeta. Sintió su horror abrumador, su rechazo y su ardiente rabia e impotencia, y sabe que su incesante dedicación a la paz en la galaxia nace del recuerdo de esos miles de millones de vidas desaparecidas ante sus ojos.

Y el tío Luke. Si no hubiera afrontado el dolor de encontrar a sus padres adoptivos brutalmente asesinados por tropas imperiales, podría haber pasado toda su vida en lo más profundo de las llanuras de arena de Tatooine, como un infeliz granjero de humedad, soñando con aventuras que nunca tendría, y la galaxia aún seguiría gimiendo bajo el reino del Imperio.

Jacen se da cuenta de que el dolor también puede ser poder. Poder para cambiar las cosas a mejor. Así es como suceden los cambios: alguien sufre y, tarde o temprano, decide hacer algo al respecto.

El sufrimiento es combustible para el motor de la civilización.

Ya empieza a entenderlo. Porque el dolor es un dios y, desde que murió Anakin, ha estado en poder de ese dios cruel, pero también es un maestro, y un puente. Puede esclavizarte y quebrarte, y puede ser el poder que te hace inquebrantable. Es todas esas cosas y más. A la vez.

Sólo depende de quién seas.

«¿Y quién soy? —se pregunta—. He estado huyendo como papá, como Anakin. Pero ellos dejaron de huir. Papá fue lo bastante fuerte como para dar media vuelta y afrontar el dolor, usándolo para hacerse más fuerte, como hicieron mamá y tío Luke. Y, al final, Anakin también lo hizo. ¿Soy yo igual de fuerte?»

«Sólo hay un modo de descubrirlo».

La blancura lo ha consumido durante infinitos días, semanas, siglos.

Ahora él empieza a consumir la blancura.

El Ejecutor Nom Anor daba vueltas ocioso a un gusanosaco de caldo de arrastrialgas mientras esperaba a que el zángano de cuidador acabara su informe. Estaba sentado al estilo humano en un bulto carnoso situado ante un villip anormalmente grande ante el que estaba parado el zángano entonando su monótono y canturreado análisis de las lecturas obtenidas en la cámara del Abrazo del joven Jedi, Jacen Solo.

Nom Anor no necesitaba prestar atención. Sabía lo que diría el zángano; él mismo había compuesto el informe. Esa cámara del Abrazo concreta estaba equipada con una red nerviosa de sensores excepcionalmente sofisticada, que podía leer la salida

electroquímica de los nervios de Jacen Solo y reducir cada impulso individual y comparar el dolor registrado con los efectos que tenía en su química cerebral. El zángano de cuidador seguía murmurando incesantemente la lista de detalles puntuales de su colección de datos, y su murmullo mortalmente aburrido resultaba insufrible…

«Quizá por eso los llaman zánganos» pensó Nom Anor con una sonrisa interior sin humor. No compartió esta observación con el tercer ocupante de la húmeda y pequeña cámara. No era chistoso en otro idioma que no fuera el Básico, y tampoco era tan gracioso.

Así que se limitó a seguir sentado, sorbiendo ocasionalmente algo de caldo del gusanosaco, observando al villip, esperando a que el Maestro Bélico Tsavong Lah perdiera la paciencia.

El villip reflejaba con fidelidad vegetativa los rasgos físicos del Maestro Bélico: su cráneo estrecho y elevado, la abultada caja cerebral, los dientes peligrosamente afilados tras el corte sin labios que era su boca, además del orgulloso despliegue de cicatrices que definían su devoción al Camino Verdadero. Nom Anor reflexionaba ocioso lo bien que quedarían esos intrincados dibujos escarificados en su propia cara. No tenía interés real alguno por el Camino Verdadero fuera de su utilidad como herramienta política; su larga experiencia le había enseñado que la apariencia de piedad era mucho más útil que la piedad auténtica.

El villip también reflejaba a la perfección la estremecedora intensidad de la mirada fanática de Tsavong Lah.

Ese brillo de fe en sus ojos reflejaba una convicción interior que Nom Anor sólo podía imaginar: la de saber, más allá de toda posible duda, que los Dioses Verdaderos estaban de su lado, guiando su mano en su servicio. La de saber que toda la verdad, toda la justicia, todo el derecho, emanaban de los Dioses Verdaderos como el viento estelar, para iluminar el universo.

El Maestro Bélico era un creyente.

Para Nom Anor, la fe era una extravagancia. Sabía demasiado bien lo fácilmente que los creyentes pueden ser manipulados por quienes no creen en nada aparte de sí mismos.

De hecho, ésa era su especialidad.

El momento que había estado esperando llegó durante la exhaustiva interpolación entre especies, punto por punto, entre las lecturas de Jacen y las de los tres sujetos de control, todos yuuzhan vong: uno de la casta guerrera, otro de la sacerdotal, y otra de la cuidadora, cada uno de los cuales había padecido antes el mismo Abrazo del Dolor del que ahora colgaba el joven Jedi. La ira se acumulaba en el reflejo villip de yuuzhan vong como el aumento de iones previo a una llamarada solar.

Por fin perdió la paciencia.

—¿Por qué se malgasta mi tiempo con tanta charlatanería? El zángano de cuidador se tensó, y miró significativamente a Nom Anor.

—Estos datos son extremadamente significativos…

—No para mí. ¿Acaso soy cuidador? No tengo ningún interés por los datos en sí. ¡Dime lo que significan! —Nom Anor se inclinó hacia delante.

—Con permiso del Maestro Bélico, quizá pueda serle de utilidad.

El villip se movió una fracción para clavar en Nom Anor la mirada del Maestro Bélico.

—Más te vale —dijo—. Mi paciencia es limitada, y tú, Ejecutor, ya has empleado buena parte de ella en los últimos días. Te columpias de una-liana muy fina, Nom Anor, y esa liana continúa pelándose.

—Mis disculpas al Maestro Bélico —dijo suavemente Nom Anor. Hizo un gesto al zángano para que se fuera, el cual hizo una reverencia obediente al villip, activó el esfínter escotilla de la sala y salió a toda prisa—. Sólo pretendo ofrecer un análisis sucinto: la interpretación es mi especialidad.

—Tu especialidad es la propaganda y las mentiras —dijo Tsavong Lah con voz ronca.

«Como si hubiera alguna diferencia». Nom Anor se encogió de hombres y sonrió afable, gestos que había aprendido suplantando a varios individuos de la especie humana. Intercambió una mirada rápida con el otro ocupante de la cámara, su compañero en el Proyecto Solo, y volvió a mirar al villip.

—La importancia de los datos de la cámara del Abrazo es exactamente ésta: Jacen Solo no sólo se ha vuelto capaz de aceptar el tormento, sino que medra en él. Como recordará el Maestro Bélico, yo predije este resultado. Ha descubierto en su interior recursos que sólo están al alcance de nuestros más grandes guerreros.

—¿Y? —el Maestro Bélico lo miró fijamente—. Al asunto.

—Funcionará —se limitó a decir Nom Anor—. Ésa es la cuestión. La única que importa. Según las cifras actuales, es inevitable que Jacen Solo, en el supuesto de que viva, acabe abrazando de corazón el Camino Verdadero.

—Eso ya se ha intentado antes —gruñó Tsavong Lah—. Con el Jeedai Wurth Skidder, y la Jeedai Tahiri en Yavin 4. Los resultados fueron menos que satisfactorios.

—Cuidadores —bufó con sorna Nom Anor.

—Cuida tu lengua si quieres conservarla en la boca. La casta cuidadora es santa en Yun-Yuuzhan.

—Por supuesto, por supuesto. No pretendía faltarles al respeto, claro. Sólo quería señalar, con permiso del Maestro Bélico, que los métodos empleados en el desastre de Tahiri consistían en bastas alteraciones físicas, posiblemente heréticas.

Nom Anor resaltó la última palabra.

El rostro de Tsavong Lah se ensombreció.

—Realizaron experimentos sacrílegos —continuó Nom Anor—. Intentaron convertirla en yuuzhan vong, como si pudiera alterarse a un esclavo para que sea uno de la raza elegida. ¿No es eso blasfemia? La consiguiente masacre fue un destino más bondadoso del que se merecían, y estoy seguro de que el Maestro Bélico coincidirá conmigo.

—En absoluto —contrarrestó Tsavong Lah—. Recibieron justo lo que se merecían. La definición de justicia es todo aquello que decretan los dioses.

—Como digáis —concedió Nom Anor con facilidad—. Semejante herejía no tendrá lugar en el Proyecto Solo. El proceso por el que pasa Jacen Solo es justo el contrario. Seguirá siendo completamente humano, pero reconocerá y proclamará la verdad. No lo alteraremos o destruiremos en modo alguno. Sólo le mostraremos la verdad, y él hará el resto.

La imagen del Maestro Bélico se congeló mientras pensaba.

—Sigues sin aclararme por qué debo desear esto. Todo lo que me cuentas implica que será un sacrificio aún mayor que el soñado por mí. Explícame por qué debo esperar a esta conversión prometida. Si muere en el proceso, habré roto mi promesa a los Dioses Verdaderos, y les privaré del sacrificio debido. Los Dioses Verdaderos no perdonan a quienes rompen sus promesas, Nom Anor.

Pues yo no soy prueba de eso, pensó Nom Anor cómodamente, pero siguió hablando con el mayor respeto.

—No puede sobreestimarse la importancia simbólica de Jacen Solo. Primero es un Jedi, y dentro de la Nueva República los Jedi ocupan el lugar de los dioses. Se los considera padres sustitutos, seres dotados de grandes habilidades que la leyenda aumenta más allá de toda razón. Su objetivo es luchar y morir por esa envilecida e infiel perversión de la verdad y la justicia que tiene la Nueva República. Jacen Solo ya es un héroe legendario. Sus hazañas, ya desde que era niño o adolescente, son conocidas por toda la galaxia, y éstas y las realizadas por su hermana, su hermana gemela, rivalizan hasta con las de Yun-Harla y Yun-Yammka…

—Blasfemas con demasiada facilidad —dijo cortante Tsavong Lah.

—¿De verdad? —repuso Nom Anor con una sonrisa—. Pues los Dioses Verdaderos no ven apropiado castigarme; quizá porque lo que digo no es una blasfemia, como el mismo Maestro Bélico verá.

Éste se limitó a mirarlo con dureza.

—Jacen Solo también es el primogénito del principal clan de la galaxia. Su madre fue dirigente supremo de la Nueva República durante un tiempo.

—¿Durante un tiempo? ¿Cómo es eso posible? ¿Por qué la dejó vivir su sucesor?

—¿De verdad desea el Maestro Bélico una disquisición sobre el perverso sistema de gobierno de la Nueva República? Tiene que ver con un extraño concepto llamado democracia, según el cual se otorga el poder de gobernar al más hábil en dirigir el instinto de rebaño de la masa de sus ciudadanos más ignorantes…

—Su política es preocupación tuya —gruñó Tsavong Lah—. Su fuerza de combate la mía.

—En este caso, ambas cosas están más estrechamente relacionadas de lo que podría sospecharse. La familia Solo lleva la cuarta parte de un siglo estándar dominando sobre toda clase de asuntos galácticos. El maestro bélico de los Jedi es ni más ni menos que el tío de Jacen Solo. Este tío, Luke Skywalker, es considerado popularmente como el único

creador de la Nueva República, por haber derrotado a un gobierno más antiguo y mucho más racional llamado Imperio. Y, debería añadir, que nosotros somos los afortunados de que sucediera así, pues el Imperio era militarmente más organizado y poderoso. Al carecer de las divisiones internas de la Nueva República que hemos explotado con tanto éxito, el Imperio podría haber aplastado completamente a nuestro pueblo en el primer encuentro.

Tsavong Lah se indignó.

—¡Los Dioses Verdaderos nunca habrían permitido semejante derrota!

—Eso es lo que quiero decir —contrarrestó Nom Anor—. No lo permitieron. En vez de eso, Luke Skywalker, los Solo y la Alianza Rebelde destruyeron al Imperio, dejando a la galaxia sumida en el desorden, con ese vacío de poder que hemos sabido explotar… ¡Por que, incluso entonces, el clan Solo servía a los Dioses Verdaderos sin saberlo!

Tsavong Lah pareció interesado por primera vez.

—Y ahora, imaginad —dijo Nom Anor, oliendo la sangre—, el efecto que tendrá, en la moral de las fuerzas de la Nueva República que aún queden, el ver a este Jedi, este héroe, este retoño del principal clan de su civilización, anunciando a su pueblo que sus jefes les han engañado. Que los únicos dioses son los Dioses Verdaderos… ¡que el Camino Verdadero es el único camino!

El villip transmitió perfectamente la chispa que ardía en los ojos del Maestro Bélico.

—Los herimos al quitarles su capital, pero no matamos su espíritu —murmuró—. Esto sería gangrena en la herida de Coruscant.

—Sí.

—La Nueva República enfermaría, y moriría al fin. —Sí.

—¿Estás seguro de conseguir que Jacen Solo se rinda a la Verdad?

—Maestro Bélico —dijo Nom Anor con intensidad—, eso está pasando ya. Jacen y Jaina son gemelos, pero macho y hembra, opuestos complementarios. ¿No lo veis? Son Yun-Yammka y Yun-Harla. Guerrero y tramposo. Jacen Solo se convertirá en una mitad de los dioses gemelos, ¡para luchar al servicio del Dios que es él mismo! Ésa será la prueba que no podrá rechazar ninguna criatura de la Nueva República.

—Eso puede tener cierta valía —admitió Tsavong Lah.

—Con su permiso —dijo Nom Anor—. Habéis celebrado personalmente todos los sacrificios requeridos por los Dioses Verdaderos a cambio de la victoria… Todos los sacrificios menos uno…

La chispa en los ojos del Maestro Bélico refulgió repentinamente para ser un horno de fusión.

—El Gran Sacrificio… ¡Hablas del sacrificio de los gemelos!

—Sí. Vos mismo, cuando no pudo celebrarse ese sacrificio último, debió dudar en lo más intimo, preguntarse si se haría realidad la promesa de victoria de los Dioses Verdaderos.

—Los Dioses Verdaderos ni se burlan ni prometen en vano —entonó píamente el Maestro Bélico.

—Pero sus dones no son un regalo. Eso lo sabéis. Nos requieren para que nos los ganemos, para que hagamos realidad sus profecías.

—¡Hágase la voluntad de los Dioses Verdaderos! —tronó Tsavong Lah.

—¡Hágase la voluntad de los Dioses Verdaderos! —coincidió Tsavong Lah.

—Harás esto.

—Sí, Maestro Bélico.

—No fracasarás.

—Si está en mi mano, Maestro Bélico.

—No —dijo Tsavong Lah—. No lo entiendes. Te lo estoy diciendo, Nom Anor, no fracasarás. Nadie se burla de los Dioses Verdaderos. Si Jacen Solo no se pasa al Camino Verdadero, no trascenderá ni un susurró de esto, no podrá pensarse ni un asomo de esto. Para Nom Anor sólo puede existir el triunfo; si ese triunfo no se alcanza, la criatura que ahora tiene el nombre de Nom Anor será sacrificada a los Dioses Verdaderos como una cosa sin nombre.

Nom Anor tragó saliva.

—Ah, ¿Maestro Bélico…? —Tsavong Lah continuó inexorable.

—Todos los que hayan respirado el aire de este plan morirán, gritando y sin nombre, y sus huesos se dispersaran a la deriva entre las estrellas. Ésta es mi palabra, dicha en nombre de todos los Dioses Verdaderos.

El villip revirtió bruscamente a su estado de reposo, plegándose sobre sí mismo con húmedos chasquidos como los de la carne cruda cuando golpea el hueso.

Nom Anor se recostó y descubrió que estaba temblando. No era como había esperado que fueran las cosas. «Es el problema de los fanáticos —pensó—. Son fáciles de manipular, pero a veces llevan las cosas cinco pasos demasiado lejos».

Tomó un largo sorbo del caldo de arrastrialgas que llevaba en el gusanosaco, olvidado durante la entrevista. Se volvió hacia el otro ocupante de la pequeña cámara.

—Bueno, ahora sí que somos compañeros de verdad. Juntos afrontaremos el triunfo total o la más completa destrucción —dijo con pesadez—. Como dicen los corellianos, empezamos bien.

Al otro lado del villip inactivo, su compañero enfrentó la mirada con inmutable calma avícola.

—El principio puedes darlo por hecho —dijo Vergere con tono neutral. …

Capítulo 2

La Guardería

Un pequeño bajel de coral yorik se descolgó del hiperespacio sobre el plano de la eclíptica galáctica en lo más profundo del espacio infinito, en el terciopelo de dispersas chispas, tan lejos de cualquier sistema estelar que, siendo estrictos, lo hizo en un lugar que ni siquiera un lugar, sólo un conjunto estadístico de vectores y velocidades. Estaba tan alejado de cualquier punto fijo de referencia observable que su movimiento era arbitrario: visto con Obroa-Skai como referente, el bajel se alejaba a una fracción respetable de la velocidad de la luz; con Tatooine como referente, se movía en un largo y lento arco; con Coruscant como referente, caía en su dirección, ganando velocidad.

Sus dovin basal gemelos latían emitiendo crecientes ondas gravitatorias, y un tiempo considerable después esos mismos dovin basal captaron otras ondas espacio temporales en respuesta.

El bajel no estaba solo.

Las ondas de respuesta tenían una dirección; los dovin basal del pequeño bajel eran lo bastante sensibles como para registrar la diferencia en la escala de femtosegundos entre el instante en que un dovin basal detectaba una onda de espacio-tiempo y el instante en que esa onda llegaba a su gemelo.

El pequeño bajel de coral yorik alteró su curso.

El objeto hacia el que se dirigía en trayectoria curva era una esfera de estructura extravagante, cientos de miles de veces el volumen del pequeño bajel, lisa a excepción de un conjunto de aletas negras que surcaban el orbe radialmente y se cruzaban al azar, como cordilleras montañosas en una luna sin aire. Esas aletas brillaban en el espectro del infrarrojo, irradiando al vacío el sobrante de calor.

El bajel de coral yorik aminoró para interceptar la esfera, dirigiéndose hacia una de las carnosas llanuras entre aletas radiales. Cuando recorría los últimos metros, de su morro se extendió una garra de atraque como los quelíceros de una cucaraña con la que se aferró a la superficie semielástica. Transcurrieron unos instantes mientras los dovin basal se rielaron mutuamente el espacio-tiempo, y las señales así intercambiadas fueron interpretadas por un conjunto de villip especialmente criados al efecto que transmitieron la información a las criaturas que servían de voluntad guía para las dos estructuras vivas: los cuidadores yuuzhan vong.

La llanura lisa a la que se había adjuntado el bajel se hinchó para formar un paisaje repentino, formando un cráter de impacto espásmico cuyo borde se ampliaba y ampliaba y ampliaba. Cien metros más allá de cualquier extremo del bajel de coral, el borde se convirtió en unos labios, el cráter en una boca que se cerró alrededor del bajel, contrayendo lentamente la bolsa de vacío alrededor de todos los ángulos y curvas del bajel.

La esfera se lo tragó.

Pocos segundos después, el lugar donde antes reposaba el bajel volvía a, ser una amplia llanura lisa de carne semielástica, cálida y sin rasgos.

Jacen abrió los ojos cuando se dilató el esfínter escotilla. Vergere estaba al otro lado. No parecía decidida a entrar.

—Tienes buen aspecto.

Él se encogió de hombros y se sentó. Se frotó las nuevas cicatrices de las muñecas, donde el Abrazo del Dolor había arrancado la piel. Hacía dos sueños que se le habían caído las últimas costras.

—Hace tiempo que no te veo —dijo.

—Sí —la cresta de Vergere formó un abanico de inquisitivo verde—. ¿Has disfrutado de tus vacaciones lejos del Abrazo? Veo que se te han curado las muñecas. ¿Qué tal los hombros? ¿La cadera y los tobillos? ¿Puedes caminar?

Jacen volvió a encogerse de hombros, bajando la mirada. Había perdido la cuenta de las veces que se había dormido y despertado desde que lo soltó el Abrazo del Dolor. Aunque su cuerpo se había reparado, nunca había conseguido animarse a hacer algo más que mirar de reojo a las rama y tentáculos y orbes sensoriales del Abrazo del Dolor. Seguían allí arriba, enroscados unos sobre otros, en nudos como cestos de anguilas que latían débilmente. A la espera. No sabía por qué lo habían soltado.

Temía que si los miraba demasiado tiempo, se acordasen de que él seguía allí.

Vergere extendió una mano.

—Levántate, Jacen Solo. Levántate y anda.

Él la miró a los ojos, pestañeando de sorpresa.

—¿De verdad? ¿Me sacas de aquí? ¿De verdad?

Un líquido encogimiento de hombros recorrió el brazo demasiado flexible de Vergere.

—Eso depende —dijo ella alegremente—, de a lo que te refieras con aquí. Y lo que quieras decir con de verdad. Pero quedarte donde estás mientras esta cámara es… creo que la palabra en Básico es digerida, ¿no? Eso no te gustaría.

—Gustarme… Ah, claro. Se me olvidaba —musitó él—. Se supone que estoy disfrutando.

—¿Quieres decir que no es así? —le arrojó una burda túnica que parecía tejida con una fibra áspera e imposible de teñir—. A ver si podemos encontrarte una residencia más entretenida, ¿mmm?

Se obligó a ponerse la túnica sobre la cabeza. Era cálida al tacto; se removía suavemente mientras forcejeaba para ponérsela, sus fibras se hinchaban y deshinchaban como gusanos en reposo. Ponérsela le dolía. Las articulaciones de hombros y cadera tardaban en curarse más que la piel y le dolían como si estuvieran envueltas en trozos de durocemento, pero no hizo ninguna mueca.

Sólo era dolor, y apenas lo notó.

Ella sostenía algo en la otra mano, un garfio de hueso amarilleado por el sol, largo y curvo y afilado. Él se detuvo.

—¿Qué es eso?

—¿Qué es qué?

—En tu mano. ¿Es una arma?

La cresta de ella se aplanó y volvió a desplegarse, esta vez verde resplandeciente con brillos amarillos.

—¿Por qué debería llevar una arma? ¿Es que corro peligro?

—Yo… —Jacen se frotó los ojos. Ahora sólo veía un borrón en su puño. ¿Había visto lo que creía haber visto?

—Sería una ilusión óptica —dijo Vergere—. Olvídalo. Ven conmigo.

Cruzó el esfínter escotilla. El pasillo había cambiado de algún • modo, en vez de ser el pasaje de coral yorik cubierto de resina que atisbaba cuando Vergere llegaba o se iba ahora parecía el extremo de un túnel o tubo. El suelo era cálido y blando, carnoso, y latía débilmente bajo sus pies desnudos.

Fuera había dos guerreros yuuzhan vong muy altos, impasibles en su armadura de cangrejos vonduun, el brazo derecho engrosado por los anillos de sus anfibastones.

—No les prestes atención —dijo Vergere alegremente—. No hablan Básico, ni tienen tizowyrms que se lo traduzca, y no tienen ni idea de quién eres. Sólo están aquí para asegurarse de que no haces ninguna travesura. No les obligues a hacerte daño.

Jacen se limitó a encogerse de hombros. Miró hacia atrás por el esfínter que se cerraba. Dejaba mucho dolor en esa habitación.

Llevaba mucho dolor consigo.

«Anakin…» Cada vez que parpadeaba podía ver tras los párpados el cadáver de su hermano. Todavía le dolía. Supuso que siempre le dolería. Pero el dolor ya no le importaba tanto.

Se puso a la altura de Vergere cuando ésta ya se alejaba por el cálido túnel redondo como el interior de una vena.

Los guerreros les siguieron.

Jacen se olvidó del garfio de hueso.

Seguramente había sido una ilusión óptica.

Jacen no consiguió deducir una dirección o una pauta en la ruta que siguieron por la interminable maraña de tubos carnosos que parecían dividirse y dar vueltas y formar nódulos al azar. La luz exterior se filtraba por las paredes, iluminando vívidamente estriados racimos arteriales en la piel translúcida de los tubos. Ante el toque de Vergere, las válvulas se abrían ante ellos para cerrarse luego solas. A veces los tubos se contraían y Jacen tenía que caminar encogido, y los guerreros se veían obligados a hacerlo agachados. A veces pasaban por largos túneles que se flexionaban y latían como si bombearan aire, una brisa constante que les daba en la espalda como el aliento de una bestia guardián bien alimentada.

El tubo de piel vibraba como un enorme tambor destensado, y el aire canturreaba y resonaba, unas veces tan bajo que Jacen sólo podía sentir el sonido posando la mano en la

pared de piel, otras veces tan fuerte, tan alto, que parecía el rugido sísmico de mil voces gimiendo y gritando y chillando de dolor.

A menudo pasaban junto a esfínteres escotilla como el que cerraba el Abrazo del Dolor; a veces estaban abiertos, mostrando cámaras cuyo suelo parecía un pantano con hierbas y troncos cuyas ramas se elevaban sobre el fango marrón, o con aberturas globulares envueltas en capullos de pupas alienígenas, o cavernas tan vastas y oscuros donde flotaban y brillaban pequeñas llamaradas carmesí y chartreuse, o de vivido amarillo, o de un violeta casi invisible, que parpadeaban como ojos de depredadores agrupados en la noche para vigilar a una presa apiñada alrededor de un fuego de campamento.

Alguna vez veía otros yuuzhan vong, en su mayoría guerreros cuyo rostro limpio y extremidades sin mutilar delataban su bajo rango, y una o dos veces hasta vio alguno de esos yuuzhan vong más bajos y rechonchos, todos llevando una especie de diadema viviente que le recordaba la cresta de Vergere. Debían de ser cuidadores. Jacen recordaba lo que le había contado Anakin de la base cuidadora de Yavin 4.

—¿Qué es este lugar? —Jacen había estado en una nave yuuzhan vong, y visto las instalaciones planetarias de Belkadan; sí, también eran orgánicas, más cultivadas que construidas, pero eran comprensibles—. ¿Esto es una nave? ¿Una estación espacial? ¿Algún tipo de criatura?

—Es todo eso y más. Los yuuzhan vong llaman a esta nave, estación, criatura, lo que quieras, algo que puede traducirse como «semillanave». Supongo que un biólogo lo llamaría blastodermo ecoesférico —tiró de él para acercárselo y bajó la voz como si compartiera un chiste privado—. Es un huevo que alumbrará un mundo entero.

Jacen hizo una mueca como si hubiera probado algo desagradable.

—Un mundo yuuzhan vong. —Por supuesto.

—Estuve en Belkadan. Y en Duro. Allí no había nada así. Para hacer su… ¿Cómo lo llamáis? ¿Vongformación…? se limitaron a propagar por la atmósfera bacterias con genes modificados…

—Belkadan y Duro sólo son parques industriales —dijo Vergere—. Astilleros para producir material de guerra. Serán utilizados y abandonados. Pero el mundo que transforme esta semillanave… será su casa.

Jacen se sintió más débil.

—¿Su casa?

—Un planeta puede describirse como un organismo único, una criatura viva con un esqueleto de piedra y un corazón de piedra fundida. Las especies que habitan ese planeta, animales y plantas por igual, desde microbios a megalossus, son los órganos, los simbiontes internos y los parásitos de esa criatura planeta. Esta semillanave está compuesta sobre todo por células madre en incubación, que se diferenciarán en máquinas vivientes que a su vez construirán toda la vida salvaje de un planeta con un crecimiento enormemente acelerado. Los animales madurarán en pocos días estándar, bosques enteros en sólo semanas. El nuevo mundo, a los pocos meses de plantarse, tendrá un ecosistema

dinámicamente estable y en completo funcionamiento, réplica de un planeta muerto hace tantos miles de años que apenas es ya un recuerdo.

—Su mundo natal —musitó Jacen—. Los yuuzhan vong. Se están creando un nuevo mundo natal. Esto es eso. —Podrías llamarlo así.

Vergere se detuvo e hizo un gesto hacia uno de los guerreros. Tocó un punto en la piel del tubo. El guerrero avanzó y agitó el brazo derecho; su anfibastón se desenroscó para formar una hoja que hizo un corte largo y desigual en la pared. Los bordes del corte secretaban un fluido lechoso. Vergere apartó un borde como quien mantiene abierta una cortina. Hizo una ligera reverencia, instando a Jacen a cruzar.

—Yo llamaría a esto una obra en pleno desarrollo. Como a ti.

En el tubo entró una niebla oscura con olor a pantano, cálida y espesa y semejante al humo.

Jacen lanzó un bufido.

—Huele como si se hubieran roto las tuberías de un cuarto de aseo. ¿Qué se supone que debe enseñarme esto? —Sólo hay un modo de saberlo.

Jacen cruzó la abertura, sumergiéndose en un aire agobiantemente espeso por excrementos, podredumbre y hongos húmedos. El sudor asomó a su piel. El fluido de sangre lechosa del corte dejaba pálidos hilachos pegajosos que se pegaron a su pelo y sus manos. Se los frotó con la túnica, pero la leche prefería su piel a la tela.

Entonces alzó la mirada y se olvidó de la leche.

Los gritos provenían de allí.

Estaba parado en un mundo vuelto del revés.

El túnel que tenía detrás formaba un bulto nudoso sobre la cresta de una colina como si fuera una vena varicosa. Desde allí, Jacen tenía buena visión del hirviente pantano y la selva que se perdían en el horizonte.

Sólo que no había horizonte.

Siguió la interminable cuenca de estanques manchados de escoria y gorgoteantes marjales fétidos que ascendían más y más y más entre arremolinadas tormentas de apestosa niebla hasta que tuvo que entrecerrar los ojos contra el punto blanquiazul actínico que era el sol de aquel lugar. Entonces una cordillera separó la niebla en las alturas y pudo ver más allá del sol, y ver los otros pantanos y selvas y cordilleras de colinas que cubrían el cielo. Le pareció ver, borrosas en la niebla reagrupada, grandes grupos de enormes criaturas recorriendo esos montes en desorganizadas manadas, pero entonces la niebla volvió a disiparse y la escena cobró perspectiva.

Esas criaturas no eran enormes; eran humanas.

Y no solo humanas, también eran mon calamari y bothanas y twi'lekos y docenas de otras especies de la Nueva República.

Las colinas que había sobre su cabeza sólo estaban a un klick de distancia, quizá klick y medio. El «sol» debía de ser alguna clase de fuente de fusión artificial, probablemente no más grande que el puño de Jacen. Asintió para sí mismo; con el gran control de la gravedad que tenían los dovin basal no sería muy complicado contener un horno de

fisión. Más difícil sería filtrar toda la radiación dañina. No conseguía adivinar cómo lo habían hecho sin tecnología de escudos; lo tecnológico nunca había sido su fuerte. Su don era con los animales. Para ese tipo de cosas consultaba con Jaina, o con Anakin…

Se estremeció y apretó los dientes hasta que mermó el dolor.

Ahora podía distinguir yuuzhan vong entre los grupos: algunos guerreros, no muchos, pero cientos y cientos de lo que suponía eran cuidadores, moviéndose despacio por caminos definidos, recogiendo muestras de suelo y de agua, recolectando hojas y tiras de corteza, tallos y puñados de algas, sin prestar atención a lo que inicialmente había tomado por manadas.

Esas manadas…

Si aún tuviera la Fuerza, habría sentido la verdad al instante.

Eran grupos de esclavos.

—Magnífico, ¿verdad? —dijo Vergere a su lado. Jacen negó con la cabeza.

—Es de locos —respondió él—. Es que, mira eso…

Movió una mano hacia una ciénaga cercana. En su orilla, un equipo cavaba furiosamente con primitivas palas, aullando a medida que arrojaban porquería y vegetación y barro en todas direcciones, intentando excavar lo que probablemente habría sido alguna clase de zanja de drenaje, mientras otro equipo aullador trabajaba con la misma furia para volver a llenar la zanja. Un poco más allá, un grupo de personas gritaba y maldecía al hundir en el barro cedazos para el grano mientras les seguía otro puñado de seres pisoteando los cedazos al tiempo que gemían entre torrentes de angustiadas lágrimas. Toda la esfera estaba llena del mismo forcejeo inútil: monolitos de piedra que se levantaban y se tiraban simultáneamente, campos alisados con piedras apisonadoras mientras los araban, matojos plantados y cortados, y todo por esclavos semidesnudos que se tambaleaban por el agotamiento, algunos maldiciendo, otros sollozando, los demás sólo bramando y chillando sin palabras con dolor animal.

Incluso donde no había forcejeo, los esclavos iban de una tarea a otra como perseguidos y picados por invisibles nubes de insectos; un hombre que cavaba un agujero era de repente presa de espasmos como si hubiera tocado un cable de energía, para luego salir y medio construir un dique, tener otro espasmo y caer al suelo para arrancar a puñados hierba de los pantanos y dispersarla al viento.

—Esta… esta locura… —Jacen se abrazó, tragando con fuerza, respirando con cuidado ante una peste que le revolvía las tripas—. ¿Cómo puedes calificar esto de magnífico?

—Porque veo más allá de lo que es, veo lo que será —Vergere le tocó el brazo, con ojos danzarines—. Sígueme.

Venas enroscadas y nudosas en el tubo de piel les sirvieron de escalones para subir a la parte superior de la piel externa del túnel. Vergere saltó de una a otra con agilidad, y esperó en lo alto mientras Jacen forcejeaba dolorosamente para unirse a ella. El espeso aire maloliente le hacía jadear, empapándolo en sudor, medio ahogándolo como si lo

envolviera en un manta de piel húmeda de canutan. Los dos guerreros les siguieron, impasibles y concienzudos.

—Pero, ¿para qué es este lugar? —Jacen agitó una mano hacia el caos—. ¿Qué tiene que ver esto con conformar un planeta?

—¿Esto? —la cabeza de Vergere se inclinó de un modo que Jacen había aprendido a interpretar como una sonrisa—. Esto es un jardín de infancia.

—¿Un jardín de infancia?

—Oh, sí. ¿Es que los jardines de infancia de la Nueva República no son para esto, no son un lugar donde los niños aprenden los límites de su conducta? En las trifulcas del campo de juego uno aprende a luchar, en las disputas del jardín de infancia se aprende política. Es en el jardín de infancia donde uno es iniciado en la locura de las multitudes, en el insidioso cenagal de la presión de los amigos, y en la injusticia indiscutible, impensable y definitiva que gobierna la existencia, de que unos son más listos y otros más fuertes o rápidos, y que nada puede hacerte mejor de lo que eres —hizo un gesto que abarcó toda la esfera—. Lo que es a tu alrededor es obra de niños poderosos e indisciplinados… que juegan con sus juguetes.

—Eso no son juguetes —balbuceó Jacen, horrorizado—. Son seres vivos… Humanos, bótanos…

—No pienso discutir de nombres contigo, Jacen Solo. Llámalos como quieras. Su uso seguirá siendo el mismo.

—¿Qué uso? ¿Qué puede aprender nadie de esto… de este sufrimiento sin sentido?

Vergere negó con la cabeza, compadeciéndose.

—¿De verdad crees que un proceso tan complejo como recrear toda una ecología planetaria puede dejarse al azar? Oh, no, no, no, Jacen Solo. Eso lleva implícito un aprendizaje. Una educación. Prueba y error… Más error que otra cosa, claro. Y practicar. Practicar, practicar, practicar.

Abrió una mano como lo haría cualquier droide de servicio al ofrecer una mesa en un restaurante elegante, y señaló un gran estanque no muy lejos de la colina en que estaban. En su centro se alzaba una isla, un enorme montón de bloques hexagonales lisos y cerúleos semejantes a las cámaras de parto selladas de una colmena de abejas vino morelianas, sólo que cada una de ellas era lo bastante grande como para tragarse el Halcón Milenario.

Un anillo de guerreros yuuzhan vong rodeaba el estanque, apostados mirando hacia fuera con las armas preparadas para defenderlo contra cualquier ataque inesperado. Había otro anillo de guerreros apostados en las playas de la isla en sí. Docenas o centenares de cuidadores se movían sobre los bloques, llevando hatillos y herramientas y agitando sacos con líquido. De vez en cuando, uno de los cuidadores usaba una herramienta para atravesar el tapón del extremo de uno de los bloques y pasar al interior un hatillo o un saco lleno de líquido antes de volver a sellar el bloque, y Jacen se dio cuenta de que su analogía con la abeja vino resultaba ser inesperadamente adecuada. Esos enormes

bloques hexagonales debían contener alguna clase de criatura viva, algo que ya era enorme, quizá la pupa de gigantes inimaginables…

—¿Qué son? —dijo con una respiración.

—Lo importante no es lo que son sino en qué se convertirá el único que sobreviva para madurar —volvió a sonreír, y su cresta floreció con un vivido color naranja—. Como todas las criaturas complejas, el mundo natal yuuzhan vong necesitará un cerebro.

Las criaturas se llamaban dhuryam.

Los dhuryam están emparentados con los yammosk, y tan especializados como los gigantescos coordinadores bélicos, pero se crían para un tipo diferente y mucho más complejo de coordinación telepática. Son más grandes, más fuertes y mucho más poderosos, capaces de combinar mentalmente muchos más elementos diferentes que el mayor de los yammosk que haya existido nunca. Sería un duran el responsable de integrar las actividades de las organomáquinas vongformadoras. Sería menos sirviente que compañero. Plenamente consciente, inteligente y capaz de tomar decisiones basadas en el flujo constante de datos que recibe de su red planetaria de criaturas telepáticamente conectadas para guiar de forma implacable la transformación del planeta, sin la fragilidad inherente al caótico sistema que domina las ecologías naturales.

Cuando Vergere acabó de describírselos, Jacen habló despacio.

—Esos grupos de esclavos… ¿Dices que los controlan mentalmente?

Vergere asintió.

—Quizá has notado la ausencia de guardias, fuera de los que vigilan la colmena de los dhuryam. Y ésos sólo están allí para impedir que los dhuryam empleen a sus esclavos para matar a sus hermanos.

—¿Matarlos?

—Oh, sí. Las conductas pueden inducirse, pero las habilidades deben aprenderse. Gran parte de lo que hacen aquí los dhuryam es aprender a jugar, de forma no muy diferente a como un piloto se entrena en un simulador de vuelo. Aquí afilan sus habilidades, su control mental y la coordinación de diferentes formas de vida, que necesitará uno de ellos cuando sea el Cerebro Planetario. —Uno de ellos… —repitió Jacen.

—Sólo uno. Esos juegos de crios son más que serios. Son letales. Esas crías de dhuryam ya conocen la verdad básica de la vida: ganar o morir.

—Es tan… —Jacen apretó los puños impotente—… tan horrible.

—Yo lo calificaría de honesto —le sonrió, de forma amistosa, alegre, sin verse afectado por el horror que los rodeaba—. La vida es lucha, Jacen Solo. Siempre ha sido una batalla salvaje, interminable, de garras y colmillos ensangrentados… Quizás ésa sea la principal ventaja que tienen los yuuzhan vong; nuestros amos, a diferencia de los Jedi o de la Nueva República, no se engañan. Nunca malgastan energías en simular que algo no es como es.

—Sigues diciendo «nuestros amos» —los nudillos de Jacen se emblanquecieron—. Querrás decir tus amos. Esta… esta perversión… no tiene nada que ver conmigo.

—Creo que te asombrará descubrir lo equivocado que estás.

—No —dijo Jacen con más energía—. No. El único que he tenido como superior ha sido el Maestro Skywalker. Sólo sirvo a la Fuerza: Los yuuzhan vong podrán matarme, pero no me forzarán a obedecerlos.

—Pobre y pequeño Solo —sus brazos ondearon en otro de sus encogimientos líquidos de hombros—. ¿Nunca te avergüenza equivocarte siempre de forma tan rotunda y consistente?

Jacen apartó la mirada.

—Pierdes el tiempo, Vergere. No tengo nada que aprender en este sitio.

—¿Lo ves? Te equivocas el doble: ni pierdo el tiempo ni esto es tu jardín de infancia.

Alzó la mano, con un gesto rápido, borroso, y los dos guerreros que estaban tras Jacen le sujetaron los brazos con manos sólidas como el casco de una nave. Entonces, el borrón de su mano se definió en el desagradable garfio de hueso.

«La Fuerza —pensó él, con el pánico brotándole del corazón—. Lo había borrado con la Fuerza… ¡Lo había llevado siempre!»

—Ésta es tu nueva casa —dijo ella, y le hundió el garfio en el pecho.

Capítulo 3

El jardín

La semillanave cayó por última vez más allá de la realidad del universo, justo en el borde del horizonte del suceso de la galaxia, esa almena gravitatoria donde tiene su límite hasta el hiperespacio infinito. Se convirtió por última vez en su propio universo.

Este universo semilla, como el más grande que acababa de dejar, siguió evolucionando. Con el tiempo que sólo tenía significado dentro de su burbuja, el universo semilla diferenció y se hizo más complejo. La carne entre las aletas radiales se alteró, volviéndose más dura y espesa aquí, más blanda y esponjosa allí, a medida que los aparatos criatura fetales se definían en úteros que crecían solos dentro de su fina piel de realidad.

El universo semilla inició en la indefinición sin dirección del hiperespacio su largo y lento descenso hacia el centro de la galaxia.

Jacen vio acercarse a Vergere; una pequeña silueta ágil en la neblinoso brillo verde que en la Guardería pasaba por noche.

Saltó deliberadamente sobre la superficie manchada de escoria luminiscente del estanque de cangrejos vonduun, fijándose por donde pisaba como si fuera a pescar en esos charcos que deja la marea al retirarse.

Jacen apretó la mandíbula.

Volvió a mirar la herida en el vientre del esclavo; un largo corte curvado, no muy profundo. La piel del esclavo era rosa, con tonos de rojo vivo en los bordes de la herida; el esclavo se estremeció cuando Jacen separó los bordes. La herida era superficial, sólo rezumaba sangre; podía ver el blando sebo del interior, no el duro músculo rojo o el bulto de las tripas, y asintió para sí mismo.

—Te pondrás bien. A partir de ahora, mantente alejado de la cueva de los anfibastones.

—¿Cómo… cómo voy a hacer eso? —gimió el esclavo—. ¿Qué elección tengo?

—Siempre hay una elección —musitó Jacen.

Se rascó la cabeza; el pelo le había crecido lo suficiente como empezar a rizársele. Lo tenía cubierto de grasienta tierra y le picaba, aunque no tanto como la fina y desigual barba de adolescente que le incordiaba en mejillas y cuello. Alzó la mirada hacia Vergere. Ya estaba más cerca, moviéndose entre los montículos de colonias de hongos de jóvenes ooglith. No la había visto desde su primer día en la Guardería. Según sus cálculos había sido semanas antes.

Quizá meses.

Abrió con engaños la boca de un abultado sacogusano que tenía a su lado en el suelo, y metió la mano dentro. Los escarabajos gancho que llenaban el vientre del sacogusano

atacaron salvajemente su mano. Esperó a que veinte o treinta hundieran las mandíbulas en su piel y sacó la mano, dejando que la boca del sacogusano volviera a cerrarse. Los escarabajos gancho se hincharon para formar como un abultado guante insectoide. Usó la mano con su guante de escarabajos para mantener cerrada la herida del vientre ¦ riel esclavo. Con la mano libre hizo cosquillas en la articulación 3 del cuello de un escarabajo gancho hasta que le hizo abrir las mandíbulas; entonces presionó al insecto contra la herida hasta que volvió a morder, manteniendo la herida cerrada. Con un giro rápido de los dedos le arrancó el cuerpo, dejando la cabeza en su sitio.

Necesitó veintitrés escarabajos gancho para cerrar la herida del esclavo. Se quitó con suavidad los escarabajos vivos que seguían aferrados a su mano y los devolvió al gusanosaco, arrancando luego tiras del borde inferior de la túnicapiel del esclavo para atarlas alrededor del cuerpo, a modo de vendaje improvisado. La túnicapiel y las tiras sangraron leche por los bordes por donde se habían roto: una sangre resinosa y pegajosa que mantuvo las tiras unidas y sujetas en su sitio.

—Procura mantenerlo seco —le dijo Jacen en voz baja—. Y no te acerque a la cueva de los anfibastones hasta que se te cure. Estoy seguro de que pueden oler las heridas. Te harían trizas.

Esta cueva de anfibastones era muy diferente a la que encontró en la mundonave de Myrkr; aquellos habían sido modificados, alterados, domesticados. Domados. La de la Guardería era la original, la primigenia. Nada allí estaba domesticado.

Los pólipos de anfibastón de esa cueva medían entre uno y tres metros; bultos de tejido como el cuero con raíces profundas, cada uno con entre dos y cinco nódulos de músculo de los que brotaban triadas de anfibastones jóvenes. Los pólipos de anfibastón eran sésiles carnívoros, los anfibastones jóvenes actuaban como armas y brazos del pólipo, traspasando, envenenando y eventualmente diseccionado la presa del pólipo en trozos lo bastante pequeños como para entrar en la bocasuelo del pólipo grande como un puño. Mataban y comían cualquier cosa viva. Sólo el cangrejo vonduun, único enemigo natural del pólipo de anfibastón podía acercarse a ellos con seguridad, a salvo bajo la suave curva de su concha impenetrable.

—Pero… pero si me envían —gimió el esclavo—. ¿Qué hago entonces?

—La red de semillas de los esclavos sólo está conectada a tus nervios del dolor. Lo peor que puede hacer es causar dolor —dijo Jacen—. Los anfibastones te matarán.

—Pero el dolor… el dolor…

—Lo sé.

—Tú no lo sabes —dijo agriamente el esclavo—. Nunca te obligan a hacer nada.

—A ti tampoco te obligan a hacer nada. No pueden. Sólo pueden hacerte daño. No es lo mismo.

—¡Para ti es fácil decirlo! ¿Cuándo fue la última vez que te hicieron daño a ti?

Jacen se levantó, desvió la mirada hacia Vergere.

—Será mejor que duermas un poco. Pronto encenderán el sol.

El eslavo se alejó musitando, arrastrando los pies, en dirección a los demás esclavos. No le dio las gracias.

Rara vez lo hacían.

Apenas le hablaban, salvo cuando acudían a él para que curase sus heridas. Lo evitaban. Era demasiado extraño, demasiado diferente a los demás, y no era fácil hablar con él. Se movía entre ellos envuelto en una burbuja permanente de soledad; nadie quería acercarse demasiado a él. Le tenían miedo. A veces también lo odiaban.

Jacen se inclinó y cogió un puñado de los escarabajos sin cabeza. Mientras miraba a Vergere acercarse, les cascó uno a uno la concha abdominal entre el pulgar y el primer nudillo, sacando la pálida carne púrpura. La carne del escarabajo gancho es rica en grasas y proteínas, y sabe como la langosta de hielo de Mon Cal.

Era lo más apetitoso que tenía para comer.

Vergere llegó hasta él pasando por entre los esclavos dormidos. Él alzó la mirada y se encontró con la de ella, sonriente, e hizo un gesto con una mano.

—Ya estás bastante cerca —dijo Jacen.

Ella se detuvo.

—¿Cómo? ¿No me abrazas? ¿No besas a tu amiga Vergere? —¿Qué quieres?

Ella sonrió de esa manera tan suya y abrió la boca como si fuera a darle una de sus crípticas respuestas que no respondían nada, pero en vez de eso se encogió de hombros, suspiró y la sonrisa desapareció.

—Tengo curiosidad —se limitó a decir—. ¿Qué tal tu pecho?

Jacen se llevó la mano a la túnicapiel, sobre el agujero supurante que tenía bajo las costillas. La túnica se había curado semana antes. Había desaparecido hasta la mancha de sangre. Sospechaba que las túnicapieles vivían de las secreciones de las criaturas que las vestían: sudor, sangre, células de la piel desprendidas y aceites. La suya era grande y saludable, aunque le arrancaba continuamente tiras para vendajes, tanto para él como para los esclavos heridos a los que atendía; siempre crecía para recuperar su longitud original en uno o dos días.

Pero su pecho…

Al mirar a Vergere, pudo volver a sentirlo: el garfio de hueso cortándole bajo las costillas, curvándose para atravesarle el diafragma. La punta le había rozado el pulmón y arañado el interior del esternón; había sentido una gélida y estremecedora ausencia de dolor que abrió un boquete en sus fuerzas. Se había desplomado en manos de los guerreros.

Vergere había retirado el garfio despacio, haciendo que resbalase por los músculos tensos, y le miró fijamente. Su cresta brillaba con un iridiscente e inescrutable arco iris.

—¿La notas ya?

Jacen había mirado al lento hililllo de sangre que manaba del agujero bajo las costillas. El agujero no era más grande que el extremo de su meñique; sintió un deseo absurdo de meterse el dedo en el agujero como si fuera el tapón de una botella de whisky corelliano.

Sólo entonces le dijo Vergere lo que había hecho el garfio de hueso: implantarle en el pecho una semilla esclavizadora.

—Bien hecho —le dijo ella alegremente a la arma—. Anda, puedes relajarte. —El garfio se relajó, enroscándose por un momento alrededor de su muñeca, como el abrazo de una serpiente afectuosa, y luego se desenrolló para dejarse caer al suelo y alejarse reptando entre la hierba.

—Sé que ya te implantaron uno —le dijo—. En Belkadan, ¿verdad? Pero esa semilla creció demasiado despacio y pudo quitarse con facilidad. Así que he hecho que esta nueva, y mejorada, sea menos… mm, menos accesible.

Y la agonía floreció sobre su corazón.

La semilla esclavizadora germinó en segundos, sus filamentos reptaron por el plexo celiaco como gusanos taladradores. Le saludó-secretando enzimas analgésicas, encendiendo en su pecho una llamarada estelar que lo derribó como el golpe de una porra. Cayó de rodillas, encogido, envuelto en dolor.

Vergere y los guerreros lo dejaron allí. No era necesario darle órdenes o instrucciones; la semilla esclavizadora ya le había hecho saber de forma sencilla y directa lo que requería de él, con una eficacia que Jacen empezaba a considerar típica de los yuuzhan vong.

Haciéndole daño.

La semilla esclavizadora estaba conectada telepáticamente S a uno de los dhuryam. Cada vez que Jacen no hacía lo que el E dhuryam quería, la semilla esclavizadora le ponía los nervios al rojo. La única forma de escapar al dolor era descubrir lo que deseaba el dhuryam, por lo que probaba una cosa tras otra hasta encontrar una actividad que no le doliera.

A veces requería un tiempo saberlo. En ocasiones mucho tiempo.

Aquí, en la Guardería, el sol se apagaba la tercera parte de cada día. En vez de lunas para iluminarse en la noche artificial, había abundantes musgos y algas fosforescentes. Si ahora lo deseaba, podía contar los días, pero no se molestó en hacerlo. Podía calcular el paso del tiempo por el ritmo en que la red de filamentos de la semilla esclavizadora se propagaba por sus nervios.

Podía notarla crecer.

A medida que crecía, su control se refinaba, y el dhuryam podía decirle mediante la cada vez más sofisticada red de la semilla esclavizadora que avanzara haciéndole daño en la espalda. Decirle que cogiera algo haciéndole daño en la mano vacía. Si hacía falta, podía pinchar sus nervios para que un espasmo involuntario le moviera un brazo o una pierna en la dirección apropiada.

La herida dejada por la inyección del garfio de Vergere había empeorado; estaba roja e inflamada y con una costra de líquido amarillo. Jacen presionó la mano contra el rígido vendaje de túnicapiel. Miró inexpresivo a la extraña criatura avícola que le había hecho eso.

—¿Mi pecho? —dijo—. Está bien.

—Déjame verlo.

—Déjame en paz.

—¿No hemos hablado ya de lo inútil que es comportarse como un niño, Jacen Solo? —dijo, saltando elegantemente en su dirección.

—No te acerques a mí, Vergere. Lo digo en serio.

—Te creo —dijo ella. Pisó terreno sólido y empezó a andar hacia él.

—Pero, ¿qué importa cómo lo digas? ¿Cómo vas a impedírmelo? ¿Acaso me matarás?

Jacen cerró los puños y no respondió.

—¿Me mutilarás? ¿Dejarás tullida a tu amiga Vergere? ¿Sí? —extendió el brazo hacia él, como invitándolo a un baile—. Rómpeme un hueso, entonces. Por encima de la muñeca, si no te importa. Podrá soldarse con limpieza suficiente como para ser sólo una molestia temporal.

—Vergere…

—Inflígeme dolor —ofreció—. Retuérceme el codo. Arranca plumas de mi cresta. O siéntate y enséñame las costillas. Las órdenes que no están respaldadas por la fuerza sólo son sugerencias, Jacen Solo.

«Y sus órdenes son órdenes», pensó Jacen. Podría hacer venir a un escuadrón de guerreros en cuestión de minutos, probablemente hasta hacerle levitar en el aire y hacer con él lo que quisiera. Aún así, Jacen no se movió.

Ella inclinó inquisitiva la cabeza a un lado, y le dirigió una sonrisa ladeada. Formó una punta con sus cuatro dedos oponibles y golpeó con firmeza, y puntería, en la herida infectada a través de la túnicapiel.

El dolor estalló en el costado de Jacen, pero ni siquiera •pestañeó.

—Te lo he dicho —dijo con calma—. Estoy bien.

Ella señaló al suelo, a las aplastadas capas de musgo donde se había tumbado el esclavo mientras Jacen le cerraba la herida con escarabajos.

—Túmbate.

Jacen no se movió.

—Jacen Solo —dijo ella paciente—. Sabes que la Fuerza está conmigo. ¿Crees que no siento tu infección? ¿Que soy tan ciega que no veo la fiebre ardiendo en tus ojos? ¿Que soy tan débil que no puedo tirarte al suelo?

«Llegará un momento —pensó Jacen— en que responderemos a la última pregunta». Pero lanzó un suspiro y se tumbó sobre el musgo.

Vergere le sujetó la túnicapiel con ambas manos y bajó la cabeza para hacer un agujerito en ella con sus pequeños y afilados dientes. Amplió el agujero con las manos y le quitó el vendaje que llevaba debajo. Dobló el vendaje y le arrancó la costra infectada de la herida. Jacen la miraba inexpresivo, sin reaccionar a los bruscos gestos con que tocaba las costillas inflamadas.

Ella notó su mirada y le guiñó el ojo.

—El dolor significa poco para ti, ¿verdad?

—¿Después del Abrazo? —Jacen se encogió de hombros—. No lo ignoro, si es lo que quieres decir.

—Pero no te domina —dijo ella aprobadora—. Hay quien dice que los humanos son incapaces de superar su miedo al dolor.

—Puede que quien diga eso no conozca a muchos humanos.

—Y puede que sí. Pero no conocen a ninguno como tú.

Bajó la cabeza y cerró los ojos, sosteniendo el vendaje en la palma de una mano. Jacen la miró, asombrado, mientras ella lloraba.

Gemas líquidas se acumularon en la comisura de sus ojos y resbalaron por su morro, brillantes en el neblinoso crepúsculo verde. Las lágrimas de Vergere… Recordaba el pequeño frasco de lágrimas, y la repentina recuperación de Mará de la infección por esporas coomb que todo el mundo creía que acabaría con su vida.

Vergere se secó las lágrimas con el vendaje sucio y volvió a aplicarlo contra la herida de Jacen. El dolor desapareció.

—Sujétalo en su sitio —dijo ella, poniéndose a arrancar tiras del borde inferior de la túnicapiel, cuando Jacen puso la mano sobre el vendaje.

Jacen no pudo evitar levantar el vendaje. Tenía que verlo.

La inflamación había desaparecido. La piel que rodeaba su herida estaba rosada y sana, y la herida en sí goteaba sangre que parecía y olía normal, en vez del espeso líquido con peste a muerte que brotaba de ella desde hacía tantos días.

—¿Cómo…? —jadeó—. ¿Cómo puedes…?

—¿No te dije que lo mantuvieras en su sitio? —Vergere volvió a poner el vendaje sobre la herida con una palmada, y lo sujetó con las tiras que acababa de arrancar de la túnicapiel.

—Esas lágrimas… ¿Qué son? —preguntó Jacen, sobrecogido.

—Lo que yo quiera que sean.

—No lo entiendo.

—Te sería evidente si aún tuviera la Fuerza. Las hembras de mi especie tenemos glándulas lacrimales muy sofisticadas; hasta las ciegas a la Fuerza pueden… podían… alterar sus lágrimas para producir un amplio espectro de señales feronómicas e intoxicantes químicos para el uso de nuestros machos. Con la Fuerza mi control es muy preciso, y puedo hacer que la estructura molecular de mis lágrimas se ajuste a mis deseos, sea una cura sistémica para una infección por esporas coomb… o un potente antibiótico tópico con propiedades esteroides instantáneas.

—Uauh —dijo Jacen. El corazón se le llenó de pronto de esperanza—. Quiero decir, uauh. Vergere, crees que… Quiero decir, querrías… ¿Podría ya…?

Ella le miró fijamente.

—Pregunta.

—Hay tantos… —empezó—. Hay un esclavo… un bothano, Trask se llama, que se ha roto el tobillo. Fractura compuesta, y tiene septicemia. Tengo que cortarle el pie. Seguro que eso le mata igual. Pillon Miner, es humano, el primero en descubrir que los

pólipos de anfibastón de esa cueva están lo bastante maduros como para atacar. Peritonitis. Se muere. Tengo docenas de esclavos con cortes y heridas, la mayoría infectadas, y cada vez que un esclavo entra allí, es atacado por los anfibastones. Suerte que son inmaduros y aún no han desarrollado las glándulas venenosas, o ninguno de los esclavos habría sobrevivido. ¿Sabes esos brotes de ooglith de los montículos por los que has venido…? Dos de ellos se pegaron a una twi'leko por la espalda, pero tampoco están maduros, y carecen de las enzimas antibacterianas de los adultos, por lo que cuando los filamentos alimenticios entran por sus poros les pasan quién sabe qué gérmenes. Es ésa de allí… la que gime. No puedo hacer nada por ella. No creo que vea la mañana.

—Nada de lo que has dicho es una pegunta o una petición —Vergere pestañeó una vez, despacio, y luego otra vez—. Pregunta.

Jacen apretó los puños y volvió a abrirlos, colocando uno contra el vendaje que ella había sujetado contra sus costillas.

—Tus lágrimas, Vergere. Podrías salvar muchas vidas.

—Sí, podría.

—Por favor, Vergere. ¿Lo harás? —No.

—Por favor…

—No, Jacen Solo. No lo haré. ¿Por qué debería hacerlo? Son esclavos.

—Son personas…

Ella se encogió de hombros.

—Me has ayudado a mí —dijo Jacen, la desesperación y la rabia empezaron a notarse en su voz—. ¿Por qué haces esto por mí, y no por ellos?

—Por qué es una pregunta más profunda que su respuesta —se apoyó en el suelo musgoso. La cresta relajada y plana a lo largo del cráneo—. Dime, Jacen Solo, ¿qué diferencia una flor de un hierbajo?

—Vergere…

—Esto no es un acertijo. Lo que diferencia a una flor de un hierbajo es, siendo exactos, la decisión del jardinero.

—No soy un jardinero —dijo Jacen, conteniendo el genio. Se inclinó hacia ella, la sangre acudiendo a su rostro—. ¡Y esto no son hierbajos!

Ella se encogió de hombros.

—Nuestras dificultades vuelven a ser lingüísticas. Para mí, un jardinero es alguien que elige qué cultiva y qué desarraiga; que decide qué vidas deben acabar para que florezcan las vidas que él aprecia —bajó la cabeza como con timidez, o con vergüenza, suspirando, y abrió la mano en dirección a los caparazones sin cabeza de los escarabajos gancho—. ¿No es eso lo que has hecho tú?

Él mantuvo la mirada fija en ella, aferrándose a su ira.

—Eso son insectos, Vergere.

—Igual que la polilla sombra.

—Yo hablo de personas…

—¿Es que los escarabajos están menos vivos que el esclavo? ¿No es una vida una vida, sea cual sea la forma que tome? Jacen bajó la cabeza.

—No puedes obligarme a decir que hice mal. No hice mal. Ellos son seres inteligentes. Esto son insectos.

Ella emitió una risa que era como un campanilleo.

—No he dicho que estuviera mal, Jacen Solo. ¿Acaso soy una moralista? Sólo señalo que hiciste una elección de jardinero.

Jacen siempre había sido testarudo, y estaba lejos de rendirse.

—Tú eres el jardinero —musitó hoscamente, mirándose las manos—. Yo sólo soy uno de los hierbajos.

Ella posó la mano en su brazo, sus largos dedos flexibles eran cálidos y suaves, su tacto tan claramente amistoso, incluso afectuoso, que Jacen sintió por un momento que no le había abandonado su empatía en la Fuerza. Supo, sin ningún género de dudas, que Vergere no quería hacerle daño. Que se preocupaba por él y lamentaba su ira, su hostilidad y su sufrimiento.

«Pero eso no significa que esté de mi lado», se recordó.

—¿Cómo es que te has convertido en el droide médico de tu grupo de esclavos? —preguntó ella despacio—. ¿Cómo ha recaído eso en ti, de entre todos los trabajos que hacen los esclavos?

—No hay nadie más que pueda hacerlo.

—¿Nadie que pueda recolocar un hueso? ¿Nadie que pueda limpiar un corte? ¿Nadie que pueda arrancarle la cabeza a un escarabajo gancho?

Jacen se encogió de hombros.

—Nadie que pueda decirle al dhuryam que se vaya a tomar por una esclusa de aire.

—Ah —el translúcido párpado interno le cubrió los ojos—. ¿El dhuryam lo desaprueba?

—Digamos que hubo que convencerlo.

—¿Convencerlo?

—Sí.

Ella calló un largo rato. Podría estar esperando a que él se explicara, o intentando adivinar lo que él había hecho. O pensando en algo muy distinto.

—¿Y cómo te las arreglaste para convencerlo?

Jacen miró a través de ella y recordó su salvaje lucha privada contra la semilla esclavizadora y el dhuryam que la controlaba, un agónico día tras otro. Se preguntó cuánta parte de esa historia sería conocida por ella; estaba seguro de que tenía algún modo de tenerlo vigilado.

El dhuryam era una criatura inteligente y no tardó mucho tiempo en descubrir que no podría mover a Jacen con el dolor. Pero era testarudo por naturaleza, y estaba específicamente diseñado para mandar. No estaba acostumbrado a la desobediencia, ni inclinado a tolerarla.

Tras varios días de dolor puro y duro, el dhuryam aprovechó el crecimiento de la semilla esclavizadora para pasar más de una semana moviendo individualmente las extremidades de Jacen por control remoto, usando la semilla esclavizadora para producirle espasmos y calambres que lo obligasen a moverse, haciendo que se zarandeara y agitara como un holomonstruo controlado por un tablero lógico medio fundido.

El momento decisivo llegó cuando el dhuryam se dio cuenta de que había dedicado tanto esfuerzo y atención a su forcejeo con Jacen que estaba descuidando a los demás esclavos. Sus dominios en la Guardería estaban sumiéndose en la ruina, convirtiéndose en un erial entre los florecientes dominios de sus hermanos rivales. Comprendió que quebrar la voluntad de Jacen era una empresa costosa, un proyecto cuyo precio se contaba en trabajos sin hacer. Y no tardó en descubrir que Jacen podía ser de utilidad, incluso sin quebrar.

Jacen había dedicado cada respiro del dolor a cuidar de sus compañeros esclavos. No tenía verdaderos conocimientos médicos, pero su colección de formas de vida exóticas le había proporcionado conocimientos básicos dejexobiología, y sus aventuras con los otros jóvenes Jedi le habían permitido obtener un conocimiento práctico de la medicina en el campo de batalla.

Con el tiempo, el dhuryam pareció entender que los esclavos sanos trabajaban mejor, y sus dominios no tardaron en mejorar. Jacen había descubierto que el dhuryam le permitiría hacer prácticamente lo que quisiera siempre que eso contribuyera a sus intereses.

«Supongo que podría decirse —pensó Jacen—, que he enseñado al dhuryam que a veces los socios son más útiles que los esclavos».

Pero no dijo nada de esto.

No le debía ninguna respuesta a Vergere.

—Ya te lo dije antes —musitó con seguridad—. Puedes matarme, pero no hacerme obedecer.

Los párpados interiores de los ojos de ella volvieron a alzarse.

—Por eso eres una flor entre hierbajos, Jacen Solo.

El miró a la negrura sin fondo de sus ojos y desvió la mirada hacia los esclavos, demorándose en la vida vongformada de la Guardería y luego en sus propias manos, que se cerraron para formar puños de blancos nudillos. Volvió a relajarse, la miró y finalmente, después de todo, no encontró ningún motivo para no decirlo.

—Eres Sith, ¿verdad?

Ella se puso muy rígida.

—¿Lo soy?

—Sé algo del Lado Oscuro, Vergere. Toda esa porquería sobre flores y hierbajos… Sé lo que quieres decir en realidad. Quieres decir que crees estar por encima de los demás.

—Todo lo que te digo es una…

—Ahórratelo. Pierdes el tiempo. Jaina y yo fuimos secuestrados por la Academia Oscura. Intentaron que nos pasáramos al Lado Oscuro. No funcionó —pensó un momento en Jaina, en la oscuridad que sintió la última vez que la tocó a través de su lazo de gemelos. Sus manos volvieron a ser puños, y negó con la cabeza para alejar ese recuerdo. Repitió:— No funcionó Tampoco te funcionará a ti.

El primer gesto de Vergere fue una débil curva en la comisura de sus labios.

—¿Sith? ¿Jedi? ¿Son las únicas opciones que hay? ¿Luz u oscuridad, bien o mal? ¿Es que la Fuerza sólo es eso? ¿Cuál es la frontera donde la luz y la oscuridad proyectan sus formas y sombras? ¿Dónde está el terreno en el que se alzan el bien y el mal?

—Ahórratelo. He pasado demasiado tiempo haciéndome esas preguntas. Años. Nunca llevan a ninguna parte.

Los ojos de ella se iluminaron de alegría.

—Te han traído hasta aquí, ¿verdad? —hizo un gesto con la mano que abarcaba toda la Guardería—. ¿No es esto alguna parte?

Jacen negó con la cabeza, harto de esto. Se puso en pie.

—Las respuestas no revelan toda la verdad.

—¡Muy bien! —Vergere dio una palmada y se puso en pie de un salto como una marioneta movida por un resorte—. Muy bien, Jacen Solo. Las preguntas revelan más que las respuestas; ése es el principio de la sabiduría.

—De tu clase de sabiduría…

—¿Es que la hay de otra clase? ¿Acaso la verdad es tan variada como una manada de nerf? —parecía exultante, se estremeció como si luchara con las ganas de ponerse a bailar—. Aquí tienes una pregunta de otro tipo, más sencilla, una pregunta amistosa con una respuesta que no sólo es cierta, sino útil.

Jacen se levantó.

—No tengo tiempo para esto. Encenderán el sol en unos minutos.

Empezó a caminar hacia los esclavos dormidos. Había vendas que cambiar antes de que los esclavos empezaran las labores de la mañana.

Vergere se dirigió a su espalda.

—Si la Fuerza es vida, ¿cómo puede haber vida sin la Fuerza?

—¿Qué? —Jacen se detuvo y miró por encima del hombro—. ¿Qué?

—Naciste para ser jardinero. Recuerda esto: no sólo tienes derecho a elegir flores y no hierbajos, sino que es tu responsabilidad. ¿Cuáles son flores? ¿Cuáles son hierbajos? Tú decides.

—¿Qué?

El sol de la Guardería se encendió sobre ellos con un relámpago y un tronar. Jacen pestañeó, protegiéndose los ojos contra la llamarada repentina y Vergere ya estaba lejos para cuando pudo volver a ver, saltando de montículo en montículo por el marjal de los cangrejos vonduun.

Se la quedó mirando.

«Si la Fuerza es vida, ¿cómo puede haber vida sin la Fuerza?»

Continuó limpiando y cerrando heridas, componiendo fracturas y separando la carne infectada de la sana. El sol salió, el sol se puso. Algunos esclavos mejoraron. Algunos murieron, Todo el mundo siguió trabajando.

Los dominios del dhuryam florecían. Los árboles se entretejieron formando fantásticas estructuras envueltas en epífitos. La lustrosa hierba verde de las colinas más altas se agitaba bajo el atronador soplo que bombeaban por las venas de ventilación. A ojos de Jacen, parecía que las tierras de este dhuryam eran más sofisticadas y elegantes que las de sus vecinos; cuando las nieblas se separaron lo bastante como para ver el cuenco de tierra que tenía sobre la cabeza, le pareció de hecho que el dominio en que vivía era el más desarrollado de toda la Guardería. Pero era irónicamente consciente de que su opinión no tenía por qué ser objetiva, y que igual estaba apostando por el equipo de casa.

«Si la Fuerza es vida —le había dicho ella—, ¿cómo puede haber vida sin la Fuerza?»

Añoraba la Fuerza cada día, cada hora. Cada minuto. Era constante y dolorosamente consciente de la enorme ausencia que dejaba en su vida, la recordaba cada vez que hacía un torniquete, con cada gruñido o gemido de dolor que podía haber apaciguado con la Fuerza.

La recordó cuando tuvo que amputar el pie de Trask con un anfibastón que había atraído fuera de la cueva con mucho cuidado y esfuerzo, tras echar a su pólipo pedazos de un esclavo muerto para que mudara los anfibastones y éstos reptaron entre la hierba buscando terrenos fértiles en los que plantarse.

La recordó cuando el bothano murió delirando unos días después.

«Si la Fuerza es vida, ¿cómo puede haber vida sin la Fuerza?»

Le atormentaba esa pregunta. Latía en el fondo de su cabeza como un colmillo infectado. Vergere podía estar refiriéndose a su vida: ¿Cómo podía vivir él sin la Fuerza?

Por supuesto, la respuesta era que no podía. El no.

La Fuerza seguía allí.

Sólo que él no podía sentirla.

Anakin solía decir que la Fuerza era una herramienta, como un martillo. Si la Fuerza es un martillo, decidió Jacen, entonces él era un carpintero al que le habían cortado las manos. Ahora ni siquiera podía ver el martillo. No podía recordar el aspecto que tenía.

Pero…

«Si yo perteneciera a una especie que nunca hubiera tenido manos, no podría reconocer un martillo… y no le encontraría utilidad alguna, ni en el supuesto de que adivinase de algún modo para qué servía. Un martillo no tendría nada que ver conmigo».

«Como la Fuerza no tiene nada que ver con los yuuzhan vong».

Ésa era media respuesta… pero se le seguía resistiendo la otra mitad, seguía carcomiéndole.

Porque la Fuerza no era sólo una herramienta.

Si los yuuzhan vong existían al margen de ella, la Fuerza debía ser menos de lo que le habían enseñado que era. Menos de lo que sabía que era. Porque él sabía, con la firmeza de una roca, más allá de cualquier posible duda, que la Fuerza no era menos de lo que le habían enseñado. Era más.

Era todo.

Si la Fuerza sólo fuera vida, ¿cómo es que podía usarse para levantar una piedra, o un sable láser, o un caza Ala-X? Para mover algo con la Fuerza, hay que sentirlo antes. Una piedra tenía más presencia en la Fuerza que un yuuzhan vong vivo.

Le acuciaba ese misterio. Por suerte, tenía mucho tiempo para pensar en ello.

A medida que se sucedían los días, el dhuryam parecía adquirir cierta comprensión de lo que hacía Jacen, y, a través de la semilla esclavizadora, le enviaba punzadas ocasionales, pequeñas, casi afectuosas, más parecidas al pellizco de un compañero que al chasquido del jefe de esclavos, y Jacen descubrió que si se dejaba empujar por ellas encontraba, por ejemplo, una especie de musgo con propiedades inmunoestimulantes, o una secreción de cangrejo vonduun que era un antiséptico natural.

Casi como si el dhuryam intentase ayudar…

Poco a poco, durante esos días, su concepto del dhuryam cambió.

Durante amargas semanas lo había considerando un horrendo monstruo alienígena que llegaba al interior de su cuerpo mediante la semilla esclavizadora, arañando sus nervios con su tacto despreciable e inevitable, y ahora descubría que ya no sentía horror cuando bajaba la guardia al pensar en el dhuryam.

«Supongo que, con el tiempo, uno puede acostumbrarse a lo que sea», pensó.

Pero eso era algo más: había empezado a considerarlo otra forma de vida, una especie desconocida, peligrosa pero no forzosamente hostil. Tenía inteligencia, voluntad, intención; era capaz de ver que Jacen hacía más bien que mal, y parecía haber consentido en una relación laboral.

Si una especie que siempre ha sido ciega conoce a una especie que siempre ha sido sorda, ¿cómo se comunican? La respuesta era obvia para Jacen: tendrían que improvisar un lenguaje basado en un sentido que compartieran las dos.

El dolor de la semilla esclavizadora era una forma de comunicación, un lenguaje primitivo que Jacen empezaba a comprender poco a poco, pero aún no había aprendido a contestar.

«Si la Fuerza es vida, ¿cómo puede haber vida sin la Fuerza?»

La comprensión no le llegó en forma de revelación cegadora, sino poco a poco, con un discernimiento acumulativo, de forma que una tarde color acero, cuando miraba desde lo alto de una colina a la isla colmena-de los dhuryam, lo supo, y lo comprendió, y no se sorprendió ni se asombró ante ese nuevo conocimiento y comprensión.

Esto era lo que sabía y comprendía: la respuesta a los yuuzhan vong era la misma que para él.

No hay vida sin la Fuerza.

El ojo humano no percibe la energía electromagnética que existe fuera dé la pequeña banda de frecuencias llamadas luz visible, pero esas frecuencias existen aunque no pueda verlas. Los yuuzhan vong y sus creaciones deben estar en una parte de la Fuerza fuera de los sentidos de los Jedi. Nada más.

Jacen permaneció parado en lo alto de la colina, mirando a la isla de los dhuryam con su anillo de guerreros guardias y pensó: «Los yuuzhan vong no son los únicos que están en una parte de la Fuerza que no perciben los sentidos de los Jedi». «Yo también».

Siempre había tenido un don especial para hacer amigos entre otras especies. Solía llamarlo empatía, pero siempre había sido algo más que una emoción compartida…

Había sido un lenguaje improvisado que operaba mediante una parte de la Fuerza que los demás Jedi no parecían ser capaces de sentir.

Ese fogonazo de empatía que sintió de Vergere… Había creído que era algo que ella le había proyectado, algo que ella había hecho. ¿Y si no lo era? ¿Y si esa empatía procedía de una parte de la Fuerza a la que aún no podía acceder?

Parado en la colina, bajo la bola de fusión blanquiazul de mediodía, Jacen inició un ciclo de respiraciones que calmaría su mente para una concentración Jedi. Buscó en su interior, para sentir la presencia de la semilla esclavizadora que enlazaba al dhuryam con él… y a él con el dhuryam.

La sintió, enroscándose alrededor de sus nervios, como un animal alienígena que compartía su cuerpo.

«Hola, pequeño —dijo en su interior—. Seamos amigos».

La arañopantalla estaba parada sobre un chorro de nueve finas patas articuladas que se arqueaban hacia arriba desde su cuerpo central antes de curvarse hacia abajo para sostener su peso sobre fuertes patas con garras. De su cuerpo central colgaba un saco transparente lo bastante grande como para contener a un wookiee, lleno a rebosar de gelatina óptica. El cuerpo central también contenía el cerebro de la arañopantalla, que integraba señales telepáticas canalizadas desde varias de las semillas esclavas que controlaban a las criaturas de la Guardería.

Integraba todas esas señales en una imagen holográfica creada dentro del medio gelatinoso mediante la intersección de pulsaciones electromagnéticas de un puñado de glándulas situadas donde el saco de gelatina se unía al cuerpo en el que estaba su cerebro. Nom Anor estudió la imagen con cierta satisfacción, al igual que Vergere, acuclillada en el suelo de la cámara al otro lado de la arañopantalla.

Aunque no compartía el fanatismo doctrinario de, por ejemplo, Tsavong Lah, el Ejecutor debía admitir que había aspectos en que las criaturas bioformadas yuuzhan vong eran muy superiores a sus contrapartidas mecánicas de la Nueva República. Por ejemplo, la arañopantalla. Aunque no era muy inteligente, al menos entendía que su tarea consistía en mantener una imagen a tiempo real de la Guardería centrada en un sujeto específico, y

en seguir a ese sujeto donde fuera que fuese. Y eso lo hacía muy bien. El sujeto en cuestión era Jacen Solo.

Nom Anor se estiró para acariciar el cuerpo de la arañopantalla de un modo concreto, y hacer que la imagen de Jacen se encogiera, mostrando a la vista un escenario más amplio de la Guardería que lo rodeaba: los esclavos que trabajaban en la red de dominios que partía radialmente de la isla colmena de los dhuryam.

Jacen parecía estar entablillándole la muñeca a un esclavo que había tenido una caída, pero a Nom Anor le parecía que buena parte de su atención estaba centrada en la isla colmena que se veía en la distancia.

—¿Así que dices que el segundo paso se ha completado? ¿El dhuryam lo ha seducido con éxito?

—O él al dhuryam —Vergere se inclinó a un lado para mirarle a los ojos a través del matorral de patas de arañopantalla—. Eso da igual. Para crear un lazo empático, como ha hecho él, se necesita que los dos cedan en sus diferencias y se concentren en lo que tienen en común. Sí, el segundo paso se ha completado.

—Ya —Nom Anor se recostó y cruzó sobre el pecho sus largos y huesudos dedos—. Por el momento, Jacen Solo tiene un grado alarmante de libertad.

—La libertad siempre es alarmante —aceptó Vergere.

—Más alarmante es que ahora sea consciente de ella. Me pregunto si Tsavong Lah no se habrá confiado en exceso al aceptar esta fase del plan.

—¿No querrás decir que temes haberte confiado tú en exceso al proponerla? —dijo Vergere con una medio sonrisa maliciosa.

Nom Anor lo desechó con un gesto.

—Un cosa es darle espacio, y otra dárselo dentro de esta nave.

—¿Crees que podría poner en peligro esta nave? ¿Cómo?

—No lo sé —Nom Anor echó el cuerpo hacia delante, apoyando la barbilla en los nudillos mientras miraba a la gelatina óptica—. Si he sobrevivido tanto tiempo en esta guerra no ha sido por subestimar a los Jedi, y menos a la familia Solo. Estoy preocupado. Hasta la menor amenaza a esta nave resulta un riesgo excesivo.

No tenía que seguir. Vergere sabía que el material genético utilizado en la creación de la semillanave era irremplazable: muestras genéticas preservadas durante los incontables milenios del viaje intergaláctico de los yuuzhan vong a bordo de sus mundonaves, muestras conservadas de un mundo natal desaparecido hace tanto tiempo en el polvo de la historia que no había sobrevivido ni su nombre.

—Tranquilízate, Nom Anor. ¿No ha salido a la perfección cada paso dado hasta ahora? El frunció el ceño. —Desconfío de las victorias fáciles.

—Pero las victorias fáciles prueban el favor de los Dioses Verdaderos —dijo Vergere con ese canturreo irritante, un todo que podía o no ser intencionadamente burlón; Nom Anor aún no lo había decidido—. Desconfiar de la victoria apesta a blasfemia, por no mencionar que a ingratitud…

—Recuerda con quién hablas —el Ejecutor hizo una seña para que se fuera—. Déjame. Mantén tu vigilancia. Intensifícala, de hecho. Los días previos al sembrado son especialmente peligrosos. No corras riesgos.

—Como órdenes, Ejecutor.

Vergere lo favoreció con una reverencia milimétricamente correcta, y luego abrió el esfínter escotilla de la cámara y salió.

Nom Anor siguió su propio consejo a su propia manera, precavida, metódica. En cuanto Vergere se fue, envió un mensaje por villip al comandante de un destacamento especial de guerreros, especialmente entrenado para un momento como ése. Emitió una corta retahíla de órdenes.

Antes de que acabara el día, habría guerreros con enmascaradores ooglith infiltrados entre los esclavos de la Guardería. Se mantendrían lejos de Jacen Solo, ocultarían su presencia y esperarían.

Antes de la siembra habría más de un centenar.

Y, hasta entonces, Nom Anor tomó nota mental para hacer que se alimentara, cuidara y preparara su coralina ve para un despegue repentino.

No se, arriesgaría. Si había sobrevivido tanto tiempo en esta guerra no había sido por subestimar a los Jedi.

Cuando murió el devaroniano, Jacen pensó: «Vale, igual me he equivocado».

Se arrodilló al borde del lago colmena. A su alrededor gritaba una multitud de esclavos heridos, lesionados y enfermos que lo buscaba con manos y tentáculos y garras, y tiraba de su túnicapiel. La túnicapiel se había empapado en mucha sangre antes de que Jacen consiguiera hacer un torniquete en el muñón del brazo del devaroniano; la sangre con base de plata del devaroniano era negra como un carenado y olía a azufre quemado. Mediante la semilla esclavizadora de su pecho que lo enlazaba con el dhuryam pudo percibir débilmente la primitiva delicia de la túnicapiel ante el inusual sabor de la sangre.

A medida que habían ido pasando las semanas, Jacen y el dhuryam fueron aprendiendo a comunicarse con más precisión por intermedio de la semilla esclavizadora. Quizá fuera porque el dhuryam, como su primo el yammosk, era innatamente telepático y podía comunicarse de forma limitada hasta con humanos, o quizá porque Jacen tenía una larga, larga experiencia con la comunicación empática y telepática. O quizá fuera porque la red de zarcillos de la semilla esclavizadora se había entrelazado tan íntimamente con el sistema nervioso de Jacen que prácticamente era parte de su cerebro. A Jacen no le importaban las explicaciones.

Sólo los resultados contaban.

Ahora podía usar emociones e imágenes para intercambiar información con el dhuryam. Combinando las dos, habían desarrollado un vocabulario mutuo bastante amplio, pero su conexión había ido mucho más allá de eso. A medida que profundizaba en su lazo con el dhuryam, Jacen descubrió que si se concentraba podía conectar con los sentidos del dhuryam y ser consciente de las diferentes formas de vida de la Guardería, así como del mismo dhuryam.

Para llegar hasta el moribundo devaroniano, había tenido que abrirse paso a través de una turba de esclavos que gritaba, lloraba y forcejeaba. Centenares de ellos se habían concentrado cerca del lago colmena, esperando que Jacen se ocupara de sus heridas o enfermedades. Muchos de esos esclavos pertenecían a otros dhuryam que los habían enviado allí azotándolos mediante sus semillas esclavizadoras con un dolor agónico que les quemaba los nervios. Aunque los otros dhuryam habían intentado desarrollar médicos por su cuenta, no encontraban ni podían crear otros sanadores con la habilidad de Jacen. Su lazo empático con la semilla esclavizadora le permitía emplear las conexiones telepáticas del dhuryam para sentir la gravedad de heridas y enfermedades y lesiones internas, y tratarlas con una eficiencia que habría asombrado a un meditécnico entrenado.

Al principio, su propio dhuryam intentó impedir que tratase a los esclavos de sus hermanos rivales, y durante casi todo un día volvieron a su guerra de dolor insoportable contra voluntad inquebrantable. Y durante todo ese tiempo, Jacen no paró de oír en su mente la voz de Vergere.

«¿Cuáles son las flores? ¿Cuáles son los hierbajos? —había dicho—. Tú eliges».

Había elegido.

Ningún sufrimiento causado por una orden del dhuryam le haría cambiar su elección. «Aquí no hay hierbajos».

Cada esclavo era una flor. Cada vida era preciosa. Emplearía hasta el último erg de sus energías para salvarlos a todos. «Aquí no hay hierbajos».

Había creado un centro de asistencia junto a la orilla del lago que rodeaba la isla colmena de los dhuryam. Dado que los dominios partían del lago de forma radial, ése era el lugar donde los esclavos de dominios rivales podían encontrarlo atravesando la menor cantidad de territorio enemigo. Su propio dhuryam había colaborado con él hasta el punto de proporcionarle la ayuda ocasional de algunos de sus esclavos, para recoger musgos y hierbas medicinales, suministros o escarabajos gancho, y túnicapieles jóvenes que pudieran utilizarse para vendajes.

El devaroniano había sido uno de esos ayudantes temporales. Jacen lo había enviado colina arriba a por un puñado de hierbas gramíneas que crecían en una colina cercana; sus granos molidos muy fino eran un excelente coagulante ligeramente antibiótico. El devaroniano inclinó ligeramente los vestigios de cuerno de su cabeza, formó una sonrisa llena de dientes afilados como agujas y se puso en marcha sin necesitar ningún acicate del dhuryam.

Antes de que pudiera volver, la multitud de heridos ya se había convertido en una turba. Se iniciaron luchas de empujones a medida que los dhuryam rivales enfrentaban a sus esclavos heridos, y alguna de esas luchas a empujones se habían vuelto violentas antes de que Jacen pudiese intervenir. El devaroniano había quedado atrapado en uno de esos conflictos, y lo único que consiguieron todos sus siseos y exhibiciones amenazadoras de dientes afilados había sido verse empujado hacia los márgenes de la turba. No podía contraatacar sin soltar el matojo de hierbas que Jacen le había enviado a recoger, y los dos cuernos romos que se curvaban desde su frente estaban lejos de resultar

intimidadores. Había intentado bordear la turba por la orilla del lago, ya que el anillo de yuuzhan vong allí apostados impedía a la turba extenderse en esa dirección.

Eso era lo que lo había matado.

Jacen no sabía si el devaroniano había tropezado, o resbalado en las piedras planas cubiertas de porquería del fondo del lago, o su alguien de la multitud lo había derribado o empujado intencionadamente. Sólo sabía que el devaroniano se había acercado demasiado al anillo de guerreros.

Había oído el ladrido cortante de un guerrero dando una orden en el borde del lago, y alzado la cabeza a tiempo de ver una hoja de anfibastón arrancando un chorro de resplandeciente sangre negra. Jacen había empujado y apartado y luchado para abrirse paso entre la turba para encontrarse con el devaroniano caído de espaldas, rodeado por las hierbas que llevaba, sujetándose con una mano el muñón de la otra.

Jacen había hecho todo lo que pudo, que no era mucho. El devaroniano había entrado en shock mucho antes de que pudiera hacerle un torniquete en el muñón, y la muerte había acaecido sólo uno o dos minutos después. Jacen había tenido tiempo para estudiar su rostro, la piel desoladamente pálida, la fila de dientes aguzados tras gruesos y correosos labios, los pequeños cuernos de la frente que se curvaban en anillos de crecimiento que Jacen no podía contar con las yemas de los dedos. Había tenido tiempo de mirarle a los vividos ojos rojos y leer en ellos una tristeza desconcertada ante esa muerte arbitraria, inútil y vacía que lo reclamaba.

Fue entonces cuando Jacen pensó: «Vale, igual me he equivocado».

Puede que, al final, sí que hubiera hierbajos.

Alzó la cabeza y miró a un hierbajo a los ojos.

El guerrero, que había matado al devaroniano le devolvió la mirada, impasible, empuñando el anfibastón manchado de negro.

«¿Cuáles son flores? ¿Cuáles son hierbajos? No sólo tienes derecho a elegir flores y no hierbajos, sino que es tu responsabilidad».

Las palabras de Vergere le parecieron certeras. Pero dudaba que la verdad que encontraba en ellas fuera la verdad que ella pretendía comunicarle. Descubrió que no le importaba lo que pretendiera ella. Había elegido. Se levantó, inexpresivo, y le dio la espalda al guerrero, internándose entre la turba.

Había decidido quienes eran los hierbajos. «¿Quieres jardinería? —pensó con gélida claridad—. Tú espera y verás. Te voy a enseñar lo que es jardinería. Tú espera y verás».

Capítulo 4

La voluntad de los Dioses

Un mundo desértico y castigado orbitaba una chispa blanquiazul de fuego de fusión.

Ese mundo había visto el alzamiento y caída de una nación tras otra, de simples estados provinciales a confederaciones planetarias a imperios interestelares y repúblicas galácticas. Había sido escenario de un millón de batallas, desde simples escaramuzas en su superficie a la destrucción de civilizaciones enteras. Se había visto asolado por la guerra y la reconstrucción hasta que su entorno medioambiental sólo pudo sobrevivir bajó los estériles casquetes polares; fue el mundo más artificial de una cultura galáctica dedicada al artificio. El planeta entero se convirtió en una máquina.

Eso iba a cambiar.

Sus nuevos dueños empezaron robándole las lunas.

Las tres lunas más pequeñas fueron arrancadas de su órbita y alejadas de allí por motores gravitacionales de dovin basal, mientras la más grande era pulverizada por tensiones sísmicas creadas por la pulsación de otros dovin basal dirigidos por yammosk. Una aplicación refinada de técnicas similares organizó la masa resultante de polvo y grava y grumos de magma endurecido en un espeso y creciente disco anillado que rotaba alrededor del planeta en un ángulo de diecisiete grados respecto a la eclíptica.

Aunque muy impresionante en sí, esto sólo era el prólogo.

En la superficie del planeta se criaron dovin basal.

El efecto de la gravedad podría describirse topográficamente como una alteración en la curvatura del espacio-tiempo. Los dovin basal de la superficie del planeta alteraron la curva del espacio-tiempo local de tal modo que la dirección de la órbita del planeta se volvió, a grandes rasgos, cuesta arriba.

El planeta giro más lento. Al reducir su velocidad, se desplazó hacia el interior, hacia su sol.

Se volvió más cálido.

En su larga caída hacia el sol, el planeta sufrió un bombardeo de pequeños meteoros, de tamaño cuidadosamente medido y con un ángulo de entrada en la atmósfera calculado con precisión para que alcanzaran la temperatura media suficiente para vaporizar el mineral primario sin descomponerlo en sus moléculas constituyentes de hidrógeno y oxígeno. El material primario de esos pequeños meteoros sólo era mineral en el oscuro frío del espacio interplanetario; para cuando alcanzó la superficie que se estaba calentando ya había perdido su estructura cristalina y sólo era agua.

Por-primera vez en mil años, una lluvia natural cayó sobre la superficie del planeta.

Una vez el planeta se estabilizó en su nueva órbita, los dovin basal reposaron y el espacio volvió a su topografía acostumbrada. Las tres lunas restantes fueron devueltas a órbitas nuevas y más complejas, cuyos efectos sísmicos acabarían por trenzar el estriado disco de escombros que rodeaba el planeta en un permanente puente celestial que era como un encaje irisado.

Para cuando la semillanave volvió al espacio normal y se dirigió hacia una intercepción orbital, el planeta ya imitaba en su longitud orbital, rotación, lunas y anillos, el mundo natal yuuzhan vong perdido eones antes.

Sólo quedaba rehacer la superficie y llevar vida a los restos destruidos de lo que una vez fue una única ciudad que ocupaba el planeta entero, para que pudiera crecer y ponerse a la altura del nombre que tendría. Yuuzhan'tar, Cuna de Dios.

Coruscant estaba listo para la siembra.

En la Guardería era el tizo'pil Yun'tchilat: el día de comprender la voluntad de los Dioses. En las pocas horas previas a la siembra, equipos de cuidadores se dispersaban por los dominios de los dhuryam, midiendo, calculando, indexando y evaluando. Cada equipo de cuidadores iba acompañado de una brigada de guerreros altos y delgados, fuertemente armados, empuñando sus armas con ojos brillantes que examinaban incesantemente sus alrededores, moviéndose con el aire amenazador y siniestro de reek en época de celo.

Cuatro brigadas protegían el shreeyam'tiz, una pequeña subespecie especializada de yammosk, del tamaño de un deslizador, que sólo existía para emitir una potente señal de interferencia en la banda telepática de yammosk y dhuryam. Las brigadas habían llevado a la Guardería el cuerpo de barril del shreeyam'tiz dentro de un enorme cuenco lleno con líquidos nutrientes. Era el primer acto del tizo'pil Yun'tchilat, y todos los dhuryam sabían que ese era el día en que se decidía si vivían o morían. El shreeyam'tiz garantizaba que ninguno de los dhuryam usara a sus esclavos para un acto desesperado de sabotaje o autodefensa.

Las semillas esclavizadoras llevaban un seguro incorporado: cuando se interrumpía el contacto telepático con el dhuryam, inmovilizaban al esclavo empujándolo implacablemente a ir con su padre, el coraliarbol basal del que se había recogido la semilla. Los esclavos gatearon entre gritos de inexplicable agonía en dirección al coraliarbol basal de cada dominio. Sólo el contacto físico con el árbol podía calmar el dolor de un esclavo, y hasta enfermos y heridos se arrastraron aullando sobre rocas y a través de pantanos. Esto organizaba a los esclavos en pequeños grupos, quitándolos de en medio hasta que pudiera disponerse de ellos del modo más conveniente.

A los esclavos no les importaba qué ganase uno u otro dhuryam. No se suponía que fueran a vivir lo bastante como para descubrir cuál sería.

Nom Anor miró fijamente la imagen en el saco de gelatina óptica de la arañopantalla.

—¿Por qué no hace algo?

Vergere se encogió líquidamente de hombros y se inclinó a un lado para obtener una mejor visión a través del matorral de patas de la arañopantalla.

—Está haciendo algo. Pero no lo que esperabas.

—La sabe, ¿verdad? ¿Sabe que se matará a los esclavos?

—Lo sabe.

La imagen de la gelatina óptica era poco más que una sombra en una niebla crepuscular. El shreeyam'tiz bloqueaba la conexión con la imagen de la arañopantalla como bloqueaba el control de los dhuryam; para mantener la imagen de Jacen Solo tenía que generar una forma sombra a partir de la recepción de las máculas que ya no le concierna el destino de los esclavos.

—No me lo creo —gruñó Nom Anor—. No lo creeré ni por un nanoblip. No conoces a esos Jedi como los conozco yo.

—Puede que no —la cresta de Vergere se abrió en abanico con un suave verde de diversión—. ¿Quién los conoce?

De pronto, Nom Anor metió la mano en un hueco de la pared en forma de burbuja del tamaño de una cabeza, situado junto a su rodilla, y sacó un villip.

—Hay un esclavo en la cueva de los anfibastones —dijo dirigiéndose a él—. Cogedlo. Atadlo y llevadlo a mi coralinave.

El villip susurró la respuesta del comandante de los guerreros de Nom Anor con enmascaradores ooglith.

—Oigo g obedezco, Ejecutor.

—No fracases en esto si valoras los huesos de tu padre. Ese esclavo es un infiltrado Jedi al que no se debe permitir que interrumpa el tizo'pit Yun'tchilat.

—¿Y si se resiste…?

—Preferiría que viviera, pero no lo requiero. No me arriesgaré a que la semillanave sufra daños. Minimiza cualquier posible alteración.

—Oigo y obedezco, Ejecutor.

Nom Anor ordenó al villip que revirtiera a su forma original.

—Bueno —se volvió hacia Vergere—. Como dices, nuestro Proyecto Solo progresa muy bien. La Guardería ha cumplido con su objetivo. De todos modos, habría que sacarlo de allí antes de las ejecuciones; es preferirle cogerlo ahora, no sea que aún albergue alguna ilusión de heroísmo. La ceremonia debe continuar sin riesgo de interferencias. Ya deberías estar planeando la siguiente fase de su entrenamiento; querrás continuar con ello en cuanto esté a salvo a bordo de mi coralinave.

—Mi pueblo tiene un refrán —dijo Vergere con aire meditativo— sobre contar mosquiluces cuando sólo se tiene gusanos.

—¿Qué? —repuso Nom Anor con el ceño fruncido—. ¿Qué significa eso?

—Creo… —señaló con la cabeza el saco de imagen de la arañopantalla—… que estás a punto de descubrirlo.

Jacen está parado en la cueva de los anfibastones, vigilando. La semilla esclavizadora hace correr fuego por todos los nervios de su cuerpo, chisporroteando órdenes para que huya, se arrastre y corra hacia el coraliarbol basal situado a sólo treinta metros de él.

Es un fuego que le quema, pero no le consume. El fuego es un alambique que destila en un solo instante todo lo que es, lo que ha sido y lo que será; el fuego ha consumido el tiempo, tal y como hizo antes la blancura.

Todo el tiempo de Jacen se ha convertido en un único ahora, y el fuego de su interior alimenta sus energías.

Lejos de las sombras de la cueva, bajo la luz blanquiazulada del eterno mediodía de la Guardería, cuatro esclavos se apartan del coraliarbol basal más cercano, permitiendo que sus manos se separen de sus frondas. Lo hacen de forma casual, eficiente, sin prisa pero sin malgastar movimientos, y miran hacia la cueva de los anfibastones, hacia la profunda sombra en que está Jacen.

No parecen sentir dolor alguno.

Jacen sabe que se debe a que, en realidad, no son esclavos.

Se pregunta fugazmente si Anakin se sentiría así: calmado. Preparado. Contemplando el precio que va a pagar, y decidiendo que le había tocado una ganga.

A la luz del mediodía blanquiazul, los cuatro esclavos se presionan un lateral de la nariz y los enmascaradores ooglith que llevan se separan de su rostro, desenterrando filamentos de sus poros y dejando manchas de gotas de sangre que parecen de sudor. Los enmascaradores se estremecen y se deslizan por los guerreros desenmascarados, para luego arrastrarse y desaparecer en la hierba.

Los guerreros se dirigen hacia la cueva de los anfibastones.

Jacen cierra los ojos, y por un segundo se encuentra con su familia: la mano de su padre le revuelve el pelo, siente el brazo cálido de su madre rodeándole los hombros, Jaina y Lowie rezongan y Eme Tedé hace un comentario sarcástico mientras Jacen vuelve a intentar contarle un chiste a Tenle Ka…

Pero no está Chewbacca.

Anakin tampoco.

Los cuatro guerreros se detienen a la entrada de la cueva. Anfibastones jóvenes azotan amenazadores el aire, y las bocasuelos de los pólipos se abren, anticipando en silencio una lluvia de carne y sangre. Un guerrero grita en un Básico gutural y áspero.

—¡Sal de ahí, esclavo Jeedai!

La única respuesta de Jacen es abrir los ojos.

—¡Esclavo Jeedai! ¡Sal de ahí dentro!

No llevan armadura; los únicos cangrejos vonduun a su alcance son los silvestres que infestan el marjal que hay más allá del coraliarbol basal, que salen por la noche para

alimentarse con los pólipos del borde de la cueva. Los guerreros sin armadura no pueden sobrevivir ni unos segundos al siseante azote de los anfibastones jóvenes.

Jacen ajusta su pose, organizando sus pensamientos y su respiración con una meditación Jedi que le permite llegar a su interior, más allá del dolor abrasador de la semilla esclavizadora, hasta recuerdos tan vividos que son como soñar despierto.

Los guerreros completamente armados que protegen al shreeyam'tiz empiezan a notar que pasa algo. Algunos se mueven deliberadamente hacia la cueva de anfibastones, y los que rodean el estanque colmena se agitan inquietos y empuñan las armas.

—¡Esclavo Jeedai! ¡Como nos hagas entrar será peor para ti!

Jacen está ahora profundamente sumido en meditación; puede sentir el zumbido de las hormonas emotivas corriendo por el cerebro rudimentario de los pólipos de anfibastón que lo rodean. Saborea su sed sangre como un bocado de sangre cruda.

El guerrero se vuelve y ladra una orden en la lengua de los yuuzhan vong. Otros dos esclavos falsos se apartan de un coraliarbol basal y permiten que sus enmascaradores ooglith bajen reptando por sus piernas. Los guerreros recién revelados cogen a un verdadero esclavo, y uno lo sujeta mientras el otro le aplasta la garganta con un golpe del canto de la mano. Se apartan y dejan que el esclavo caiga al suelo, mirando indiferentes como se retuerce en el suelo, asfixiándose hasta morir.

—¡Esclavo Jeedai Sal de ahí o morirá otro! Y luego otro, y otro, hasta que al final sólo quedes tú. Salva sus vidas, Jeedai. ¡Sal fuera!

Ahora el sueño despierto que es la meditación de Jacen se entremezcla con el recuerdo de otro sueño, un sueño real, un sueño en la Fuerza tan vivido que aún puede oler los coralitas, aún puede ver los rostros escarificados de los guardias y el cuerpo de los esclavos mutilado por el coral, un sueño que tuvo dos años antes, en Belkadan.

Un sueño en que liberaba a los eslavos de los yuuzhan vong.

Qué asombrado se sintió, qué estafado, cuando ese sueño no se hizo realidad. Cuando su intento de hacer realidad su promesa acabó en desastre, en sangre, muerte y tortura, se sintió como si la Fuerza lo hubiera traicionado.

Ahora ve que no había sido traicionado. Sólo había sido impaciente.

—¡Esclavo Jeedai! ¡Sal de ahí! Jacen suspiró y salió de la meditación.

—De acuerdo —dice en voz baja, con algo de tristeza—. Si insistís.

Su sombra inmóvil se convierte en una sombra en movimiento que se mueve sin ruido por la cueva de pólipos sedientos de sangre. Se detiene en la penumbra, al borde del mediodía blanquiazul.

—Aquí estoy.

—Más —ordena el guerrero—. Muévete fuera de la cueva. Jacen abre sus manos vacías. —Oblígame.

El guerrero vuelve la cabeza una fracción hacia sus compañeros.

—Matad a otro.

—Tú no eres un guerrero —dice Jacen.

Los tres compañeros del guerrero se dan codazos excitados. La cabeza del jefe se vuelve como atraída por un rayo tractor.

—¿Qué?

—Los guerreros ganan batallas sin matar a los débiles —la voz de Jacen gotea ácido desdén—. Eres como todos los yuuzhan vong, que sólo luchan contra los indefensos. Eres un cobarde de una especie de cobardes.

El guerrero avanza hacia él. En sus ojos amarillos hay un brillo enloquecido, animal.

—¿Me llamas cobarde? ¿Tú? ¿Tú, balbuceante mocoso Jeedai? ¿Tú, tembloroso brenzlit, que se escondes en la sombra de tu cueva? ¿Tú, esclavo?

—Este brenzlit Jeedai y esclavo —dijo Jacen claramente, clínicamente—, escupe sobre los huesos de tu abuelo.

El guerrero salta, con dedos engarriados que buscan arrancarle los ojos de la cara. Jacen suspira cansinamente y cede ante el empuje del guerrero, cayendo de espaldas al tiempo que le coge suavemente las alargadas muñecas y planta un pie en la boca de su estómago para proyectarlo hacia atrás. Jacen rueda y extiende la pierna, y el guerrero agita indefenso los brazos al caer en la tormenta de navajas de los anfibastones.

Jacen se detiene un momento en la repentina lluvia de sangre y trozos de carne yuuzhan vong. Vuelve la cabeza para ver a los anfibastones arrancar pedazos del cadáver del guerrero hacia la abertura salivante de las bocasuelos de los pólipos.

Entonces se levanta y mira a los tres que quedan.

—¿Y bien?

Ellos intercambian miradas inseguras. Detrás de Jacen, los pólipos sorben y gorgotean, y los anfibastones se revuelven hambrientos.

Los guerreros no se mueven y gritan en su propia lengua.

En respuesta, dos de las brigadas que protegen el shreeyam'tiz se mueven pesadamente hacia ellos, llevando armadura completa de cangrejo vonduun y empuñando anfibastones propios. El caparazón de cangrejo vonduun puede detener un sable láser, incluso resistir el filo de diámetro atómico de una hoja de anfibastón. Uno de los tres que estaban cerca le enseña los dientes a Jacen: largos y afilados como agujas, curvados hacia dentro como los de un depredador.

—Nal'tikkin Jeedai hr'zlat sor trizmek sh'makk —escupe—. Tyrokkjan trizmek, Jeedai.

Jacen no necesita hablar su lengua para entenderlo: ningún truco de luchador ayudará a un único hombre desarmado contra dos escuadras de guerreros, sea o no un Jedi.

El guerrero le aconseja que se prepare para morir.

Jacen sonríe. Es una sonrisa triste, melancólica, resignada. Asiente.

En una parte de su mente, lejos del dolor y de la sangre y del fuerte brillo blanquiazul, puede sentir la siniestra satisfacción de los pólipos de anfibastón que tiene a su espalda mientras digieren rápida, casi instantáneamente, al guerrero caído. Siente su resplandeciente anticipación, y su estremecimiento liberador cuando usan la carne del guerrero para darse fuerzas con las que reproducirse.

Los pólipos de anfibastón se reproducen de forma asexuada; los propios anfibastones se convierten en retoños del pólipo que se liberan de sus nódulos para reptar en busca del terreno adecuado en el que echar raíces e iniciar su transformación en pólipos.

Jacen emplea su conexión empática para recomendarles un terreno.

Los anfibastones confían en su amigo y aceptan su consejo.

Él extiende los brazos. Los guerreros sólo pueden mirar boquiabiertos a los anfibastones que caen como hojas de los pólipos que hay detrás de él, mirar cómo se alejan de los nudosos troncos de los pólipos y reptan por la hierba, para enrollarse alrededor de los tobillos de Jacen y trepar por su cuerpo como lianas envolviendo un ídolo olvidado en la jungla. Se enroscan alrededor de piernas, caderas, pecho, alrededor de sus brazos y tapándole el cuello, curvándose para abrazar hasta su cráneo. Las dos escuadras de guerreros armados aminoran el paso inseguras, no sabiendo cómo atacar.

Porque el cangrejo vonduun no es la única criatura que puede resistir el corte de una hoja de anfibastón.

Jacen une las manos ante él y ofrece los guerreros una solemne reverencia. Cuando separa las manos, por cada una de ellas se desliza un anfibastón maduro lleno de veneno, asumiendo forma de hoja y de porra. Al igual que cada uno de los diecisiete anfibastones que componen su armadura.

—Quiero que conozcáis a unos amigos míos —dice Jacen.

Nom Anor arrojó su gusanosaco al otro lado de la cámara. Este se estrelló contra la pared salpicándolo todo y resbaló hasta el suelo, donde emitió un pequeño y sibilante suspiro, y murió. Nom Anor recuperó el autocontrol, y se secó con el dorso de la muñeca la boca sin labios.

—Entonces se acabó —musitó siniestramente—. Hemos fracasado. Has fracasado —corrigió, preguntándose si podría alejarse en su coralinave lo suficiente como para escapar a la ira de Tsavong Lah ante este nuevo desastre, preguntándose si podría rendirse a la Nueva República, si habría algún modo de convencer a los Jedi supervivientes para que no lo mataran nada más verlo. Aún conocía muchos secretos, secretos valiosos…

Vergere interrumpió sus especulaciones.

—Ejecutor, deja que vaya hasta él.

—En absoluto. No puedo permitirte que vayas allí en pleno tizo'pil Yun'tchilat, criatura imprudente. ¿Has olvidado que el Proyecto Solo es secreto? ¿Cómo va a seguir siendo secreto si vas a la Guardería a salvar su pellejo inútil?

—No es inútil, Ejecutor. Como te he dicho antes, Jacen ha hecho grandes progresos en su educación. Aunque admito que ahora mismo podría mejorarse.

—¿Podría mejorarse? —Nom Anor agitó la muñeca hacia el saco óptico de la arañopantalla, donde se armaba la difusa silueta de Jacen Solo—. ¡No ha aprendido nada!

Está a punto de arrojar su vida por la borda en una batalla fútil. ¡Por simples esclavos! ¡Es tan débil como cualquier otro Jedi, más débil aún!

—No es un Jedi —replicó Vergere imperturbable—. Y no es su vida lo que me preocupa.

—¿Estás loca? —Nom Anor se paseaba pisoteando con fuerza alrededor de la arañopantalla, que bailaba nerviosa para mantener las patas alejadas de las botas estilo humano del Ejecutor—. ¡No puede ganar esa batalla! ¿Cómo va a poder enfrentarse a dos escuadras? Ni aunque vuelva a esconderse en la cueva…

—Ganar —dijo Vergere, con su cresta abriéndose en un abanico de solemne gris taladradora— no es lo mismo que luchar. Mira.

La sombra desapareció de repente, y la imagen del saco óptico se alteró y parpadeó líquidamente mientras la arañopantalla buscaba nuevas fuentes visuales.

—¿Qué pasa? —preguntó Nom Anor inútilmente—. ¿Ha huido? ¿Está huyendo como el mocoso Jedi derrotado que ha sido siempre?

—Ejecutor —sus dedos rodearon el codo de él con fuerza asombrosa—. Jacen Solo ya no tiene la Fuerza, pero ésa no es su única arma. Es un guerrero nato, el primogénito y heredero de un largo linaje de guerreros. Se ha entrenado en las artes del combate desde su nacimiento. Se le ha puesto a prueba y se le ha castigado, se ha manchado de sangre en combate y…

—No es más que un niño —Nom Anor se la quedó mirando—. ¿Has perdido el seso? Conozco a ese niño. Los humanos no honran los linajes guerreros. Su linaje no significa nada. El no es nada.

Vergere habló sin el menor atisbo de ironía.

—Voy a decirte una cosa. Es el más grande de todos los Jedi, aunque ni él ni ellos lo sepan todavía. Jacen Solo es el sueño Jedi encarnado. Incluso sin la Fuerza, es más peligroso de lo que podrías llegar a imaginar. Debes dejarme ir hasta él. Hay que detenerlo.

—¿Detenerlo para que no haga qué? ¿Ensuciarse en la túnicapiel mientras huye?

—Para que no acabe con el tizo'pil Yun'tchilat. Y muy probablemente para que no acabe con la misma semillanave.

Nom Anor se quedó con la boca abierta, pero sólo un débil siseo brotaba de ella. La tranquila seguridad que veía en los ojos de Vergere le había callado con tanta efectividad como un golpe en la garganta. Parecía incapaz de recuperar el aliento.

—¿Destruir la nave? —consiguió jadear al fin.

—¿Es que no lo entiendes, Ejecutor? No está huyendo.

Hizo un gesto hacia el saco de la arañopantalla, que había recuperado imagen suficiente como para mostrar a una figura solitaria corriendo hacia las tormentosas nubes que eran las escuadras de guerreros.

—Está atacando —dijo Vergere.

Capítulo 5

La siembra

Jacen Solo se lanza al combate. Mientras corre forma una imagen en su mente. El anfibastón que empuña se adecúa a esa imagen, enroscándose en su antebrazo más de la mitad de su longitud. Una pulsación interna de sus glándulas energéticas genera un campo de energía que vuelve rígida su estructura celular semicristalina, atrapándola en una forma: que se extiende un metro desde el puño derecho de Jacen, formando una hoja cortante con una anchura de dos manos. El mismo campo que ha vuelto rígido al anfibastón se extiende una fracción de milímetro más allá de la hoja en sí, con un grosor no superior a un diámetro atómico.

Por eso cuando uno de los guerreros desarmados le bloquea el paso a Jacen de un salto, alargando las manos para cogerlo, la hoja atraviesa carne y hueso con apenas un susurro de resistencia. Un brazo gira perezosamente en el aire, chorreando gotas de sangre; una pierna se derrumba lateralmente, contrayéndose espasmódicamente en la hierba. Jacen ni siquiera reduce el paso.

Los dos restantes guerreros desarmados deciden dejarlo para sus camaradas mejor equipados. Insectos explosivos zumban en el aire a su alrededor, pero las máculas oculares de los anfibastones que envuelven el cuerpo de Jacen pueden ver en el infrarrojo y son sensibles al movimiento, y él puede integrar sus reacciones empáticas en un campo de percepción, no muy diferente a la Fuerza en sí, que lo envuelve por completo, y se ha entrenado durante años para esquivar ataques apenas percibidos. El prado que pisa florece con detonaciones escarlatas cuando esquiva, salta y rueda, para ponerse luego en pie y seguir corriendo.

Docenas de insectos explosivos vuelan hacia él, siguiéndolo como misiles de impacto mientras corre hacia las escuadras de guerreros fuertemente armados que se dirigen hacia él. El más cercano le ataca usando el anfibastón como si fuera una pica energética. Jacen se zambulle por debajo de la punta, rueda hacia delante sobre el hombro y clava la arma desde abajo; la hoja entra en el cuerpo del guerrero allí donde se juntan muslo y pelvis. Los insectos explosivos que le persiguen detonan en grupo, lanzando a los guerreros por todas partes como si fueran soldados de juguete barridos por la mano invisible de un niño gigante, mientras el impulso que lleva le permite completar el giro y acabar parado sobre una rodilla y hundir la hoja hacia arriba, a través de la ingle, las entrañas y el pecho de otro guerrero.

Sólo los campos de energía como el suyo pueden detener el filo de un anfibastón; los caparazones de cangrejo vonduun son de cristal intrincadamente estructurado, reforzado por un campo generado por glándulas energéticas muy similares a las del mismo anfibastón. Pero ese campo sólo protege al caparazón, y los cangrejos vonduun son blandos bajo el caparazón, por lo que una vez la hoja de Jacen corta por dentro el cable del campo nervioso, la armadura bien podría estar hecha de mantequilla de bantha.

Una detonación múltiple de insectos explosivos golpea a otro guerrero arrojándolo hacia delante, y la hoja de Jacen le corta la columna vertebral y la armadura, que explota por la espalda con un surtidor de tripas, pero también le corta la bandolera de insectos explosivos. Jacen la coge mientras rueda hacia atrás dejándose llevar por el impacto, liberándose con una patada del espasmódico cadáver. Un instante después vuelve a estar de pie, corriendo, tambaleándose, tropezando, ensordecido y medio atontado por las explosiones. Detrás de él, las escuadras de guerreros se separan y reagrupan. Las ignora.

Toda su atención, toda su concentración, toda su voluntad, está concentrada en la bandolera de insectos explosivos que lleva en la mano.

La bandolera sangra por los extremos cortados; se muere, sólo desea poder soltar a sus hijos, los insectos explosivos encerrados en el cinturón de cámaras hexagonales de germinación conectadas entre sí, para que puedan cumplir con su explosivo destino.

Jacen puede sentir con claridad su deseo. Le promete con el lenguaje emocional de su talento empático que podrá satisfacer finalmente su deseo si espera a su señal. Delante de él, las otras dos escuadras se reagrupan formando una estrecha cuña, con la punta dirigida hacia él y la ancha base cubriendo la bañera grande como un tanque de bacta que contiene al shreeyam’tiz. Mientras más insectos explosivos zumban hacia él desde todas direcciones, Jacen lanza al aire la bandolera como si fuera una granada de protones, que gira perezosamente en las alturas del luminoso mediodía. Usa su talento empático para proyectar con la fuerza de un pulsomartillo un escalofrío de antelación al borde de la realización, un estremecedor subidón de adrenalina que a grandes rasgos podría traducirse como…

¡Ahora!

La bandolera estalla como una bengala sobre la base de la cuña al tiempo que los insectos explosivos que buscaban a Jacen lo alcanzan en atronador enjambre, golpeando indiscriminadamente el suelo, los guerreros y él, con estallidos de impacto que golpean aquí y allí sin que nadie pueda evitarlo, arrojándolo por los aires.

Mientras el mundo interior gira a su alrededor en un torbellino progresivamente oscuro y teñido de sangre, Jacen aún tiene tiempo para sentir cómo remite bruscamente el dolor de la semilla esclavizadora y para enviar a través de ellas una cansina invitación empática. «Bueno, amigo mío. Ahora te toca a ti».

La oscuridad teñida de sangre se lo traga antes de que toque el suelo.

—¿Lo ves?

Nom Anor señaló desdeñoso con la cabeza a la imagen repentinamente clara del saco óptico de la arañopantalla, que mostraba a Jacen inconsciente, en el suelo de la Guardería, reventado por las explosiones, sangrando, llevando todavía la improvisada armadura de anfibastones.

—Tu «más grande de los Jedi» ha conseguido matar a sólo dos o tres guerreros. Es un idiota débil e inútil…

—No estás prestando atención —canturreó Vergere—. Vuelvo a pedirte que me dejes ir hasta él antes de que se pierda todo.

—No seas absurda. No pude haber ningún peligro. Veremos a todo color el final de esta farsa. Está inconsciente, los guerreros lo cogerán y lo entregarán como se les ordenó.

Los labios de Vergere se curvaron hacia arriba con una sonrisa humana, y abrió las manos en dirección a la imagen clara y, detallada que mostraba como Jacen se removía, se sacudía la cabeza y luchaba por levantarse.

—Entonces, ¿por qué no lo han hecho ya? Nom Anor frunció el ceño. —No… no estoy seguro…

—Puede que los guerreros tengan asuntos más acuciantes que atender.

—¿Más acuciantes que obedecer mis órdenes?

—Ejecutor, Ejecutor —le regañó—. Miras, pero no ves.

En el saco de imagen de la arañopantalla había cambiado la luz, el cortante blanquiazul de mediodía de la Guardería tenía ahora tonos rojos, dorados y amarillos que bailaban y titilaban sobre el pelo y la cara y la destrozada y ensangrentada túnicapiel de Jacen. Nom Anor frunció el ceño al verlo, sin entenderlo, hasta que pasó ante la imagen un espeso hilo de humo negro y grasiento.

Los colores nuevos provenían de un fuego.

El ceño se le oscureció pasando del desconcierto a la rabia; la ira y el desagrado se coagularon en su estómago formando una bola de hielo.

—¿Qué está pasando? —exigió saber—. ¡Vergere, dime lo que está pasando ahí!

En el campo de visión del saco de imagen entraron tambaleándose dos guerreros con armadura vonduun, chamuscados, sangrando por múltiples heridas. Uno se acercó demasiado a la espalda de Jacen y uno de los anfibastones trenzados alrededor de su torso lo atacó con una convulsión, traspasando la rodilla del guerrero. El otro guerrero continuó corriendo sin pararse a mirar atrás, y Nom Anor no tardó en descubrir de qué huía: una turba renqueante, furiosa, gritona, enarbolando toda clase de armas improvisadas, desde mangos de pala a mazadillos y serpenteantes anfibastones salvajes tan peligrosos para sus portadores como para un enemigo, que cayó sobre el guerrero herido para golpearlo y hacerlo pedazos con triunfante salvajismo.

—Son esclavos… —dijo Nom Anor expulsando el aire—. ¿Cómo pueden haberse descontrolado tanto los esclavos?

La cresta de Vergere pasó a un anaranjado brillante con toques verdes.

—Contéstame a esto, Nom Anor: ¿Por qué la imagen de la arañopantalla es de pronto tan clara? Miró boquiabierto y jadeante.

—Los guerreros nunca fueron su objetivo —dijo ella, como ofreciendo una pista a un niño desconcertado.

Por fin, con retraso, lo entendió. La bola de hielo de su estómago envió oleadas gélidas a la yema de sus dedos.

—¡Ha matado al shreeyam'tiz!

—Sí.

—¿Cómo ha…? ¿Por qué no me has…? El, quiero decir, tú… —Recordarás que te avisé.

—Tú… Vergere, tú… Creí que estabas… Los ojos negros e insondables de ella sostuvieron su mirada.

—¿Aún no has aprendido, Ejecutor —dijo inexpresiva—, que todo lo que te digo es la verdad?

El tizo'pil Yun'tchilat se disolvió en una masacre.

Cada dhuryam, privado de sus lazos telepáticos por el shreeyam'tiz, se había visto obligado a esperar, ciego y sordo, consumiéndose por el abrasador calor de las hormonas del estrés, ardiendo con la desesperada aspiración de que la siguiente sensación que tuviese fuera el despertar de la consciencia y el poder y el conocimiento puro de haber sido el único elegido entre todos para ser el pazhkic Yuuzhan'tar al'tirrna: el Cerebro Planetario de la Cuna de Dios.

Pero a cada dhuryam le corroía en secreto el terror profundo y acuciante de sentir en su lugar el tajo de una implacable hoja de anfibastón que le inyectaría el fuego devorador de su veneno, arrancándole la vida y abocándolo al sufrimiento eterno que los dioses infringen a quienes no son dignos.

Por tanto, todos los dhuryam menos uno se preguntaron qué estaba pasando, cuando la bandolera de insectos explosivos cayó en el tanque que contenía el shreeyam'tiz, junto a un baño de fluidos que lo sustentaba y alimentaba, éste multiplicó la potencia de la detonación, proyectando un inmenso surtidor de fluido y sangre y carne desgarrada que alcanzó la chispa en fusión que era el sol de la Guardería.

Todos los dhuryam menos uno quedaron sorprendidos, aturdidos, abrumados al descubrir que recuperaban los sentidos dependientes de los esclavos; todos menos uno se sintieron más que sorprendidos, más que aturdidos —con la mente barrida por un negro pánico— al descubrir que sus hermanos también habían recobrado sentidos y esclavos en una Guardería que reverberaba con las explosiones y apestaba a sangre fresca, llena de aterrorizados y asustados cuidadores y guerreros armados estremecidos y al borde del frenesí de combate.

El único dhuryam que sabía lo que pasaba no estaba sorprendido, ni aturdido ni presa del pánico. Sólo desesperado. Y sin piedad.

Los dhuryam son criaturas básicamente pragmáticas. No saben lo que es confiar en alguien, por lo que carecen del concepto de traición. Al igual que todos, hacía mucho tiempo que este dhuryam en concreto era consciente de que su vida dependía del resultado del tizo'pil Yun'tchilat, y que sus probabilidades de vivir no eran mayores que las de cualquiera de sus doce hermanos.

Las probabilidades eran de doce a uno. Y en contra.

A ningún dhuryam le gustaban esas probabilidades, y éste había decidido hacer algo al respecto. Había hecho un trato con Jacen Solo.

Cuando la interferencia telepática del shreeyam'tiz desapareció repentinamente, el dhuryam no sólo sabía con precisión qué había pasado sino que sabía quién lo había hecho y porqué.

Y sabía qué hacer a continuación.

Los ecos de la bandolera de insectos explosivos todavía resonaban en la Guardería cuando el dhuryam mandó a sus esclavos alejarse de los coraliárboles básales, dispersándolos hacia diversos montículos ooglith. Un toque en el plexo nervioso de los ooglith multiformes conocidos como enmascaradores los hace retraerse, y un toque semejante hacía que estos ooglith salvajes se retrajeran del mismo modo, pero lo que se les había pedido que ocultasen no eran sus habituales piedras huecas.

Se les había inducido a ocultar manojos de armas primitivas e improvisadas.

A lo largo de varios días habían acumulado subrepticiamente herramientas en los montículos ooglith que había junto al coraliarbol basal, en su mayoría rayas pala de hoja ancha, largas y pesadas para romper el suelo, y acorazados mazadillos tan altos como un guerrero, lo bastante densos y duros como para resquebrajar la roca de un golpe. Los ooglith también ocultaban gusanosacos llenos a rebosar de miel de centelloabeja, el antepasado salvaje a partir del cual se habían desarrollado incontables años antes los insectos aturdidores y los insectos explosivos. En la tripa de cada gusanosaco había también una pequeña cantidad de una enzima digestiva procedente del estómago de los cangrejos vonduun. Usando las rayas pala como catapulta, un esclavo podía lanzar un gusanosaco a una distancia considerable. La puntería no era algo a considerar. Los gusanosacos reventaban con el impacto, dispersando miel gelatinosa en todas direcciones. La miel de centelloabeja activada por la enzima se pegaba allí donde tocaba, y estallaba en llamas al entrar en contacto con el aire de la Guardería.

En segundos hubo fuego por todas partes.

Los guerreros morían cocidos dentro de sus inútiles armaduras, incapaces de protegerse, y más incapaces aún de defender a los cuidadores que escoltaban. A éstos, sin experiencia o entrenamiento en combate, sólo les quedó huir en busca de la vena respiradora más cercana. Muchos murieron salpicados por el fuego, o aplastados a golpes de mazadillo, o por tajos de rayas pala manejadas como vibrohachas. La miel de centelloabeja ardiente se propagó como el aceite por la superficie del lago colmena.

Y todos los dhuryam menos uno tuvieron un mismo pensamiento: tener con ellos a los esclavos que eran sus ojos y manos. Tenían que traer a los eslavos a la isla colmena, para rodearse con murallas de carne. Ninguno tenía otra forma de defenderse.

Excepto uno.

Y cuando los esclavos pertenecientes a los demás dhuryam echaron a correr por la Guardería, azuzados por la red de semillas esclavizadoras que azotaba sus nervios, y convergieron en el lago colmena para ahogar al doble anillo de guardias guerreros en

oleadas de cuerpos temblorosos, descontrolados y ensangrentados, los esclavos pertenecientes a un dhuryam en concreto no hicieron nada de eso.

En vez de eso, se dispersaron en grupos de cinco. Un grupo rodeó a Jacen Solo y esperó mientras se incorporaba dificultosamente. Sangraba por una docena de heridas y se tambaleaba como si estuviera débil o mareado, y avanzó hacia el lago rodeado por los cinco esclavos. Los otros equipos corrieron entre el humo y las llamas, saltando sobre cadáveres y resbalando sobre sangre derramada, hasta llegar a los coraliárboles básales. Pocos segundos después eran columnas de fuego encendidas por la miel de centelloabeja. Los esclavos no esperaron a ver si bastaba con las llamas, sino que pusieron a trabajar rayas pala y mazadillos y anfibastones capturados, para cortar y golpear y tajar todos y cada uno de los coraliárboles hasta matarlos.

Nom Anor miró aturdido y horrorizado, sin entender nada, al universo de sangrienta carnicería que había dentro del saco de la arañopantalla.

—¿Qué…? —murmuró desconcertado—. ¿Qué…?

—Ejecutor. Nos quedamos sin tiempo.

—¿Tiempo? ¿Qué tiempo? Este… este desastre… Estamos acabados, ¿no lo entiendes? Tsavong Lah nos masacrará.

—Siempre tan optimista —gorjeó Vergere—. Asumes que sobreviviremos a esto.

Nom Anor se la quedó mirando sin habla. Una vez más, la mano inesperadamente fuerte de ella volvió a cerrarse en su brazo.

—Haz que los guerreros que hay fuera de esta cámara me escolten hasta la Guardería. Y llama a tu comandante, si aún sigue con vida. Necesito alguien con la autoridad necesaria para pasar entre los guardias de la isla colmena… Si alguno de los guardias de la colmena vive tanto.

—¿La isla colmena? —Nom Anor pestañeó estúpidamente. No conseguía encontrar sentido a nada de lo que pasaba—. ¿De qué estás hablando?

Vergere abrió una mano hacia el saco óptico de la arañopantalla.

—¿Crees que él ha acabado, Nom Anor? ¿Crees que nuestro avatar del Gemelo sólo busca confusión y carnicería… o esa confusión y carnicería son una distracción?

—¿Una distracción? ¿Para conseguir qué?

Entonces se le desorbitó el ojo bueno al ver en el saco de imagen de la arañopantalla a Jacen y los cinco esclavos que le acompañaban vadear las aguas lóbregas del lago colmena que les llegaba al pecho, abriéndose paso entre la maraña sanguinolenta, agitada y forcejeante de esclavos y guerreros. Uno de los compañeros de Jacen cayó con el cuello traspasado por el anfibastón de un guerrero, otro fue arrastrado bajo el agua por las manos engarriadas de esclavos desarmados. Los tres que quedaban movían salvajemente sus rayas pala, intentando no sólo mantener a raya a guerreros y esclavos sino abrir paso entre las llamas que flotaban en la superficie del lago. Jacen avanzaba con dificultad,

medio nadando, sin mirar a los esclavos que lo defendían. Cualquier guerrero o esclavo atacante que se pusiera en su camino caía ante los relampagueantes mandobles y cortes de los dos anfibastones que llevaba en las manos. Ni siquiera se molestaba en limpiarse de los ojos la sangre que manaba de una profunda herida en su cuerpo cabelludo.

Lo único que hacía era caminar, y matar.

Se dirigía hacia el centro del lago. Hacia la isla colmena. Y nada lo detenía.

—Los dhuryam —dijo Nom Anor entre dientes.

—Son los cerebros de esta nave, Ejecutor. Ha hecho trizas el tizo'pil Yun'tchilat, y no puede aspirar a escapar. ¿Qué otro objetivo vale su vida?

—¡Pareces orgullosa de él!

—Más que orgullosa —replicó serena—. Sobrepasa mis mayores esperanzas.

—¡La nave entera podría quedar destruida sin un Cerebro Planetario que dirija la separación y la inserción en la atmósfera! ¡Y él morirá con todos!

Vergere se encogió de hombros y dobló los brazos con una sonrisa.

—Wurth Skidder.

A Nom Anor se le revolvió el estómago hasta llegar a saborear sangre. El Jedi Skidder había dado la vida para matar a un solo yammosk, y los dhuryam eran enormemente más valiosos.

Más que valiosos.

Indispensables.

—No puede —jadeó desesperado Nom Anor—. No puede, las formas de vida que hay en esta nave son irremplazables…

—Sí. Todas ellas. Especialmente él.

—¡No podrá! Quiero decir… ¿Puede…? ¿Lo hará…?

—Ah, Ejecutor, qué lugar más feliz sería el universo si todas nuestras preguntas se respondieran con tanta facilidad —tintineó ella, abriendo las manos en dirección al saco de imágenes de la arañopantalla.

Mostraba a Jacen Solo en la playa de la isla colmena, hundiendo una de sus hojas en el pecho de un cuidador enloquecido mientras con la otra destripaba de ingle a clavícula a quien podía ser tanto esclavo como guerrero enmascarado.

Dos de sus escoltas habían sobrevivido, y habían dado media vuelta nada más llegar a la línea de playa, donde los veloces golpes de sus rayas pala luchaban por contener a una multitud de esclavos salvajemente suicidas. Los dos cedían terreno, viéndose empujados hacia la playa, mientras Jacen trepaba por la más cercana de las enormes cámaras de coral calcificado donde estaban los dhuryam.

Se detuvo allí, titubeando, sobre el ceroso tapón hexagonal que sellaba el extremo de la cámara de nacimiento, con el anfibastón alzado, tambaleándose de nuevo como si fuera a desmayarse. Abajo, bordes romos de rayas pala se hundían en carne esclava, y se estremeció como si le hubiera rozado un disparo láser, pareciendo recordar sólo entonces dónde estaba y lo que había ido a hacer.

Entonces hundió en el tapón las hojas gemelas de sus anfibastones.

—Una pregunta menos fácil de responder es, como verás: ¿Podemos detenerlo? —dijo Vergere.

Nom Anor se tambaleó, agitando inútilmente los dedos como si creyera que podía a coger a Jacen por el cuello a través del saco de imagen de la arañopantalla.

—¿Es que se ha vuelto completamente loco?

La única respuesta de Vergere fue sostener su mirada expectante.

Él se tapó la cara con las manos.

—Ve —dijo, con voz débil, amortiguada— mátalo si debes. Salva la nave.

Ella hizo una elegante reverencia.

—A tus órdenes, Ejecutor.

Él oyó cómo se abría la escotilla, y se cerraba luego, y un instante después bajaba las manos. En sus ojos brillaba una luz calculadora. Acarició el villip, ladró unas órdenes, y lo dejó caer. Cuando abrió el esfínter escotilla, una mirada rápida le dijo que el tubocamino estaba vacío. El Ejecutor Nom Anor corrió hacia su coralinave como perseguido por dragones krayt. Si había sobrevivido tanto tiempo en esta guerra no había sido por subestimar a los Jedi. Y menos a la familia Solo.

Matar dhuryam resultaba más fácil tras el primero. Matar al primero había sido espantoso. Jacen había podido sentirlo.

Parado sobre el tapón que sellaba la boca de la cámara de nacimiento, notando la cera cálida, casi viva, bajo los pies, había sentido el terror abrasador de la cría de dhuryam atrapada debajo de él, asfixiada en el pánico de la claustrofobia, sin tener donde huir, sin poder esconderse, gritando telepáticamente, suplicando amarga, desesperadamente. Pudo sentir esa vida que estaba a punto de quitar, esa mente llena de esperanzas y miedos y sueños, esa mente que estaba a punto de arrancar de la existencia con un tajo y con la quemadura cáustica del veneno del anfibastón.

Todos sus instintos se rebelaban contra eso; todo su entrenamiento, sus ideales Jedi, su vida entera le prohibía matar a una criatura indefensa y asustada.

Se tambaleó, repentinamente mareado, repentinamente consciente de lo malherido que estaba, consciente de la sangre que le corría por el rostro, consciente de las costillas rotas que apuñalaban cada respiración, consciente de la aturdidora debilidad que se propagaba por su muslo debido a un corte que no recordaba haber recibido, consciente de que era incapaz de enfocar la vista por la concusión de los insectos explosivos. Había llegado a la isla luchando, sumido en algo semejante al frenesí de combate de un guerrero yuuzhan vong, durante el cual el dolor y las heridas habían sido tan irrelevantes como el color del cielo, acabando con la vida de guerreros y cuidadores enloquecidos, quizá hasta con la de los misinos esclavos a los que quería salvar con su lucha…

Miró hacia la playa. Junto al cuidador que había matado había otro cadáver.

Parecía humano.

No sabía, no podía saber, si era uno de los guerreros enmascarados. Nunca lo sabría. La única verdad era que ese cadáver había sido antes una persona que se había enfrentado a él con violencia. ¿Un guerrero? ¿Un esclavo inocente, empujado a atacarlo contra su voluntad, impotentemente enloquecido por el doloroso azote de la red de semillas?

¿Por qué le parecía que eso no importaba?

Ese sentimiento lo asustó más que la idea de morir. «Si me he convertido en eso, quizá sea mejor que muera aquí». Antes de que matase a alguien más.

Pero también sentía las heridas causadas por los dos esclavos que lo cubrían cada vez que cortaban el costado o la pierna o la cabeza de alguien con un golpe de sus rayas pala en su intento de contener la avalancha de esclavos que presionaba en la playa.

La creciente marea de esclavos ya había empantanado a los guardias guerreros de la isla colmena, sólo era cuestión de momentos que los dhuryam lanzaran a sus esclavos unos contra otros en un salvaje baño de sangre donde el ganador se quedaba con todo. Ya habían conducido a la muerte a docenas, quizá centenares de esclavos, al arrojarlos implacablemente contra el anillo letal de guerreros. Y morirían miles más cuando los dhuryam se atacaran entre sí.

Esas personas sólo eran herramientas para el dhuryam que tenía debajo. Cortadores de fusión. Barras luminosas. La muerte de un esclavo no despertaba más emociones en este dhuryam que el insulto inconsciente que proferiría su padre si se le rompiera una hidrollave de tubo mientras reparaba el inseguro hipermotor del Halcón.

Como lo que Vergere le susurró al oído… «La decisión del jardinero».

Alzó los anfibastones gemelos sobre la cabeza y cayó sobre una rodilla para hundirlos en el tapón de cera. Sintió como las hojas entraban en la carne de la cría de dhuryam como si atravesaran su propio vientre, sintió la mordida cáustica del veneno al propagarse por el cuerpo del dhuryam como si corriera por sus propias venas.

Sacó los anfibastones y se dirigió hacia la siguiente cámara de nacimiento.

Matar al siguiente dobló el peso de su dolor empático, porque aún vivía el primero, aún sufría, lanzando chillidos telepáticos de terror y desesperación. Matar al tercero le hizo caer de rodillas y que ante sus ojos se dibujaran nubes con venas rojas.

Y tras él, esclavos empujados a una locura suicida por la quemadura incesante de la red de la semilla se detuvieron, jadeando, pestañeando, mirando a su alrededor en aturdida maravilla, para volverse unos a otros con las manos extendidas pidiendo u ofreciendo ayuda, en vez de para herir y mutilar y matar. Primero todo el grupo que se había abierto paso hasta la orilla, y luego otro, y otro, a medida que un dhuryam tras otro se revolvía y convulsionaba en las garras de la muerte, rompiendo las cámaras de nacimiento como si fueran cascaras de huevo.

Jacen siguió moviéndose.

Lo envolvía una bruma roja, una neblina ensangrentada que podía pertenecer tanto al humo, niebla y fuego con sabor a cobre que reinaban en la isla, como existir sólo en su mente, o ambas cosas. La isla colmena se había convertido en una montaña de pesadilla, todo rocas afiladas y muerte y un forcejeo interminable para alcanzar una cumbre que no

podía ver. Las figuras aparecían ante él como borrones confusos que le atacaban entre-la bruma, enarbolando armas, agarrándolo, arañándolo. Él les asestaba mandobles, los traspasaba, matando y esquivando y matando, cayendo sobre manos y rodillas para clavar sus hojas una y otra vez en un tapón de cera tras otro, deshaciéndose de los anfibastones con las glándulas venenosas vaciadas, sacando nuevas armas de su armadura, esa armadura que vivía y cortaba y golpeaba las borrosas formas rojas con puntería empapada en muerte. ,, . .

Entonces llegó arriba, cerca de la cumbre; no habría sabido decir si tenía a alguien a su alrededor o dónde podía estar pero sabía que estaba en lo alto de una montaña, coronando el mayor pico de la galaxia, más allá de la atmósfera, más allá de las lunas, más alto que las estrellas. Alzó el último anfibastón como si fuera una bandera de combate, pero antes de que pudiera plantarlo a través del tapón manchado de sangre que pisaba con pies desnudos, cortados y desgarrados, en su cerebro estalló una supernova…

Que abrasó todo el universo. Sin dejar nada.

Nada salvo la blancura.

Una blancura hambrienta que devoraba todo lo que él era. Pero ya había estado antes en la blancura. Conocía sus secretos, y no podría detenerlo.

Bajo esa tapa hexagonal estaba el origen, el manantial, la fuente de la blancura. Podía sentirla allí, como temblorosos tentáculos alienígenas bañados en baba y terror. Podía acabar con la agonía. Un golpe más y acabaría con ella para todos. Para siempre.

Alzó el anfibastón.

—¡Jacen, no! ¡No lo hagas!

Se volvió, tambaleándose, ciego por la blancura, jadeante. Era la voz de su hermano.

—¿Anakin…?

—No puedes matar a éste, Jacen —dijo la voz de Anakin desde más allá de la blancura—. Éste es tu amigo.

La voz de Anakin sonó como un golpecito contra una jarra de solución sobresaturada provocando un cambio de fase en la cabeza de Jacen: la blancura turbia, condensada, se hizo cristalina, translúcida, transparente…

Invisible.

El dolor seguía presente, ardiendo por sus venas, pero no le afectaba; pasaba por él sin cambiar como la luz por un espacio vacío.

Podía volver a ver.

Con claridad.

A la perfección.

Vio los despojos escarlatas de carne que eran los restos de tres cuidadores alcanzados antes de que pudieran llegar a una vena respiradora al otro lado del sol, en el otro extremo de la Guardería. Vio el humeante anillo de coraliárboles básales carbonizados rodeando el lago colmena. Vio los hilillos de sangre que le resbalaban por los brazos para gotear desde los nudillos.

Los tapones de las cámaras de nacimiento de la isla colmena, traspasados y goteando esa leche azul que era sangre de dhuryam…

Los cadáveres entremezclados de guerreros y esclavos y cuidadores…

Un mundo interior abarrotado de terror, agonía, matanza…

Eso lo había hecho él.

Todo ello.

Y… vio a Vergere.

Jadeó con fuerza mientras la veía subir los últimos metros de la colmena. Más abajo, guerreros armados forcejeaban para contener a una turba de esclavos que gritaban, trepaban, sangraban… esclavos a los que podía sentir a través de su enlace con el dhuryam que tenía bajo los pies. Podía sentir cómo los azuzaba, empujándolos a subir.

Podía sentir cómo les gritaba que lo mataran. Oyó un gruñido grave, animal, como el de un rancor herido acorralado en su guarida. Lo producía su propia garganta.

—Eras tú —dijo Jacen con voz ronca.

Vergere alzó la mirada, y se detuvo, manteniéndose apartada, lejos del alcance del anfibastón.

—Le oí —jadeó él, entre respiraciones ardientes y dolorosas—. Anakin me dijo que parara. Pero no era Anakin. Eras tú.

Vergere aplanó su cresta contra el cráneo oblongo y en sus ojos no había ni rastro de alegría.

—Jacen —dijo despacio, con tristeza—, ¿es éste el mejor final para la historia de tu vida? ¿Es éste tu sueño?

Mi sueño…

Recordaba borrosamente su esperanza de liberar a los esclavos, recordaba su trato con el dhuryam, que aceptó perdonarle la vida a los esclavos y transportarlos a salvo al planeta a bordo de semillanaves, a cambio de la ayuda de Jacen para destruir a sus hermanos rivales. Pero, en el matadero en que había convertido la Guardería, ese recuerdo era tan poco claro como su sueño en Belkadan: una fantasía del autoengaño, una brizna de esperanza, preciosa pero intangible.

Irreal.

Lo real era el salvaje caos de sangre y dolor y muerte que Jacen había desatado en ese mundo invertido. La luz amargamente clara del interior de la mente de Jacen le mostraba todas las sombras de la realidad, le hacía ver lo que había hecho, y lo que tenía que hacer.

Alzó el anfibastón sobre la cabeza y lo puso en la vertical con la hoja hacia abajo.

—¡Jacen, espera! —Vergere se acercó un paso más—. ¿Quieres matar a tu amigo? ¿Es esto lo que eres?

—Esto no es amigo de nadie —dijo Jacen entre dientes—. Es un alienígena. Un monstruo.

—¿Y en qué te convierte eso a ti? ¿Acaso ha traicionado él tu confianza? ¿Quién es aquí el monstruo?

—Puedo matarlo ahora. Y matándolo mataré el mundo natal yuuzhan vong —el anfibastón se retorció en sus manos. Apretó más fuerte, hasta que le ardieron las manos—. Dejarlo vivir sí que sería una traición. Traicionaría a la Nueva República. A todos los hombres y mujeres asesinados por los yuuzhan vong. A todos los Jedi… incluso a mi… incluso…

Su voz se apagó; no podía decir el nombre de Anakin. Ahora no. Pero siguió sin dar el golpe.

—Y ahora te enfrentas a una decisión, Jacen Solo. Traicionar a una nación, o traicionar a un amigo.

—¿Traicionar a un amigo? —volvió a alzar el anfibastón—. Esto ni siquiera sabe lo que es un amigo…

—Quizá no —la cresta de Vergere ondeó, mostrando brillos escarlata. Dio otro paso hacia él—. Pero tú sí.

Jacen se tambaleó como si ella le hubiera dado un puñetazo. Las lágrimas acudieron a sus ojos.

—¡Entonces dime tú lo que debo hacer! —gritó—. Dime qué se supone que debo hacen.

—No puedo presumir de decirte eso —dijo Vergere con calma, dando otro pasó hacia él—. Pero te diré un cosa: si matas al dhuryam, te matarás a ti mismo. Y a todos los guerreros y cuidadores y Avergonzados de esta nave, g a todos g cada uno de esos esclavos. ¿No estabas intentando salvar vidas, Jacen Solo?

—¿Cómo puedo…? —Jacen sacudió la cabeza con fuerza para limpiarse los ojos de lágrimas—. ¿Cómo sé que me dices la verdad?

—No lo sabes. Pero ¿cambiarías de idea si lo que te digo es cierto?

—Yo… yo no… —lo inundó una rabia roja. Le habían hecho pasar por demasiadas cosas. Estaba más allá de las preguntas, sólo quería una respuesta.

Un final.

—Todo… —Jacen se obligó a hacer salir las palabras de entre los dientes—. Todo lo que me dices es mentira. Vergere extendió las manos. —Entonces elige, y actúa. Eligió.

Alzó el anfibastón, pero antes de que pudiera bajarlo, Vergere saltó para ponerse en medio; para matar al dhuryam tendría que hundir la hoja en ella. Dudó por un pestañeo, y en ese instante ella alzó la mano y le acarició la mejilla, como había hecho la primera vez que su tacto lo había sacado de la vacía agonía blanca del Abrazo del Dolor.

Tenía la mano húmeda.

—¿Qué…? —dijo Jacen.

No dijo más, porque había dejado de funcionarle la boca.

Tuvo el tiempo justo para pensar sus lágrimas, las lágrimas de Vergere, antes de que le llegara al cerebro ese veneno paralizador al contacto en que se habían convertido, y la Guardería, el dhuryam y la propia Vergere se desvanecieran abocándolo a otro universo personal, eterno e infinito.

Éste era de negrura.

Érase un mundo que una vez fue la capital de la galaxia. Lo llamaron Coruscant y era un planeta que tenía una sola ciudad global, de kilómetros de profundidad que se extendía de polo a polo. Era un mundo frío con cuatro lunas, muy alejado de su sol blanquiazul, orbitado por plataformas especulares que concentraban la luz del distante sol para impedir que el mundo se congelara.

Las cosas habían cambiado.

Ahora estaba más cerca del sol, era cálido, tropical y su ciudad global de kilómetros de profundidad era ahora escombros globales de kilómetros de profundidad, formándose nuevos mares donde una vez hubo torres de apartamentos y oficinas gubernamentales. Ahora tres lunas tejían un anillo orbital que era como un puente de arco iris en el cielo.

Y sobre este mundo que había sido una capital, esta capital que había sido un mundo, brilló una estrella fugaz: un inmenso orbe de coral yorik entró en la atmósfera en pronunciado ángulo, desprendiendo una lluvia planetaria de meteoritos que eran trozos y pedazos y partes de sí mismo que florecieron con fuego mientras caían a la superficie.

Y allí donde chocaban echaban raíces y empezaban a crecer. El planeta había dejado de ser Coruscant; se había convertido en Yuuzhan'tar.

Pero pronto sería, una vez más, la capital de la galaxia.

Segunda parte

La Cueva

Capítulo 6

Hogar

Pasaron miles de años antes de que Jacen abriera los ojos. Miles de años pasados en una interminable pesadilla claustrofóbica donde lo sujetaban, ataban, envolvían en un capullo, incapaz de moverse, de hablar. No podía ver porque sus ojos no se abrían. No podía tragar. No podía respirar. Pasó un milenio ahogado, indefenso.

Entonces sintió que en su espalda se movía un músculo. Le llevó un siglo entero, pero encontró ese músculo, y descubrió que podía hacer que se contrajera, y que se relajara.

Las décadas se convirtieron en otro siglo y descubrió que también podía hacer funcionar los músculos contiguos. Luego pudo tensar los muslos, e hinchar los músculos del brazo, y su pesadilla se convirtió en un sueño, lleno de posibilidades en vez de temores. Y durante todo ese sueño siguió esperando que, de algún modo, se rompiera su crisálida, para poder desplegar al fin sus nuevas alas, y oír gorjear armónicamente a sus silbadores mientras surcaba el cielo a la luz de las cuatro lunas…

Cuando por fin abrió los ojos y descubrió que sólo era un sueño, le invadió una tremenda oleada de alivio. Pensó, sólo por un momento, que todo había sido un sueño: la Guardería, el Abrazo del Dolor, la reina voxyn, Anakin… Duro, Belkadan. Hasta lo de Sernpidal.

O todo eso había sido un sueño, o aún seguía soñando, porque ya no sentía dolor.

Estaba sobre algo blando, redondeado, absurdamente cómodo, que parecía un diván antiaceleración forrado con musgo escarlata que olía a flores y fruta madura. Cerca zumbaban insectos, invisibles, alejados por helechos que tenían el doble de la altura de Jacen y se agitaban suavemente. Lianas con flores de brillante amarillo y azul y vivido naranja se entretejían como guirnaldas en fantástica y delicada ornamentación entre esos helechos. En la distancia se oía el largo y triste aullido del cazador de una manada. En algún lugar de las alturas, una criatura invisible alzaba su voz en una canción tan escalofriantemente hermosa como la del pájaro manulliano llamando a su pareja en la selva madre de Ithor.

«Ithor», pensó con amargura. Recordaba lo que habían hecho los yuuzhan vong en Ithor.

«En nombre de los nueve infiernos corellianos, ¿dónde estoy?»

La luz-del sol que se filtraba entre los helechos que lo rodeaban tenía un color familiar, por la forma en que las sombras de la penumbra adquirían un reborde rojizo… Mmm, era eso. Esa luz del sol tenía el mismo color que la chispa de fusión que iluminaba la Guardería.

—Oh —murmuró aturdido—. Ya lo entiendo.

Tenía sentido. Los yuuzhan vong habían sintonizado su sol artificial en el mismo espectro que tendría el sol natural que iluminaría el mundo donde querían que creciesen las formas de vida de la semillanave.

Estaba en Yuuzhan'tar.

Aun así, algo en el color de esa luz le revolvía el estómago. La luz de la Guardería no le había afectado del mismo modo, quizá por las espesas nieblas que siempre giraban en su interior, o quizá fuese por el oscuro azul púrpura de ese cielo…

No había dos planetas con cielos del mismo color. El color del cielo es resultado de complejas interacciones entre el espectro solar y la composición atmosférica de un mundo, y no conseguía quitarse la sensación de que había visto antes ese cielo. O uno muy parecido. El color era lo bastante parecido como para despertar su memoria, pero no tan exacto como para saber a qué planeta le recordaba.

Se incorporó sentándose y contuvo un gemido: estaba dolorido, magullado de los pies a la cabeza y, aunque le habían unido las costillas rotas con mano experta, cada vez que se movía sentía en el costado un dolor lacerante que se apagaba lentamente, con lentitud agónica hasta ser un dolor sordo que le latía hasta el cuello.

«Vale. Esto no es un sueño».

Sacó despacio las piernas del diván de musgo, esta vez con cuidado; le dolía, pero no se sentía mareado o con nauseas. Al cabo de unos segundos, se puso en pie. A su lado había una túnicapiel, cuidadosamente plegada. El que le había unido las costillas le había puesto una especie de taparrabos, suficiente para salvaguardar su modestia. Dejó la túnicapiel donde estaba.

Los helechos que protegían su emparrado daban a una pequeña ladera vertical que se alzaba hasta dos o tres veces su altura, espesamente alfombrada de musgo multicolor. Alguna clase de epífita se aferraba las paredes de la ladera con retorcidas garras de madera, proyectando largos manojos de raíces tan finas que parecían pelucas colgando de ganchos. Jacen hundió las manos en el musgo y tiró para ver si soportaba su peso y así trepar y echar un vistazo a los alrededores, pero el musgo se soltó casi sin ofrecer resistencia, soltando una savia púrpura que olía a té y le manchó los dedos.

Y la superficie a la que estaba pegado…

El material era inconfundible incluso en ese estado, agrietado y manchado por el jugo de plantas desconocidas; con él se había construido todo su mundo. Durocemento. Eso no era una ladera. Era una pared.

—Oh… —retrocedió, dejando caer fláccidamente las manos a los costados. No conseguía respirar, como si volviera a envolverlo su sueño—. Oh, no, no puede ser…

Siguió la pared unos metros hacia la izquierda, hasta que vio cielo despejado entre otra pantalla de helechos. Los separó y pasó entre ellos…

Y encontró un mundo alienígena extendiéndose ante él. Estaba parado en una cornisa, a un paso de un precipicio que descendía más de un kilómetro en vertical hasta una selva de helechos deslumbrantemente multicolores como los que cubrían su emparrado. Parches de brillante escarlata que se oscurecía hasta el carmesí se unían a otros parches de brillante negro o centelleante azul, cruzados por brillantes ráfagas curvas que parecían ríos de metales preciosos, y todo se movía, agitándose, ondeando, recorriendo una y otra vez todo el espectro del arco iris mientras hojas, frondas, ramas y lianas se agitaban por un viento que no llegaba hasta él. Muy por debajo de él revoloteaban criaturas aladas de

un punto a otro, cazando justo sobre las copas de los árboles, también demasiado lejos para sus ojos, desacostumbrados a espacios tan amplios, como para distinguir detalles.

La selva se curvaba en la distancia a lo largo de una topografía demasiado azarosa, demasiado accidentada, demasiado joven para ser real, con valles que eran simas sin fondo amortajadas en niebla, con cortantes riscos que se cruzaban y se separaban y volvían a cerrarse sin una pauta que pudiera pertenecer a cualquier geología conocida. En la distancia se alzaban inmensas montañas: afilados picos de lisas laderas acabados en punta, como si no hubiera viento o lluvia que los erosionara. Algunas de esas montañas tenían laderas demasiado verticales hasta para la tenaz jungla de musgos y helechos. En el esqueleto que quedaba al descubierto, podía distinguir extrañas pautas regulares: cuadrados, rectángulos, ordenados en hileras, distribuciones métricas a lo largo de líneas horizontales y verticales. Entrecerró los ojos y frunció el ceño; eran pautas demasiado regulares, demasiado matemáticamente precisas, para ser naturales. Había visto antes algo así…

Mientras pensaba, alzó la mirada… y se olvidó de todo lo demás, porque esa fue su primera visión del Puente.

Un delirante río de color trazaba en el cielo un arco pronunciado que partía de una fina punta de aguja que se ensanchaba a medida que se curvaba sobre el horizonte. Lo siguió con la mirada y tuvo que echar la cabeza atrás, y atrás, y atrás; era titánico en todo su espectro, cascadas de azul y encarnado, de plata y viridiana trenzadas en un arco iris imposiblemente complejo y vivido que llenaba un tercio del cielo antes de volver a estrecharse en otra punta de aguja que desaparecía en el cielo púrpura del horizonte.

Jacen sabía lo que era; en la Nueva República había más de un mundo con anillos planetarios. Cómo sabía que ninguno de esos mundos tenía anillos como éstos. Le habría hecho famoso, legendario; habría sido una atracción turística conocida en toda la galaxia, sólo por este espectáculo. Y si en ese momento, apagado por la luz del día y el púrpura del cielo, tenía unos colores tan vivos, y era tan enorme, ¿qué aspecto tendría al anochecer? Apenas podía imaginarlo.

Al mirarlo, creyó entender algo que siempre le había desconcertado en los yuuzhan vong. No era inhabitual que las especies primitivas de mundos anillados consideraran los anillos de su cielo puentes mágicos construidos por los dioses. Su visión producía un ligero escalofrío de sobrecogimiento incluso a Jacen, que era muy consciente del fenómeno físico que había detrás. Podía imaginarse sin problemas siendo el miembro de una especie que hubiera evolucionado bajo ese espectáculo: el Puente sólo podía ser obra de los dioses. Sería imposible dudar de la existencia de los dioses ante esa autopista que unía perpetuamente su hogar deífico con el mundo, tan claramente mágico que cualquier criatura podía seguir su curva y dar la vuelta al mundo sin encontrar nunca con alguno de sus extremos. Sería demasiado fácil imaginarse a los dioses patrullando su Puente, contemplando su creación.

Teniendo a los dioses tan cerca…

Si el mundo era todo violencia, salvajismo y tortura, sería porque querían que fuera así.

Muchas cosas de los yuuzhan vong cobraron sentido para él.

—Magnífico, ¿verdad? —dijo la voz de Vergere a su espalda. No la había oído acercarse, pero estaba demasiado absorbido por la maravilla y por su nueva comprensión como para sobresaltarse.

De algún modo, sabía que estaría allí. Había sentido su presencia en su sueño de mil años. De algún modo, había sabido que seguía siendo parte de su vida.

—Sabes que me dijiste lo mismo cuando me llevaste a la Guardería —murmuró Jacen, mirando todavía al cielo—. Con esas mismas palabras. Tal cual.

—¿De verdad? —su risa de carillón de viento tintineó a su alrededor—. ¿Recuerdas todo lo que te digo?

—Hasta la última palabra —respondió Jacen huraño.

—Qué chico más listo. No es de extrañar que te aprecie tanto.

Jacen se sentó en la cornisa despacio, dolorosamente, con los pies colgando a un kilómetro sobre el dosel de la agreste selva.

—Supongo que estaría bastante mal. Bastante destrozado —dijo, llevándose la mano a los vendajes que mantenían en su sitio las costillas rotas—. Me curaste. Con esas lágrimas tuyas.

—Sí.

Él asintió, no dando las gracias sino reconociendo ese hecho.

—No esperaba salir con vida.

—Claro que no. ¿Cómo ibas a esperarlo y hacer lo que hiciste? —repuso ella alegre—. Encontraste el poder que nace de actuar sin esperanza… y sin miedo. Me sentí… Me siento… muy orgullosa de ti.

Jacen la miró a los ojos. Pudo ver su reflejo, oscuro y distorsionado, en la su superficie negra y brillante.

—¿Orgullosa? Murió mucha gente por mi culpa…

—Aquí vive mucha gente por tu culpa —retrucó ella, interrumpiéndolo. Y le contó en pocas palabras que los cuidadores se vieron obligados a entregar el control a la semillanave y cómo ésta había empezado a disgregarse en semillanaves individuales con tanta rapidez que no hubo tiempo para reunir a los esclavos liberados. El propio dhuryam los puso a salvo usando las semillas esclavizadoras, cumpliendo así con su parte del trato.

—Sí, murieron cientos de esclavos en la batalla, pero fueron miles los que subieron a las semillanaves y llegaron a la superficie de este planeta. Esclavos que hubieran sido ejecutados en el clímax del tizo'pil Yun'tchilat. Estuviste magnífico, Jacen Solo. Fuiste un verdadero héroe.

—No me siento como un héroe.

—¿No? —su cresta se salpicó de naranja—. ¿Y cómo se siente un héroe?

Jacen apartó la mirada, negando en silencio con la cabeza. Ella se sentó a su lado, colocando las piernas sobre el vacío que tenían debajo, agitando los talones al azar como una niña pequeña en una silla demasiado alta para ella.

Al cabo de un momento, Jacen suspiró y volvió a negar con la cabeza y se encogió de hombros.

—Supongo que los héroes se sienten como si hubieran conseguido algo.

—¿Y tú no conseguiste nada? Hay varios miles de esclavos que no estarían de acuerdo contigo.

—No lo entiendes —volvía a ver en su mente el cadáver en la playa de la isla colmena, el que podría haber sido un esclavo, el que podría haber sido un guerrero, que se había desangrado junto al cadáver de un cuidador que no sabía cómo desenvolverse en combate, un cuidador que sólo pensaba en interponer su cuerpo entre la cría dhuryam y la máquina de matar en que se había convertido Jacen—. En la Guardería… cuando empecé a matar —bajó la voz— no quería parar. Eso debía ser… sólo puedo pensar en que es así como será pertenecer al Lado Oscuro. No quería parar.

—Pero paraste.

—Sólo porque tú me detuviste. —¿Y quién te detiene ahora? Él se la quedó mirando.

Ella volvió hacia arriba su palma cuadrífida como ofreciéndole un dulce.

—¿Quieres matar? A tu alrededor sólo hay vida, Jacen Solo. Toma la que quieras. Incluso la mía. Mi especie tiene un cuello especialmente vulnerable; sólo tienes que cogerlo entre tus manos, y dar un giro rápido, así… —movió bruscamente la cabeza hacia arriba y hacia atrás, como si un puñetazo invisible le hubiera acertado en la boca—… para satisfacer ese deseo oscuro.

—No quiero matarte, Vergere —dijo, encogiéndose sobre sí mismo, apoyando los codos en los muslos como arrebujándose contra una brisa fría—. No quiero matar a nadie. Todo lo contrario. Estoy agradecido. Me salvaste. Estaba fuera de control…

—Eso no es cierto —dijo ella cortante—. No te busques excusas.

—¿Qué?

—Fuera de control es otra forma de decir «No quiero admitir que soy de la clase de personas que hacen esas cosas». Es una mentira.

Él respondió con media sonrisa.

—Todo lo que te digo es mentira.

Ella aceptó la burla asintiendo sin denotar expresión alguna.

—Pero todo lo que te dices debería ser la verdad, o lo más parecido a ella que puedas. Hiciste lo que hiciste porque eres quien eres. El autocontrol, o su carencia, no tiene aquí nada que ver.

—El autocontrol lo tiene todo que ver; en eso consiste ser un Jedi.

—Tú no eres un Jedi.

Él apartó la mirada. Recordar lo que ella le había hecho avivó una chispa en su pecho que creció para convertirse en una llama abrasadora que le envolvió el corazón. Hundió los dedos en el mullido musgo que alfombraba la cornisa, y los cerró formando puños,

arrancándolo, y gran parte de su ser quiso que ese musgo fuera el cuello de Vergere. Pero años de entrenamiento Jedi lo habían blindado contra esa rabia. Abrió los puños y dejó que el viento se llevara la vegetación arrancada, y su ira con ella.

—Ser un Jedi no es sólo usar la Fuerza —su voz tenía un tono más firme, pisaba terreno sólido—. Es un compromiso con cierta forma de hacer las cosas, cierta forma de ver las cosas. Es valorar la vida, no destruirla.

—Igual que la jardinería.

El dejó caer la cabeza, embotado por el recuerdo.

—Pero yo no quería salvar a nadie. Vale, empezó así, era lo que tenía planeado, pero para cuando me encontraste en la isla colmena, salvar vidas era lo último que pensaba. Sólo quería un palo lo bastante grande como para sacudir a los yuuzhan vong y echarlos de la galaxia. Sólo quería hacerles daño.

Ella pestañeó.

—¿Y eso es malo?

—Para mí, sí. Es el Lado Oscuro. Es la definición del Lado Oscuro. Tú me salvaste de eso.

—Te salvé la vida, Jacen Solo. Nada más. Tu ética es cosa tuya.

Jacen se limitó a negar con la cabeza. La historia de su familia demostraba que el Lado Oscuro afectaba a todos, pero no pensaba entrar en eso.

—Tú no lo entiendes.

—Puede que no —aceptó ella alegre—. Pareces estar diciéndome que lo que haces es irrelevante, que sólo importa por qué lo haces. —No es eso.

—¿No? Entonces dime algo, Jacen Solo: de buscar ese noble objetivo de salvar a esos miles de esclavos como lo haría una verdadero Jedi, ¿qué habrías hecho de otro modo? ¿Habrías cambiado, algo? ¿O sólo te sentirías de otro modo por lo hecho?

Jacen frunció el ceño.

—Yo… No quería decir eso…

—¿Es que matar a un dhuryam con un fin noble hace que esté menos muerto? ¿Crees que a los dhuryam muertos les importa que los matases en un frenesí de rabia o con el distanciamiento frío y tranquilo de un Jedi?

—A mí me importa —dijo Jacen con firmeza.

—Ah, ya veo. ¿Así que puedes hacer lo que quieras, siempre que no pierdas la calma Jedi? ¿Mientras puedas decirte que valoras la vida? ¿Puedes matar y matar y matar y matar, mientras no pierdas la calma? —negó con la cabeza, pestañeando con asombro—. ¿No te parecer enfermizo?

—Ninguna de esas preguntas es nueva, Vergere. Los Jedi se las vienen haciendo desde la caída del Imperio.

—Desde mucho antes que eso. Créeme.

—No tenemos una buena respuesta…

—Nunca obtendrás una respuesta, Jacen Solo —se inclinó hacia él, posando una mano en su hombro. Aunque el gesto era cálido y amistoso, sus ojos podían ser ventanas al espacio infinito—. Pero tú puedes ser una respuesta.

Jacen frunció el ceño.

—Eso no tiene sentido.

Ella puso las manos boca arriba en un gesto de rendición inevitable.

—¿Qué lo tiene?

—Ah, bueno, sí —suspiró él—. También me he preguntado eso.

—Mira a tu alrededor. Mira este mundo, las pautas del bosque de helechos, las curvas rotas del terreno, los colores entretejidos de los anillos en el cielo. ¿No es hermoso?

—Nunca he visto nada semejante —repuso sincero.

—Y tiene cierto «sentido», ¿verdad?

—Sí. Lo tiene. A veces cuando miro a las estrellas, o a un paisaje virgen, tengo la sensación de que tiene sentido… No, más bien como lo has dicho tú, tiene cierto sentido. Un sentido propio.

—¿Sabes lo que yo veo al mirar este mundo? Te veo a ti.

Jacen se tensó.

—¿A mí?

—Lo que ves a tu alrededor es fruto de tu rabia, Jacen Solo. Tú has hecho que esto exista. —Eso es ridículo.

—Tú le robaste a los cuidadores de la semillanave la decisión dei tizo'pil Yun'tchilat. Tú elegiste al dhuryam que se ha convertido en el pazhkic Yuuzhan'tar al'tirrna: el Cerebro Planetario. Tú mataste a sus rivales. Le entregaste el señorío de este planeta. Este planeta es como es por las intenciones, y la personalidad de tu amigo dhuryam, y su personalidad estuvo conformada por su amistad contigo. Tú tienes la culpa de que toda esta belleza tenga esta forma.

El negó con la cabeza.

—No es lo que planeaba…

—Pero es lo que hiciste. Creía que estábamos de acuerdo en que por qué hiciste lo que hiciste sólo concernía a los Jedi.

—Yo… Siempre lo retuerces todo. Haces que todo sea más complicado de lo que realmente es.

—Todo lo contrario, yo lo simplifico. Lo que ves a tu alrededor es un reflejo de ti, Jacen Solo. Una creación artificial de la Nueva República rehecha por los yuuzhan vong para ser algo nuevo, algo más hermoso que cualquier cosa que haya existido nunca en esta galaxia.

—¿Cómo que es una creación artificial? —volvió a sentir el mareante temor que se había coagulado en sus tripas cuando encontró durocemento bajo el musgo—. ¿Dónde estamos?

—En Yuuzhan'tar. ¿Aún no lo has entendido?

—No, quiero decir, ¿qué mundo era éste antes?

Ella suspiró.

—Miras, pero no ves. Lo sabes, pero no te permites saberlo. Mira bien, y tu pregunta será contestada. . . .Frunció el ceño ante el bosque de helechos que se abría abajo, donde las sombras de las montañas se extendían alejándose del sol poniente. Las criaturas aladas eran más numerosas en el crepúsculo, y volaban más y más alto entre las sombras como si persiguieran insectos nocturnos. Tenían alas grandes, correosas, y cuerpos largos y progresivamente afilados que acababan en cola de reptil.

Entonces uno se elevó justo ante Jacen, surcando las alturas del cielo que se oscurecía, y no pudo seguir ignorando lo que eran. Murcielalcones.

—Oh —dijo.

Ya sabía lo que era el extraño diseño métrico de las distantes montañas. También cobraba sentido la topografía imposiblemente compleja de la selva.

—Oh. Oh, no —dijo, esta vez más débil.

Los diseños eran ventanas. Las montañas edificios. Ese lugar era un reflejo pesadillesco de Yavin 4: los valles y riscos eran trazados de cascotes alfombrados con vida alienígena. Lo que Jacen veía era algo más que un viejo complejo de templos como el de la luna del gigante gaseoso, era una única ciudad en ruinas que cubría todo el planeta, enterrada bajo una selva.

Y lo único que podía decir era:

—Oh.

Mucho después de que esa cara de Yuuzhan'tar se hubiera apartado del sol, Jacen seguía sentado en la cornisa musgosa sobre la selva, ya amortajada por la noche. Fogonazos de bioluminiscencia se perseguían por entre el ensombrecido dosel de árboles en quebradas líneas de azul verdoso y vivido amarillo. El Puente era imposiblemente brillante, imposiblemente cercano, como si pudiera alzar la mano y cogerse a él para columpiarse de sus trenzadas cascadas de color. Los colores en sí rielaban y cambiaban a medida que fragmentos individuales del anillo orbital giraban sobre sus propias rotaciones. Proyectaba sobre el paisaje nocturno una luz más clara, suave y difusa de lo que lo hubiera hecho cualquier conjunción de las lunas de Coruscant.

Era el lugar más hermoso que jamás había visto.

Lo odiaba.

Odiaba hasta su último centímetro.

Ni siquiera cerrar los ojos le ayudaba, porque temblaba de rabia ante el mero hecho de saber que estaba allí. Quería prender fuego a todo el planeta. Ahora sabía, que en alguna parte de lo más profundo de su corazón, nunca había considerado real nada de esa guerra, nada desde Sernpidal. Había albergado una certeza secreta, que se ocultaba incluso a sí mismo, de que, de algún modo, algún día, todo volvería a estar bien, que todo volvería a ser como antes. Que la muerte de Chewbacca había sido una equivocación.

Que Jaina nunca caería en la oscuridad. Que el matrimonio de sus padres era sólido e inamovible. Que el tío Luke siempre llegaría justo a tiempo y que todos se reirían juntos de lo mucho que se habían asustado…

Que el Anakin que había visto morir era… oh, no sabía el qué, quizá un clon. O un droide disfrazado de humano. Mientras el verdadero Anakin estaba con Chewbacca en algún lugar en la otra punta de la galaxia. Y que algún día encontrarían el modo de volver a casa y la familia volvería a reunirse al completo.

Por eso odiaba ese mundo que se abría ante él.

Porque nunca podría volver a ser su hogar.

Incluso si la Nueva República conseguía lo imposible de algún modo y le daba la vuelta a la situación. Aunque tuviera lugar algún milagro y recuperase Coruscant, no ganaría el mismo planeta que había perdido.

Los yuuzhan vong habían llegado y ya no se irían.

Nada podría borrar esas cicatrices, aunque Jacen encontrase un garrote lo bastante grande como enviar a toda la especie más allá del horizonte galáctico.

Nada podría curar su corazón roto.

Nada haría que volviera a ser el Jacen Solo que recordaba que fue, el Jacen alegre y despreocupado que perseguía a Zekk por los niveles inferiores, el Jacen exasperado que intentaba hacer sonreír a Tenel Ka, el aprendiz de Jedi nacido en la Fuerza pero sobrecogido no sólo por la leyenda de su tío Luke sino por el poder que despertaban en él las enseñanzas de ese tío, el adolescente que se encogía ante la mirada severa de su madre, pero seguía intercambiando picaros guiños con su padre y su hermana en cuanto ella se daba la vuelta.

«Pasé tanto tiempo queriendo ser mayor. Intentando hacerme mayor. Intentando comportarme como un adulto… Y ahora sólo quiero volver a ser un niño. Sólo por un tiempo. Sólo por un día».

«Sólo por una hora».

Jacen reflexionó amargamente que gran parte de hacerse mayor parecía consistir en ver como cambiaba todo, y descubrir que esos cambios eran permanentes. Que nada cambiaba hacia atrás.

Que no se podía volver al hogar. Y era justamente eso lo que le susurraba constantemente al oído la belleza alienígena de Yuuzhan'tar. «Nada es para siempre. Lo único permanente es la muerte».

Pasó la larga y lenta noche meditando.

Un tiempo desconocido después, tras muchas horas mirando la rueda de estrellas y constelaciones aún burlonamente familiares contra la que se recortaba ese paisaje tristemente extraño, preguntó:

—¿Y ahora qué?

Vergere le contestó desde la oscuridad del emparrado de helechos. Con voz clara y musical, tan fresca como siempre, aunque no habían intercambiado palabra alguna desde el crepúsculo.

—Yo me he preguntado lo mismo.

Jacen negó con la cabeza.

—¿Es que no duermes nunca?

—Quizá duerma cuando lo hagas tú.

Él asintió. Era toda la respuesta que había aprendido a esperar de ella. Volvió a recoger las piernas en la cornisa, rodeándose con los brazos las rodillas pegadas al pecho.

—¿Y ahora qué?

—Dímelo tú.

—Nada de juegos, Vergere. Eso se acabó. Y no más historias de polillasombras, ¿vale?

—¿Tan misterioso te resulta lo que te ha pasado?

—No soy idiota. Me estás entrenando —hizo un gesto irritado, un movimiento de muñeca como si tirara algo desagradable—. Lo has estado haciendo desde el principio. Estoy aprendiendo más trucos que un lagartimono. Sólo que no sé para qué me entrenas.

—Eres libre de hacer, o no hacer, lo que quieras. ¿Entiendes la diferencia entre entrenar y enseñar? ¿Entre aprender a hacer y aprender a ser?

—Así que al final volvemos a la historia de la polillasombra.

—¿Prefieres alguna otra historia?

—Sólo quiero saber qué buscas, ¿vale? Qué quieres de mí. Quiero saber qué puedo esperar.

—No quiero nada de ti. Lo quiero para ti. «Esperar» es una distracción. Presta atención al presente.

—¿Por qué no puedes limitarte a explicar lo que pretendes enseñarme?

—¿Es lo que enseña el maestro… —la misma oscuridad pareció sonreír—… o lo que aprende el estudiante?

Recordaba la primera vez que ella le había preguntado eso. Recordaba estar roto de dolor. Recordaba cómo lo condujo a un estado mental en el que podría curarse, y, al igual que un hueso soldado, se había vuelto más fuerte allí donde se había roto.

Asintió despacio, más para sí mismo que para ella. Se levantó y se acercó al sofá cubierto de musgo al borde de las sombras negras proyectadas por las paredes rotas y la pantalla de helechos que se agitaban suavemente. Cogió la túnicapiel cuidadosamente plegada y la miró durante un largo momento, antes de encogerse de hombros y ponérsela por la cabeza.

—¿Cuánto falta para que lleguen los yuuzhan vong?

—Mira a tu alrededor. Ya han llegado.

—Quiero decir, ¿cuánto falta para que pase algo? ¿Cuánto tiempo podremos quedarnos aquí?

—Eso depende —de la oscuridad llegó una suave risita—. ¿Cuánta sed tienes?

—No entiendo.

—Me han dicho que un humano puede vivir tres días estándar sin agua… cuatro o cinco, con mucho cuidado. ¿Sería demasiado osado por mi parte sugerir que salgamos a buscar una poca, antes de que estés demasiado débil para moverte?

Jacen miró a la oscuridad.

—¿Estás diciendo que eso depende de mí?

—Ten, mira esto.

De entre las sombras salió volando un objeto pálido e irregular la mitad de grande que el puño de Jacen, trazando en el aire un arco a poca velocidad. Jacen lo cogió instintivamente.

La clara luz del Puente le descubrió que el objeto era de textura áspera y rugosa, como un canto rodado. Con varias protuberancias aplanadas, pegajosas por una secreción negra como de masilla, que podrían ser tocones de donde se habían roto pedazos. El objeto tenía el color blanco amarillento del hueso blanqueado al sol, y algo incrustado en todas sus grietas y huecos, algo oscuro, marrón, que se descascarillaba… Sangre. Sangre seca.

—¿Qué es esta cosa? —un puño se cerró al final de su garganta, porque lo sabía.

Era una semilla esclavizadora. Una semilla esclavizadora madura.

Su semilla esclavizadora.

Por eso no había sentido ningún dolor.

Debería tirarla al precipicio, arrojarla a la selva de helechos que había un kilómetro más abajo. Debería ponerla en el suelo y aplastarla con un trozo de durocemento, convertirla en pasta. Debería odiarla.

Pero no la odiaba.

La miró dolorido, asombrado ante la añoranza que sentía de pronto en su interior.

Sin detenerse a pensarlo, se levantó la túnicapiel y apartó las tiras que le sujetaban el pecho, para mirar bajo ellas. En el sitio donde ella le había apuñalado tantas semanas antes tenía una cicatriz más ancha, larga como su dedo, del color rosa brillante de la carne recién curada; debía haberle curado con sus lágrimas, que funcionaban casi tan bien como el bacta.

Descubrió que tenía que sentarse. Se desplomó con un suspiro, como un tren de aterrizaje sobrecargado.

—Me la has quitado…

—Mientras dormías. Estuviste un tiempo inconsciente

—Vergere —salió despacio de entre las sombras y se acuclilló a su lado—. ¿Estás bien? , . .

—Yo… yo… —Jacen negó aturdido con la cabeza—. Quiero decir, gracias. Supongo.

—¿No querías que te la quitaran?

—Claro. Es que… Bueno, sí quería, Es que, no lo sé —la alzó a la suave luz cambiante—. Está muerta, ¿verdad? Vergere asintió solemne.

—En cuanto una semilla esclavizadora extiende sus zarcillos por el sistema nervioso de un anfitrión, deja de ser un organismo independiente. Esta murió al minuto de extraerla.

—Sí —la voz de Jacen apenas era un susurro—. Me siento… No sé. La odiaba. Quería quitármela. Matarla… Pero, bueno, mientras estuvo en mí… me hizo ser parte de algo. Como en la Guardería. Durante la lucha fue casi como volver a tener la Fuerza. Y ahora…

—Te sientes vacío —contribuyó Vergere—. Te sientes solo. Solitario. Casi asustado, pero también con energías, ¿verdad?

El se la quedó mirando.

—¿Cómo…?

—Lo que sientes —dijo Vergere a través de una sonrisa amable— se llama libertad.

—Menuda libertad —bufó Jacen.

—¿Cómo esperas que sea? Eres libre, Jacen Solo, y eso es solitario, y vacío, y aterrador. Pero también poderoso.

—¿A esto le llamas libertad? Vale, soy libre… en un planeta arruinado en poder del enemigo. Sin amigos, sin nave, sin armas. Hasta sin la Fuerza —pero no puedo dejar de pensar sin la semilla esclavizadora. Contempló el resplandor chillón del Puente—. ¿De qué me sirve la libertad?

Vergere se acomodó en una postura felina, con brazos y piernas dobladas bajo ella.

—Bueno —dijo al fin—. Es una cuestión digna de ser meditada, ¿verdad?

—Oh… —El aliento de Jacen se ahogó en su garganta—. ¿Era eso lo que querías decir hace un momento? ¿Cuando te pregunté y ahora qué?

—Eres libre —repitió—. Ve a donde quieras. Haz lo que quieras. Sé lo que quieras. —¿Y qué harás tú?

Su sonrisa varió de forma infinitesimal.

—Lo que yo quiera.

—¿Así que puedo irme? ¿Así como así? ¿Largarme? ¿Hacer lo que quiera… sin que nadie me lo impida? —No te prometo nada.

—¿Cómo se supone que sabré lo que debo hacer?

—Ah… —su sonrisa se ensanchó y sus ojos se estrecharon—… volvemos a la epistemología.

Jacen bajó la cabeza. Había perdido la poca afición a los duelos de ingenio que pudiera tener.

Se daba cuenta, sentado allí con Vergere reclinada a su lado, que esa cornisa en lo alto de un edificio en ruinas era en cierto modo como el Abrazo del Dolor. Podía quedarse allí, y pudrirse refocilándose en su pena, o hacer algo.

Pero ¿qué?

Ya nada parecía importar. En ese planeta roto, cualquier dirección era tan buena como otra. No podía hacer nada de utilidad, no tenía nada a su alcance que pudiera marcar alguna diferencia para nadie que no fuera él mismo.

«Por otro lado, ¿quién dice que yo tenga que ser de utilidad?»

Y sentado en aquella cornisa descubrió que había una dirección que aún significaba algo para él. Se levantó. Vergere abrió los ojos.

Él apartó los helechos, volviendo a las sombras nocturnas que proyectaban, y encontró el camino hasta la pared cubierta de musgo. Empezó por la esquina del fondo y recorrió la pared en toda su longitud, arrancando con la mano una larga tira de musgo. Se desprendió con facilidad, revelando el durocemento liso de debajo. Miró por encima del hombro a Vergere, que lo observaba en silencio a través de la pantalla de helechos.

Se encogió de hombros y volvió a la esquina y empezó por la pared contigua. A tres pasos de la esquina, sus dedos encontraron una rendija vertical, recta como un láser, bordeada por tiras de metal; al otro lado de la rendija, la pared era de duracero. Jacen palpó la pared a la altura de la cintura hasta que sus dedos tropezaron con el cierre manual. Lo giró, empujó y la puerta de duracero se deslizó a un lado con un crujido agotado.

—¿Qué haces?

Jacen no contestó.

Al otro lado había un pasillo que olía a rocío, mal iluminado por bulbosas excrecencias de liquen fosforescente, con una alfombra andrajosa carcomida por insectos cubriendo el suelo. Habían pasado muchos años desde que recorría los niveles inferiores con Jaina y Lowie, Tenel Ka y Zekk, pero el olor era inconfundible. En las paredes del pasillo había muchas puertas numeradas; era uno de los viejos bloques de apartamentos de los niveles medianos. Al otro extremo del pasillo, una arcada abierta conducía a las escaleras de emergencia. Jacen asintió para sí, y se dirigió hacia las escaleras sin dirigir una sola mirada a Vergere.

—¿A dónde vas? —reverberó la voz de ella en el pasillo.

No le debía ninguna respuesta. Empezó a bajar las escaleras en silencio. La escalera estaba hecha de plastifibra transparente ensuciada por los años y reforzada por una red de alambres. Por entre el amasijo de arañazos, grietas y alambres pudo ver más abajo una pasarela que llevaba a la pared lisa y manchada de negro de un edificio contiguo. Tras bajar medio tramo de escaleras, hizo una pausa y suspiró.

—¿Vienes o no?

—Por supuesto —Vergere apareció detrás de él, en lo alto de la escalera, sonriendo abiertamente a la luz del Puente—. Sólo esperaba a que me lo preguntaras.

Capítulo 7

El cráter

¿Este es Jacen Solo?

El Maestro Cuidador Ch'Gang Hool miraba con claro horror a la imagen del saco de gelatina óptica de la arañopantalla enana. Un racimo de largos y delicados tentáculos implantados en la comisura de su boca se estremeció, anudándose y desanudándose solo, antes de que los sinuosos palpos ascendieran a lo alto de la cabeza donde continuaron atusando nerviosos la diadema estrellada del Maestro Cuidador.

—Este… ¿éste es el Jacen Solo de Duro? ¿El que mató a la reina voxyn? ¿El Jeedai que busca Tsavong Lah?

—Lo es.

—¿Y es el mismo Jeedai que provocó la revuelta de esclavos que estuvo a un crizt de destruir la semillanave? ¿La revuelta de esclavos que mató a centenares de miembros de nuestra santa casta? ¿La revuelta de esclavos que escupió a esa salvaje escoria infiel por mi planeta inmaculado?

—¿Tu planeta, Maestro Cuidador?

—¡Tengo el honor y la tarea de dar forma a este mundo! —ladró Ch'Gang Hool—. Y todos los seres de este sistema estelar acatarán mi voluntad mientras no concluya esa labor, ¡incluida la flota estelar! ¡Incluido el Cerebro Planetario! Y si yo elijo decir que este planeta es mío, ¿quién va a atreverse a discutírmelo? ¿Quién? ¿Tú?

—Oh, yo no —un largo índice rematado en una garra curvada cosquilleó el nodulo de control de la arañopantalla enana, aumentando la imagen de Jacen Solo hasta que su cabeza llenó el saco óptico—. Puestos a discutir esa cuestión, creo que tendrías que tratarlo con él.

—¿Cómo es que está aquí? ¿Cómo es que ha sobrevivido? ¡Han pasado semanas desde la siembra! ¿Es que ese peligroso Jeedai ha estado libre todo este tiempo? ¿Dónde ha estado? ¿Por qué no se me ha informado?

Al otro lado de la arañopantalla enana, el Ejecutor Nom Anor mostró su imperturbable sonrisa de dientes afilados.

—El Maestro Bélico ha ordenado dedicar todos los recursos disponibles a su captura.

—Así que lo ordena, ¿eh? —la tiara de Ch'Gang Hool se encrespó agresiva—. Mientras él no venga a tomar posesión de este mundo, ¡la autoridad la tengo yo! ¡Ya veré lo que hago con sus órdenes!

—Considéralas una sugerencia, si lo prefieres así —Nom Amor se inclinó hacia delante, abriendo las manos, perfecto retrato de una persona amistosa y razonable—. Aún así, sigues siendo responsable de conformar Yuuzhan'tar. Y yo te comunico que en el planeta hay un Jedi excepcionalmente peligroso, un Jedi que, sólo con sus propios medios… ¿Cómo era su frase? Ah, sí, ha estado a un crizt de destruir la semillanave —se recostó en la vaina animal, y disfrutó de la agitación de los músculos de la vaina que se movían bajo él para ajustarse a su nueva postura. La verdad es que los cuidadores tenían

una vida muy cómoda, demasiado para su bien, pensó. Quizá por eso encontraba tanto placer en manipular a éste—. El cómo te enfrentes a esta amenaza clara e inminente es, por supuesto, decisión completamente tuya. Ch'Gang Hool frunció el ceño.

—Nunca se me ha explicado adecuadamente cómo es que este peligroso Jeedai se encontraba a bordo de la semillanave…

—Dirige todas tus dudas al Maestro Bélico —le aconsejó Nom Anor airadamente—. Estoy seguro de que estará encantado de distraer tiempo de la campaña bélica para contestar hasta la menos importante e inane de sus preguntas.

—¿Es inane que el Jeedai que mató a nuestra reina voxyn se mueva libremente por nuestro mundo natal? —Ch'Gang Hool sacudió ante el Ejecutor su puño de Maestro con ocho dedos—. ¿Es una tontería alarmarse al descubrir que el enemigo más poderoso de nuestro pueblo se ha infiltrado entre nosotros?

—Que esto quede entre la arañopantalla y nosotros —dijo Nom Anor con tono agradable—, pero lo inane es esa insistencia en un insulto imaginario a su autoridad. Una tontería es preocuparse sobre cómo llegó aquí Jacen Solo, cuando deberías preocuparte por lo que pueda estar haciendo ahora mismo.

El aumento de la presión sanguínea riñó de azul el rostro del Maestro Cuidador.

—¿Dónde está? Lo sabes, ¿verdad?

—Por supuesto —Nom Anor volvió a mostrar su sonrisa de dientes de aguja—. Sólo esperaba a que me lo preguntaras.

Había algo raro en ese cráter.

Jacen frunció el ceño y retrocedió por la hendidura que atravesaba la pared del borde del cráter. Vergere iba unos pasos por delante y se detuvo al sentir que Jacen ya no le seguía. Lo miró inquisitiva.

Él negó con la cabeza.

—Tengo un mal presentimiento sobre este lugar.

La ladera externa del cráter era un pedregal de cascotes, que se derramaban desde los restos estructurales de lo que una vez fueron oficinas gubernamentales. Esa parte del borde del cráter había sido una pared maestra de varios kilómetros de altura. Los helechos y musgos multicolores lo cubrían como si fueran su terreno natural, pero tenían raíces demasiado poco profundas para impedir que se desplazaran los cascotes. Habían tenido que ascender despacio, yendo Vergere delante. Jacen no podía saber si el siguiente paso le haría pisar un trozo suelto de durocemento y provocar una avalancha o hacerle atravesar una costra de fibrolosetas para caer en algún cuarto semiintacto que pudiera haber debajo. Vergere no explicaba cómo podía encontrar siempre el camino más seguro, y Jacen asumía que sería gracias a algún sentido basado en la Fuerza.

La hendidura fue una vez parte de algún acceso de vehículos, posiblemente una parada de aerotaxis, y cosa de tres metros de sus paredes reforzadas habían sobrevivido a

la destrucción del edificio circundante. Jacen se paró en su sombra, contempló desde allí la ladera interna del cráter, y se sentó en un resto de algo incrustado de liquen que tenía el tamaño de un deslizador. Ese cráter…

Era lo bastante grande como para tragarse por completo un destructor estelar. Lo bastante grande como para que la semillanave se perdiera en su interior. Descendía en una curva suave que se alejaba eternamente de ellos hasta perderse en las negras sombras que proyectaba una creciente columna de nubes que se ensanchaba para adquirir la forma de-un yunque.

La nube se oscurecía a medida que descendía, internándose en el cráter, lamiéndolo con lenguas de relámpagos. Los truenos resonaban abajo, y el aire chisporroteaba con iones negativos.

Jacen tragó saliva.

—Tengo un mal presentimiento sobre este lugar —repitió.

—Haces bien —Vergere retrocedió a saltos hasta donde estaba él y se sentó su lado, en el liquen—. No hay lugar más peligroso en este planeta.

—Peligroso… —repitió él—. ¿Cómo lo sabes?

—Puedo sentirlo en la Fuerza —ella entrelazó los dedos para formar un puente en el que apoyó la barbilla, y le sonrió—. La cuestión es, ¿cómo lo sabes tú?

El la miró de lado, y volvió la cabeza para volver a mirar al cráter con el ceño fruncido. ¿Cómo podía saberlo? Siguió sentado a la sombra del acceso en ruinas y pensó en ello.

Las semanas caminando lo habían enflaquecido y endurecido su cuerpo, haciendo que fuera todo nudos y cuero curtido. El pelo le había crecido en rizos rebeldes, ahora surcados por mechas rubias producto de los fuertes rayos ultravioletas del sol blanquiazul. Su barba fina y picajosa de adolescente se había poblado, y era áspera y más oscura que el pelo. Podría haber cogido alguna crema depiladora de un aseo abandonado, incluso un cuchillo lo bastante afilado como para afeitarse con él, pero no se había molestado. La barba le protegía la mandíbula y las mejillas de las quemaduras solares.

De quererlo, también podría haber cogido algo de ropa. Llevaba unas botas resistentes que había encontrado, pero ninguna ropa habría sido tan duradera, o útil como la túnicapiel. Le daba calor por la noche y era fresca durante el día, se limpiaba sola y hasta se curaba los desgarrones. Debajo llevaba el taparrabos que le había hecho Vergere. Cuando encontró las botas, arrancó tiras de la túnicapiel para hacerse unos calcetines que se limpiaban solos y no se gastaban nunca.

También había resultado ser útil de otras maneras, y a la espalda llevaba una mochila de buen tamaño, hecha del mismo modo. Las tiras de túnicapiel se habían soldado y curado en esa forma, convirtiéndose en una mochila viviente que no se rompía ni se gastaba; era como un músculo que parecía hacerse más fuerte cuanto más lo usaba. La había llenado con toda la comida que le cabía. Tres días sin encontrar alimento lo habían curado de cualquier confianza que pudiera tener en su suerte.

Había comida a su alcance si buscaba lo suficiente, sobre todo pancomida y conservas de levadura de azúcar, además de los cuadrados secos de proteínas que eran el principal alimento de los moradores de niveles inferiores. Puede que no tuviera muy buen sabor, pero era un producto que no se estropeaba. El agua era abundante, no como en la vida anterior del planeta, cuando se llamaba Coruscant, y apenas pasaba un día sin que lloviera, y era fácil encontrar charcos recientes entre los escombros.

A veces se internaban en la penumbra de los niveles inferiores, arrastrándose por desvencijadas plataformas o pasillos pegajosos por el rastro de babosas del granito, como si siguiera siendo el planeta en el que había crecido. A veces esos niveles inferiores daban inesperadamente a inmensas extensiones donde se habían desplomado —edificios gargantuescos, formando vastos valles rebosantes dé vida alienígena— y se veían obligados a abrirse paso entre escombros cubiertos de vongvida peligrosamente caótica.

Aunque los yuuzhan vong habían alterado la órbita del planeta —el sol que antes era una deslumbrante cabeza de alfiler estaba ahora lo bastante cerca como para ser un claro disco del tamaño de un pulgar a un brazo de distancia—, parecían no haber tocado la rotación del planeta, ya que los ritmos circadianos de Jacen, condicionados por toda una vida en la ciudad galáctica, parecían coincidir con el ciclo de días y noches de Yuuzhan'tar.

Vergere parecía contentarse con dejar que Jacen estableciera el ritmo de marcha y dirigiera el viaje. No volvió a preguntar a dónde iban. Comían cuando él tenía hambre y descansaban cuando él se cansaba; cuando no hacían ninguna de las dos cosas, caminaban. Si Vergere dormía alguna vez, Jacen nunca la vio dormir. Parecía recogerse en sí misma de vez en cuando, y era capaz de permanecer inmóvil durante horas, pero cada vez que él se movía o hablaba ella estaba completamente alerta, como si hubiera permanecido en vela.

En la mochila llevaba también algunos objetos útiles que habían rescatado: una barra luminosa, unos electrobinoculares, un puñado de células energéticas y su mayor trofeo, un datapad personal MDS. Aunque era antiguo, un serie 500 irremediablemente obsoleto, y parecía estar cargado sobre todo con lo que parecían juegos instructivos, generadores de imagen simplificados y otras cosas para niños, contenía un programa útil: un holomapa interactivo de Coruscant.

Cada pocos días conseguía encontrar una terminal PPD intacta, enterrada en los niveles medianos de un edificio semi en ruinas, o resguardado bajo una lasca de pared caída, en una ocasión hasta colgando del cable conector en una retorcida pasarela de acero que no llevaba a ninguna parte, ya que el edificio al que conducía se había desplomado por completo. Las Pantallas Públicas de Datos eran extremadamente resistentes, diseñadas para sufrir mucho castigo, y algunas de las PPD que encontraba seguían funcionando, o podían encenderse tras conectarles una de las células energéticas que llevaba. Entonces podía cargar en el holomapa del datapad la localización del Está usted aquí del PPD y seguir sus progresos.

No sabía lo que haría una vez llegara. Probablemente no encontraría más que un enorme montículo de restos como aquellos por los que pasaba cada día. Ni siquiera sabía por qué iba. No tenía ningún plan, sólo un destino.

Bastaba con un destino.

Sacó los electrobinoculares de la mochila y los encendió. Algo en la vongvida del cráter le preocupaba. No estaba seguro de lo que era, no podía estar seguro. Pese a las semanas pasadas en la Guardería, y todavía muchas más semanas en Yuuzhan'tar, seguía estando lejos de ser un experto.

Siempre que le era posible evitaba el contacto con la vongvida, gran parte de la cual tenía propiedades desagradables. Por ejemplo, la savia púrpura con olor a té que exudaba el musgo del durocemento había convertido sus manos en amasijos de cardenales ampollados durante tres días. En las semanas que llevaban caminando había descubierto ciertas pautas en la vongvida: crecía en grandes parches circulares rodeados de anillos de escombros. En el centro de cada parche solía encontrar una de las biomáquinas ecogeneradoras que las semillanaves habían dispersado por todo el planeta, produciendo esporas o semillas, a veces hasta criaturas vivas.

En una ocasión, Vergere y él pasaron la mayor parte de un día contemplando centenares de bestias sin nombre tambaleándose al salir a la luz desde la boca cavernosa de una de esas biomáquinas. Sexápodos bovinos que se movían lentamente, pestañeando estúpidamente ante ese sol desconocido, agrupándose instintivamente en manadas antes de alejarse para comer de la vegetación. Empezaron a crecer a nada más se pusieron a comer, y con tanta rapidez que Jacen pudo verlos madurar en el transcurso de un día. Y por cada cincuenta o cien hexápodos, la biomáquina producía un depredador, desde enormes criaturas lagartoides bípedas, con tentáculos faciales que acababan en puntas como cuchillos en vez de dientes, a grupos de feroces cazadores insectoides no más grandes que un gupin.

De vez en cuando, veían algún yuuzhan vong, y no sólo a cuidadores atendiendo a su nuevo planeta. Había guerreros que patrullaban incluso en los niveles medios, armados, estremeciéndose de disgusto ante las máquinas ante las que se veían obligados a pasar. Por un tiempo, Jacen se preguntó si no lo estarían buscando a él, pero a medida que se prolongaba su viaje empezaron a encontrar señales de que no eran los únicos fugitivos que acechaban en las profundidades bajo la zona de destrucción: huellas recientes en el polvo, escondites de comida recién saqueados, escombros hábilmente colocados para parecer casuales pero que ocultaban escondrijos. En tres o cuatro ocasiones hasta atisbaron a otros humanos corriendo furtivamente de un escondrijo a otro, siempre de noche, siempre procurando no mostrarse ni a la luz del Puente. Podían ser refugiados, gente que se había quedado atrás y olvidado en el caos de la evacuación; o moradores de los niveles medios que evitaban por instinto el contacto con el mundo superior; o esclavos escapados de la semillanave. Jacen no lo sabía. Nunca pensó en descubrirlo. Los evitaba.

Atraían la atención de los yuuzhan vong.

No sabía si los esclavos eran de alguna utilidad para los yuuzhan vong en su nuevo mundo natal, o si los ejecutaban en el sitio donde los capturaban. Era otra cosa que no pensaba descubrir nunca.

La vongvida que se aferraba a la curva interna del cráter parecía distinta a la que había visto hasta el momento. Manipuló el zoom de sus electrobinoculares adelante y atrás para alternar entre un gran angular y un primer plano de las plantas. El follaje raleaba y era extraño, y cubría el suelo de forma inesperadamente escasa. Enfocase donde enfocase, veía franjas de duracero oxidándose ymontones de escombros limpios, como si la vongvida encontrase allí un entorno demasiado hostil para florecer en él. El musgo, de brillantes colores en otros lugares, allí era gris y marrón y apagados verdes; los helechos, que en otros lugares formaban gigantescos doseles de hojas, allí estaban marchitos, retorcidos, creciendo de forma azarosa, con frondas apagadas que parecían cubiertas de polvo.

Redujo el zoom y examinó la columna vertical de nubes de tormenta que se elevaba sobre el centro del cráter. La base gris y negra parecía tan plana como su deslumbrante yunque blanco. Y la columna se movía como si rotase lentamente sobre sí misma, como si la nube no consiguiera decidirse a ser o no una enorme tormenta coriolis.

Todo ello le parecía bastante amenazador, pero no lo suficiente como para explicar el temor asfixiante que le oprimía el pecho cuando pensaba en bajar allí.

—De acuerdo, me rindo. ¿Qué tiene este sitio? ¿Qué lo hace tan peligroso?

Vergere le tocó el brazo e hizo un gesto para dirigir su atención hacia un bosquecillo de lo que parecían matas coniferas, aunque el alcance de los binoculares y el indicador azimut le decía que la más pequeña superaba los diez metros de alto. En la ladera donde estaba el bosquecillo se veía una manada de ágiles criaturas reptilescas con pezuñas que saltaban de piedra en piedra, mordisqueando nerviosamente el escaso musgo. Un instante después encontró lo que le ponía tan nervioso. Uno de los enormes depredadores bípedos con tentáculos faciales saltó con asombrosa rapidez del bosquecillo de matas. Agarró con sus poderosas zarpas anteriores prensiles al reptil con pezuñas que tenía más cerca, y mató y desmembró rápidamente al animal capturado con la punta de cuchillo de los tentáculos, de su boca, reduciéndolo a pedazos del tamaño de un bocado. Cuando el resto de la manada se alejó a saltos, el depredador se recostó en la decreciente luz del sol para devorar su presa.

—Por eso es tan peligroso este sitio —dijo Vergere con cierto aire retador en la sonrisa—. Está lleno de lo que llamas el Lado Oscuro. Yo diría que el Lado Oscuro es aquí muy muy poderoso, más que en cualquier otra parte del planeta. Quizá más poderoso que en cualquier otra parte de la galaxia.

Jacen bajó los electrobinoculares, pestañeando.

—Eso no es el Lado Oscuro. Un depredador caza para alimentarse él y su familia. Es la naturaleza.

—¿Y no lo es el Lado Oscuro? Creía que lo más peligroso del Lado Oscuro era que es algo natural. Por eso es más fácil que el luminoso, ¿verdad?

—Bueno, sí, pero…

—¿Es que lo que has visto no es una muestra del Lado Oscuro? ¿No es lo que tanto temes: agresión, violencia, pasión?

—¿Quieres saber qué aspecto tendría el verdadero Lado Oscuro? Que ese depredador hubiera matado a toda la manada, sólo para divertirse. Por el placer de matar.

—¿Crees que el depredador no disfruta con el éxito de su caza?

Jacen volvió a mirar por los electrobinoculares, esperando un momento en que el depredador pareciera estremecerse de placer con su comida.

No contestó.

—¿Matar a uno es natural y matarlos a todos es del Lado Oscuro? —continuó Vergere—. ¿Es que la línea que separa lo natural del Lado Oscuro es sólo de grados? ¿Es del Lado Oscuro que el depredador mate sólo a la mitad de la manada? ¿Y a la cuarta parte?

Él bajó una vez más los electrobinoculares.

—Es el Lado Oscuro cuando mata más de lo que necesita para alimentarse a él y a su familia —dijo, calentándose—. Ésa es la línea divisoria. Matar cuando no es necesario.

Vergere inclinó la cabeza.

—¿Y cómo defines la necesidad? ¿Hablamos de hambre o de simple mala nutrición? ¿Es del Lado Oscuro que sólo se coma la mitad del animal que ha matado? ¿Está un depredador en el Lado Oscuro si su familia tiene unos kilos de sobrepeso?

—No se trata de eso…

—¿Entonces de qué? ¿O volvemos al por qué? ¿Acaso la intención predomina sobre el acto? ¿Y deja de ser del Lado Oscuro que ese depredador mate, pongamos que a la manada entera y la deje allí para que se pudra, si cree que lo hace para comer?

—No es tan sencillo —insistió Jacen—. Y no siempre es fácil de describir…

—Pero lo reconocerás cuando lo veas, ¿verdad?

Él bajó la cabeza testarudamente.

—Sí.

Vergere desenroscó los dedos en dirección al depredador manchado de sangre de la ladera. —Esta vez no lo reconociste…

La respuesta de Jacen fue interrumpida por un estallido tan atronador-que pareció que el cielo había explotado. Gritó y se arrojó contra la pared que tenía a la espalda. Los cascotes se movieron y resbalaron por la pared del cráter encima de él, en una avalancha de trozos de durocemento y vigas retorcidas se precipitó por el borde de la pared y golpeó la hendidura a escasos centímetros de las rodillas de Jacen. En el cielo resonó otro estallido, y luego otro; se pegó de lado contra la pared y encogió la cabeza, llevándose las manos a la nuca para protegérsela contra el golpetear de los cascotes. Se oyeron más estallidos, pero el cráter dejó de temblar y Jacen arriesgó una mirada hacia arriba.

—¿Qué ha sido eso?

Vergere señaló el ilimitado púrpura sobre el arco del Puente.

—Allí.

—No veo nada…

—Jacen… —hizo un gesto hacia los electrobinoculares que colgaban olvidados de su cuello.

Se los llevó a los ojos, enfocando a donde apuntaba ella. El autofoco se centró en una imagen, y acudió a sus labios una de las maldiciones corellianas de su padre. Las explosiones no habían sido explosiones, y tampoco truenos.

Eran estallidos sónicos.

Naves de coral yorik del tamaño del Halcón Milenario volaban dando vueltas sobre el cráter, formando en el cielo el dibujo de una roseta imposiblemente compleja. Y todas ellas escupían continuamente objetos bulbosos que parecían vainas de semillas del mismo color púrpura que el cielo.

El recubrimiento de una de las vainas empezó a pelarse como una flor estelar ithoriana abriéndose al sol, revelando manojos de enredados filamentos blancos semejantes ala semillaseda. La seda se desenredó con rapidez, liberando sus semillas al viento, que cayeron dejando atrás largos torrentes de fibras blancas. Jacen giró la rueda del zoom, y enfocó una de esas semillas, y no era una semilla.

Era un guerrero yuuzhan vong.

El filamento de seda blanca que arrastraba tras él se rompió para formar el hongo de un paracaídas. Las demás vainas de semillas no tardaron en florecer, soltando cada una doce guerreros… Eran cientos… miles…

—Estupendo —Jacen bajó los electrobinoculares—. Hemos encontrado el campo de entrenamiento de su infantería aerotransportada. Podría haber sido peor, ¿eh? Podría haber sido un campo de artillería…

—Jacen —en la voz de Vergere había una oscuridad fría y calculadora que nunca le había oído antes. Él se quedó inmóvil, alerta, como un animal que capta en el viento el olor de un depredador más grande y más rápido—. No es un ejercicio de entrenamiento. Vienen a por ti.

Jacen tragó saliva.

—No pienso volver —dijo con voz ronca—. He tenido Abrazo del Dolor suficiente para tres vidas enteras…

—Oh, por eso no temas —dijo, recuperando su habitual tono animoso, incorporándose y curvando sus labios en una sonrisa que parecía humana—. No les interesa tu dolor, Jacen Solo. Son hombres del Maestro Cuidador. Si te cogen, te matarán. Pura y simplemente. Donde te encuentren.

Él guiñó el ojo para mirar al cielo sin los electrobinoculares, y esta vez casi pudo distinguir los miles de miles de motas púrpura.

—¿Todo eso? —murmuró—. ¿Todo eso, sólo para mí?

—Ahí tienes un primer indicio de lo importante que eres.

Él enfrentó su mirada con calma.

—Bueno, al menos eso parece creer alguien. ¿Alguna sugerencia?

Vergere asintió, volviéndose para mirar una vez más hacia arriba.

—Parece que hay una corriente ascendente desde el cráter, quizá por esa extraña tormenta. Está desviando fuera del cráter a los guerreros de las vainas, hacia el borde del cráter y más allá.

—¿Y…?

—Si quieres escapar de ellos, sólo puedes ir hacia un sitio. Volvió a desplegar una mano hacia el interior del cráter. —Abajo.

Capítulo 8

En la oscuridad

Los relámpagos relumbraban en las alturas y los truenos azotaban el suelo del cráter con fuerza suficiente para hacer temblar el suelo. Jacen se pegó temblando a una esquina rota que una vez fue el interior de un elegante cuarto de aseo. Una lluvia gélida corría por su columna vertebral, y perdigones de granizo se clavaban en su piel. Apretó la mandíbula para que no le castañetearan los dientes.

Los yuuzhan vong se acercaban.

Escuadras enteras de guerreros ya estaban sorteando el borde del cráter antes de que Jacen y Vergere hubieran recorrido la mitad de la ladera interior. Los guerreros saltaban despreocupadamente de una losa a una roca a un escombro, ganando terreno con rapidez. Jacen no habría podido igualar su velocidad; quedar herido o mutilado, incluso morir, al servicio de los Dioses Verdaderos era la mayor aspiración de un guerrero.

No sabía cuánto tiempo llevaba esperando allí, tiritando bajo la lluvia helada. Vergere le había dicho que esperase, que encontraría una vía de escape, pero para eso debía buscarla e iría más deprisa yendo sola. Confiaba en ella, aunque ella no hubiera dicho nada ni le hubiera pedido esa confianza. ¿Qué otra elección tenía?

«Sí, claro, soy libre —pensó con amargura—. Menuda libertad». La lluvia, el granizo, el cortante viento, eran malos. La espera era peor.

Y lo peor de todo era que podía sentir a los yuuzhan vong acercándose. Sentía un hueco en el centro del pecho, un espacio vacío donde había estado la semilla esclavizadora. Si cambiaba el ritmo de su respiración, si cerraba los ojos, si pensaba en ese hueco, si dirigía su atención al vacío de su centro, conseguía de algún modo percibir la vida de otra forma. No habría sabido describir la sensación, carecía de las palabras exactas para describirla. Los zarcillos de la semilla esclavizadora se habían extendido por todo su cuerpo, entretejiéndose con su sistema nervioso hasta que se volvieron parte inseparable de su ser, aunque vibraban en sintonía con una vida ajena a esta galaxia.

Sólo sabía que le pasaba…

Podía sentir a los yuuzhan vong cubriendo las laderas del cráter, podía sentirlos en el centro del cráter chapoteando entre la tormenta. Sentir el siseo de las hormonas alienígenas del estrés recorriendo venas alienígenas. Sentir como un guerrero contenía el aliento al doblar una esquina que podía esconder a un Jedi fugitivo, sentir la negra rabia de otro por la muerte de sus camaradas en la Guardería, y el corazón le vibraba con la salvaje sed de venganza de otro ser. Sentir el dolor sordo y nauseabundo que recorría una pierna desde un tobillo roto por un desafortunado corrimiento de cascotes, y sentir la frustración del guerrero al que se ordenó que se quedara atrás para atender a un torpe brenzlit que se había roto, tul tobillo cuando lo que deseaba ardientemente era seguir adelante para cazar y encontrar y matar. Los sentía a todos.

Como si él fuera todos ellos, y todos ellos fueran él. A la vez.

Y sentía más. Sentía el crujido de hojas tiernas bajo los tacones de duras botas. Sentía la preocupación primitiva del musgo cuando un guerrero tropezó con una puerta rota arrancando de ella media colonia de musgo. Sentía el terror de una pequeña familia de criaturas cavadoras vagamente mamíferas, ante el impacto de las vibraciones provocadas por el paso apresurado de tantos pies.

Al asimilar así los sentimientos de los guerreros, se abría a sus emociones, sus sensaciones, y dejaba de sentir el frío. El metabolismo de los yuuzhan vong era más rápido y cálido que el humano, y convertía la lluvia gélida en una refrescante ducha astringente. La punzada del granizo se volvió tan embriagadora como rascarse un eczema inflamado. Y ya no tenía miedo…

No es que temiera morir. Había perdido el miedo a la muerte en la mundonave de Myrkr, pero su cuerpo se encogía y temblaba en la retumbante tormenta, apartándose del ataque de imaginarios anfibastones, preparándose contra el impacto de imaginarios insectos aturdidores, en un reflejo biológico que no tenía en cuenta el valor. Pero en ese momento…

Lo único que sentía entonces era la creciente alegría depredadora del guerrero que alzaba el anfibastón en dirección a un pequeño humano vestido de blanco que temblaba en un rincón donde se encontraban dos paredes rotas, y sólo cuando una sombra alta atravesó la cortina de lluvia que tenía delante se dio cuenta Jacen de que el pequeño humano con túnica blanca que estaba a punto de morir era él mismo.

Un relámpago se desató sobre su cabeza cuando se apartó, y la hoja de anfibastón sólo le arañó las costillas antes de clavarse profundamente en el durocemento de la pared. En la resonante oscuridad que siguió al fogonazo, Jacen dejó caer la mochila de sus hombros, agarrándola por una correa en su descenso y, mientras el guerrero liberaba su anfibastón, la volteó en el aire con las dos manos para golpearlo en la cara con quince kilos de latas y suministros. El guerrero se tambaleó hacia atrás y Jacen saltó, volteando otra vez la mochila, y aterrizó con fuerza, haciendo que el guerrero doblara al fin las rodillas.

Jacen giró la mochila sobre la cabeza para golpear al guerrero contra el suelo, pero éste alzó la hoja para parar el golpe, partiendo la mochila en dos, dispersando barras de proteínas y latas de sintoleche, partiendo limpiamente los electrobinoculares por la mitad y traspasando las tripas electrónicas del datapad, que explotó en chispas blanquiazules que iluminaron la lluvia y recorrieron toda la longitud del anfibastón para chamuscarle las manos.

El guerrero profirió una maldición glotal mientras sus manos se contraían involuntariamente. El anfibastón cayó humeando, rígido, al suelo que los separaba. Jacen hizo una mueca cuando el dolor le mordió las manos, royéndole hasta los brazos, pero el dolor no era suyo.

Era el dolor que sentía el guerrero por las quemaduras. Cuando el guerrero se puso en pie para atacarlo desarmado, Jacen encajó su ataque sin esfuerzo, girando ligeramente para que la bota con púas del guerrero le fallara por un centímetro. El guerrero resbaló,

recuperó el equilibrio y se volvió para propinar un relampagueante puñetazo a la frente de Jacen. Éste inclinó la cabeza una fracción, y el golpe sólo le revolvió el pelo.

—Si no paras —dijo Jacen— tendré que hacernos daño a los dos.

El guerrero ladró y atacó con los nudosos puños. Jacen desvió el primer golpe, y detuvo el segundo con la palma abierta al tiempo que daba un paso adelante y giraba el brazo doblado para que los nudillos del guerrero chocaran con la punta del codo de Jacen. El guerrero aulló cuando se le rompieron los nudillos, y una bruma de dolor alienígena se encendió en el brazo de Jacen: huesos astillados que se clavaban en quemaduras eléctricas de tercer grado.

—Puedo hacer esto durante todo el día.

Y podía. Era como si el guerrero fuera parte del cuerpo de Jacen. Podía fallar en contraatacar un ataque tanto como una de sus manos no encontrara a la otra en la oscuridad. Podía sentir hasta el último retazo del dolor que infligiera, pero ¿y qué? Sólo era dolor.

Y el resto-Se dejó llevar, moviéndose con rapidez y facilidad, contrarrestando cada ataque que le resultaba tan claro y tan obvio y tan predecible como algo hecho mil veces; era como entrenarse con Jaina, cuando sus talentos en la Fuerza y su lazo de gemelos los convertían prácticamente en una sola persona. Otros guerreros vieron la pelea, el baile, y los insectos aturdidores surcaron el aire, y Jacen sintió que debía pedir disculpas al guerrero mientras desequilibraba elegantemente al guerrero y lo agarraba del alargado brazo para darle la vuelta y usarlo como escudo. Los insectos aturdidores lo golpearon como martillos. La armadura de cangrejos vonduun le salvó la vida, pero le transmitió suficiente impacto hidrostático como para apagar su consciencia como una barra luminosa desconectada.

Jacen sintió eso como el fogonazo visual de un apagón que le hizo tambalear.

Cuando se le despejó la vista, tres guerreros lo tenían encajonado.

Saber cómo atacarían no le ayudaría; ningún ser vivo podría moverse lo bastante deprisa para esquivarlos. Los guerreros le atacaron con anfibastones que se alargaron con la velocidad de un latigazo. Ninguna de las hojas le tocó.

No se había movido.

Jacen se había convertido de pronto, para los nódulos nerviosos que servían de cerebro primitivo a los anfibastones, en un pequeño pólipo de anfibastón, pequeño y preocupantemente deforme, pero aún así inconfundible, e incontables milenios de selección natural habían codificado a los anfibastones para no cortar pólipos.

«Bueno, esto ha salido bien —pensó Jacen—. Pero estoy listo en cuanto los suelten y me ataquen con las manos desnudas».

Así que atacó él.

Corrió tres pasos para ganar impulso en dirección al de la izquierda y saltó en el aire. La reacción instintiva del guerrero fue alzar el anfibastón y traspasarlo por las tripas, pero no le sirvió de nada, porque el anfibastón se desplomó fláccido entre sus manos y sólo

pudo mirar boquiabierto cómo Jacen hundía ambos pies en su pecho y lo derribaba como si lo hubiera atropellado un deslizador.

Jacen tocó el suelo y echó a correr sin mirar atrás.

Fueron tras él ladrando de furia, como guindar hambrientos. Se internó a ciegas en la tormenta, resbalando, deslizándose, bajando, usando como guía lo que sentía en el centro del pecho, dirigiéndose hacia donde no estaban los yuuzhan vong. Pudo sentir cómo lo localizaban, sentir arrebatos de rabia y sed de sangre animal provenientes de todas direcciones a medida que los cazadores lo localizaban, de forma vaga, espectral entre la lluvia y el granizo, y sintió los fogonazos de alegría cuando lo localizaban en el intermitente blanquiazul estroboscopio de los relámpagos. Insectos aturdidores lo buscaron, arrancando astillas de las paredes y dispersando rozos de musgo húmedo. Por todas partes se oían gritos: ásperas toses con demasiadas consonantes, medio apagadas por la lluvia, medio enterradas por los truenos. No hablaba su idioma, pero podía sentir el significado.

Lo tenían rodeado, y se acercaban.

«Éste —se dijo— sería un buen momento para que apareciera Vergere».

Y una mano como convocada por esa idea le empujó el hombro, convirtiendo su descenso recto en una desigual bajada en diagonal. Antes de que pudiera recuperar el equilibrio, una cuerda invisible le rodeó los tobillos haciendo que se estrellara contra el suelo…

El cual se desplomó bajo él con la rasgadura sorda de una íibroloseta podrida, haciendo que cayera de cabeza a un húmedo suelo de piedra situado cuatro metros más abajo, que lo golpeó como un saco cargado de mercancías. Se quedó allí inmóvil, medio aturdido, jadeando para recuperar la respiración perdida, mirando a las constelaciones que de pronto giraban alrededor de su cabeza pero sin proyectar luz alguna en la oscuridad que lo rodeaba.

Una parte de la pared se deslizó a un lado, mostrando al otro lado una habitación, escasamente iluminada por orbes luminosos en modo hibernación. La luz de esa habitación producía un halo en la pequeña silueta avícola parada en el umbral.

—Jacen Solo. Ya es hora de que te refugies de la tormenta.

Él alzó la mirada al agujero tamaño Jacen del techo de la habitación y dejó que la lluvia helada que caía sobre él se llevara las estrellas de su cabeza.

—¿Vergere…?

—Sí.

Sintió la confusión de los cazadores de arriba; había desaparecido para ellos.

—Esto… gracias, creo…

—No hay de qué.

—Pero…

—¿Sí?

Se puso despacio en pie. No parecía tener ningún hueso roto, pero le dolía todo el cuerpo.

—¿No podrías haberte limitado a, no sé, decirme «¡Eh, Jacen! ¡Corre hacia aquí!»?

Ella inclinó la cabeza un centímetro, y su cresta pareció adquirir un fuerte tono naranja oscuro. Alargó una mano hacia él.

—Eh, Jacen —dijo—. Corre hacia aquí.

Él miró por última vez al agujero del techo, a las negras nubes pespuntadas de relámpagos, y corrió.

Se internaba en el planeta, en la oscuridad… Corriendo.

Orbes luminosos apagados, o que latían débilmente; fogonazos de habitaciones desnudas y estériles cuya única vida era el dibujo del follaje que recorría como una telaraña las paredes de losetas de mosaico; la fuerte palmada de las botas al pisar la piedra, la respiración ronca que arañaba una garganta llena de polvo, y traspasaba labios y dientes cubiertos de arena.

Corriendo.

El sudor le quemaba los ojos, volviendo borrosa la espalda de Vergere que corría delante de él, doblando esquinas, agachándose al cruzar umbrales, zambulléndose por tramos de escaleras, saltando a los turboascensores abandonados para bajar resbalando por los guardarrailes, y él la seguía desesperadamente…

Internándose en el planeta. En la oscuridad…

Corriendo.

Aquel hueco abierto a la calma de su centro se evaporó por el camino de algún modo; ya no sentía a los yuuzhan vong. Jadeaba mientras perdía a Vergere para luego volver a localizarla, entorpeciéndosele el paso, sin poder saber si los yuuzhan vong ganabaníerreno, se rezagaban o daban un rodeo para sorprenderlos por delante. Su imaginación llenaba de feroces guerreros los pasillos que iba dejando atrás, pero si miraba se arriesgaba a perder a Vergere para siempre.

Dagas de fuego le apuñalaban los pulmones a cada paso. Deshilachadas gotas negras bailaban ante sus ojos, creciendo, fusionándose, retorciéndose hasta hincharse y tragarlo por completo.

En la oscuridad…

Despertó en el suelo. Cuando se sentó, una fina lluvia corría por sus mejillas. Tenía despellejada la palma de una mano. Una gota de esa lluvia cálida le tocó los labios, y sabía a sangre.

Vergere estaba acuclillada a su lado, medio a oscuras en la débil luz ámbar de un único orbe luminoso que había pasillo abajo. Lo observaba con paciencia felina.

—Mientras no tengas la cabeza tan dura como las losas de piedra, te aconsejo que no te golpees contra ellas.

—Yo… —Jacen seguía teniendo los ojos cerrados y le costó un gran esfuerzo volver a abrirlos. La cabeza le tronaba como la tormenta que había sobre ellos. El pasillo giraba a su alrededor y la oscuridad le presionaba el cerebro—. No puedo… respirar…

—¿No?

—No… puedo seguir, Vergere. No puedo… usar la Fuerza como tú. No tengo… energías… —¿Por qué no?

—¡Sabes por qué no! —una furia negra prendió en su corazón, la sangre humeaba en su cabeza, y se puso en pie. Llegó hasta ella en dos pasos—. ¡Tú me la quitaste! Estoy harto de tus preguntas… Harto de tu entrenamiento…

—Jacen… —su voz sonaba extrañamente espesa, extrañamente tensa, y tenía los brazos caídos al costado…

Y Jacen descubrió que tenía las manos rodeándole el cuello.

La voz de ella se perdió en un siseo.

—Un… giro…

Mi especie tiene un cuello especialmente vulnerable.

Jacen abrió de golpe las manos y retrocedió un paso, luego otro, y otro, hasta que chocó de espaldas con la sudorosa piedra de la pared. Se cubrió la cara con las manos, la sangre de su palma le pintó el rostro, la sangre y el sudor de su rostro le quemaron la mano despellejada. Su pecho se agitaba pero no podía respirar; no conseguía respirar bien; sus fuerzas se desvanecieron junto a su rabia, sus rodillas se volvieron de trapo y se desplomó encogiéndose contra la pared, cerrando los ojos con fuerza tras los dedos.

—¿Qué…? —murmuró, pero no pudo terminar. ¿Qué me está pasando?

La voz de Vergere era cálida como un beso.

—Ya te lo dije. Aquí el Lado Oscuro es muy, muy fuerte.

—¿El Lado Oscuro? —Jacen alzó la cabeza. Le temblaban las manos, así que se las agarró con fuerza y las sujetó entre las rodillas—. Yo, ah… Vergere, lo siento…

—¿Por qué?

—Quería matarte. Casi lo hago. —Pero no me mataste.

Los temblores le recorrieron el cuerpo en oleadas. Aventuró una risa torpe.

—Debiste dejarme atrás. Seguramente tengo menos que temer de los yuuzhan vong que del Lado Oscuro. —¿Ah?

—Lo único que pueden hacerme los yuuzhan vong es matarme. Pero el Lado Oscuro…

—¿Por eso hay que temerlo?

El apartó la cara.

—Mi abuelo fue un señor Sith.

—¿Cómo? ¿Un Sith?

Él volvió la cabeza para descubrir que Vergere lo miraba con franco asombro. Ella inclinó la cabeza a un lado, luego al otro, como si creyera su aspecto variaría según el ángulo en que lo mirase.

—Creía que pertenecías al linaje de los Skywalker —dijo ella con cuidado.

—Y lo soy —se abrazó para no temblar. ¿Por qué no podía respirar?—. Mi abuelo fue Anakin Skywalker. Se convirtió en Darth Vader, el último señor Sith…

—¿Anakin? —se encogió, claramente aturdida y evidente, sorprendentemente, triste—. ¿El pequeño Anakin? ¿Un señor Sith? Oh… Oh, ¿no podía haber sido de otro modo? Qué tragedia… Qué desperdicio.

Jacen se la quedó mirando a su vez, boquiabierto.

—Lo dices como si lo hubieras conocido.

Ella negó con la cabeza.

—Supe de él, más bien. Era tan prometedor… ¿Sabes que lo vi una vez, a apenas quinientos metros sobre nuestras cabezas? No debía tener más de doce, quizá trece años estándar. Estaba tan… tan vivo. Ardía…

—¿Qué… qué hacía Darth Va… digo, mi abuelo… qué hacía en Coruscant? ¿Qué hacías tú en Coruscan:? ¿A quinientos metros sobre nuestras cabezas? ¿Qué era este lugar entonces?

—¿No lo sabes? ¿También se ha perdido eso?

Ella se levantó y alargó una mano para ayudarlo a ponerse en pie. Ella tocó una pared cercana, y sus dedos tamborilearon en compleja pauta sobre una sudorosa losa rectangular que giró lentamente, abriendo un umbral a una habitación oscura que había al otro lado.

—Por aquí.

La cámara daba una resonancia oscura a su voz, como si hablara junto a un tambor. La mirada de ella volvía a ser firme y tan inexpresiva como la piedra de los muros. Desconcertado, Jacen pasó por su lado internándose en la oscuridad.

—Esto era nuestra torre de guardia, nuestra vigilante sobre la oscuridad —dijo ella.

El umbral se cerró hasta ser una difusa tira vertical de orbes luminosos, y desapareció.

—Esto era el Templo Jedi.

—¿Esto…? —sintió un sobrecogimiento que le estrujó el pecho, y tanteó en la oscuridad; tenía que jadear con fuerza para poder hablar—. ¡Eres… eres un Jedi!

—No, no lo soy. Tampoco un Sith.

—¿Qué eres, entonces?

—Soy Vergere. ¿Qué eres tú?

En la oscuridad, su voz parecía provenir de todas partes a la vez.

El se volvió, buscándola a ciegas.

—Déjate de juegos, Vergere.

—Esto nunca ha sido un juego, Jacen Solo.

—Dime la verdad…

—Sólo te digo la verdad —sonó tan cerca que Jacen largó la mano hacia ella.

—Creía que todo lo que me dices es mentira…

—Sí. Y la verdad.

—¿Qué clase de verdad es esa?

—¿Es que hay más de una? ¿Por qué lo preguntas? No encontrarás ninguna verdad en mí.

Esta vez la voz sonó detrás de él, se volvió, alargando las manos, pero, no encontró nada que pudiera agarrar.

—Nada de juegos —insistió.

—No hay nada que no sea un juego. Un juego muy serio, claro. Un juego permanente. Un juego letal. Un juego tan serio que sólo puede jugarse bien con alegre abandono.

—Pero si dijiste…

—Sí. Nunca ha sido un juego. Y siempre lo ha sido. Sea una cosa u otra, o ambas, más te vale jugar para ganar.

—¿Cómo voy a poder jugar si no me dices cuáles son las reglas…?

—No tiene reglas —unas pisadas correteando a su derecha y Jacen se movió hacia ellas en silencio—. Pero tiene un nombre —dijo, desde el otro lado de la sala—. Llevamos jugando al mismo juego desde Myrkr; jugamos a «¿Quién es Jacen Solo?»

Jacen pensó con añoranza en la barra luminosa, perdida en el cráter con su mochila cortada. Pensar en la barra luminosa, en la brillante luz dorada surgiendo de su puño le hizo añorar su sable láser; pensó en ese limpio brillo verde llenando la habitación, cortando las sombras, iluminándolo todo. Sus manos ardían por empuñarlo una vez más. Cuando construyó ese sable láser, se había construido una identidad. Un destino.

Se había construido a sí mismo.

—Si ése es el juego —dijo—. Puedo acabarlo ahora. Sé quién soy, Vergere. Me hagas lo que me hagas, sea cual sea la nueva tortura a la que me sometas. Aunque no vuelva a tocar la Fuerza. Eso no importará. Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí —dijo con firmeza en la oscuridad—. Soy un Jedi.

Reinó un largo largo silencio, durante el cual le pareció que toda la habitación respiraba muy muy lentamente.

—¿De verdad? —parecía triste. Decepcionada. Resignada a un destino melancólico—. Entonces el juego ha terminado.

—¿De verdad? —dijo él precavido—. ¿Ha terminado?

—Sí —suspiró ella—. Y has perdido.

La habitación estalló en luz y Jacen, tras pasar tanto tiempo en la oscuridad, sintió que le acuchillaban los ojos con un trozo del sol. Se encogió, protegiéndose los ojos al alzar un brazo. Los ojos se le despejaron poco a poco; la habitación era más grande de lo que había supuesto, con un techo de diez metros, paredes decoradas con los mismos mosaicos florales de fuera, iluminadas por orbes luminosos del tamaño de la carlinga del Halcón Milenario que pendían sobre el suelo enlosado suspendidos de triples cadenas de bronce verde grisáceo…

Y estaba llena de yuuzhan vong.

Se volvió hacia Vergere. Estaba tras un círculo de guerreros, acompañada de un macho de estatura mediana, vestido con una holgada y larga túnicapiel negra.

Estaban hablando, pero Jacen no podía oírlos. Los oídos le rugían como un incendio forestal. El yuuzhan vong volvió a hablar, de forma más cortante, pero Jacen no le entendió. No podía entenderlo. No necesitaba entenderlo.

Lo había visto antes.

Lo había visto en Duro, llevando el sable láser de Leia en el cinto. Lo había visto en la mundonave de Myrkr. Sabía cómo se llamaba, e intentó decirlo.

Intentó decir…

Pero antes de que pudiera abrir la boca… Una ardiente marea roja se formó en su interior, llevándose el mundo a su paso.

Jacen no nadó en esa marea roja, flotó en ella, vagando, girando en los charcos de la costa, dejándose arrastrar por la resaca. La marea roja disminuyó, las olas se redujeron y él salió a la superficie. La marea roja se vació en su cabeza, dejándolo en el ¦ suelo, jadeando. Le dolían las manos.

Se las miró, pero no conseguía verlas, o no conseguía entender £ lo que veía; con conseguía enfocar los ojos. Dejó que su mano derecha cayera al frío suelo de mosaico, preguntándose si había sido la marea roja al retirarse lo que había dejado el suelo tan frío, y tan seco. En el aire había un deje a carne chamuscada, como si su padre hubiera vuelto a trampear con el chef automático. Pero no podía ser que papá hubiera trampeado el chef. Allí no había ningún chef. Y papá no estaba allí, no podía estar allí, nunca había estado allí… Y ese olor… Nada tenía sentido. ¿Cómo había caído a ese suelo? ¿Qué había provocado esa mezcla de humo y polvo? Una pared inclinada de escombros parecía llenar las tres cuartas partes de la cámara impidiéndole acceder a ellas… ¿De dónde había salido eso?

Las respuestas se le escapaban.

Pero las manos seguían doliéndole. Alzó la izquierda y frunció el ceño hasta que se le despejó la visión.

En la palma de su mano tenía un círculo, un disco del tamaño de una célula energética, ennegrecido, cuarteado, rezumando espesa sangre negra. Hilillos de humo se retorcían desde las grietas.

«Oh —pensó—. Supongo que esto explica el olor».

—¿Cómo… cómo te sientes, Jacen Solo… —la voz era débil, rota y ronca, jadeante, interrumpida por toses. Era familiar. La voz de Vergere—… poder volver… a sentir… la Fuerza?

Estaba encogida en el suelo, a unos metros de él, en el dintel de una arcada de piedra con bordes rotos, como si alguna criatura incomprensiblemente poderosa la hubiera

pisoteado al estrellarse contra la pared. Tenía la ropa desgarrada, humeante, con los bordes rotos y enrojecidos como rescoldos, y aún humeaba la carne quemada de debajo.

—¡Vergere! —estuvo a su lado sin saber cómo había llegado hasta ella—. ¿Cómo…? ¿Qué ha pasado? —una convicción enfermiza se coaguló en sus entrañas—. ¿Acaso yo…?

Su voz se apagó.

Y recordó…

Imágenes empapadas en rojo acudieron a él a través de la bruma febril de su mente: la habitación llena de guerreros yuuzhan vong, Vergere parada junto a Nom Anor como si se conocieran, como si trabajaran juntos. Camaradas. Amigos. Nom Anor le había dicho algo a ella, y ella algo a él, pero esa traición había expulsado de su mente cualquier posibilidad de entender su significado. Recordó que respiró hondo, inhalando toda una galaxia de odio y rabia…

Y recordó haber canalizado toda esa galaxia de rabia por sus brazos y haberla arrojado contra Vergere. Recordó como la vio retorcerse entre los relampagueantes arcos eléctricos de su odio, recordó el siseo de sus manos quemándose por el rayo que estallaba en ellas, recordó que ese dolor sólo había aumentado su rabia.

Y recordó lo bien que se había sentido. Limpio.

Puro.

Sin tener que decidir entre lo bueno y lo malo, entre el bien y el mal. Todos los espinosos problemas éticos Jedi se habían disuelto con una sola descarga, y una vez hubo renunciado a la complejidad, descubrió que todo era sencillo. Su odio pasó a ser la única ley del universo. Sólo la ira tenía sentido, y la única respuesta a la ira era el dolor. El dolor de otro.

El dolor de cualquiera.

Incluso en ese momento en que estaba despierto, alerta, ahogado-ante el horror de lo que había hecho, seguía sintiendo el dulce eco de esa rabia pura y limpia. Podía oírse invocándola.

Notarla enroscada en su interior, como un parásito maligno que le carcomía el fondo de la mente. «¿En qué me he convertido?»

Vergere estaba caída en el suelo como una muñeca rota, con ojos embotados, vidriosos, vacíos, y su cresta sólo mostraba un gris sucio.

—Vergere… —musitó. Había sido tan fácil hacerle daño. Tan sencillo. Las lágrimas corrieron por sus mejillas—. Te lo advertí, ¿recuerdas? Te lo advertí. El Lado Oscuro…

—No… te busques excusas… —su voz era más débil, más trabajosa, más ronca.

—No me atrevería —susurró.

No había excusa posible. Nadie conocía mejor que él los peligros del Lado Oscuro, los peligros que lo habían atormentado toda la vida…

Y aún así había cedido tan fácilmente. Había cedido tanto…

La pared de cascotes cegaba la mayor parte de la cámara: trozos de durocemento caídos en empinada ladera provenientes de incontables pisos sobre su cabeza. La única

luz de la muy reducida cámara era la que se filtraba desde los orbes luminosos del pasillo en ruinas que daba a la habitación. Recordaba que el techo se había desplomado, recordaba el rugido, el retumbar, el polvo y las astillas de piedra que volaron por los aires. No, espera, no se había desplomado…

Lo había derribado él.

Recordó haber girado dentro de la marea roja, recordó sentir cómo Vergere perdía la consciencia, y recordó que buscó un nuevo objetivo, una nueva víctima, y quiso atacar a Nom Anor con el relámpago que había derribado a Vergere…

Y fue incapaz de encontrarlo.

Podía ver al ejecutor yuuzhan vong, podía oírlo gritando órdenes a los guerreros que lo rodeaban, pero no pudo tocarlo con los relámpagos. Faltaba un circuito, y los rayos caerían inofensivos en el suelo o en la pared o trazarían un arco para dar en el cuerpo inconsciente de Vergere haciendo que se convulsionara espasmódicamente. El rayo de su rabia sólo podía cubrir espacios entre diferentes polos de la Fuerza, y ni Nom Anor ni sus guerreros eran conductores de esa corriente. La frustración acrecentó la furia de Jacen, arrojándolo fuera de su ser en busca de algo con lo que poder dañar a esas criaturas…

Y fue respondido por la tormenta que tronaba sobre el cráter. Recordó la salvaje alegría liberadora que lo inundó cuando la tormenta rugió en él y a través de él, convirtiéndose en un vórtice enloquecido dentro de la cámara subterránea, arrancando piedra y ladrillo y trozos de durocemento con los que golpear, y aplastar y castigar a los yuuzhan vong, atacándolos con pedazos del planeta que antaño fue el hogar de Jacen. Un embate de viento aplastó a los yuuzhan vong contra un rincón de la cámara, y recordaba que su burbujeante risa explotó malévolamente en un grito de victoria cuando alargó la mano y derribo el edificio alrededor de ellos.

Se meció sobre los tobillos, llevándose las manos a la cara. ¿Sería posible? Los había enterrado en vida. A todos. Y no le importaba. No; sí le importaba. Y eso lo empeoraba. Los había enterrado vivos, y se había alegrado al hacerlo. El Lado Oscuro le llamaba. Era un gusano sombra que le susurraba promesas de éxtasis mientras le carcomía el corazón. Le murmuraba liberación infinita, le tarareaba una canción sobre la eternidad que encontraría más allá de las sombras de la duda y el remordimiento.

Se estremeció violentamente y se puso en pie.

—Tengo que salir de aquí.

—Jacen… —ella alzó una mano como si fuera a detenerlo, a pedirle ayuda.

—No, Vergere. No. Tengo que irme… Tengo que irme ya. Siento haberte hecho daño, lo siento mucho, de verdad…

«Mentiroso —dijo con una risita el gusano sombra de su interior—. Espera y verás cómo nos da una excusa para repetirlo».

Los ojos de Vergere parecieron despejarse entonces, y el asomo de una sonrisa le curvó los labios.

—¿El Lado Oscuro…?

—Aquí es… es demasiado fuerte para mí. Te lo advertí. Te advertí\o que podía pasar…

Ella volvió a alzar la mano, buscando cogerle la pierna. El se apresuró a dar un paso atrás para que no le tocara, y ella dejó caer la mano exánime al suelo.

—Miras… —susurró ella—… pero no ves. Jacen… ¿Por qué iba el Consejo Jedi… a construir su Templo sobre… un nexo del Lado Oscuro?

—Vergere, yo… —él negó impotente con la cabeza—. Tengo que irme. Tengo que irme antes… antes de que yo… —«vuelva a hacerte daño», acabó de decir en silencio. No podía decirlo en voz alta. Allí no—. No tengo tiempo para adivinanzas.

—No es una adivinanza. La respuesta es… simple. No lo construirían.

Él se quedó muy, muy quieto.

—¿Qué quieres decir? Puedo sentir el Lado Oscuro. He tocado el Lado Oscuro, y él, él, me ha tocado a mí…

—No. Lo que sientes es la Fuerza —se incorporó sobre los codos, lenta, dolorosamente, y lo miró a sus ojos asombrados—. Ése es el vergonzoso secreto de los Jedi: El Lado Oscuro no existe.

¿Cómo podía mentir, allí, con su ropa hecha harapos humeando todavía y esperar que él se lo creyera?

—Vergere, sé que no es así. ¿Qué crees que ha pasado aquí?

—La Fuerza es una, Jacen Solo. La Fuerza es todo y todo es la Fuerza. Ya te lo he dicho: la Fuerza no elige bandos. La Fuerza ni siquiera tiene un bando.

—¡No es verdad! No es…

La marea roja se asomó a su pecho, buscando su corazón. «Todo lo que te digo es mentira». Sólo era otra de sus mentiras. Tenía que serlo. Por que si no lo era…

No podía permitirse pensarlo. Negó con la cabeza hasta que le zumbaron los oídos.

—Es mentira…

—No. Busca en tus sentimientos. Sabes que es verdad. La Fuerza es una.

Pero si podía sentir el Lado Oscuro, si se ahogaba en él.

—La luz y la oscuridad no son más que nomenclaturas, palabras que describen lo poco que entendemos —pareció sacar fuerzas de su debilidad, y consiguió sentarse trabajosamente—. Lo que tú llamas el Lado Oscuro es la Fuerza, cruda y sin restricciones. Llamas Lado Oscuro a lo que descubres cuando te entregas por completo a la Fuerza. Ser un Jedi es controlar las pasiones, pero el control Jedi limita el poder. La grandeza, cualquier clase de grandeza, requiere renunciar al control. Es pasión guiada, no encerrada. Es renunciar a los límites.

—Pero… pero el Lado Oscuro…

Ella se levantó, y sus humeantes ropas la envolvieron en hilachos de humo.

—Si tu renuncia conduce a la matanza, no es porque haya oscuridad en la Fuerza. Sino porque la hay en ti.

—¿En mí? —la marea roja se había vuelto negra, ponzoñosa, y lo estrangulaba, lo quemaba por dentro a través de las costillas—. No… No lo entiendes… el Lado Oscuro

es, existe, ¿no lo ves? Es el Lado Oscuro —insistió desesperada, desesperanzadamente. No había palabras para la verdad de su interior, ni para el horror que se agitaba dentro de él, porque podía volver a sentir la Fuerza. Podía sentir que ella tenía razón.

«Pero eso hace que yo sea… me hace ser…» Las rodillas le fallaron, y se tambaleó para mantener el equilibrio, trastabillando, buscando la pared, una piedra, cualquier cosa sólida, cualquier certeza, lo que fuera en lo que pudiera apoyarse sin que se convirtiera en humo y niebla y le hiciera caer para siempre.

—El Lado Oscuro… —susurró.

Ella se acerco a él, incansable, inexorable.

—El único Lado Oscuro al que tú debes temer, Jacen Solo, es el que hay en tu corazón.

Y en sus ojos encontró la certeza, la solidez, la verdad permanente e inmutable que esperaba que lo mantuviera en pie…

Su reflejo.

Distorsionado. Balbuceante. Deforme. Una ilusión óptica que flotaba en una brillante superficie curva… sobre profundidades de infinita negrura.

«Dicen que la verdad duele». Un risotada de lunático burbujeó salvajemente entre sus labios. «No tienen ni idea…» El Abrazo del Dolor no era sino un arañazo, la semilla esclavizadora un dolor de muelas…

Su risa se ahogó en un sollozo apagado. Pasó corriendo junto a Vergere y huyó por el pasillo. Corriendo.

Cada vez que Nom Anor miraba a la pared de escombros que había estado a punto de convertirse en su tumba, sentía que una mano espectral entraba en su pecho y le partía el corazón en dos.

—¡Me aseguraste que no habría peligro! —dijo por cuarta vez.

Hablaba en Básico, pues no le convenía que los guerreros le oyeran quejarse, y chirriaba los dientes, tensando brazos y piernas, porque los guerreros no debían verle temblar.

—Nom Anor —dijo Vergere con la paciencia que nace de las heridas y del cansancio—, estás vivo e ileso a excepción de algunas magulladuras y chichones —lloraba una lluvia constante que empapaba sus quemaduras, curándolas—. ¿Qué he hecho yo de lo que tengas queja?

Nom Anor volvió a mirar a la pared de escombros. Aún sentía el pánico estrangulador de ser arrojado a un lado de forma tan sencilla, casual, casi negligente, y el rumor del techo al derrumbarse, y el aullido del maeslstrom en el interior de la cámara, y el bullir del polvo, y la noche absoluta que se lo tragó…

—Debiste avisarme de lo peligroso y errático que podía ser este poder de «Jedi Oscuro».

—Mira a tu alrededor. Una docena de guerreros y tú. Y yo. Todos vivos. Si en vez de usar este «poder peligroso» del que tanto te quejas, Jacen Solo hubiera estado calmado, centrado y armado con su sable láser… —ondeó un brazo en un encogimiento de hombros más elocuente que cualquier palabra—. Ya viste lo que hizo en la Guardería. Puede que en ese caso hubiera supervivientes, pero ni tú ni yo estaríamos entre ellos.

Nom Anor se limitó a gruñir.

—Tampoco entiendo la finalidad de esa chachara Jedi sobre el «Lado Oscuro». ¿De qué servía provocar esta crisis? Estoy aquí, porque tú has insistido en ello, mintiendo al Maestro Cuidador, manipulando a sus tropas, acechando en este horrendo lugar, por no decir que haciendo que mi vida corra un riesgo considerable, para provocar ese… ¿qué? ¿Qué tiene que ver todo esto con convertir a Jacen Solo al Camino Verdadero?

Vergere alzó la mirada de sus heridas.

—Para que uno aprenda la verdad, antes debe desaprender las mentiras.

—Te refieres a nuestra verdad, el Camino Verdadero —dijo Nom Anor mirándola de reojo—. ¿No es eso?

—¿Nuestra verdad, Ejecutor? —sus ojos parecieron expandirse en vastos estanques de ilegible oscuridad; en ellos Nom Anor sólo pudo distinguir su propio reflejo—. ¿Acaso hay otra?

Capítulo 9

El vientre de la bestia

Siempre descendiendo, internándose en la oscuridad, más y más lejos, dejando atrás hasta la memoria de la luz…

Jacen se tambaleó al salir de la escalera en un nivel inferior y se encontró en una pasarela olvidada, jadeando. ¿Cuántas horas llevaba corriendo? ¿Cuántos días? Sus piernas se negaban a dar otro paso, y no había motivo para obligarles a darlo.

Nunca podría escapar de sí mismo, por muy lejos o muy deprisa que lo llevaran.

El antiguo suelo de durocemento de la pasarela, podrido por los años y el abandono, cedió bajo sus pies. Se agarró frenéticamente con una mano a una barandilla incrustada de liqúenes y quedó colgando sobre un precipicio de cien metros. El hueco debió ser en tiempos un depósito para aerotaxis destrozados. Abajo se veía metal retorcido carcomido por el óxido, una montaña de afilados bordes curvos y melladas puntas rotas.

Colgó allí un momento, imaginando una larga, larga zambullida, un impacto cortante y desgarrador, el fogonazo de un fuego incoloro… Quizá fuera ésa la respuesta a la oscuridad de su interior.

Puede que ni siquiera gritara en su descenso. Sólo había una forma de descubrirlo. Aflojó los dedos.

—¡Jacen! ¡Eh, Jacen! ¡Aquí!

Conocía esa voz. No podía ni recordar el no conocer esa voz; le resultaba tan familiar como la suya. Era un truco; sabía que era un truco, tenía que serlo, ya le habían engañado antes así pero no podía obligarse a ignorarlo. Alargó la mano libre para cogerse a la barandilla con cuidado, con la precaución de un escalador experimentado en un tramo difícil que tenía las fuerzas justas para sujetarse mientras volvía la cabeza para mirar. Anakin estaba parado en un balcón ennegrecido por el smog que sobresalía justo debajo del extremo de la pasarela.

—No eres real —musitó Jacen.

—Vamos, Jacen —dijo Anakin haciéndole señas—. ¡Por aquí! ¡Vamos! ¡Aquí estarás a salvo!

Jacen cerró los ojos. No estaría a salvo en ninguna parte.

—No eres real.

Cuando volvió a abrirlos, Anakin seguía allí, haciéndole señas, vistiendo una túnica holgada y pantalones al estilo corelliano, con el sable láser colgando del cinto. Le hacía señas con urgencia.

—¡Vamos, Jacen! ¿Qué te pasa? ¡Vamos, hermano mayor, vamos!

—Te vi morir —dijo Jacen.

Se abrió al latido de la Fuerza que lo envolvía; la marea roja se hinchó en su pecho, pero se obligó a reducirla, concentrándose, buscando con sus sentimientos…

El tío Luke le había dicho alguna vez que obtenía guía de su Maestro muerto, el legendario Obi-WAN Cenobio. Le había dicho que veía a su Maestro, que oía su voz, sintiéndolo en la Fuerza mucho después de que muriera.

Podía ver a Anakin. Oír su voz. Pero no sentía nada cuando lo buscaba en la Fuerza. Nada en absoluto.

—Dos a tres —dijo Jacen entre dientes. La marea roja rugió en sus oídos. Apretó los dientes para mantener su voz en el fondo de la garganta—. Dos a tres a que eres un vong.

—¡Jacen! ¿A qué esperas? ¡Ven!

Podía soportar muchas cosas. Había soportado muchas cosas. Más de las que nadie debería soportar. Pero que un yuuzhan vong se hiciera pasar por Anakin…

La marea roja se acumuló en él con una oleada de poder que lo hizo girar en el aire sin esfuerzo, propulsándolo por encima de la derrumbada pasarela. Aterrizó en perfecto equilibrio sobre la fina barandilla, pisando con firmeza, con los brazos relajados, caídos a los lados. Su poder no le dejaría caer.

El gusano sombra del centro de su pecho gritaba reclamando sangre.

«Dos a tres a que estás muerto».

—De acuerdo —dijo con voz ronca el gusano sombra por la garganta de Jacen—. Espérame, que voy a por ti.

Corrió con ligereza por la barandilla, rápido, con un tamborileo de muerte en el corazón que ahogaba cualquier pensamiento de la larga caída que le esperaba abajo. Tardó pocos segundos en llegar al otro extremo de la pasarela, pero Anakin ya había entrado en el edificio por la puerta del balcón. Jacen extendió los brazos y dejó que su rabia lo sostuviera en su salto hacia delante, impulsándose en la barandilla con una patada, atravesando el precipicio de cien metros de profundidad y llegando al balcón.

Aterrizó agazapado, patinando, barriendo con la mano izquierda la capa fría de polvo que cubría el balcón. Por la Puerta del balcón salieron murcielalcones chillando y arañando en un torbellino de cuero y piel y garras. Jacen cerró el puño, yuna galerna instantánea aulló a su alrededor, dispersando a los murcielalcones, arrojándolos sin remedio a la oscuridad. Saltó hacia delante, comiéndose el terreno como una pantera de las arenas persiguiendo a un paralope, saltando por el interior del edificio negro como la tinta empleando la Fuerza para pasar junto o sobre los obstáculos. El borrón de unas botas desapareciendo por el umbral de un pasillo iluminado por orbes luminosos lo hizo continuar. Llegó al umbral con un sólo salto impulsado por la Fuerza.

Era imposible, pero Anakin ya estaba a cien metros de él, en el otro extremo del pasillo, mirándole por encima del hombro.

—¡Vamos, Jacen! ¡Tienes que correr! ¡Sígueme!

—¡Cuenta con ello!

Jacen echó a correr, la Fuerza prestaba alas a sus pies, haciéndole ir inhumanamente rápido, y aún más deprisa. Cubrió los cien metros en un parpadeo, y descubrió que Anakin seguía estando muy por delante de él, mirando todavía hacia atrás, animándolo, urgiéndole a continuar.

Jacen corrió.

La persecución se volvió un sueño de carreras, de saltos hechos sin esfuerzo, de pies que apenas rozaban el suelo que pisaban. La Fuerza se movía en su interior, como si fuera un río carmesí que lo arrastraba hacia delante, alejándolo de la zona de debajo del cráter. Era un río que no sólo le daba energías sino que le hablaba directamente a su mente de la estructura de los edificios por los que corría; podía sentir las vueltas y revueltas y los umbrales que había delante y detrás, sentir dónde le boqueaban el paso los escombros o dónde el suelo podía no soportar su peso. Le susurraba de vigas y tabiques, del transpariacero y del durocemento que había bajo la vongyida que medraba a su alrededor. Una vongvida que crecía en multitud de formas y colores, fibrosa y carnosa, aferrada a paredes y techos y que brotaba de los suelos; una vongvida que podía ver y oler y tocar, pero que aún no era real, no podía ser real, no para Jacen, no ahora, porque no era parte del fluir del río carmesí. No existía en la Fuerza y por eso no existía para Jacen.

Hasta que entró en un pasillo que se cerró tras él como las fauces de una babosa espacial. Resbaló por él hasta detenerse. El suelo y las paredes eran cálidos, con su misma temperatura corporal, y estaban bordeados por anillos cartilaginosos que brillaban con enfermiza bioluminiscencia verde. Sentía despejados los extremos del pasillo, porque nada le rodeaba en la Fuerza aparte de espacio abierto, pero sus ojos veían el pasillo cerrado a ambos extremos por pliegues de carne estriada que parecían válvulas musculosas.

No se veía a Anakin por ninguna parte.

Jadeando de rabia, se concentró en el vacío del centro de su pecho donde había estado la semilla esclavizadora. La Fuerza desapareció de su consciencia, la estructura de los edificios rotos que lo rodeaban se desvaneció en la misma inexistencia de la que ahora emergía la vongvida, pero mientras la naturaleza de ese pasillo se filtraba en su mente descubrió que seguía sin poder sentir a Anakin.

«Puede que no sea sólo en la Fuerza donde no existe», pensó Jacen.

Los murcielalcones se habían dispersado presa del pánico cuando él saltó al balcón… ¿Por qué no habían reaccionado ante Anakin? No había visto huellas en el frío y liso polvo que cubría la superficie del balcón.

«Engañado».

Había permitido que la marea roja le ahogara la sesera. «Me han tomado el pelo».

El anillo más cercano a la entrada del pasillo se cerró con el chasquido de un cartílago deformante, y luego el siguiente y el siguiente y el siguiente. Jacen frunció el ceño, intentando relacionar eso con lo que había sentido a través de los restos de la red de la semilla esclavizadora: nada de malicia, ni sed de sangre, ni agresividad, sólo cierta satisfacción complacida, un disfrute feliz que latía a su alrededor… Entonces la contracción de los anillos llegó hasta él, tirándolo al suelo, aplastándolo a lo largo del pasillo como un grumo de vegiteina en un tubo de pasta de comida para gravedad cero, y entonces lo entendió.

La contracción de los anillos no era un ataque, sino una contracción peristáltica. Eso no era un pasillo.

Era una garganta.

Jacen se arrodilló, temblando, cerrando los ojos con fuerza, apoyando las manos abiertas en el cálido suelo de carne. Una vez la válvula del final del pasillo se hubo dilatado para dejarle pasar, a continuación se cerró tras él con un chasquido húmedo y carnoso.

Intentó no hacer caso a los gritos.

«… por favor alguien por favor por favor alguien socorro…» Los gritos eran otro truco. Probablemente.

«… por favor oh por favor ayúdenme no quiero esto No quiero que me hagan esto no pueden ayudadme por favoooor…»

Tenía qué ser un truco.

El suelo tenía la suavidad granulosa de la piedra caliza, toda gris y marrón, salpicada por los depósitos minerales disueltos en los fluidos que goteaban desde conos irregulares en lo alto que parecían estalactitas. Algunos tenían el lustre iridiscente del trayertirío. Coágulos dispersos de excrecencias bioluminiscentes, que podían ser tanto hongos fosforescente como una especie de musgo de cueva proporcionaban una suave luz amarillo verdosa. A simple vista, el lugar era una típica caverna de piedra caliza porosa, agujereada por la erosión de un río subterráneo desaparecido.

Por eso mantenía Jacen los ojos cerrados. Porque sabía que no era eso.

Era un estómago.

Era el vientre de la bestia que se lo había tragado.

Cuando abría los ojos, la disonancia entre lo que veía y lo que sentía provocaba una mareante arcada en su cerebro, tan flagrante discordancia le afectaba a la mente incluso manteniendo los ojos cerrados, incluso centrando su consciencia en el centro hueco de su pecho. Podía sentir a la bestia como si él mismo fuera la garganta y el estómago de la bestia y sentía su satisfacción semiinteligente por haber atraído a otra víctima… pero seguía pudiendo sentir su propio cuerpo, las magulladuras que le habían producido los anillos cartilaginosos de su garganta, el pinchazo de un codo allí donde se había despellejado al resbalar por la válvula pilórica, el dolor en la hinchada rodilla que no recordaba haberse torcido mientras seguía al fantasma de Anakin, la dolorosa respiración en su garganta y el frío de su estómago vacío. Sentía que estaba dentro del vientre de la bestia, sentía que era el vientre de la bestia, porque la bestia y él eran uno.

Se había tragado a sí mismo.

«… por favor oh por favor por qué por qué por quéééé por favor no quiero morir así tienen que ayudarme socorro tienen que ayudarmeeee…»

La voz parecía humana. De mujer. Rota, ronca, sollozando de terror y agotamiento. Parecía completamente real. Tan real como le había parecido Anakin. No volvería a picar.

Muchas especies de vongvida utilizaban cierta forma de telepatía, desde los yammosk a los villip, y hasta los coralitas parecían tener una conexión mental con sus pilotos. Ahora resultaba evidente que esa gran bestia caverna era un depredador sésil que había desarrollado una variedad de telepatía muy especializada para atraer víctimas hasta su boca. La alucinación de Anakin sólo era un efecto secundario; las víctimas debían ver algo o alguien en quien confiaban y que los conduciría a un lugar seguro. Lo seguían a ciegas, confiados, y acababan devorados.

La ironía era amarga. El gusano sombra que se enroscaba en su pecho lo había protegido contra esa falsa confianza, mientras que la rabia que alimentaba a ese mismo gusano lo había arrojado de cabeza a la boca de la bestia caverna.

«Esta va a ser una fea manera de morir», reflexionó Jacen con su primer pensamiento claro desde que cayó en la oscuridad.

Pero eso estaba bien, Morir estaba bien; no le importaba. Era preferible morir a vivir con la oscuridad en su interior. Al menos así se habría acabado. Se arrodillaría allí y esperaría a morir…

Si tan sólo hubiera silencio.

«… por favor ayúdenme por favooor por faaaAAAAAAA…»

La transición del terror a la agonía pura hizo que Jacen abriera los ojos de golpe y se pusiera en pie. Fuera o no un truco, no podía seguir oyendo eso. Sabía demasiado bien lo que era el dolor.

—Cállate —gruñó, con tono grave en el fondo de su garganta—. Cállate, cállate.

Los gritos reverberaron por una boca galería fruncida que se abría a pocos metros a su izquierda. El túnel al que daba se inclinaba hacia abajo, hundiéndose en la luz amarillo verdosa. Jacen tropezó torpemente en el borde. Los gritos continuaron oyéndose, esta vez sin palabras, puros, animales, bordeando la desesperación.

El túnel se adentraba más y más en las profundidades, girando sobre sí mismo en una larga espiral, abriéndose por fin a otra caverna mucho más grande que la primera, una caverna húmeda, con poca luz, ya que el biobrillo que iluminaba la garganta de la cámara superior sólo llegaba débilmente a través de las bocas de otros túneles que también se abrían en las paredes. Blancos retazos de bruma se enroscaban en el aire… No, no era bruma, descubrió Jacen al entrar en la caverna, sino un humo que le quemaba los ojos, asfixiantemente cortante, con sabor a ácido. El suelo de esa caverna era ásperamente desigual, granulado, como compuesto por cuencos cubiertos por una piel muy fina y lo bastante grandes como para nadar en ellos. Los cuencos se escalonaban formando una pendiente empinada, que acababa en unos montículos de piedra carnosa que parecían bocas fruncidas del tamaño de armarios.

Tosió, apartándose el humo de la cara, y se tambaleó hacia los gritos, bajando por un camino serpenteante entre los finos bordes curvados de los cuencos. En las profundidades, una de esas bocas se había cerrado alrededor de una chica.

Jacen se detuvo ante ella, haciendo equilibrios sobre el cálido borde del cuenco de piedra. Parecía tan real como antes se lo había parecido Anakin, real desde el revuelto pelo pegajoso hasta el polvo de su rostro surcado por las lágrimas. Sólo la cabeza y un brazo sobresalían de los labios fuertemente cerrados que la sujetaban, y cuando ella lo vio alargó ese brazo hacia él, estirando inútilmente los dedos, con ojos blancos por el miedo y el dolor.

—Por favor seas quien seas por favor tienes que ayudarme por favor me está comiendo, está, está, está comiéndome viva…

Ahora sabía lo que eran esos labios fruncidos. La caverna de arriba sólo era un buche, o una molleja; el verdadero estómago estaba tras las bocas al final de los cuencos. Por eso la bestia caverna le mostraba la chica allí abajo.

Era un cebo.

—Cállate —susurró Jacen—. No eres real. Cállate.

Sólo quería un lugar tranquilo en el que poder morir. ¿Era tanto pedir? ¿No se había ganado eso? ¿Por qué tenía que ser todo tan horrendo, tan repugnante, tan malditamente podrido, todo el tiempo? ¿Es que no podía ni morir en paz?

¿Es que le odiaba todo el universo?

«Sólo hay una respuesta posible cuando te odia todo el universo —le susurró el gusano sombra en el fondo de su mente—. Ódialo tú a tu vez».

Así que eso hizo.

Era fácil.

Odiaba el universo. Odiaba todo lo que había en él, todo el sufrimiento sin sentido y las muertes vacías y todas las inútiles leyes mecánicas sin cerebro y toda la vida ignorante que se retorcía manchada de sangre; odiaba la carne de piedra que sentía bajo los pies y el aire que respiraba, se odiaba a sí mismo y hasta odiaba el odio que sentía y, de pronto, dejó de sentirse cansado, dejó de estar confuso, y todo le resultó muy simple, fácil, y todo tenía sentido porque el odio lo era todo y todo era odio, y ya no quiso morir.

Sólo quería hacerle daño a alguien.

Miró a la chica que gritaba. La odió.

Ni siquiera era real. Era como un sueño. Podía hacer lo que quisiera. Cualquier cosa. El corazón le latía con fuerza, y respiraba entrecortadamente, quemándole.

Cualquier cosa.

El poder rugió por todo su ser como si en su pecho hubiera reventado una presa. Sonrió, y alargó la mano, y formó un puño.

La Fuerza apagó los gritos de la chica hasta que fueron un ruido ahogado. Pudo sentir su terror en la Fuerza, sentir el salvaje ardor de los ácidos digestivos que disolvían lentamente su piel; sentía poder en la Fuerza, poder de verdad, poder suficiente para romperle el cráneo como si fuera el huevo de un pterosaurio, poder suficiente para…

«Espera —suplicó su último retazo de cordura—. Espera…»

Podía sentirla… ¿en la Fuerza?

—Oh —susurró. Las rodillas se le doblaron—. Oh, oh no, oh por favor no…

Le fallaron simultáneamente tanto su odio como su fortaleza. Se desplomó hacia delante, sus botas perdieron agarre en el borde, y cayó rodando por la curva interna del cuenco para caer silenciosamente junto a la boca estómago. Podría haberse quedado allí, permitirse desmayarse, dormir hasta que la boca que tenía a su lado se volviera a abrir para cerrarse a su alrededor, pero, en vez de eso, una mano, la mano de una chica, una mano real perteneciente a una chica real, se aferró desesperadamente a su túnicapiel, tirando de ella hasta despertarlo, y su chillido le abrasó los oídos.

—Ayúdame tienes que ayudarme tienes que ayudarme…

—Lo siento —farfulló Jacen, pestañeando con rapidez, intentando enfocar la mirada, luchando débilmente por levantarse—. Lo siento, lo siento mucho, no lo sabía…

Se le aclaró la visión y la vio, la vio de verdad, por primera vez. Vio que el pelo bajo la capa de grasienta suciedad fue una vez largo y sedoso y rubio dorado, vio que tenía los ojos azules, y su rostro era un delicado óvalo, vio que…

«Apenas tiene mi edad».

«Y si no hago algo ahora mismo, no cumplirá más años».

No podía confiar en que lo sostuvieran las piernas, así que se revolvió para poner los pies contra el pliegue de los labios estómago, y la agarró con ambas manos de la muñeca. Tiró fuerte, todo lo fuerte que pudo, lo bastante como para convertir su gemido suplicante en un chillido de dolor.

—Me estás rompiendo el brazo por favor tienes que levantarte, tienes que tirar de mí hacia arriba.

¿Levantarse? No tenía energías para sostenerse en pie. No tenía energías para salvarla. Sólo para hacerle todavía más daño.

Y para torturar sus minutos finales con una esperanza hueca. Apenas podía imaginarse por lo que había debido pasar. Se había perdido la evacuación de Coruscant, había sobrevivido al bombardeo y a la invasión de los yuuzhan vong. Había vivido la abrumadora transformación de su mundo en el de ellos, a que arrancaran el planeta de su órbita. Se había escondido todas esas semanas y meses viviendo en un terror constante, ocultándose en la oscuridad de los niveles inferiores, evitando desesperadamente a los conquistadores. Y cuando la bestia caverna la atrajo a su garganta…

El corazón debió de explotarle de alivio y alegría. Había encontrado un santuario.

Para descubrir entonces que el único santuario real era la muerte.

¿Y cómo sería esa muerte? Devorada viva, digerida mientras seguía despierta y consciente.

Y cuando alzó la vista para verlo allí arriba, debió de sentir una explosión de repentina esperanza…

Porque no podía saber que el hombre que había acudido a su rescate era un ex Jedi roto, manchado con la oscuridad, medio loco por una desesperación suicida.

¿Cómo había podido acabar siendo tan inútil?

Le enfureció lo injusto que era todo.

¿Por qué tenía que ser él quien viese morir a esa chica? Nunca había pedido ser un héroe. Nunca había pedido poder. La galaxia entera había estado vigilándolo desde el mismo día en que nació, esperando a que hiciera algo grande, algo que estuviera a la altura de la leyenda de sus ilustres padres, de su legendario tío.

Ya puestos, ni siquiera estaba a la altura de su propia leyenda.

Y mucha gente habría disfrutado con eso, ¿a que sí? Gentecilla insultante que obtenía una insultante satisfacción de llamarle cobarde a sus espaldas, y ni una sola de esa gentecilla insultante había sentido ni una sola vez lo que era colgar del Abrazo del Dolor, ni había luchado sin esperanza por salvar unas pocas vidas en la Guardería, ni se había visto obligado a contemplar la negra indiferencia que era la verdadera realidad del universo…

La ira floreció en él, inundándolo y barriéndolo con su familiar marea roja, pero esta vez no la combatió, no forcejeó ni se rebeló y se dejó ahogar en su corriente. Le dio la bienvenida.

En la creciente marea roja encontró todo el poder que necesitaba.

Capítulo 10

La libertad del hogar

El hogar.

Los apartamentos Solo, no lejos del enorme edificio en ruinas del Senado Imperial, que todavía se alzaba casi intacto.

Al hogar se dirigía Jacen desde que despertó bajo el Puente. ¿A dónde iba a ir si no?

¿O acaso hay algo mejor que encontrar por fin el camino de regreso al hogar?

Lo que nunca se había preguntado era: una vez allí, ¿qué?

Todas esas semanas se había medio preguntado si significaría algo llegar al lugar donde se había criado, si encontraría alguna clase de refugio. Algún tipo de respuesta. Como si echar una cabezada en su propia cama le permitiría despertarse para descubrir que esa pesadilla que había vivido, el perder la familia, la juventud, la fe, sólo hubiera sido una fantasía hipnoide obra de las hormonas de la adolescencia y de una cena indigesta.

¿Hay algo peor que volver por fin al hogar y descubrir que aún sigues perdido?

Para cuando apareció Anakin, hacía horas que estaba perdido en el hogar.

Jacen estaba sentado en su sitio, en la silla que siempre usaba cuando se comía en la mesa o en las raras ocasiones en que se reunía toda la familia: a la izquierda de la silla de su madre, al lado de Jaina, que siempre se sentaba a la derecha de su padre. Al otro lado de la mesa, Anakin siempre se sentaba junto a la silla tamaño wookiee especialmente diseñada para Chewbacca.

Jacen intentaba rememorar esos felices momentos familiares, intentaba oír la risotada de Chewbacca que era medio aullido, ver los esfuerzos de su madre por mantener una mirada desaprobadora ante una de las historias un poco picantes de su padre, sentir el codazo de Jaina en sus costillas o un grumo de protata naranja que le tiraba Anakin a escondidas cuando sus padres no miraban… Pero no podía. No podía encajar esas imágenes en ese comedor.

El comedor era ahora muy diferente.

Un viscoso y reluciente grumo azul de bejín, u otra clase de colonia de hongos, cubría la silla de Chewbacca junto a la cuarta parte de la mesa del comedor, zarcillos amarillo pálido la enraizaban a los arbustos de hojas púrpuras que habían brotado del suelo. La mesa en sí se había quebrado por la mitad ante el peso de una especie de raíz primaria rojo sangre del tamaño de un hutt que había atravesado el techo y parecía decidida a taladrarse también un camino a través del suelo. Las paredes estaban cubiertas de multicolores plantas trepadoras que servían de habitat a diversas criaturas del tamaño de una mano que parecían arañas escamosas de sangre caliente.

Jacen estaba bastante seguro de que eran de sangre caliente; al menos las garras de siete dedos de sus patas eran cálidas cuando bajaron por sus brazos, subieron por su pecho y recorrieron sus hombros. Cuando una se paraba en su cara parpadeaba de vez en cuando, pero era el único movimiento que hacía. Podía haberse movido de querer

hacerlo, pero no encontraba razones para hacerlo. Las criaturas arácnidas escupían una especie de secreción mucosa, goterones de saliva cristalina que se pegaban tenazmente a lo que tocaban, a excepción de los propios arácnidos. Mientras la saliva estaba húmeda, sus pies prensiles la estiraban y le daban vueltas y la convertían en gruesas y relucientes cuerdas que se endurecían y se volvían translúcidas al secarse, llenando la mitad del comedor de los Solo con una telaraña escarchada y fibrosa.

Jacen estaba bastante seguro de que la telaraña estaba pensada para mantenerlo atado a la silla, que los arácnidos tenían cierto plan preinteligente de comérselo. Podría haberse librado de ella sin mucho esfuerzo, antes de que se endureciera. No lo había hecho. Incluso ahora, un simple encogimiento de hombros de su ira dispersaría a los arácnidos y consumiría su red en un fogonazo que la borraría de la existencia.

Pero no se le ocurría ninguna razón para molestarse en hacerlo.

Anakin caminó a través de los hilos de la red como si no existieran. Vestía un chaleco oscuro sobre una túnica holgada y pantalones ajustados al estilo corelliano. Enganchaba los pulgares en un ancho cinturón de cuero, el derecho junto a un gancho vacío del que habría debido colgar su sable láser, y dirigió a Jacen una sonrisa ladeada tan parecida a las de su padre que se le saltaron las lágrimas.

«¿Qué haces, hermano mayor?»

Uno de los arácnidos correteó por una hebra que atravesaba el pecho de Anakin en un ángulo que iba del hombro a las costillas flotantes Ninguno de ellos prestó atención al otro. Jacen miró a Anakin un largo rato y suspiró.

—¿Qué eres esta vez?

«¿Esta vez?»

Jacen cerró los ojos.

—¿Te acuerdas de cuando el tío Luke nos hablaba de su Maestro? ¿Que a veces podía sentir al Maestro Obi-Wan en la Fuerza, aunque había visto como Darth Vader… nuestro abuelo… lo mataba en la primera Estrella de la Muerte? ¿Que podía oír la voz del Maestro Obi-Wan dándole consejos y que un par de veces hasta lo había visto?

«Claro, todo el mundo conoce esas historias».

—Supongo que sigo esperando que tú me ayudes de ese modo. Bueno, ya sé que no eres mi Maestro. Y vi tu cadáver. Vi… lo que te hicieron. Pero, aún así… supongo que sigo esperándolo, ¿sabes? Sólo… sólo quería volver a oír tu voz. Una vez más. Ver tu sonrisa. Darte una colleja por esa estupidez de hacerte matar.

«Como si alguna vez hubieras necesitado algún motivo para hacerlo, ¿eh?»

Jacen cerró los ojos inundados de lágrimas.

—Sí. Por última vez, ¿sabes?

«Claro».

—Por eso me lo tragué. Las dos veces. «¿Las dos veces?»

Jacen inclinó la cabeza como encogiendo los hombros.

—En la Guardería, cuando Vergere me impidió matar al último dhuryam. Usó la Fuerza para imitar tu voz, y yo… «¿Cómo lo sabes?»

Jacen abrió los ojos, frunciendo el ceño.

—¿El qué?

«¿Seguro que fue ella?»

La sonrisa de Anakin era tan juguetona y ladeada como lo había sido siempre.

«Estaba-usando la fuerza, ¿verdad? ¿Cómo sabes que la Fuerza no la estaba utilizando a ella?»

—Supongo que no lo sé —admitió despacio Jacen—. Pero eso no marca ninguna diferencia. «Si tú lo dices».

—La última vez no tuvo nada que ver con la Fuerza. Eras un cebo telepático.

«Puede. ¿Seguro que sólo era eso?» Jacen frunció el ceño sin responder.

«¿Qué habría pasado si no me hubieras visto en el balcón?» Él bajó la cabeza.

—No… no lo sé. Igual me habría dejado… —«caer», terminó en silencio. No podía decirlo.

Se habría dejado caer. Ya había caído mucho más deprisa y más profundamente que cualquier salto a la muerte.

«Así que verme allí te salvó la vida, ¿no?»

—Sí. Supongo. Pero a lo que me condujiste… Quiero decir, a lo que eso, la proyección telepática, me llevó…

«Eso, yo, lo que sea».

Anakin hizo un gesto desdeñoso con la mano. «No nos aferremos a distinciones sin sentido».

—Pero allí abajo… dentro de la bestia caverna —un ácido amargo recorrió la garganta de Jacen. No podía seguir. «Salvaste a la chica, ¿no?»

—Sí, claro. La salvé. Eso sí —Jacen tosió, atragantándose con el recuerdo—. Pero los otros…

Había más personas en el vientre de la bestia, muchas, cincuenta o más, humanas casi todas. Un momento después de que salvase a la chica llegaron en tropel por los túneles garganta a las bocas de la cámara del estómago.

No estaban contentas.

Había podido coger telequinéticamente sus propias manos, con la Fuerza recorriéndole en oscuras oleadas, y usarlas para abrir los labios cerrados de la boca estómago. Puso sentir en la Fuerza hasta el último centímetro de la chica, sentir su terror y su esperanza y el dolor agónico de su piel quemada por el ácido, y la había levantado sin esfuerzo para depositarla arriba, en el borde del cuenco. Un salto ayudado por la Fuerza lo había llevado limpiamente hasta su lado, para luego levantarla en sus brazos físicos y saltar al túnel garganta por el que había llegado. Ella tenía la ropa hecha harapos, la piel enrojecida, pelándose, rezumando fluidos, cociéndose al lento calor de los ácidos que seguían empapándola, y Jacen le había quitado rápidamente lo que quedaba de su ropa para reemplazarla por su propia túnicapiel.

«Ya ha pasado. Estarás bien —le había dicho—. La túnicapiel cuidará de ti». No sólo absorbería y eliminaría los ácidos que quedaban, sino que se comería la piel necrótica de

sus quemaduras y probablemente la salvaría de una infección severa, y hasta de la gangrena.

No se lo había dicho, claro; aunque seguía sintiendo el oscuro tronar de la Fuerza, no había sido tan imprudentemente cruel como para decirle, después de todo por lo que había pasado, que la ropa que le había dado ya se estaba comiendo partes de su carne.

Y entonces, vestido sólo con el taparrabos, alzó la mirada y vio a los otros. A la gente de la bestia caverna, cincuenta y tantas personas. Algunos con pistolas láser.

Algunas de las pistolas le apuntaban a él.

—Era tan… tan enfermizo. No podía creerlo —Jacen negó con la cabeza—. No quería creerlo.

Anakin le miraba paciente.

—Eran peores que los de la Brigada de la Paz. Peor que cualquier cosa que pueda ocurrírseme —Jacen cerró los ojos ante el recuerdo—. Vivían allí dentro.

La bestia caverna era un depredador prudente: si su cebo telepático capturaba más animales de los que necesitaba para comer, los supervivientes capturados podían vivir un tiempo considerable en su interior. La humedad que goteaba constantemente de las «estalactitas» era en realidad una reserva de comida, análoga a las grasas y el glicógeno que almacena un humano, que podía tanto hidratar como alimentar a las criaturas de las múltiples mollejas de la bestia caverna. También podía procesar de forma ultraeficiente los deshechos, obteniendo nutrición y agua de las heces y la orina de sus cautivos, y el calor corporal de estos la ayudaba a regular su temperatura interna. Cuando necesitaba la nutrición extra de un cuerpo vivo, estrujaba uno de sus buches, empujando a los cautivos por la garganta hasta la cámara del estómago.

—La mayoría eran refugiados de los niveles inferiores que se habían perdido la evacuación, pero había esclavos huidos de la semillanave. Los yuuzhan vong conocen las bestias caverna y las evitan. No me sorprendería que fueran los antepasados sin modificar de las mundonaves, como esa en la que tú… como la de Myrkr —tosió, algo avergonzado—. Perdona.

«No pasa nada, Jacen».

La sonrisa de Anakin era franca, amistosa.

«No te preocupes por mí. No soy tan delicado».

Jacen asintió.

—Supongo que yo sí.

«Siempre lo fuiste. Continúa».

Jacen suspiró con tristeza, pero la ira volvió a filtrarse en sus entrañas.

—Es el lugar ideal para esconderse de las patrullas de yuuzhan vong. La bestia caverna los esconde, les da refugio, agua, comida, y a veces atrae a animales que se pueden matar y comer, o atrapa a un refugiado que lleva tabletas de proteínas o lo que sea. Sólo hay un problema. De vez en cuando la bestia tiene hambre. A veces hay-uno o dos animales que pueden arrojarse a los estómagos —tragó saliva y miró al techo. Brillantes dedos verdes de musgo se habían filtrado por la grieta abierta por la inmensa

raíz—. Y a veces… —su voz sonó espesa, ronca por el enfurecido recuerdo—… a veces no hay.

Anakin asintió con gravedad. «La chica».

—Sí, la chica. Tenían una norma: el último en llegar era el primero en irse. El primero en ir… dentro. La chica había llegado sólo unas horas antes que yo. Pero algunos de ellos… Los que le hicieron eso… —empezó a arderle el aliento, y una neblina sutilmente roja cubrió su visión—. Algunos llevaban allí semanas. Semanas, ¿te das cuenta? ¿Te das cuenta de lo que hacían? ¿Cuánta… cuánta gente…?

Tuvo que parar, jadeando, hasta que pudo volver a tragarse la rabia.

Anakin lo miraba inexpresivo. Por fin pudo continuar.

—Ni siquiera la mataron, sólo la dejaron inconsciente y la arrojaron dentro —se le abultaron los músculos de los bordes de la mandíbula. Su voz goteaba desprecio—. Supongo que no la mataron porque no querían su muerte en la conciencia.

Anakin se encogió de hombros.

«La gente es capaz de racionalizarlo todo».

—Pero ella se despertó antes de que el estómago se cerrara sobre ella, y casi se escapa. Se quedó a medias. Lo bastante como para poder gritar —la voz de Jacen se redujo a casi un suspiro—. Entonces llegué yo—

«¿Y qué pasó?»

—No pensaba dejar que volvieran a arrojarla allí. No les dejaría arrojar a nadie… pero se ¿estaban abriendo todos los estómagos, y los buches nos empujaban a todos gargantas bajo? La bestia caverna quería ser alimentada, y si ellos no se hacían cargo, lo haría ella.

«Y el último en entrar…»

—Era yo. Justo.

«¿Intentaron alimentar a la bestia caverna contigo?» —Nunca llegaron tan lejos.

«¿No?»

—He cambiado, Anakin. He… No tengo excusa. Ni siquiera puedo explicarlo. Pero… pero deberías saber…

«No pasa nada, Jacen. Pasara lo que pasara, hicieras lo que hicieras, o lo que te hicieran, sigues siendo mi hermano mayor, ¿sabes? siempre lo serás».

—Tu hermano mayor —repitió Jacen monótonamente. Le dolían los ojos. Apoyó los codos en las rodillas, y posó el rostro en sus manos quemadas—. Tiene gracia… Estos últimos años me he sentido como si el hermano mayor fueras tú.

«Eso es una tontería».

—¿Tú crees? Tú… estabas tan seguro de ti mismo, Anakin. Tan seguro de todo. Eras tan fuerte. De verdad… yo me fijaba en ti. Siempre parecías saber qué hacer a continuación. Las cosas te resultaban fáciles.

«Todo resulta muy fácil cuando no se tienen dudas».

—Pero eso era lo que quería yo. Estar seguro. Creía que ser un Jedi era eso —alzó el rostro, y tenía los ojos húmedos. Se rió amargamente entre las lágrimas—. ¿No lo entiendes? Eras justo lo que yo quería ser cuando fuera mayor.

«¿El qué? ¿Muerto?»

—Sabes lo que quiero decir.

«Yo no cuestionaba las cosas porque no era de los que se las cuestionan. No era alguien que pensaba las cosas como tú. Yo era más como el tío Luke: una arma humana, me señalabas a los malos y me soltabas, acababa con ellos y todo el mundo me aclamaba».

«Pero las cosas han cambiado, y hacer las cosas al viejo estilo, al estilo del tío Luke… está haciendo que muera la gente. Mira lo que me pasó a mí. Mira lo que nos está pasando a todos».

—Es mejor de lo que me está pasando a mí —susurró Jacen—. Es mejor estar muerto.

«¿Tú crees?»

El pesar se acumuló en su interior, aumentando la presión de la culpa y el autodesprecio hasta que no pudo seguir conteniéndolos. Se miró las manos, la carne quemada y cuarteada del centro de sus palmas, abrasada por el relámpago de su rabia.

—Anakin, pertenezco al Lado Oscuro.

«¿De verdad?»

—Lo que hice bajo el viejo Templo Jedi, cuando Vergere me entregó a Nom Anor… estuvo mal, pero no fue algo malvado. Fue el pánico, y el agotamiento, y volver a encontrarme de repente con la Fuerza cuando creía que me la habían quitado para siempre. Lo de salvar a la chica… no lo lamento. Lo único que me quedaba era ira. Y no le hice daño a nadie.

«Salvo a ti mismo».

—Pero eso está bien, ¿no? ¿O no es parte de ser un Jedi el sacrificar tu bienestar para salvar a los demás? Anakin puso boca arriba la palma de la mano. —«Dímelo tú».

Jacen apartó la mirada. Recordar le dolía. Hablar le dolía todavía más. Pero no hablar de ello, no admitir lo que había hecho, racionalizarlo, justificarlo… Eso no podía hacerlo.
• «No he caído tan bajo», pensó.

«Todavía»

Había utilizado la oscuridad para que le diera fuerzas, permitiendo que corriera por sus venas como si fuera sangre y que así lo mantuviera en pie y funcionando mientras llegaba la gente de la bestia caverna, mientras descubría quiénes eran y lo que habían hecho para sobrevivir. Igual habría sido capaz de contener su temperamento si sólo hubiera pasado eso. Le ponía enfermo lo que habían hecho, en lo que se habían convertido, pero él no era un juez. Era un Jedi. Puede que aún así hubiera encontrado el modo de ayudarlos. Podría haber resistido la lujuria oscura de hacerles daño incluso mientras las bocas estómago se abrían a su alrededor, nublando la cámara con sus gases

ácidos, y la gente de la bestia caverna lo rodeaba, apuntándole con los láseres, con frialdad asesina mientras simulaban pesar.

La gota que colmó el vaso provino de la chica.

«¡Es el último, es el último! —había gritado—. ¡Cogedlo a él, a él! ¡Es el último!»

—Se volvió contra mí —dijo Jacen con voz queda.

«¿La culpas?»

El negó con la cabeza.

—¿Cómo voy a hacerlo? No era más que una chica. Una chica que sabe lo que es que te digieran viva. Una chica que sabía que si no era yo, sería ella. Otra vez.

«Creo que quería decir ¿la culpaste?»

—Eso es diferente —el rostro de Jacen estaba tan pálido como los riscos de piedra caliza de Kirdo III—. Los culpé a todos. Los odie. Y me dispuse a hacerles daño.

«¿De verdad?»

—Yo sabía lo que hacía, sabía exactamente lo que implicaba eso. Recurrí a la oscuridad. Quise hacerlo. Disfruté haciéndolo. Me recuerdo riendo. Me recuerdo diciéndoles en qué lío se habían metido. Recuerdo que los sentí a través de la Fuerza cuando su falsa pena se convirtió en miedo real. Recuerdo que me gustó.

Ellos le dispararon, y los láseres trazaron líneas escarlata en la verdosa niebla acida. Jacen cogió sus disparos con la palma de la mano derecha, riéndose, canalizando sin esfuerzo las energías destructivas fuera de él antes de que pudieran hacerle daño. Un movimiento de su muñeca cogió las pistolas con la Fuerza y las arrojó con desprecio a un lado.

«¿A cuántos mataste?»

—A todos —Jacen se miró las manos temblorosas. Las cerró hasta que brotó sangre de sus quemaduras—. A ninguno. ¿Qué importa eso?

Con la Fuerza rugiendo en su cabeza, buscó en el centro hueco de su pecho, en el vacío donde estuvo la semilla esclavizadora, y allí encontró la oscura semiconsciencia de la bestia caverna. Empleó la Fuerza para crear una ilusión, una convicción tan profundamente enraizada en la mente turbia de la bestia que ninguna evidencia de lo contrario la haría cambiar de creencia.

Los humanos son venenosos.

Y también lo era cualquier otra especie inteligente de la Nueva República.

La bestia caverna no tenía recursos contra esta clase de truco; carecía hasta de la capacidad rudimentaria de decirse «Pero si ninguno de los que ya me he comido me ha sentado mal…». Sólo tenía un reflejo defensivo.

Vomitó.

Una enorme convulsión peristáltica inversa barrió a la gente, a la chica, a Jacen y a cualquier otro objeto extraño que pudiera haber en el inmenso interior de la bestia caverna y lo expulsó por la garganta de cartílago luminiscente por la que había entrado Jacen. Recordó la ira y el creciente pánico de la gente a medida que la masa se disgregaba en individuos ante la boca de la bestia caverna y descubría que los dientes de su santuario

se habían cerrado para ellos. Ya no podrían ponerse a salvo de los yuuzhan vong pagando con la visa de otros. «Nos has matado —sollozó alguien—. Nos has matado a todos».

Jacen los miró, con la frialdad del poder. Todavía no.

Esas criaturas blandas, débiles, despreciablemente traicioneras… No podía imaginar nada más despreciable. Les dio la espalda. Se fue.

Los dejó a los yuuzhan vong, y a ellos mismos.

«Pero los ayudaste, antes la muerte que la vida comprada con sangre inocente».

—¿Se supone que eso lo hace correcto? No quería ayudarlos. Quería que sufrieran. Ni siquiera puedo echarle la culpa al Lado Oscuro. Ahora sé que no. El Lado Oscuro no me obligó a hacer nada.

«Lo sé. No es así como actúa».

—Lo hice yo, Anakin. Cedí a mi propia oscuridad. Dejé que mi Lado Oscuro me dominara…

«Pudiste matarlos a todos. Tenías poder para matarlos. Y pudiste matar a la bestia caverna. Apuesto a que también tenías poder para eso. Cómo pudiste matar a Vergere y a Nom Anor. Pero no mataste a nadie. En vez de eso pusiste ese poder que encontraste al servicio de la vida. Tu Lado Oscuro no es tan oscuro, hermano mayor».

—Eso no importa. No puedes combatir la oscuridad con la oscuridad.

«Ahí habla el tío Luke. Su trabajo era enfrentarse ala Oscuridad. Los yuuzhan vong no son la oscuridad, son alienígenas». —Y no consigo decidirme a combatirlos. «¿Quién dice que debas hacerlo?»

Jacen levantó la cabeza de golpe.

—Tú. Todo el mundo. ¿Qué otro remedio hay?

«¿Por qué me lo preguntas a mí?»

Anakin había perdido su sonrisa traviesa y se acercó lo bastante para que Jacen pudiera alargar la mano y tocarlo… Si pudiera obligarse a mover la mano. Si hubiera algo que tocar.

La desesperación que lo mantenía sujeto a su asiento creció para concentrarse en un agujero negro de desesperanza que le dejó sin aire.

—¿A quién más puedo preguntárselo? ¿Qué puedo hacer? ¿Qué se supone que debo hacer ahora? —se desmoronó, temblando—. He perdido la cabeza, ¿verdad? Estoy discutiendo con una alucinación. ¡Tú ni siquiera existes!

«¿Importa eso? No es tan fácil llegar a ti, hermano mayor. Tengo que utilizar todos los medios que encuentro».

—¿Cómo que no importa? —gritó de pronto Jacen—. Necesito… necesito… ¡Ya no sé en qué creer! ¡Ya no sé lo que es real!

«En la semillanave, yo era una proyección de la Fuerza. Luego fui un cebo telepático. Ahora soy una alucinación. Eso no significa que no sea yo. ¿Por qué tiene que ser todo una cosa o la otra?»

—¡Porque es así! ¡Porque las cosas son una cosa u otra! ¡Todo es así! ¡No puedes ser falso y real a la vez!

«¿Por qué no?»

—Porque… ¡porque no, por eso!

«La Fuerza es Una, Jacen. Abarca todos los opuestos. La verdad y las mentiras, la vida y la muerte, la Nueva República y los yuuzhan vong. La luz y la oscuridad y el bien y el mal. Todas las cosas son la otra, porque cada cosa y todas las cosas son la misma cosa. La Fuerza es una».

—¡Eso es mentira!

«Sí. Y es verdad».

—¡Tú no eres Anakin! —gritó Jacen—. ¡No lo eres! ¡Anakin nunca hablaría así! ¡Anakin nunca creería eso! ¡Sólo eres una alucinación!

«Vale, soy una alucinación. Eso quiere decir que estás hablando contigo mismo».

«Eso significa que estoy diciendo lo que tú piensas».

Jacen quiso aullar, enfurecerse, saltar de su asiento y luchar… algo. Lo que fuera. Pero el agujero negro se tragó su aliento, sus energías, su rabia. Se tragó hasta el universo de odio, dejándolo más vacío que al principio. Donde antes estuvieron su esperanza, su amor y sus certezas ahora se abría un vacío gélido, lleno sólo con el hambre inanimada y hueca del vacío, Jacen se desmayó.

No le quedaban fuerzas ni para llorar.

Se hundió en el agujero negro.

Transcurrieron eones, o nanosegundos.

Dentro del agujero negro no había diferencia entre las dos cosas.

Entre una respiración y otra se condensaron estrellas a partir de hidrógeno intergaláctico, se encendieron, fusionaron, consumieron metales pesados, se encogieron convirtiéndose en enanas azules que se apagaron con un color marrón.

En la oscuridad estaba la eternidad.

A través del horizonte del suceso llegó información: una voz.

Conocía la voz, sabía que no debía escucharla, pero no sólo estaba en el agujero negro, era el agujero negro, que lo capturaba todo, lo retenía por siempre.

—¿Qué es real? ¿Qué es ilusión? ¿Dónde está la frontera entre la verdad y la mentira? ¿Entre el bien y el mal? Es un lugar frío y solitario, Jacen Solo, es el vacío de no saber.

No contestó. Los agujeros negros no replican. El horizonte del suceso es la válvula última, todo pasa por él en una dirección, nada en la contraria. Pero la voz que le llegaba hizo que el agujero negro iniciara una decadencia cuántica. Su horizonte del suceso personal se redujo en un instante a un punto de masa en el centro del pecho…

Y Jacen abrió los ojos.

—Vergere —dijo torpemente—. ¿Cómo me has encontrado?

Ella estaba sentada como un felino en la mesa comedor de los Solo, con los brazos y piernas doblados bajo ella. Lo miró con ojos interestelares.

—Yo no comparto el prejuicio de nuestros amos sobre la tecnología. En los bancos de memoria aún sobrevive parte de la base de datos planetaria. No fue muy difícil encontrar la dirección de la antigua Jefe de Estado.

—Pero, ¿cómo lo supiste? ¿Cómo sabías que volvería a mi casa?

—Todos los animales sociales tienen ese instinto: los heridos de muerte vuelven arrastrándose para morir en su guarida. —¿Los heridos?

—Con la mayor herida que puede recibir un Jedi: la libertad. Otro acertijo. No tenía energías para más acertijos. —No lo entiendo.

—¿Dónde está la libertad cuando siempre se sabe lo que está bien? Nadie elige el mal, Jacen Solo. La inseguridad te libera. Jacen lo pesó un rato.

—Morir en el hogar —murmuró—. Menudo hogar. ¿Has visto este lugar? La habitación de Jaina está ocupada por una planta que intentó comerme. La cocina parece un arrecife de coral. Mi colección… —sólo pudo negar con la cabeza—. Este no es mi hogar.

—Tampoco vas a morir —dijo ella alegre—. ¿Lo has olvidado? Ya estás muerto. Llevas muerto desde hace meses; ya casi has terminado tu pasaje por el país de los muertos. Este no es el momento de morir, sino de tener una vida nueva. Estás curado, Jacen Solo. ¡Levántate y anda!

Jacen se hundió aún más en el asiento, mirando sin mirar a través del amasijo de cables arácnidos.

—¿Por qué voy a hacerlo?

—Porque puedes, claro. ¿Por qué sino iba a molestarse nadie en levantarse?

—No lo sé —volvió a cerrar los ojos—. ¿Qué importa si me levanto o me quedo aquí sentado hasta morir de hambre? Ya nada importa. Nada significa nada.

—¿Ni siquiera la muerte de tu hermano?

El se encogió de hombros desgranadamente. La vida, la muerte, eran una misma cosa. Una con la Fuerza.

—A la Fuerza no le importa —dijo.

—¿A ti no te importa?

Abrió los ojos. La mirada de ella tenía esa intensidad peculiar, casi divertida, que le había visto en la cámara del Abrazo, en la Guardería, en el cráter. Pero estaba demasiado cansado, demasiado destrozado, para desentrañar lo que ella quería que descubriera.

—¿Qué más da si me importa?

Las comisuras de la boca de ella, se movieron arriba y abajo.

—¿Te importa a ti?

El se miró las manos. Suspiró al cabo de un largo, largo silencio.

—Sí. Sí, me importa —no se le había ocurrido mentirle—. Pero, ¿qué más da? Claro que me importa… pero ¿quién soy yo?

Ella se encogió de hombros de forma tan sutil que casi fue un escalofrío.

—Ésa ha sido siempre la pregunta, ¿verdad? —Pero nunca tenías respuesta…

—Tengo una respuesta —dijo ella con amabilidad—. Pero es mi respuesta, no la tuya. No encontrarás verdad en mí.

—Siempre me dices eso —cenizas amargas le arañaron la garganta—. Y supongo que tampoco en nadie, más.

—Exacto.

Un zumbido agudo resonó en sus oídos, dándole vueltas en la cabeza, como una centelloabeja furiosa atrapada dentro de su cráneo.

—Entonces, ¿dónde se supone que está la verdad? —preguntó confusamente—. ¿Dónde? Dímelo. Por favor.

Apenas podía oír su propia voz por encima del zumbido de los oídos. Ya era un rugido.

Ella se inclinó hacia delante, sonriendo, y el rugido ahogó sus palabras, pero pudo leer las palabras en sus labios.

«Pregúntate a ti mismo donde más puede buscarla uno».

—¿Qué? —jadeó débilmente—. ¿Qué?

Cuando el rugido se convirtió en una tormenta en su cabeza, que apagaba todas las palabras, toda esperanza de cordura, ella juntó sus cuatro dedos oponibles para formar una punta y lo golpeó suavemente, como si llamara a una puerta, justo en el centro del pecho, justo en el vacío que había dejado la semilla esclavizadora, justo donde estaba su horizonte del suceso personal.

En ese vacío había silencio. Había calma. Era el ojo de la tormenta de su interior. Llevó su mente hasta ese vacío silencioso, calmado, dejando que esa calma silenciosa envolviera todo lo que era.

La tormenta se disipó.

El agujero negro se tragó a sí mismo.

—No estaba solo en esa calma silenciosa. Con él estaba la Fuerza, la conexión viva que lo unía a todo lo que es, todo lo que ha sido, todo lo que será. También estaba la vongvida, desde la vaga satisfacción del grumo azul que disfrutaba con la cercanía del calor de su cuerpo y el de Vergere a la laboriosa concentración de los arácnidos que se paseaban por su creciente telaraña… a la equilibrada disposición para la violencia inmediata de los doce guerreros yuuzhan vong que llenaban el cuarto…

Y la anticipación del triunfo que dejaba a Nom Anor sin aliento cuando entró tras ellos.

Guerreros yuuzhan vong. Doce. Armados.

Y Nom Anor.

Los guerreros se desplegaron en un amplio arco.

Jacen los miró tranquilamente, sin alarma. En la calma silenciosa de su centro no había lugar para la sorpresa, para el peligro. Sólo estaba él, y todos ellos, y el universo, del que cada uno era un pequeño componente entrelazado con los demás.

Miró a Vergere maravillado. Por fin entendía lo que antes no había podido entender. No había dicho «pregúntate a ti mismo dónde más puede buscarla uno».

Había dicho «pregúntate a ti mismo. ¿Dónde más puede buscarla uno?»

Nom Anor avanzó, agarrándose las manos dentro de las voluminosas mangas de una túnicapiel que le llegaba al suelo y tan negra que brillaba. Jacen podía ver en la brillante superficie su propio reflejo distorsionado.

«Nom Anor —pensó Jacen—, está en nuestro comedor».

—El sinsentido y la desesperación que padeces son consecuencia inevitable de tu fallida religión —dijo Nom Anor con tono convincente—. Esa Fuerza tuya carece de finalidad. Sólo es lo que es, algo corrupto por la podredumbre que infecta a toda esta galaxia. Algo lleno de mentiras e ilusiones, celos y traiciones. Pero existe una finalidad en el universo. Existe un motivo para seguir adelante, y puedes encontrarlo. Puedo decirte cuál es.

«Ha estado escuchando —pensó Jacen—. Por supuesto. Ha debido traerlo Vergere».

—Ha llegado el momento de dejar atrás tu inútil Fuerza —continuó Nom Anor—. El momento de dejar atrás la oscuridad y las ilusiones de tu vida anterior. De que ocupes tu lugar en la luz pura de la verdad.

La voz de Jacen parecía crear ecos a su alrededor, como si el vacío calmo y silencioso desde el que hablaba fuera una gran caverna.

—¿La verdad de quién?

—Tu verdad, Jacen Solo —dijo Nom Anor con un floreo—. ¡La verdad del dios que eres! —¿El dios que soy…?

Nom Anor sacó un sable láser de una de las voluminosas mangas. Los doce guerreros se tensaron, y sus rostros se contrajeron en máscaras de desprecio cuando él encendió la hoja y dio un paso adelante. Una brillante energía púrpura cortó la red arácnida, y Jacen miró inexpresivo como Nom Anor cortaba con eficacia los cables de saliva que lo habían atado a su asiento.

El Ejecutor dejó de presionar la plaqueta activadora y se arrodilló a los pies de Jacen. Inclinó la cabeza en señal de obediencia, y alargó las manos para ofrecer a Jacen el sable láser desactivado.

Jacen reconoció el diseño de la empuñadura.

Era el de Anakin.

Miró a Vergere.

Ella le devolvió la mirada con firmeza.

—Elige y actúa.

Jacen vio con claridad sobrenatural la elección que se le ofrecía. La oportunidad, . .

El sable de Anakin. Lo había hecho Anakin. Lo había usado Anakin. Ese sable lo había cambiado y transformado. Su cristal era diferente al de los demás sables láser, porque era una gema viviente de vongvida.

«Parte Jedi. Parte yuuzhan vong —pensó—. Casi como yo».

Le ofrecían la vida de Anakin: su espíritu, su habilidad, su valor.

Su violencia.

Jacen tenía tres años la primera vez que usó un sable láser en combate. Era algo natural en él.

Ahora podía sentir a los yuuzhan vong. Y la Fuerza estaba con él.

Podía seguir el camino de Anakin. Ser un guerrero puro. Podía ser incluso más grande de lo que lo había sido su hermano; con el poder oscuro podía dominar, superar, a cualquier Jedi vivo, incluido el tío Luke. Superar incluso a los Caballeros Jedi de la antigüedad.

Podía ser la mayor arma de la Fuerza que había existido nunca.

Y lo que era más, podía vengar a su hermano con el arma que había forjado su hermano.

«Podría cogerlo —pensó—, y matarlos a todos».

«¿Es eso lo que soy?»

«¿Es eso lo que quiero ser?»

Miró a Nom Anor.

—Coge esta arma blasfema y mata, o elige la vida —dijo Nom Anor—. Elige aprender la verdad. Elige enseñar la verdad, compartir la Verdad con tu pueblo. Deja que yo te enseñe la verdad que compartirás con tu pueblo, ¡la verdad del dios que eres!

Jacen cogió el sable láser, pero no con la mano.

La empuñadura pareció levitar, meciéndose en el aire sobre las manos de Nom Anor, y luego giró y se lanzó hacia Vergere. Ésta lo cogió limpiamente y lo depositó en una mesa a su lado.

Él la miró, y no a ella, sino a su propio reflejo en las brillantes curvas negras de sus ojos sin fondo. Miró en silencio, inexpresivo, hasta que se sintió reflejado en el reflejo, y se convirtió en superficie pura, brillante sobre un pozo infinito de negrura.

Un espejo para cada imagen de la noche.

Se llenó de calma y, cuando estuvo tan calmado que pudo sentir al universo girando sobre el eje en que él se había convertido, se levantó.

Nom Anor siseó su triunfo.

—Te convertirás en una estrella, en un sol, en el sol, e iluminarás la galaxia con la luz del Camino Verdadero.

—Muy bien —dijo Jacen, con una expresión fría, calmada, impecable, a la que no le perturbaban la debilidad, la conciencia o la humanidad—. ¿Por qué no?

Tercera parte

Las puertas de la muerte

Capítulo 11

Traidor

Pongamos por caso que la conquista de Coruscant causara un número inimaginable de bajas.

Supongamos que en el bombardeo de los yuuzhan vong murieron diez mil millones de personas…

Supongamos que veinte mil millones más murieron en los terremotos que acompañaron a la alteración de la órbita del planeta…

Supongamos que treinta mil millones más murieron luego por hambre, o asesinados por las patrullas de búsqueda de los yuuzhan vong, o envenenadas, o devoradas, o de cualquier otra forma por entrar en contacto con la vida vongforme…

Supongamos que cuarenta mil millones adicionales fueron esclavizados o enterrados o apresados por los yuuzhan vong.

Estas supuestas cantidades son justamente eso: pura suposición. Imaginarias. El censo de Coruscant ya era una conjetura incluso cuando estaba intacta la base de datos planetaria. Debido a la conquista no hubo forma práctica de contabilizar los desaparecidos y los muertos. Cien mil millones es una cantidad irracionalmente elevada, probablemente exageradamente inflada, pero incluso así…

Restemos esas bajas a la población de Coruscant previa a la conquista.

Aún quedarían novecientos mil millones de personas.

Novecientos.

Mil.

Millones.

Los supervivientes también pueden ser un arma.

Ya hacía meses que las naves campamento saltaron de repente del hiperespacio. Nadie podía predecir cuándo, o en qué sistema estelar, aparecería la siguiente. Las naves campamento tenían kilómetros de grosor, una forma groseramente globular, y eran grandes conjuntos de cámaras hexagonales de diferentes tamaños, desde una cabina de gimnasio al puente de control de un carguero, pegadas entre sí de forma desordenada. Las naves podían ser plantas, pertenecer a una especie vegetal especialmente criada por los yuuzhan vong, o ser una aglomeración de exoesqueletos abandonados por gargantuescos animales interplanetarios.

Los análisis de los sensores indicaron con claridad la existencia de campos gravitáronos semejantes a los de los dovin basal en los puntos donde abandonaban el hiperespacio, registrándose un nuevo estallido distorsionador de la gravedad segundos después de la aparición de la nave. Algunos analistas de la Nueva República creían que los estallidos segundarios pertenecían a dovin basal colapsándose en puntos de masa

autogenerados. Otros afirmaban que los estallidos secundarios eran la signatura de criaturas semejantes a dovin basal que propulsarían las naves campamento antes de saltar al hiperespacio, abandonándolas para volver al punto de partida.

Lo único seguro era que las naves llegaban de forma imprevisible Jjg a sistemas estelares habitados. Carecían de provisiones, soporte S vital o motores viables. Y en todas ellas había gente.

Millones de personas.

Cientos de millones, supervivientes de la conquista de Coruscant.

Cada sistema habitado que se encontraba siendo el custodio inesperado de una nave campamento se enfrentaba a una elección muy clara: estirar sus ya castigados recursos de guerra para albergar y alimentar a los refugiados, o dejar que murieran asfixiados, o de hambre o sed, o congelados o cociéndose en el calor de su propio calor corporal. O ignorarlas, dejando que vagaran a la deriva entre planetas, convertidos en mausoleos congelados que conmemorarían eternamente la forma en que ese sistema había abandonado de forma implacable y letal a un centenar de millones de vidas.

Ningún mundo de la Nueva República podía afrontar una culpa colectiva a esa escala; de poder hacerlo, nunca habrían sido admitidos en la República.

Nadie sabía si se había enviado naves campamento a sistemas deshabitados. Nadie quería pensar en eso. Algunos Jedi exploraron, buscando con la Fuerza en los vastos rincones barridos por el polvo estelar, pero para empezar no había muchos Jedi, y la guerra dejaba poco tiempo libre a los que quedaban. Los gobiernos planetarios y estelares no organizaron búsquedas. No podían permitírselas. Si ya carecían de recursos con que mantener a los refugiados que les habían tocado en suerte, buscar más no sólo sería inútil, sino de locos.

Los sistemas de la Nueva República hicieron todo lo que pudieron pese a la escasez de materiales y de personal cualificado.

En una economía de tiempos de guerra era imposible construir ciudades lo bastante grandes como para albergar a centenares de millones de personas, por lo que no les quedó otra opción. Las naves eran grandes y conservaban el aire contra el vacío del espacio. Así que se mantuvo a los refugiados donde estaban, mientras los sistemas anfitriones hacían lo posible por proporcionar a las abarrotadas naves sistemas de reciclaje de agua y residuos, de limpieza y reaprovisionamiento de la atmósfera, luz y comida.

Se convirtieron en campamentos de refugiados orbitales. De ahí su nombre.

La vida en las naves campamento era dura.

Hasta en los sistemas más ricos, la comida estaba racionada hasta los límites de la inanición, y ni los mejores sistemas de reciclaje podían eliminar del agua el creciente regusto a haberse reutilizado una y otra vez. Eran lugares hacinados, sucios y malolientes, de plantas atmosféricas sobrecargadas por el sudor y la respiración y diferentes efluvios nocivos pertenecientes a mil especies, en una atmósfera saturada con suficiente dióxido de carbono como para proporcionar una jaqueca continua a toda la población, al menos a

las especies que tenían cabeza. Hasta la fotosíntesis era difícil pese al exceso de dióxido de carbono, ya que debían depender de una luz artificial escasa e intermitente.

Todo el mundo sufría, y a muy, muy pocos se les permitía irse.

Nadie hablaba del verdadero motivo por el que los refugiados permanecían secuestrados en las naves campamento.

Era el siguiente: el espacio interplanetario es un cordón sanitario ideal. Muchos mundos habían tenido sorpresas desagradables yuuzhan vong junto a los refugiados a los que se permitió desembarcar. En todas las poblaciones de refugiados había un número imprevisible de espías, saboteadores, brigadistas de la paz y colaboracionistas de todo tipo…

Y a veces cosas peores.

Ganner Rhysode llevaba semanas investigando el rumor.

Se lo había contado un navegante vagabundo en una taberna de Teyr, que lo supo por el gerente de atraque de un astillero de Rothana, que a su vez lo supo de un piloto de cargueros de la ruta Sisar, que se lo oyó mencionar casualmente a un inspector de aduanas del Sistema Sevarcos, aunque igual era de Mantooine o Almania; al inspector se lo había contado un amigo de la flota cuyo primo era voluntario en la nave campamento de Bothawui.

Ganner había seguido trabajosamente el rastro de cada conexión por lo que quedaba de la Nueva República, a lo largo de semanas en el hiperespacio y un día tras otro de jugar al «¿Has visto…?» con empleados aburridos y estibadores hostiles, con suspicaces burócratas y sarcásticas ratas de pasillo.

Para cuando llegó a la cortina numerada que pasaba por ser la puerta de un apartamento en la colmena de un millón de celdas que componía la nave campamento estaba tan cansado que no podía ni recordar en qué sistema estaba.

El número de la cortina estaba dividido en tres partes, coordenadas de la celda partiendo del centro del glóbulo que era la nave campamento; en un nave carente de cualquier cosa que pareciera una cubierta, o de una línea recta, la única dirección práctica que podían tener esas celdas eran sus coordenadas tridimensionales. Esa celda concreta estaba alejada, casi en el casco, justo al otro lado de la cara que la nave mostraba al mundo que orbitaba.

Como había pensado irónicamente Ganner al conocer las coordenadas de la celda, estaba en el Lado Oscuro.

En aquellos días, Ganner no se parecía mucho a Ganner: no llevaba su blusa llamativa ni sus pantalones ajustados de cuero, ni la boquilla dorada o las botas altas e inmaculadamente bruñidas.

En vez de eso, vestía una túnica holgada de indefinible tela marrón sobre abolsados leotardos grises que ocultaban sus botas, ahora arañadas y manchadas con el polvo de

docenas de mundos. También estaban ausentes la sonrisa arrolladora y la luz galante de sus claros ojos azules, y hasta había permitido que una barba rizada y descuidada emborronase las líneas firmes y claras de su mandíbula clásica.

No era exactamente un disfraz. No mantenía secreta su identidad; al contrario, la usaba de arma para atajar por enmarañados kilómetros de burocracia que le habrían impedido entrar en las naves campamento. Pero era todo lo diferente que podía ser del Ganner que había sido siempre.

Ser el Ganner de antes le había hecho demasiado daño.

Por ejemplo, allí, ante esa celda, el viejo Ganner habría apartado la cortina con un florido gesto y se habría parado en el umbral en una pose teatralmente iluminada por la luz que tenía detrás. Se habría mostrado frío y hecho sus preguntas sabiendo que su imponente altura y su mirada intimidadora, su reputación y su arrojado estilo le permitirían conseguir la información que necesitaba.

Pero esta vez se apoyó en la pedregosa pared que había ante la puerta y deslizó el cuerpo por ella hasta quedar en cuclillas. Se sentó en el suelo como si fuera otro refugiado echando una siesta junto al pasillo. Dejó que su cabeza cayera hacia delante y sus ojos se cerraran mientras recurría a la Fuerza, buscando sentimientos en la celda que tenía delante. Podría tratarse de una trampa y ya no se arriesgaba de forma imprudente. Ahora su norma era la precaución y su mejor defensa la discreción.

Sintió humanos en la celda, una presencia en la Fuerza lo bastante potente como para que fueran cinco, los que le dijo que habría el atareado burócrata que accedió a su archivo en el servidor central temporal, obsoleto y sobrecargado que contenía los improvisados registros compilados por los voluntarios administradores de la nave campamento, pero Ganner no consiguió concretar la sensación de la Fuerza en individuos definidos.

Frunció el ceño, apretando los ojos con más fuerza, concentrándose.

Era casi como si hubiera una persona con cinco personalidades diferentes, o que los cinco participaran de una especie de conciencia grupal. Era algo raro en la humanidad, pero no imposible. La galaxia había producido docenas, cuando no cientos, de variaciones menores de la forma humana, y Ganner sabía que no las conocía todas.

Y la amarga experiencia le había enseñado que lo desconocido siempre es peligroso. A veces letal. Ya no le hacía tanta gracia su comentario acerca de que la celda estaba en el Lado Oscuro.

Tenía la sensación de que iba a hacerse matar.

Suspiró y se levantó.

De algún modo, desde que empezó a investigar ese rumor, medio sabía que acabaría así: solo, sin apoyos, y sin que nadie supiera dónde estaba para organizar su búsqueda en caso de que no volviese. Había necesitado dos días sólo para llegar a esa parte de la nave campamento.

Nadie sabría lo que le había pasado.

Bueno, igual se le ocurría a una persona… pero no creía que a ella le importase.

Recordaba el brillo oscuro en los ojos de Jaina cuando le contó el rumor.

—Otra mentira estúpida —había dicho ella—. Y tú eres idiota por creértela.

Intentó explicarle que no se creía la historia, que sólo creía que había que comprobarla. Intentó decirle la importancia que tenía para la moral de la Nueva República.

—¿Es que no lo entiendes? Es un héroe. ¡Sería como si, como si volviera de entre los muertos, Jaina! Sería algo mágico… ¡Un milagro! ¡Nos devolvería la esperanza!

—No necesitamos esperanza —le había dicho ella. Desde lo de Myrkr, un aire adusto endurecía la antaño suave curva de su mandíbula—. Necesitamos más naves. Necesitamos armas mejores. Y necesitamos Jedi. Necesitamos seguir luchando. No necesitamos que nos hagas perder el tiempo con fantasías.

Ganner había insistido.

—¿Y si no es una fantasía? Tu madre sigue afirmando que está vivo…

—Mi madre perdió a sus dos hijos el mismo día —había dicho Jaina, cargando sus palabras de un peso viejo y agobiante, un peso demasiado grande, demasiado viejo para una adolescente—. Aún no lo ha superado. Probablemente nunca lo superará.

—Tiene derecho a saber…

—No pienso discutirlo contigo, Ganner. Te lo digo. Mantén cerrada esa boca. No quiero que mamá sepa nada de esto. Darle esperanzas y luego volver a quitárselas acabaría con ella. Si lo haces, acabaré contigo.

—Pero, pero Jaina…

Ella se le acercó entonces, y el brillo oscuro de sus ojos ardió con tanta fuerza que Ganner dio un paso atrás.

—Np creas que no lo haré Ganner. Y no creas que no puedo.

El no respondió. La creía.

—Los vong mantuvieron con vida a Jacen después de capturarlo —dijo ella—. Durante mucho tiempo. Lo mantuvieron con vida para poder hacerle daño. Pude sentirlo. Nunca le he contado a mis padres lo que le hicieron pasar. Lo que le pasó a Anakin… fue preferible. Eso fue limpio.

Las lágrimas brotaron en sus ojos, pero su voz era lo bastante dura como para cortar el transpariacero.

—Le sentí morir. En un instante, él… despareció. Fue borrado de la existencia como si nunca hubiera existido. Lo sentí. ¡Si estuviera vivo, no necesitaría que tú vinieras a decírmelo! ¡Lo sabría!

Sus manos se habían cerrado para formar puños, nudillos blanqueados que presionaba contra sus costados, y sus labios se contrajeron sobre los dientes.

—¡No vuelvas a mencionarme esto, esta basura! Y no hables con nadie de ello. Con nadie. Si descubro aunque sólo sea que te has mirado al espejo y te lo has dicho a ti mismo, iré a por ti. Te enseñaré cosas sobre el dolor que nadie debería haber aprendido nunca.

Ganner se había quedado parado, mirándola fijamente, boquiabierto, aturdido ante el dolor y la oscura ira que le golpeaba a través de la Fuerza. ¿Qué le había pasado a Jaina? Había oído rumores…

—Eh, Jaina, tranquila —le había dicho—. No se lo diré a nadie, lo prometo. No te enfades…

—No me enfado. No me has visto enfadada. Y más te vale rezar para no verme enfadada —habría cruzado los brazos y le había dado la espalda—. Quítate de mi vista.

Ganner se había alejado aturdido, tembloroso. Jaina siempre había sido tan serena, tan competente, tan controlada, que había sido fácil olvidar que también ella había perdido a sus hermanos en aquel día.

Había perdido a su hermano gemelo, el hermano que era la mitad de todo lo que ella era.

Más tarde, mucho más tarde, pensó: «Bueno, la verdad es que sólo prometí que no hablaría de ello. Nunca prometí no investigarlo».

Y eso era lo se puso a hacer. En solitario.

A veces pensaba con cierta resignación melancólica que el viejo Ganner también habría podido hacer lo mismo. Habría sido una gran historia, una historia sobre la clase de Jedi que Ganner siempre quiso ser: el héroe solitario que recorría los vastos confines de la galaxia en una misión que no puede compartir con nadie, enfrentándose a peligros inimaginables y corriendo riesgos incalculables.

Ese había sido el yo imaginario de Ganner; el héroe peligroso y tranquilo que no perdía la sangre fría, la clase de persona de la que se cuentan historias en temerosos susurros, y toda esa porquería adolescente.

Vanidad es lo que era, simple vanidad. La vanidad siempre fue el punto débil de Ganner. Ser un héroe no tiene nada malo; mira sino a Han Solo o a Corran Horna. Querer ser un héroe no tiene nada malo: Luke Skywalker hablaba a veces de sus sueños juveniles de aventuras, y mira cómo acabó.

Pero cuando intentas ser un héroe, te ves en toda una galaxia de problemas. La sed de gloria puede ser una enfermedad, una enfermedad que no se cura con bacta. En las últimas etapas sólo puedes pensar en eso. Y al final no te importa ser de verdad un héroe.

Sólo que la gente crea que lo eres.

El viejo Ganner Rhysode tenía esa enfermedad del estilo por encima de la sustancia. Era el peor caso que había visto nunca. Había estado a punto de matarlo. De hecho, casi lo había llevado al Lado Oscuro.

Cuando se descuidaba, se sorprendía derivando hacia esos sueños peligrosos. Sentía escalofríos con sólo pensar en ello. Se había esforzado mucho para reducir su sed de admiración ajena a una vocecilla insignificante, y esperaba poder callarla algún día para siempre.

Así que había iniciado esa misión de forma callada. Discreta. Anónima. Haciendo que no se propagara la historia. Tenía que asegurarse de que hacía lo que debía por el motivo adecuado. Tenía que asegurarse de que no recaía en su enfermedad de sed de gloria.

Tenía que asegurarse de que investigaba ese rumor porque era correcto investigarlo. Porque la Nueva República necesitaba desesperadamente un poco de esperanza.

Porque Jaina la necesitaba.

Cada vez que recordaba el fuego oscuro que ardía en lo que una vez fueron dulces ojos castaños era otro golpe en la estaca que sentía clavada en el pecho. Flirtear con la oscuridad… Sí, muchos Jedi habían hecho eso desde que empezó la guerra. Algunos hasta habían afirmado que era la única esperanza que tenía la galaxia. Y el grupo de asalto lo había discutido seriamente en la mundonave de Myrkr como posible opción.

Pero una cosa era que, pongamos, Kyp Durron hablara de la oscuridad, ya que era una criatura que se debatía entre la hostilidad y el autodesprecio, y siempre había sido así. La increíble brutalidad de su infancia y los crímenes inimaginables que le había empujado a cometer lo habían retorcido de tal modo que mantenerse en la luz era una batalla diaria para él. Y otra cosa muy distinta era que unos jóvenes Jedi viviendo una situación desesperada debatieran si debían usar el poder del Lado Oscuro.

Y otra muy diferente que Jaina Solo le mirara a los ojos y amenazara su vida.

Le había dolido. Le había dolido más de lo que creía que le dolería.

Se suponía que los chicos Solo eran invulnerables. Eran la nueva generación de leyendas de la galaxia: la esperanza pura y limpia de los Jedi. Hacer lo correcto era algo natural en ellos. Siempre había sido así. Eran lo que se suponía que serían: Felices Guerreros de la Fuerza. Los tres eran, sin intentarlo, la clase de héroes por la que Ganner había estado a punto de matarse intentando emularlos. Habían nacido para ello.

Pero ahora Anakin y Jacen habían muerto, y Jaina…

Jaina hacía que Ganner fuera escalofriantemente consciente de que era la nieta de Darth Vader.

Y lo que más le dolía era que no podía hacer nada al respecto.

«Bueno, no, eso no es cierto del todo —pensó Ganner cuando se puso lentamente en pie en el pasillo de la nave campamento—. Puedo hacer una cosa».

Era vagamente posible que sólo hubiera perdido un hermano. Igual Jacen estaba vivo. Igual podía probarlo. Igual hasta podía encontrarlo; quizá no consiguiera salvarla así, pero le ayudaría. Y si fracasaba… Bueno, no se perdería nada.

A Jaina ya no le quedaban más esperanzas que perder.

Ganner asintió para sí mismo y se acercó a la cortina que servía de puerta a la celda.

—Disculpe —dijo en voz baja—. ¿Hola? ¿Alguien aquí habla Básico?

—Fuera —la voz que respondió al otro lado de la cortina sonaba extrañamente, vagamente, apenas, familiar—. Aquí no hay nada para ti.

La sensación de que iban a matarlo creció hasta ser una abrumadora premonición de muerte. Las rodillas de Ganner cedieron y gran parte de su ser quiso echar a correr por el pasillo y escapar, pero aunque no tenía mucho de héroe, el valor era la única virtud que nunca había tenido que simular.

Volvió a respirar hondo. La mano que alzó para apartar la cortina temblaba, sólo un poco, y la miró hasta que se quedó .quieta. Entonces creó suavemente una abertura entre la cortina y la pared.

—Siento molestar. No le llevará mucho tiempo. Sólo quería hacerle una pregunta. Una pregunta, nada más, y me iré.

En el interior, un humano corpulento de edad mediana lo miró fríamente.

—Fuera.

—Enseguida —dijo Ganner con tono de disculpa—. Pero tengo entendido que alguien que vive aquí afirma haber visto a Jacen Solo con vida, en Coruscant, después de la invasión. ¿Puedo hablar con esa persona?

Por lo poco que podía distinguir desde el otro lado de la cortina, parecía haber sólo una o dos habitaciones pequeñas más allá, y apenas posesiones personales. El hombre que le bloqueaba el paso sólo vestía una larga túnica blanca holgada, casi una bata informe; los demás, todos hombres, vestían atuendos similares. «¿Será alguna secta religiosa?», se preguntó Ganner, porque todos tenían una especie de aura común, una forma semejante de moverse, una postura similar o algo, que a veces se percibe en los miembros de sectas fanáticas. «O quizá sólo fuera la pobreza y la desesperación».

—Puedo pagar —ofreció.

—Aquí no hay nada para ti —repitió el hombre.

Uno de los otros se puso tras el hombro izquierdo del hombre, e hizo un gesto hacia el sable láser que colgaba del cinto de Ganner. Gruñó algo en una lengua gutural que Ganner no pudo entender.

—No todos los que llevan ese arma son Jedi —replicó el hombre sin apartar su mirada hostil de rostro de Ganner—. Guarda silencio.

Ganner volvió a sorprenderse ante la resonancia extrañamente familiar de la voz, aunque sabía que nunca había visto a ese hombre. Se le ocurrió de algún modo que la voz debería ser más aguda, fresca y alegre. Meneó la cabeza. Ya se preocuparía luego de eso. No sería el mejor jugador de sabacc de la galaxia, pero sabía cuándo enseñar sus cartas.

—Soy un Jedi —dijo con voz calma—. Me llamo Ganner Rhysode. Vengo a preguntar por Jacen Solo. ¿Cuál de vosotros lo ha visto con vida?

—Estás equivocado. Aquí nadie ha visto nada. Será mejor que te vayas.

Uno de los otros avanzó y dijo algo que sonaba como Shinn'l fekk Jeedai trizmek.

—¡Silencio! —exclamó el hombre por encima del hombro.

A Ganner se le erizó el vello de la nuca, pero mantuvo una expresión de educada curiosidad.

—Por favor —dijo—, dígame lo que sabe.

Recurrió a la Fuerza para provocar algo de cooperación en el hombre…

Y se encontró corriendo, huyendo por el pasillo, sin poder recordar cuando había dado media vuelta o cómo había llegado allí. ¿Qué?, pensó desconcertado. ¿Qué?

Lo comprendió difusamente, aturdidamente: el tipo de la celda podía usar la Fuerza, y usarla tan bien como el más poderoso de los Jedi. Ese hombre de edad mediana y aspecto

corriente se había quitado de encima la sugerencia de Ganner y replicado con una compulsión en la Fuerza tan potente que aún movía las piernas en una carrera enloquecida para alejarse de la celda pese a ser consciente de ella.

Se obligó a detenerse, jadeando, apoyándose en la pared con textura de empedrado. El temor que sentía antes había desaparecido; también debía ser una proyección de la Fuerza, tan sutil como indetectable. Y entonces, ya tarde, deseó haber roto su promesa a Jaina y haber ido con una docena de Jedi de refuerzo, porque en la celda que había dejado atrás sólo sentía una presencia en la Fuerza.

Una sola.

No sentía nada en los otros cuatro que había allí.

El sable láser apareció en su mano y su bisoja cobró vida. «No eres el único que puede jugar con la Fuerza», pensó, sonriendo, sintiendo por un momento el antiguo subidón, el cosquilleo familiar de feliz anticipación con el que siempre afrontaba un peligro repentino.

En los viejos tiempos.

«Deja a ese Ganner atrás —se dijo. Soltó la placa activadora y la hoja desapareció—. Yo no soy así. Soy precavido. Precavido y discreto».

Interrumpió lentamente, poco a poco, su contacto con la Fuerza, apagando su presencia en la Fuerza como si aún_ se estuviera alejando. Eso le dejaba ciego a la Fuerza, pero también invisible a ella.

Volvió despacio a la celda, moviéndose en silencio siguiendo la pared del pasillo. En la nave campamento había un poderoso usuario de la Fuerza, y estaba acompañado por quienes s muy probablemente eran yuuzhan vong enmascarados.

Y ese usuario de la Fuerza se había descubierto conscientemente al poner en Ganner esa compulsión, por lo ojue podía desaparecer para siempre en unos minutos entre los millones de seres anónimos que atestaban la inmensa nave. Había oído las; historias sobre Yavin 4, sabía que los yuuzhan vong querían convertir a los Jedi a su bando. Si lo habían conseguido, las consecuencias eran literalmente incalculables.

Esto le superaba. Le superaba en mucho.

Pero, ¿qué otra cosa podía hacer?

«Ese tío es más fuerte que yo». Un temor frío le cosquilleó los brazos, y esta vez no era una proyección en la Fuerza. Era real. «Y ellos son cinco».

«Voy a hacer que me maten».

Pero siguió moviéndose, arrastrándose pegado a la pared, con el sable láser acallado en su nerviosa mano. ¿Cómo podía dejar de hacerlo? Demasiado bien podía imaginarse intentando explicárselo a Skywalker: «Bueno, esto… la verdad… No hice nada con ese traidor Jedi y con los infiltrados yuuzhan vong porque, ah… Bueno, lo habría pasado muy mal si la gente hubiera pensado que sólo me hice matar por volver a hacerme el héroe…».

Desechó esa idea; ya estaba ante la puerta de la celda, y su truco en la Fuerza no engañaría a ese tío más de uno o dos segundos. No había tiempo para planear nada. Apenas había tiempo para actuar.

«Nada de matar —se dijo—. No mientras no esté seguro de que son vong».

Suspiró para relajar la tensión mental que lo había mantenido apartado de la Fuerza. La percepción lo inundó, y en su marea sintió al usuario de la Fuerza de la celda iluminarse como un radiofaro en un cinturón de asteroides.

Ganner entró en acción sin pensarlo, sólo moviéndose, haciendo que su sable cobrara vida con un siseo, cortando los enganches de la cortina, cogiéndola cuando caía para cubrir con ella la cabeza del túnica blanca más cercano mientras apartaba a otro de una patada. Simuló otra patada baja y saltó, bajando la mano para golpear con la empuñadura del sable láser la cabeza del tercero con fuerza suficiente para ponerlo de rodillas, y luego usarlo como caballete, paja alzar las piernas a lo alto y dar una doble patada en el pecho del cuarto como si le hubiera acertado con una ballesta. Se giró para volverse contra el primer túnica blanca cuando éste conseguía quitarse la cortina de la cabeza, y le propinó un codazo en la mandíbula.

Sintió un movimiento detrás de él y saltó con una voltereta ayudada por la Fuerza que le permitió girar alto y lejos y acabó con él aterrizando en una postura perfectamente equilibrada a un brazo de distancia del hombre de edad mediana, con la punta del sable ¦ láser a medio centímetro del hueco de la garganta del hombre.

—Nadie ha muerto y nadie está lesionado —dijo Ganner con GC frialdad, con voz tan firme como constante era el zumbido de su sable láser—, pero eso puede cambiar. En cualquier momento. Tú decides.

Los cuatro túnicas blancas invisibles a la Fuerza se repartieron por la pequeña celda, completamente desorientados y sin saber qué hacer, dudando. El hombre de edad mediana no se movió.

Ganner no pudo contener la insinuación de una sonrisa. «No sólo soy bueno en esto —pensó por reflejo—, sino que lo hago con clase». Aplastó el pensamiento en cuanto se dio cuenta de su existencia, exasperado consigo mismo. «Justo cuando creía estar haciendo progresos…»

Acumuló la precaución en capas, como si fuera una armadura corporal.

—Muy bien —dijo, calmado, tranquilo, despacio. Miraba fijamente a los ojos del hombre de edad mediana y movió el sable láser; la mirada del hombre de mediana edad permaneció tan inamovible como siempre dentro de las sombras de borde rojizo que proyectaba en su rostro el brillo amarillo del sable láser—. Atrás. Hacia la puerta.

La mirada del hombre se suavizó en algo parecido a la resignación, y negó con triste rechazo.

—No voy de farol —dijo Ganner—. Tú y yo vamos a tener una charla en el pasillo. No hay motivo para que no salgamos de aquí con vida, siempre que nadie haga una estupidez. Ahora muévete.

Otro movimiento del sable láser, suficiente para afeitar un micrómetro de piel de la clavícula del hombre, y el hombre se limitó suspirar.

—Serás tarugo, Ganner.

Ganner se humedeció los labios. «Dice eso como si me conociera».

—No pareces entender…

—Eres tú quien no lo entiende —dijo el hombre cansinamente—. Nos están vigilando. Ahora mismo. Apenas salga de esta celda, un piloto yuuzhan vong de vigilancia pondrá en marcha un dovin basal oculto no muy lejos de aquí. Sólo harán falta diez segundos para que toda esta nave se colapse en un agujero negro cuántico. Morirán cien millones de personas.

Ganner se quedó boquiabierto.

—¿Qué…? ¿Cómo…? Quiero decir, ¿por qué, por qué iban a…?

—Porque todavía no se fían de mí —dijo con tristeza—. No debiste venir, Ganner. Ahora no podrás dejar esta habitación con vida.

—Pues he entrado con facilidad.

—Salir es otra cosa. Y en el supuesto de que consiguieras escapar, sabiendo lo que sabes…

—¿Si consigo escapar? ¿Quién tiene aquí el sable láser?

—No es un farol, Ganner. Ojalá lo fuera.

Ganner notaba la convicción de su voz, y sentir en la Fuerza la verdad que había tras sus palabras. «Podría estar simulando la verdad que siento, y nunca me daría cuenta». Y en el supuesto de que fuera cierto, seguía sin encontrarle sentido a lo que decía…

—Te cuento esto porque pasará lo mismo si yo muero —continuó el hombre—. En el supuesto de que mi conciencia me tiente a sacrificarme. Ya te he dicho que aún no se fían de mí.

—Pero… pero —tartamudeó Ganner. La sensación de que la situación le superaba se acrecentó. Se ahogaba en ella. Sujetó el sable láser con ambas manos para impedir que la hoja temblase, e intentó recobrar el control de la situación—. Sólo quiero saber lo que sabes de Jacen Solo —dijo, casi suplicando—. Empieza a hablar, o me arriesgaré a que sólo sea un farol.

El hombre miró a Ganner como si lo conociera desde hacía años, como si viera a través de él con la percepción melancólica de un padre decepcionado. Volvió a suspirar.

—Hablar no ayudará.

—No tienes elección.

—Siempre hay elección.

Alzó una mano despacio, deliberadamente, sin asomo de velocidad amenazadora. Se presionó un punto a un lado de la nariz y su rostro se partió en dos.

Ganner retrocedió un paso involuntariamente.

La cara del hombre se peló como la cascara de una frutasangre ithoriana, con gruesos gajos carnosos que se separaban unos de otros, llevándose consigo el pelo lacio, las ojeras derrotadas, la papada que engrosaba la forma de la mandíbula. Una red de filamentos

finos como cabellos se retrajo derramando sangre lentamente por los poros de la cara que se descubría debajo.

Ganner vio bajo la máscara que se retraía un rostro delgado, cincelado, bordeado por una barba descuidada, culminada por cabellos manchados de sangre que podrían ser castaños. Ganner reconoció ese rostro incluso a través de las manchas de sangre y la distorsión provocada por la retirada de los filamentos alimentadores del enmascarador… aunque fuera un rostro demasiado viejo, demasiado marcado por la privación y el dolor, con ojos tristes que habían vivido demasiado, para ser el rostro que sabía que era.

Ganner se quedó boquiabierto. Sus dedos se aflojaron cuando sus manos cayeron a los costados; la hoja de su sable láser desapareció y la empuñadura cayó al suelo con un ruido metálico.

Cuando por fin pudo hablar, la única palabra que pudo pasar a través de su boca sin nervios fue:

—Jacen…

—Hola, Ganner —dijo Jacen cansinamente. Buscó en su manga y sacó una pequeña bolsa, que acarició para que se abriera, volviéndose del revés al ponérsela en la mano como si fuera un guante, descubriendo un pequeño recuadro de tela dentro de la bolsa. Se lo arrojó a Ganner—. Cógelo.

Ganner estaba demasiado asombrado para hacer otra cosa que cogerlo por reflejo.

El recuadro era húmedo al tacto, y caliente por el calor corporal de Jacen.

—¿Jacen? ¿Qué pasa aquí?

Un entumecimiento afloró en el centro de su mano y empezó a trepar por su muñeca. Frunció el ceño y miró el recuadro que aún sostenía.

—¿Qué es esto?

—Las lágrimas de una amiga. Un veneno al contacto.

—¿Qué? —se lo quedó mirando—. Estarás de broma, ¿no?

—Últimamente no tengo mucho sentido del humor —Jacen se peló la bolsa de la mano y la arrojó a un lado—. Estarás inconsciente en unos quince segundos.

Ganner ya sentía la mano muerta, y todo el brazo derecho le colgaba fláccido; el entumecimiento pasó al pecho, y cuando llegó al corazón se transmitió inmediatamente a todo el cuerpo. Se inclinó hacia delante, incapaz hasta de levantar un brazo para frenar su caída, pera Jacen lo cogió y lo depositó suavemente en el suelo.

—Despierta al villip —le dijo Jacen a uno de los otros, que ahora Ganner sabía que eran guerreros yuuzhan vong—. Dile a Nom Anor que la trampa ha fracasado. Otros Jedi seguirán a éste. Debemos volver a casa.

«¿Nom Anor? ¿Volver a casa? —pensó Ganner cuando la oscuridad se cernía sobre su mente—. Lo han hecho. Tienen a Jacen». «Lo han convertido en uno de los suyos».

Uno de los guerreros ladró en su discordante lengua.

Jacen negó con la cabeza.

—No. Nos lo llevaremos con nosotros.

Tos ronquera ladrido…

—Porque lo digo yo —respondió Jacen—. ¿Te atreves a cuestionar mi palabra?

Ganner cogió con la Fuerza su sable láser con una última convulsión de su voluntad, y lo levantó con la mente, pulsando la placa activadora para encender la hoja con chisporroteante vida. Uno de los guerreros ladró una advertencia con su lengua gutural.

Jacen hizo un gesto y Ganner sintió que una mente más fuerte que la suya cogía el sable láser y se lo arrancaba de su control. La hoja del sable láser desapareció.

La empuñadura osciló suavemente en el aire entre Jacen y los guerreros.

—No os manchéis tocando esa arma blasfema —dijo Jacen.

Lo último que vio Ganner cuando se lo tragó la oscuridad fue un anfibastón que salía reptando de la manga de Jacen Solo para cortar en dos la empuñadura del sable láser de Ganner.

—Nos llevaremos a Yuuzhan'tar esta patética versión de Jedi —dijo Jacen Solo—. Lo mataremos entonces.

Una celda se movió dentro de la nave campamento. La celda se había cultivado especialmente, se había criado dentro de esa nave campamento concreta, para este objetivo concreto. Parecía una celda más en una colmena con un millón de celdas, pero en ese momento se soltó y se deslizó a lo largo del casco de la nave campamento como un parásito que se abre paso a través de la piel de un animal.

Esa celda contenía una vaina de coral yorik con su propio dovin basal. Era un dovin basal que podía haberse usado de dos maneras. Con una orden podría haber generado un campo gravitatorio lo bastante potente como para comprimir toda la nave campamento hasta ser un punto de masa más pequeño que un grano de arena. Pero se le había dado la otra orden, así que llevaría la celda y sus ocupantes al otro lado de la galaxia.

En la piel de la nave campamento se formó un pequeño grano, que creció en el Lado Oscuro. Cuando reventó, escupió la celda, que se alejó al instante, acelerando frenéticamente par saltar al hiperespacio, rumbo a Yuuzhan'tar.

Dentro de la celda viajaban cuatro guerreros yuuzhan vong, un piloto dentro de la vaina de coral y dos humanos. Uno de los humanos se sentaba en silenciosa meditación. El otro estaba paralizado, inconsciente, aferrándose a un pensamiento fijo incluso dentro del oscuro vacío en que le parecía flotar. No sabía a dónde lo llevaban, no sabía qué le pasaría, ni siquiera sabía quién era en realidad. Sólo sabía una cosa.

Centraba todas sus fuerzas en ese único pensamiento, buscando grabárselo para siempre en la memoria.

«Jacen Solo es un traidor».

Capítulo 12

La luz del Camino Verdadero

En la superficie de un planeta alienígena hay un Caballero Jedi que sueña.

Organismos que son máquinas se unen a máquinas que son organismos para atender las necesidades de su cuerpo; glucosa y salino circulan por su corriente sanguínea, junto a potentes alcaloides que sumergen su consciencia muy por debajo de la superficie del sueño. El planeta que lo contiene está marcado con manchones de selva desenfrenada sobre un esqueleto de ciudad en ruinas y su cielo atado a un Puente tejido con arco iris.

El Caballero Jedi sueña con alienígenas y yuuzhan vong. Sueña con traidores que son Jedi, y Jedi que son traidores. Y a veces, en el sueño, el traidor se vuelve hacia él y dice «Si no soy un Jedi, ¿sigo siendo un traidor? Si no soy un traidor, ¿sigo siendo un Jedi?»

Otra figura de su sueño es un yuuzhan vong esquelético, que de algún modo entiende que es Nom Anor, el profeta de Rhommamul. El Nom Anor de Duro.

De Myrkr.

Y en el sueño hay otra figura más: pequeña, esbelta y ágil, un alienígena con cresta de plumas perteneciente a una especie desconocida, una blanca fuente de la Fuerza. El Caballero Jedi también sueña en sí mismo, yaciendo inmóvil como si estuviera muerto, enredado en una red de lianas y extremidades de madera que es medio hamaca y medio telaraña. Se contempla desde fuera, flotando, muy, muy alto en una especie de órbita astral, demasiado lejos para oír sus voces aunque de algún modo a veces sabe lo que dicen, demasiado lejos para ver sus caras aunque de algún sabe cómo son…

Y de algún modo sabe que hablan de matarlo.

Ya no les presta mucha atención; ha tenido ese sueño muchas, muchas veces. Se repite en su mente como una grabación defectuosa.

El sueño siempre empieza con:

«No es que dude de la sinceridad de tu conversión —murmura con astucia la figura de Nom Anor al traidor—, pero debes darte cuenta de lo que le parecerá esto a, por ejemplo, el Maestro Bélico Tsavong Lah. El podría pensar que si de verdad sintieras devoción por el Camino Verdadero habrías matado sin piedad a este patético Jedi en la nave campamento, en vez de cargar con él hasta aquí».

El traidor le replica inexpresivo: «¿Y privar a los Dioses Verdaderos de un sacrificio formal?»

El alienígena de cresta de plumas asiente orgulloso dando su aprobación, y el Profeta acaba teniendo que mostrarse de acuerdo. «Cualquier Jedi siempre es un cautivo digno de serlo —concede—. Podemos sacrificarlo hoy mismo. De hecho…» En este momento unos labios sin carne se retraen para mostrar una sonrisa que es una boca llena de agujas. «… puedes sacrificarlo tú mismo. Matar a uno de los tuyos hará mucho para apaciguar… las, ah, dudas del Maestro Bélico».

Por supuesto, acepta el traidor asintiendo con la cabeza, y aquí el sueño del Caballero Jedi siempre se convierte en pesadilla, en la que se ve nuevamente atrapado en su cuerpo

inmóvil, indefenso, silencioso, como si ya fuera cadáver, ahogándose en el horror. Intenta buscar en la Fuerza para llegar al corazón frío y traicionero del traidor y, para su sorpresa, percibe un claro sentimiento de calidez y ánimo, como si el traidor guiñase un ojo y le apretara amistosamente el brazo. «Pero podemos hacer algo mejor. Podemos convertirlo en una prueba, en un ensayo, con éste tomando el lugar de mi hermana».

El Caballero Jedi entiende al modo de los sueños que la trampa en la que ha caído se preparó para Jaina. Hay algo que no le cuadra de eso, algo que no consigue recordar. Si de verdad querían coger a Jaina, había una forma mejor, pero no consigue recordar cuál.

Como siempre, el profeta pone objeciones al plan del traidor, ya que hasta la existencia del traidor es un secreto conocido por pocos. Demasiada gente, tanto yuuzhan vong como esclavos, participaría en ese ensayo, y el secreto se descubriría inevitablemente.

«El secreto ya no es útil —contrarresta el traidor con serenidad—. Mi conversión al Camino Verdadero no cumplirá ningún propósito mientras continúe siendo secreta. El día que tomemos a mi hermana proclamaré a toda la galaxia el evangelio de los Dioses Verdaderos, pero debemos estar preparados para ello. Tenemos que practicar si queremos que la ceremonia sea impecable. Yo debo practicar».

«¿Practicar qué? —pregunta el profeta—. Un sacrificio no es un ritual complejo».

El alienígena habla: «Cuando el Gran Sacrificio tenga lugar, deberá ser un sacrificio voluntario. El otro gemelo debe acudir a la muerte deseoso, con la cabeza bien alta y alegría en el corazón, sabiendo que traerá la verdad a esta galaxia».

«Como hará éste —afirma el traidor—. Para eso habéis hecho de mí lo que soy. Debo guiarlo a la verdad. A la luz. Oirá la verdad retumbar en mi boca, y verá en mis ojos la luz del dios que soy».

El profeta parece escéptico, pero dice: «Los preparativos requerirán un tiempo».

«Tómate el tiempo que necesites —dice el traidor—. Hablaré con este Jedi cuando todo esté preparado».

Y aquí el Caballero Jedi siempre recurre a la Fuerza para golpear el cerebro del traidor con el martillo de su indiferencia, y recibe en respuesta otro guiño invisible en la Fuerza. El traidor nunca da otra indicación de ser consciente de la presencia del Caballero Jedi, y es aquí donde se vuelve al profeta.

«Ese día, Ganner Rhysode caminará orgulloso detrás de mí, mientras lo conduzco al Pozo del Cerebro Planetario, y los dos ofrendaremos su muerte a la gloria de los Dioses Verdaderos».

Siempre es en este punto cuando un temor familiar lo atenaza y lo devuelve por un tiempo a la oscuridad, hasta que vuelve a resurgir y el sueño se repite. Y así sucede una y otra y otra vez, grabándose en su mente con ácido psíquico.

Una y otra y otra vez hasta que…

Ganner Rhysode despierta con un grito estremecido y entrecortado.

Despertó dolorido.

Alguien había metido el brazo hasta el codo dentro de su garganta, encajando los dedos en sus bronquios, y entonces los dedos y la mano y la muñeca y el brazo empezaron a retirarse despacio, secos y duros y ásperos como una costra, arañándole el interior de la garganta mientras él se ahogaba y sentía arcadas e intentaba toser. Al mismo tiempo, tubos y cables y agujas se retiraron de sus venas y nervios y a través de su piel estirada…

«¡Despierta, Ganner Rhysode! ¡Despierta y levántate! ¡Se te ha ordenado!»

Sabía que había estado soñando, y sabía que estaba despertando, pero no conseguía liberarse de ese sueño que se estiraba a su alrededor, elástico, pegajoso, como viscosas membranas que se dividían en finas tiras y húmedas cuerdas que lo sujetaban con cosas imposibles, con fantasías desbocadas de haber sido capturado por una docena de guerreros yuuzhan vong con la cara de Jacen Solo, imágenes enloquecidas de sacrificios y alienígenas y Jaina y ese tal Nom Anor…

Sus párpados se abrieron como escotillas de bisagras oxidadas. El brazo que se retiraba de su tráquea era menos un árbol que una rama cuya corteza estaba cubierta por barro teñido de sangre. Los tubos que se retiraban de sus venas a través de la piel parecían ovopositores de inmensas avispas rollizas como vesículas que brotaban del tronco de árboles atrofiados que había a sus dos lados. Estaba en una camilla que parecía hecha de lianas, pero las lianas se agitaban bajo él de forma muscular, flexionándose y relajándose como una red tejida con serpientes.

Más lianas colgaban del techo, largas lianas cordadas, anudadas y enrolladas… Pero no eran lianas, sino más bien tentáculos, porque las lianas no pueden desenrollarse y volver a enrollarse, anudarse y desanudarse solas en nudos imposiblemente complejos… Y no eran tentáculos porque los tentáculos no acaban en enormes, brillantes y redondos ojos rojos que parecían mirarte siempre fijamente incluso a través de todos los anudamientos y enrollamientos…

Drogas, pensó torpemente. Me han drogado. Estoy alucinando.

—¡Despierta, Ganner Rhysode! ¡Despierta a la Verdad!

Eso tenía que ser una alucinación, tenía que serlo, porque cuando movió la cabeza a un lado para mirar con ojos legañosos a quien le daba esas órdenes pomposas y vagamente estúpidas, el hombre era como Jacen Solo.

Ganner pestañeó, y alzó una mano para quitarse las lagañas de los ojos, y fue así como descubrió que ya no estaba paralizado, ni atado. Pero era como si lo estuviera, porque los alcaloides que aún circulaban por su corriente sanguínea hacían que su mano le resultara sólo unos gramos menos pesada que el Triturador de Soles.

Cuando volvió a mirar, con la visión ligeramente más clara, seguía siendo Jacen.

Pero ya no era el muchacho que recordaba Ganner.

Ahora era más alto, y tenía los hombros más anchos. Sus rizos castaños estaban aclarados por el sol hasta ser mechas de rubio dorado y una barba oscura le cubría la mandíbula. Su rostro se había afilado, aguzado, refinado, perdiendo esa blandura de chico travieso, esa actitud picara que antaño hacía que se pareciera a su padre, siendo sustituida

por una fría expresión de duracero que a Ganner le recordaba a Leia denunciando a un senador corrupto desde el podio de Jefe de Estado en la Gran Rotonda. Vestía una larga túnica holgada de un negro tan oscuro que sus pliegues desaparecían en una noche sin forma. Sus mangas tenían un complejo dibujo en telaraña que brillaba con luz propia, engarzado en yiridiana y escarlata como una red de arterias externas que latía con luz en vez de con sangre. Sobre los hombros llevaba una sobrepelliza de resplandeciente blanco en la que se escribían solos extraños signos inidentificables en trazos de reluciente oro.

Abrió la boca para preguntar a Jacen a qué clase de estúpido baile de disfraces pensaba ir, pero entonces, antes de que sus labios entumecidos por la droga pudieran formar las palabras, se acordó:

«Jacen Solo es un traidor».

—No temas, Ganner Rhysode —dijo con una voz extrañamente siniestra, como la mala imitación de un hipnotizador—. ¡Regocíjate en vez de temer! ¡Ha llegado el día de tu Bendita Liberación!

—¿Significa… —Ganner tuvo que expulsar de la garganta un grumo de hace-días-que-no-hablo—… significa eso que… qué vais a soltarme?

—Los dones de los Dioses Verdaderos son tres —sus voces cayeron como peñascos en un pozo—. Nos dan la vida para que podamos servir a su gloria, y éste es el menor de sus dones. Nos dan el dolor para que podamos aprender que la vida sólo tiene valor estando a su servicio, y éste es un gran don. Pero el mayor don que nos han dado es el de la muerte, pues supone la liberación de la carga del dolor y la maldición de la vida. Es su recompensa, su gracia, su merced, y la otorgan libremente incluso a los injustos y los infieles.

Capturado. Drogado. Indefenso. A punto de ser asesinado. «Chico, menos mal que he sido prudente y discreto —pensó Ganner embotado—. O me habría metido en problemas».

—Sí, verás —dijo con una risita—, esos dioses chiflados… Creo que tienen buenas intenciones, pero no saben cuándo parar. Son demasiado generosos. Ya me va muy bien con el primer don. En cuanto a los otros dos, oye, mira, puedo esperar…

—¡Silencio! —ordenó Jacen, alargando los brazos, alzando las manos, con las palmas hacia delante como si se dirigiera a una multitud desde lo alto de un monte—. ¡No malgastes tu aliento en cháchara! ¡Descubre la sabiduría del Camino Verdadero!

Ganner se le quedó mirando, sin habla, pero Jacen cerró los ojos en vez de continuar hablando. Se tambaleó como si fuera a desmayarse.

—¿Jacen?

Una mano se dobló en un puño y extendió el índice: «Espera».

—¿Qué te han hecho, Jacen? Sea lo que sea, podemos arreglarlo. Tienes que volver conmigo, Jacen. No sabes lo que está pasando. Jaina… todo el mundo, te necesita. No sé lo que te han hecho, pero no importa. Lo que te hayan hecho, no ha sido por tu culpa. Podemos ayudarte…

Jacen abrió los ojos, y luego el párpado izquierdo se cerró en un guiño largo y lento. Ganner calló.

Jacen volvió a cerrar los ojos.

Entonces, también lo hicieron, poco a poco, uno a uno, todos los ojos que había en el extremo de las lianas tentáculo que colgaban del techo; el brillo rojo de cada orbe se sumió en la oscuridad y dos párpados verticales se cerraron sobre ellos, mientras las lianas tentáculo se relajaban progresivamente para colgar fláccidas, inmóviles.

Jacen dejó caer las manos y abrió los ojos. Su rostro parecía desfallecer con un cansancio demasiado profundo para cualquier ser humano.

—¿Cómo te encuentras? ¿Has recuperado las fuerzas? ¿Crees que podrás caminar? —volvía a sonar como un adolescente, pero un adolescente con más años que los de su edad real.

Viejo… demasiado viejo… En parte era eso lo que le hacía tan extraño… Algo en sus ojos: un conocimiento antiguo, frío, una admisión dolorosa de verdades amargas, que hacían que no pareciese un Solo.

—¿Qué vas a…? ¿Qué pasa? Jacen…

—Ahora podemos hablar, pero no por mucho tiempo. He convencido a las criaturas que nos vigilaban para que se echaran una siesta*.

—¿Criaturas? ¿Vigilándonos? No he…

—Nos estaban vigilando. Por eso he montado hace un momento ese estúpido numerito teatral. Los yuuzhan vong han decidido que soy el avatar de uno de sus dioses gemelos.

Ganner se le quedó mirando. Su vida se había convertido en un desfile de inexplicables situaciones extrañas.

—Tuve un sueño… un sueño sobre un sacrificio… Ibas a matarme, y luego buscar a Jaina y matarla también a ella… Sólo era un sueño, ¿verdad? —tragó saliva—. ¿Verdad?

Jacen metió la mano en una de sus mangas y sacó una bolsa similar a aquella en la que llevaba el cuadrado de tela con el veneno, en la nave campamento; esta bolsa contenía un cuadradito similar de tela húmeda, que aplicó de inmediato en los pinchazos ensangrentados donde las lianas tubo se habían retirado de la piel de Ganner.

—Ahora no pueden vernos u oírnos. No tardará en venir alguien a ver lo que pasa. Tenemos que estar listos para salir cuando lleguen.

—¿Para salir? ¿Adónde? ¿Dónde estamos, Jacen? ¿Qué…? Eh, ¿qué me estás haciendo? ¿Qué es esa cosa?

Dejaba de sangrar allí donde le tocaba la humedad de la tela. Sus músculos drogados empezaron a recuperar fuerzas.

—Estamos en Yuuzhan'tar —repuso Jacen mientras seguía aplicando la tela—. El mundo natal de los yuuzhan vong.

Ganner había oído ese nombre en las naves campamento.

—Te refieres a Coruscant.

—No. No me refiero a eso.

—Cambiarle el nombre no lo convierte en…

—Los yuuzhan vong rehacen todo lo que tocan —la mano de Jacen cayó a un costado, y una oscura lejanía prolongó su mirada más allá de las paredes de esa pequeña habitación—. No es cuestión de nombres. Yo sigo llamándome Jacen Solo.

Ganner frunció el ceño.

Un instante después, Jacen pareció recordar dónde estaba. Dejó caer la tela al suelo y sacó una larga túnica blanca.

—Siéntate. Ponte esto.

Ganner descubrió para su sorpresa que podía moverse con facilidad. Se sentó y sacó las piernas por el borde de la camilla. Los yuuzhan vong le habían dejado las botas y los leotardos, pero estaba agradecido a Jacen por la túnica; estar allí a pecho descubierto le hacía sentirse extrañamente incómodo. Vulnerable.

Se levantó y se puso la túnica, maravillándose de lo bien que se encontraba. Estar vestido. Ser capaz de sostenerse en pie. Nunca habría adivinado la profunda alegría que le provocaría un placer tan sencillo.

Captó un movimiento por el rabillo del ojo y bajó la mirada. La túnica tenía dibujos luminosos como la de Jacen, colores que latían a lo largo de redes arteriales en mangas y pecho, sólo que los dibujos de la túnica de Ganner eran verdes y negros sobre fondo blanco.

Frunció el ceño.

—¿Qué es esto?

—Es tu túnica para el sacrificio. Para la procesión hasta el Pozo del Cerebro Planetario.

Ganner se le quedó mirando. Su sueño acudió a él.

«Ese día, Ganner Rhysode caminará orgulloso detrás de mí, mientras lo conduzco al Pozo del Cerebro Planetario, y los dos ofrendaremos su muerte a la gloria de los Dioses Verdaderos».

—Oh, no, tú no —dijo. Empezó a quitarse la túnica por encima de la cabeza.

—Oh, sí yo sí.

—Esto es algún truco —¿no se suponía que uno de los dioses gemelos de los yuuzhan vong era un tramposo o algo así? ¿Hasta qué punto le estaba contando Jacen la verdad?— Esto es un truco. Me estás mintiendo.

—Sí, la verdad es que sí. Te miento.

Ganner se detuvo, y se quedó mirándolo por el hueco del cuello de la túnica que tenía a medio quitar. Los labios de Jacen se movieron para formar esa inconfundible semisonrisa de los Solo.

—Todo lo que te digo es mentira. —¿Qué?

—Veras, lo que pasa es que todo lo que te dice alguien es mentira. La verdad siempre es mucho más grande que las palabras que se utilizan para describirla.

—¡Lo sabía! ¡Esto es un truco!

—Sí. Pero no a tu costa.

Ganner negó en silencio con la cabeza. No conseguía asociar este Jacen con el alegre chico de pelo oscuro que conocía. Por un momento tuvo una esperanza absurda: que Jacen no fuera Jacen, que este traidor que había prometido matarlo fuera un impostor, algún tipo de clon, algo criado en las redomas de un cuidador yuuzhan vong…

—Esto, ¿Jacen? Tú eres tú, ¿verdad…? —Ganner hizo una mueca. «Eso me ha sonado a estupidez, incluso a mí».

—No —dijo el hombre que parecía un Jacen Solo adulto y triste—. No lo soy. Pero lo fui.

—No lo entiendo.

El suspiró.

—Pensar en mí como Jacen Solo te dará problemas —dijo con tono distante—. Fui el chico que conociste, Ganner, pero no soy el chico que te conoció.

—Pero estás vivo —Ganner se encogió de hombros dentro de la túnica y dejó de intentar quitársela—. Es lo único que importa. Te he encontrado. Tras todo este tiempo. Es lo que importa. Estás vivo. —No.

—Sí que importa. No tienes ni idea de lo importante que es… ¡No sabes lo que significa para la Nueva República el que estés vivo! Lo que significa para Jaina…

—Pero no estoy vivo.

Ganner pestañeó. Jacen parecía triste.

—No lo entiendo.

—Eso no puedo evitarlo.

—Pero, pero, pero Jacen, vamos, no seas ridículo… Esa oscura lejanía asomó a sus ojos.

—Llevo meses muerto, Ganner. Morí poco después de Myrkr, sólo que todavía no reposo bajo tierra.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Ganner.

—¿Estás… muerto?

—Así es. Igual que tú.

Parte de la apresurada explicación de Jacen tenía sentido. Los rumores que habían hecho correr y que conducían a una «trampa» en la nave campamento no pretendían capturar a nadie; Jacen sólo estaba ganado tiempo. Esperaba que Nom Anor perdiera la paciencia a medida que pasaran las semanas y lo sacara de allí. Si de verdad hubiera querido coger a Jaina, sólo habría tenido que reabrir la conexión en la Fuerza que los unía desde que nacieron. Nada en la galaxia habría podido impedir que ella lo encontrase.

—Nada en la galaxia puede impedir a Jaina que haga lo que sea que decida hacer. Así que tuve que mantener apagada esa parte de mí. Si descubre que estoy vivo, vendrá a por mí… y eso la matará. Como a Anakin. Como a mí —esa extraña tristeza volvió a asomar a su rostro—. Y como a ti.

Ganner lo dejó correr. Era evidente que Jacen no estaba muy en sus cabales, y no podía culparlo tras todo por lo que había pasado.

—¿Y si al final se hubiera presentado en la nave campamento?

Jacen cerró los ojos y los volvió a abrir, en un movimiento demasiado lento y deliberado para ser considerado un parpadeo.

—Entonces estaría teniendo esta conversación con ella. Y tú tendrías una posibilidad de llegar a la vejez.

Jacen había sentido que Ganner se acercaba a él días antes de su llegada, y había hecho todo lo posible por desanimarlo, en sus circunstancias. El temor paralizador, la creciente convicción de que se encaminaba a su muerte, y al final la compulsión de dar media vuelta y echar a correr, habían sido obra de Jacen utilizando la Fuerza para alejarlo.

—Pero no sirvió de nada —suspiró Jacen, negando con la cabeza—. Si no fueras tan puñeteramente valiente, ahora estarías vivo.

—Esto… sí. Ya. Supongo —dijo Ganner dudando—. Pero… esto, ¿Jacen? Te das cuenta de que no estoy realmente muerto, ¿verdad?

—Eres tú quien tiene que darse cuenta de que sí, Ganner. Estás muerto. Te mató volver a la celda de la nave campamento —Jacen se apoyó cansinamente contra la pared y se frotó los enrojecidos ojos—. Los guerreros que estaban conmigo querían matarte allí mismo. La única forma en que podrías haber escapado era ayudándote, y de ayudarte, de haberles demostrado que yo seguía siendo un Jedi, el piloto habría despertado al dovin basal y desintegrado la nave entera.

—¿Incluidos ellos mismos?

—Las misiones suicidas son un honor para los yuuzhan vong. ¿Sabes eso de su Bendita Liberación? No es sólo un dogma. Lo creen de verdad.

Y la triste y oscura lejanía de su mirada hizo que Ganner se preguntase si Jacen no lo creería también un poco.

—Hace mucho que los dos estamos muertos, Ganner. Y hoy. —Jacen sacó fuerzas de alguna parte. Se empujó apartándose de la pared y se quedó parado como un hombre que sólo conoce el cansancio de oídas—. Hoy es el día en que dejaremos de respirar.

Ganner se frotó la cara como si masajeándosela pudiera introducirse comprensión a través de la piel.

—Entonces, ¿por qué no dejas que me maten?

—Porque te necesito. Porque puedo utilizarte. Porque tenemos una oportunidad de que nuestra muerte sirva para algo.

Jacen le explicó que el «sacrificio» era una farsa, una excusa para poder entrar en lo que se llamaba el Pozo del Cerebro Planetario. Ganner entendía que ese «cerebro planetario» era una especie de ordenador maestro a nivel planetario, creado por los yuuzhan vong para que guiara la ecología de ese mundo natal recreado. Jacen llevaba semanas estrujándose los sesos, buscando el modo de entrar en el Pozo, que era una especie de bunker reforzado, como un cráneo inexpugnable concebido para proteger al

Cerebro Planetario-de cualquier daño. Los yuuzhan vong, y menos Nom Anor, que era su controlador, no le dejaban acercarse a ese lugar. No estaban completamente seguros de que la «conversión» de Jacen fuera real.

Ganner les entendía. No estaba completamente seguro de que no lo fuera.

—Hace mucho que espero la oportunidad de pasar diez minutos a solas en el Pozo del Cerebro Planetario. Y tú, Ganner, tu «sacrificio», me permitirás acceder al Pozo. Sólo necesito entrar allí.

—¿Por qué es tan importante ese Cerebro Planetario? ¿Qué piensas hacer una vez dentro?

Jacen estaba muy, muy quieto, con una expresión decidida de inmutable duracero que era puro Skywalker. Por fin habló con convicción tranquila y absoluta.

—Voy a enseñar a los yuuzhan vong una lección sobre cómo funciona realmente el universo.

Un escalofrío hizo temblar a Ganner, como si una sombra fría hubiera entrado en la Fuerza.

—No lo entiendo.

—No hace falta. Repite conmigo: «He visto la luz del Camino Verdadero, y acudo a los dioses con alegría en el corazón y lleno de gratitud por su tercer don».

—Debes de estar loco.

Jacen asintió pensativo, como si hubiera pasado un tiempo meditando esa posibilidad y hubiera llegado a la conclusión de que no podía negarla.

—¿Qué te hace pensar que lo haré?

La mirada de duracero de Jacen se clavó en Ganner.

—No te lo estoy pidiendo. Te lo ofrezco. No necesito tu cooperación. Habremos muerto diez minutos después de cruzar la puerta del Pozo, colabores conmigo o no.

—Entonces, ¿por qué debo hacerlo?

Jacen se encogió de hombros.

—¿Por qué no deberías hacerlo?

—¿Cómo puedo saber que puedo confiar en ti? ¿Cómo sé que no debería atacarte ahora mismo? —Ganner apoyó el peso en la parte delantera de los pies, en una pose equilibrada desde la que podía saltar en ninguna dirección—. Sé que eres más fuerte, Jacen, más de lo que lo he sido yo nunca. Lo noté en la nave campamento. Sé que puedes matarme si quieres. Pero puedo hacer que me mates aquí.

Jacen abrió las manos. Su rostro era expectante.

—Elige y actúa.

—¿Que elija? ¿Qué quieres decir con que elija? —Elije morir aquí por nada, o morir en el Pozo del Cerebro Planetario, donde tu muerte podrá cambiar la galaxia. Ganner se humedeció los labios.

—¿Cómo se supone que voy a poder decidir? ¿Cómo puedo saber si puedo confiar en ti?

—No puedes —su rostro volvió a suavizarse, y una sombra de semisonrisa de los Solo se dibujo con tristeza en sus labios—. La confianza es siempre un acto de fe, Ganner.

—¡Para ti es fácil decirlo!

—Supongo que sí. ¿Quieres saber cuánto confío en ti? —volvió a buscar en su túnica, y cuando sacó la mano la abrió hacia Ganner—. Toma.

En su mano abierta se veía la empuñadura de un sable láser.

Ganner pestañeó. Se frotó los ojos. Cuando volvió a mirar, seguía siendo un sable láser.

—Cógelo —dijo Jacen—. Úsalo si debes usarlo. Aunque decidas usarlo contra mí. —¿Me das tu sable láser? Jacen negó con la cabeza.

—No es mío —levantó la mano—. Adelante. Cógelo.

—¿Qué es, entonces? ¿Uno falso? ¿Otro truco? ¿Me estallará en la mano?

—No es falso —dijo Jacen, con una tristeza tan profunda que-sólo podía expresarse con reposada y exacta precisión—. No es un truco.

Por tercera vez, extendió el sable láser hacia Ganner.

—Es el de Anakin.

—El de *Anakin*… —una emoción ardiente y cortante recorrió el cuerpo de Ganner, como si un rayo no le hubiera dado por un pelo—. ¿Cómo es que tienes el sable láser de Anakin?

—Una amiga lo guardó para mí —Jacen hizo una mueca, como si le sorprendiera oír esas palabras salir de sus labios, y entonces asintió, mostrándose de acuerdo consigo mismo, a su pesar—. Una amiga.

Ganner sólo supo quedarse mirándolo, boquiabierto. Desconcertado. Maravillado. —¿Y quieres dármelo a mí? —Podrías necesitarlo. Y destruí el tuyo.

A Ganner le temblaba la mano al coger el sable láser. Era cálido al tacto, cálido con el calor corporal de Jacen, liso y reluciente. Podía sentir su estructura en la Fuerza, sentir la forma en que se había construido, la individualidad de su diseño que hacía que fuera el de Anakin. Podía sentir a Anakin en esa empuñadura.

Y podía sentir un hueco: donde su propio sable láser había tenido una gema de Coruscant, aquí sólo había un vacío, un espacio que no percibía con la Fuerza… Pero, para sus ojos y para su mano, la empuñadura contenía una brillante amatista que parecía destellar con luz interior.

Presionó el activador y la hoja aulló al extenderse por completo, brillante, deslumbrante, susurrando con un zumbido que podía sentir en los dientes. Iluminó toda la habitación con un brillo púrpura, vivido y antinatural.

—¿Y qué pasa contigo? ¿Dónde está el tuyo?

Jacen negó con la cabeza.

—No veo mi sable láser desde Myrkr. Y las armas son irrelevantes para lo que tengo que hacer.

—Pero… pero…

Un latido sordo atravesó una pared dominada por un fruncido estriado que parecía una boca tallada en madera. Del otro lado llegaban débiles voces que ladraban con las toses y las arcadas guturales de la lengua yuuzhan vong.

—Ya están aquí —dijo Jacen. Asintió hacia el sable láser que sostenía Ganner—. Será mejor que lo escondas. Si lo encuentran en ti, nos matarán a los dos —una sonrisa irónica asomó a sus labios—. O sea, nos matarán demasiado pronto.

Ganner no sabía qué decir; se ahogaba en lo irreal de la situación. Todo tenía mucho más sentido cuando soñaba que cuando estaba despierto. Agitó el sable láser de Anakin como si hubiera olvidado lo que era.

—¡Tienes que ayudarme a entenderlo…!

—No lo olvides: «He visto la luz del Camino Verdadero —repitió Jacen con firmeza— y acudo a los dioses con alegría en el corazón y lleno de gratitud por su tercer don».

Mientras Ganner miraba desconcertado y boquiabierto, la boca fruncida de la pared bostezó de pronto, dando paso a una escotilla que se abrió a un enorme salón abovedado. Se removió, y el sable láser estuvo a punto de caérsele en su prisa por desactivarlo y guardarlo en una de las voluminosas mangas de su túnica blanca.

El salón estaba lleno de guerreros yuuzhan vong escarificados en posición de presenten armas.

Justo al otro lado de la abertura había dos yuuzhan vong nerviosos y sudorosos, pertenecientes a una casta que Ganner no reconoció. Los dos llevaban correas con las que sujetaban unas criaturas reptilescas del tamaño de banthas, sentadas sobre las ancas mientras usaban las garras anteriores para obligar al esfínter escotilla a dilatarse por completo.

Unos pasos más allá había una docena o más de yuuzhan vong, ataviados con idénticos ropajes fantásticamente adornados que brillaban y relumbraban y se retorcían con agitada vida, formando un semicírculo que enmarcaba a dos individuos. Uno de ellos llevaba una inmensa tiara espinosa que Ganner tenía entendido que solían usar los Maestros Cuidadores, y el otro llevaba una larga túnica negra y en su rostro se pintaba una sonrisa de puntiagudos dientes sin labios que reconoció de su sueño.

Nom Anor.

Jacen se paró ante ellos sin el menor asomo de preocupación.

—¿Qué significa esta interrupción? —entonó, otra vez con el tono atronador de su voz de avatar de dios—. ¿Cómo os atrevéis a interrumpirme cuando comparto la Luz?

Nom Anor dio un paso adelante, y se inclinó hacia Jacen.

—Muy bien, Jacen Solo. Llevas ese manto de una forma impresionante —le susurró, increíblemente. Entonces dio un paso atrás y alzó la voz para que pudieran oírle los que estaban cerca—. Las criaturas monitoras perdieron de pronto la consciencia. Estábamos preocupados. ¿Va todo bien?

—Tu preocupación es un insulto —soltó Jacen con altiva arrogancia.

Nom Anor enarcó las cejas como si luchara por contener una sonrisa, pero el Maestro Cuidador y el semicírculo de yuuzhan vong con extravagante ropaje, que Ganner supuso pertenecían a la casta sacerdotal, parecieron tomarlo considerablemente más en serio. Varios de ellos se estremecieron visiblemente.

—Nada ocurre que no sea Mi Voluntad. Si esas criaturas se durmieron es porque yo lo ordené así.

Ganner pestañeó. «Es curioso cómo puede coger la verdad y hacer que parezca una mentira», pensó Ganner.

Jacen se volvió hacia Ganner de forma grandilocuente.

—Dile a estas débiles criaturas sin fe lo que ha pasado dentro de esa cámara.

Ganner pestañeó todavía más. —Yo, ah, yo, ah, bueno… —¡Habla! ¡Te lo ordeno yo!

El párpado del lado de la cara vuelto hacia la cámara se cerró un instante.

Ganner tuvo un momento de claridad perfecta. No tenía que saber. Sólo tenía que decidir.

Hiciera lo que hiciera le esperaba la muerte. No era cuestión de si moriría o no.

Sólo era cuestión de cómo.

—¡He visto la luz del Camino Verdadero! —su voz sonó sorprendentemente calmada, considerando la agitación de su pecho y la forma en que se le habían licuado las entrañas. Tenía las manos dentro de las mangas y apretó el sable láser de Anakin como si fuera un talismán que le daría fuerzas—. ¡Y, esto, y acudo a los dioses con alegría en el corazón y lleno de gratitud por su tercer don!

«¿De verdad?», vocalizó Nom Anor en silencio, con un brillo siniestro en los ojos, como si no se le hubiera engañado en lo más mínimo, pero uno de los sacerdotes gritó con voz que parecía la sirenacláxon de un aerotaxi:

—¡Tchurokk sen khattazz al'Yun! ¡Tchurokk'tiz! Los guerreros reunidos respondieron con un rugido que parecía una avalancha.

—¡TCHUROKK!

«Cuánto entusiasmo muestran estos andrajosos, oye», pensó Ganner incómodo.

Parecían estar iniciando una serie de aclamaciones.

—¿Qué dicen? —preguntó entre dientes a Jacen.

—Me ofrecen algo del respeto debido —replicó Jacen con regia tranquilidad—. Sus palabras significan «He aquí el avatar del Dios».

—¡Tchurokk sen Jeedai Ganner! ¡Tchurokk'tiz!

—¡TCHUROKK!

—Y, esto, también me quieren mucho a mí, ¿no?

—No te quieren —intervino Nom Anor, con la maliciosa alegría de un putt bien alimentado—. Nadie te quiere; sólo honran tu sacrificio voluntario a los Dioses Verdaderos.

—Ya. Mi, ese, sacrificio voluntario. Los Dioses Verdaderos. Eso. Bueno… ¿a qué estamos esperando?

—A nada —dijo Nom Anor—. Que empiece la función.

Capítulo 13

La enfermedad de la gloria

Ganner caminaba un paso por detrás del hombro izquierdo de Jacen, intentando parecer solemne y digno en vez de enloquecido de terror. Tenía tantas náuseas que le lloraban los ojos.

Luchó por pensar en otra cosa. En lo que fuera. Si seguía pensando en lo mal que se encontraba, caería de rodillas allí mismo y vomitaría hasta las tripas.

Iban rodeados a una respetuosa distancia de diez metros por un amplio anillo de esos yuuzhan vong que iniciaron las aclamaciones en el salón abovedado, y que Ganner había identificado correctamente como pertenecientes a la casta sacerdotal. Delante, rodeado a una distancia semejante de respeto por una guardia de honor de guerreros iban Nom Anor y el cuidador que vio en el salón, un andrajoso enorme y feo, con un racimo de tentáculos creciéndole en una comisura de la boca.

La vanguardia de la procesión la componía una cuña de guerreros extrañamente mutilados que llevaban diversas criaturas de diferente tamaño y forma indescriptible, a las que los guerreros apuñalaban y estrujaban y retorcían al ritmo de la marcha, produciendo una especie de música rítmica con sus antifónicos gritos de dolor. Y tras los sacerdotes que rodeaban a Ganner y Jacen desfilaba una inmensa procesión de guerreros, marchando al paso hilera tras hilera, llevando cada unidad estandartes que eran una especie de arbolitos de cuya copa brotaban nidos de serpientes multicolores con temblorosos cilios, cada uno diferente al anterior, distintivo, tejiendo pautas de color y movimiento que sólo contribuyeron a empeorar las nauseas de Ganner.

Pero no sólo era eso. La situación entera ponía a Ganner más y más enfermo.

La odiaba.

Jacen habló con tono tranquilo durante toda la procesión, contando cosas que había aprendido de la cultura y la biotecnología yuuzhan vong, siempre en voz baja, medio susurrando, moviendo apenas los labios para que nadie en la escolta supiera que estaba hablando. Ganner sólo pudo entender la mitad de lo que oía y no estaba seguro de poder recordar la mitad de lo que entendía. No podía concentrarse en lo que le contaba, ya que dedicaba la mayor parte de su atención a caminar aunque las piernas se le doblasen e intentasen ceder bajo él. ¿Y acaso importaba que lo recordase o no? Tampoco viviría para contárselo a nadie.

Lo que le ponía enfermo no era el miedo. Tenía miedo a morir, claro, pero, ya se había enfrentado antes a ese miedo, sin sentir esas nauseas que le doblaban las rodillas.

Aferró la empuñadura del sable láser de Anakin que llevaba en la manga; sólo esa solidez lisa le permitía mantener una expresión firme en vez de vomitar sobre su túnica.

Puede que parte de lo que ponía enfermo a Ganner fuera ese mundo en sí.

Creyó estar preparado para su primera visión de Coruscant.

Durante sus investigaciones en las naves campamento, había oído docenas de historias de labios de refugiados. Conocía la existencia de la selva demencialmente

prolífica que cubría la ciudad planetaria en ruinas. Le habían hablado de los deslumbrantes anillos orbitales que algunos refugiados llamaban el Puente. Sabía que los yuuzhan vong habían alterado la órbita de Coruscant para acercarlo más a su estrella.

Pero saberlo era muy diferente a salir de una fría sombra a un mediodía blanquiazul que le clavaba agujas en los ojos y bombeaba sudor en su frente que resbalaba hasta su boca, hasta sus oídos, y bajaba como un río por su columna vertebral y hacía que los leotardos se le pegasen a las rodillas. El aire era tan húmedo como el aliento de un priapulin, y olía como si todo el planeta fuera una enorme guarida de lagartomono que alguien había enterrado en floresmiel.

La procesión se desplazó en espiral por un titánico laberinto de setos todavía en pleno crecimiento, que se construía a su alrededor con enormes paredes curvas de ramas entrelazadas que exhibían espinas como agujas cuya longitud oscilaba entre el medio centímetro y medir tanto como el brazo de Ganner. Miles de yuuzhan vong de castas desconocidas subían y bajaban y cruzaban por esas paredes, festoneándolas con lianas floridas y epífitos de brillantes colores, colgando nidos y jaulas vivientes ocupadas por una desconcertante variedad de criaturas tan alienígenas que Ganner no podía ni verlas con claridad. Sus ojos intentaban identificarlas como insectos o reptiles, roedores o felinos o cualquier otra clase de animal con la que estuviera familiarizado, cuando en realidad no se parecían a nada que hubiera visto antes.

Comprendió parte de la explicación de Jacen acerca de que ese laberinto de setos tenía un doble propósito: no sólo era un camino ceremonial sino que serviría de entorno defensivo antipersonal para el muy importante Pozo del Cerebro Planetario, en el supuesto de que alguna vez se invadiera Yuuzhan'tar. Cuando los setos espinosos alcanzaran la madurez, se encontrarían en las alturas formando un túnel de veinte metros de alto y treinta de ancho, fuerte como el duracero, incombustible y lo bastante resistente como para minimizar el efecto de los explosivos. Y las espinas contendrían una neurotoxina tan potente que un simple arañazo acabaría con el sistema nervioso central de cualquier criatura que tuviera la desgracia de tocarlas. Los invasores que atacaran por tierra se verían obligados a seguir la misma ruta que ahora recorría la procesión, pasando ante docenas de puntos de emboscada a lo largo del camino.

De vez en cuando, Ganner podía ver su destino a través de las aberturas del incompleto laberinto. El Pozo del Cerebro Planetario, estaba rodeado por una montaña de coral yorik de medio kilómetro de alto que formaba una cúpula hueca de casi dos kilómetros de ancho.

La forma que se intuía bajo la montaña de coral era inconfundible para cualquiera que hubiese estado en Coruscant.

Ganner sabía muy bien lo que solía ser antes. Y eso también debía contribuir a que se encontrase tan mal.

El Pozo del Cerebro Planetario solía ser antes el Senado Galáctico.

Había sobrevivido al bombardeo planetario con apenas daños cosméticos. Mil años antes, su arquitecto original había afirmado que cualquier arma lo bastante poderosa

como para destruir el Senado Galáctico acabaría también con el planeta en sí. Aunque la declaración era una exageración y una fanfarronada, no había duda de que el Senado Galáctico era uno de los edificios más resistentes que se habían construido nunca. Ni siquiera la destrucción completa del Salón del Senado original, acaecida diez años antes, había conseguido dañar su estructura, y la Gran Cámara de Convocatorias de la Nueva República se había construido sobre el esqueleto de la antigua. El diseño en colmena del edificio le proporcionaba una increíble resistencia estructural similar, de ingeniería, al mismo coral yorik. Sólo un impacto directo podría hacerle algún daño, y el interior estaba compuesto de zonas de derrumbe que localizarían los daños y minimizarían la transmisión del impacto.

Jacen le explicó que, una vez el coral yorik digirió de forma enzimática el durocemento y el transpariacero del Senado y reutilizó los minerales digeridos para construir su propio exoesqueleto, los yuuzhan vong convirtieron en profecía la fanfarronada de ese arquitecto largo tiempo olvidado.

Cualquier arma que pudiera dañar al Cerebro Planetario, tendría que ser tan poderosa como para destruir también el planeta.

Y no se habían conformado con eso, sino que habían sembrado también la cúpula con una batería defensiva de dovin basal. Y, en el supuesto que la Nueva República consiguiera construir un destructor de planetas, el Pozo sobreviviría a la destrucción del planeta como nave autosuficiente, preservando al Cerebro, con todos sus genes insustituibles y sus habilidades inapreciables.

Pero la conversión a coral aún estaba incompleta. La estructura seguía teniendo puntos débiles, como la zona dañada por la bomba de protones que detonó en el despacho de Borsk Fey'lya.

—¿Alguien bombardeó el despacho de Fey'lya? —musitó Ganner a la nuca de Jacen—. ¿Antes o después de la invasión?

La risita de respuesta de Jacen fue tan seca como el verano en Tatooine. Señaló con la cabeza las ruinas del Palacio Imperial asediadas por la selva, todavía lo bastante visibles como para evidenciar el bocado de medio kilómetro que la bomba le había arrancado a una esquina.

—Dicen que el propio Fey'lya detonó la bomba. Que se llevó consigo cosa de veinticinco mil soldados de asalto y unos cuantos oficiales de alto rango, incluido el comandante del desembarco.

—¿Quiénes son esos? ¿Quiénes lo dicen?

—Los propios yuuzhan vong. Admiran ese tipo de cosas. Consideran a Fey'lya una especie de héroe menor.

—Ah. No le conocen como nosotros.

Los hombros de Jacen se contrajeron en lo que pudo ser un encogimiento de hombros.

—Igual nosotros no lo conocimos tan bien como deberíamos haberlo conocido.

Ganner negó con la cabeza. Esa conversación no hacía que se sintiera mejor; todo lo contrario.

—¿Cómo sabes que esto no es una prueba? ¿Que no habrá una compañía de guerreros esperándonos dentro del Pozo del Cerebro Planetario para matarte a la primera señal de que no llegarás con esto hasta el final?

—No lo sé. Pero me han dicho que los yuuzhan vong considerarían semejante «prueba» un sacrilegio. Nunca se permitiría a los guerreros organizar una emboscada en el Pozo.

—¿Te lo han dicho? ¿Quién?

—Mi… una amiga. Se llama Vergere.

Ganner lanzó un bufido, acordándose del alienígena de su sueña.

—¿Esa Vergere es la que fue mascota de la asesina yuuzhan vong?

—La misma que curó a Mará con sus lágrimas. La misma cuyas lágrimas te han curado.

—La misma que te entregó a los yuuzhan vong —a Ganner no Je gustaba la pinta que tenía eso—. ¿Seguro que está de nuestro lado?

—¿Nuestro lado? —dijo Jacen distante—. ¿Te refieres al lado de la Nueva República? Lo dudo.

Ganner sintió de repente un deseo acuciantemente poderoso de verle la cara a Jacen; había algo en la inclinación de su cabeza…

—No sé de qué lado está —continuó Jacen—. No sé si está del lado de nadie. No sé si cree en la existencia de «lados».

—¿Pero le has contado lo que planeas? ¿Cómo puedes confiar en ella?

—Porque he decidido creer que no me traicionará.

Ganner oyó el eco en su mente: «la confianza siempre es un acto de fe». La creciente bola de náuseas que tenía en el estómago se hacía más pesada a cada paso que daba. El mundo nadaba a su alrededor como un lento remolino de gelatina.

El laberinto de espinas se acabó bruscamente, abriéndose a una inmensa rampa de acceso en forma de cuña construida con curvadas y pálidas costillas que parecían hechas de troncos de árboles vivientes entrelazados horizontalmente, y ramas con hojas que se abrían hacia el sol a ambos lados. El pie de la rampa tenía al menos cien metros entre las paredes de ramas. A medida que se elevaba se cerraba como la punta de una flecha, cuya punta tocaba la Gran Puerta del Senado Galáctico: una puerta de dos cuerpos de duracero en capas como el casco acorazado de un destructor estelar, en la que estaba engarzado el gran sello galáctico rodeado por los sellos del millar de mundos.

Se había dispuesto que el coral yorik mantuviera allí la entrada libre, y alrededor del perímetro de la puerta crecía un esfínter escotilla inmaduro de increíble tamaño que, al no haber crecido del todo, dejaba expuesto el tercio central de la puerta.

A medida que la vanguardia ascendía por la rampa, su música de gritos se hizo más lenta, más profunda, derivando del ligero aire marcial a uno solemnemente religioso. El cambio en la música pareció llevarse el último átomo de fuerzas de las piernas de

Ganner; las rodillas le fallaron, y cayó hacia delante, en el pie de la rampa, encogiéndose en una bola fetal alrededor de la espinosa nausea que le oprimía las entrañas. La saliva le inundó la boca y su respiración se volvió jadeante. Cerró los ojos con fuerza para contener una arcada.

—¿Ganner? Ganner, ¿qué te pasa? —la voz de Jacen le llegaba de muy cerca, justo encima suyo, apagada y preocupada—. Vamos, Ganner, tienes que levantarte.

No podía levantarse. No podía hablar. No podía ni abrir los ojos. Los troncos duros y lisos que conformaban las costillas de la rampa eran fríos bajo él, mucho más fríos que el sol que le quemaba el otro lado, y quiso morir. Allí mismo. En ese momento. Oh, si pudiera morir…

Oyó a media distancia la tos gutural de la lengua yuuzhan vong, dos voces, una imperiosamente despreciativa, la otra untuosa, conciliadora.

Un momento después oyó más cerca el ronco Básico de Nom Anor.

—El Maestro Cuidador pregunta por qué el Jedi tiembla como un brenzlit. Le he mentido, Jacen Solo. Le he dicho que así es como los humanos reverencian a los Dioses Verdaderos. Haz que se levante. Haz que está débil y patética versión de Jedi continúe con el sacrificio antes de que el Maestro Cuidador sepa que le he mentido.

—Sólo es un hombre —oyó Ganner que replicaba Jacen—. No puedes tener a un humano sedado durante semanas y luego esperar que desfile así. Está débil porque está enfermo.

Ganner ardía de vergüenza. Hasta Jacen tenía que mentir por él y La debilidad que lo tenía indefenso en la rampa no era física. Y el que Jacen tuviera que buscar excusas para disculparlo lo empeoraba.

«Todo el mundo tiene que mentir por mí —pensó—. Todo el mundo tiene que simular que no soy tan inútil y patético y débil como realmente soy. Pero no puedo seguir simulando. No puedo».

El autodesprecio se acumuló en la garganta de Ganner como si fuera vómito, quemándolo, haciéndole derramar ardientes lágrimas. Su pulgar encontró dentro de la manga la placa activadora del sable láser de Anakin. Sin comprender del todo lo que hacía presionó el cristal del sable láser contra sus costillas. Una ligera presión y la columna púrpura de energía atravesaría carne y hueso y débiles entrañas líquidas para sumir en la nada su corazón de cobarde…

—Vamos, Ganner, ya casi hemos llegado —le susurró Jacen—. No la cagues ahora.

—… lo siento… No puedo hacerlo… —fue todo lo que pudo decir Ganner con un gemido miserable. Se abrazó, aferrándose a las costillas, cruzando los brazos sobre el estómago rebeldemente espasmódico—… no puedo hacerlo, Jacen… siento… fallarte…

Su dedo se tensó sobre la placa de activación del sable láser…

Y unas manos invisibles lo cogieron bajo los hombros y lo pusieron en pie. La procesión reanudó el paso, subiendo la rampa hacia la Gran Puerta, aunque él colgaba sin vida. Sus piernas se movían sin que mediara su voluntad, moviéndose como por cuenta propia. En su cuerpo cosquilleaba el roce de la Fuerza. Jacen lo llevaba.

—Ya está. ¿Lo ves? —le dijo Jacen a Nom Anor—. Está bien. Vuelve a tu lugar y tranquiliza al Maestro Cuidador.

Ganner colgó del invisible gancho en la Fuerza de Jacen, ahogándose ante la humillación a medida que Nom Anor se alejaba. Si tan sólo pudiera morirse. Si tan sólo la rampa de troncos que pisaba pudiera abrirse como una boca y tragárselo allí mismo…

Se había pasado la vida en pos de un único sueño. Sólo había querido ser un héroe. Sólo eso. Y ni siquiera eso, ni siquiera tenía que ser un héroe. Sólo quería poder entrar en un habitación llena de desconocidos y poder oír cómo alguien decía: «Ése es Ganner Rhysode. Un hombre que hace lo que hay que hacer».

«Sí, hago lo que hay que hacer. Hago que me hagan las cosas. Menudo héroe estoy hecho. Más bien soy la dama en apuros».

Y era eso, eso era lo que le ponía enfermo.

El mismo.

Le ponía enfermo ser Ganner Rhysode. El intentar ser un héroe. El intentar no ser un héroe. El ser un mal Jedi, un piloto mediocre, y un jefe lamentable. El ser un chiste.

Le ponía enfermo.

La vanguardia se dividió por la mitad al acercarse a la Gran Puerta, para situarse a ambos lados de la rampa a medida que la música de gritos crecía hacia un clímax triunfal. Los guerreros que acompañaban a Nom Anor y al Maestro Cuidador formaron otra hilera interior. Los sacerdotes que rodeaban a Jacen y a Ganner se arrodillaron, inclinando la cabeza hasta tocar la rampa. Jacen avanzó con paso firme, ligero, sin dar señales de tensión, ni el menor indicio que delatase su esfuerzo, nada que indicara a los miles de yuuzhan vong allí reunidos que estaba cargando con Ganner, llevándolo en los brazos invisibles de la Fuerza como si fuera un niño.

Se detuvo ante la Gran Puerta y puso a Ganner a su lado. Desde allí se veía la ciudad viviente de Yuuzhan'tar extendiéndose bajo ellos como una vasta jungla de todos los colores y texturas concebibles de la vida, cuyo esqueleto era de durocemento y transpariacero.

—Ganner, ¿puedes tenerte en pie? —preguntó en voz baja—. No tienes que andar. Sólo pararte. Necesito hacer otra cosa.

Ganner exprimió hasta la última onza de su voluntad para g tragarse la creciente marea de su vergüenza y su desagrado por sí H mismo. Recurrió a la Fuerza para que le diera energías con las que K mantener firme la voz y mantenerse erguido.

—Sí. Sí, adelante. Estoy bien, Jacen —mintió, y entonces se obligó a decir—: Gracias.

Jacen le dirigió una insinuación de la sonrisa típica de los Solo.

—Tú habrías hecho lo mismo por mí.

«Como si alguna vez hiciera falta», pensó Ganner, pero contuvo su lengua.

Los rasgos de Jacen volvieron a ser solemnes como si se pusiera una máscara. Volvió el rostro hacia los miles de seres allí reunidos y alzó los brazos.

—¡Soy Jacen Solo! ¡Soy humano! ¡Fui un Jedi! —su voz retumbaba como fuego de artillería, y obtuvo un eco en lengua yuuzhan vong—: ¡Nikk pryozz Jacen Solo! ¡Nikk pryozz human! ¡Nikk pr'zzyo Jeedai!

—¡Ahora sirvo a la verdad!

La forma en que lo dijo hizo que Ganner frunciera el ceño; para ser alguien que sólo interpretaba un papel, sonaba inquietantemente sincero…

Ganner sintió un subidón en la Fuerza como si un fuerte embate del viento pasara por su lado sin tocarlo. La Gran Puerta se abrió hacia dentro para descubrir las sombras del atrio que había más allá y las cavernosas bocas de la Gran Explanada a ambos lados.

Jacen alzó las manos con las palmas hacia arriba, como si quisiera alcanzar el trenzado arco de imposibles colores que era el Puente.

—¡Presenciad! —tronó. El eco gritó: ¡Tchurokk!—. ¡Presenciad la voluntad de los dioses!

Antes de que el eco terminase de rugir «Tchurokk Yun'tchilat», Jacen ya había dado media vuelta y cruzaba a paso ligero la Gran Puerta, mientras un remolino de la Fuerza hizo que Ganner lo siguiera. Nom Anor y el Maestro Cuidador se dispusieron a seguirlos, junto con los sacerdotes y la banda de vanguardia pero Jacen se volvió apenas cruzó Ganner el umbral e hizo un gesto que Ganner sintió como otro viento rápido e increíblemente poderoso de la Fuerza.

La Gran Puerta se cerró con un estruendo.

Los ecos se desvanecieron. Despacio.

El atrio se había convertido en una enorme caverna de coral yorik viviente.

Las inmensas estatuas que una vez representaron las diferentes especies de la Nueva República resultaban inidentificables, informes pilares de vieja lava. Enormes y negras sombras cubrían cada pliegue de coral, y en las bocas de la Gran Explanada bostezaban insondables profundidades nocturnas, siendo la única luz un brillo pulsante y sulfuroso de rojos y amarillos que se filtraba al atrio desde una arcada situada frente a la Gran Puerta.

—¿Qué produce esa luz? Y, y, y, espera… —dijo Ganner aturdido—. No recuerdo que allí hubiera una puerta… Eso era, ah, la oficina de Servicios de Información, ¿verdad…?

—Igual-has notado que las cosas han cambiado —Jacen ya trotaba hacia la arcada—. Sígueme. No tenemos mucho tiempo.

Ganner se tambaleó tras él.

La arcada conducía a casi medio kilómetro de coral yorik. El techo y los laterales formaban un semicírculo de poco menos de cinco metros de anchura en la base y lo mismo de altura. En el otro extremo se distinguía una pulsante luz rojiza y anaranjada, que a veces refulgía con un amarillo cegador.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó Jacen cuando se puso a su lado. Ganner se rezagaba y jadeaba—. ¿Vas bien? ¿Necesitas más ayuda?

—Yo… yo… —«no pienso cagarla», se juró Ganner—… estoy bien. Estoy bien. Ya te sigo.

El techo del túnel ascendió para ser parte de un vasto espacio cavernoso iluminado de rojo, y las paredes también se ampliaron, mientras el suelo del túnel se convertía en una pasarela que sobresalía en el espacio para colgar sobre una plataforma circular de diez metros de diámetro que flotaba sin ayuda entre grandes remolinos de niebla sulfurosa que a Ganner le quemaron la garganta y arrancaron lágrimas de sus ojos.

—¿Qué es este lugar?

—Explóralo —dijo Jacen con seriedad. Si le molestaban el calor abrasador o la mareante niebla de azufre, no lo demostraba. Parecía estar escuchando algo—. Dame un momento. Tengo que concentrarme.

Ganner apenas le oyó. Estaba boquiabierto, moviéndose en círculo con lentitud, con aturdimiento.

Aquello solía ser la Gran Cámara de Convocatorias del Senado.

Cien metros más abajo, donde una vez estuvo el pilar del podio de Jefe de Estado, ahora bullía un gran estanque de brillante cieno; enormes burbujas asomaban a la superficie, estallando en fogonazos escarlata y amarillo de flor estelar. La luz provenía de ese estanque.

Alrededor del estanque se alzaba un gargantuesco cuenco de coral yorik que ascendía hilera tras hilera sobre las plataformas senatoriales, trepando lentamente por las paredes en dirección a la oscura y ensombrecida bóveda del techo.

Y en ese estanque de cieno brillante, se movía un enorme bulto carnoso, que rompía la superficie con brillantes curvas negras antes de volver a sumergirse.

Ganner se apartó de un salto del borde.

—¡Gyahh! ¡Jacen! ¡Allí abajo hay algo!

—Sí —Jacen se acercó al borde frontal de la plataforma—. No te preocupes. Es un amigo. —¿Un amigo?

Ganner volvió a mirar… y la criatura volvió a romper la superficie, negra, hinchada, como un estómago repugnante vuelto del revés, malignamente hinchado. Un ojo amarillo del tamaño de un Ala-X les miró, pestañeando, limpiándose el cieno con una triple capa de párpados transparentes que se deslizaban por su superficie en diferentes ángulos.

Entonces apareció un segundo ojo, que parpadeó y se fijó en ellos, para tener profundidad de campo, para medir las distancias. Del cieno salió proyectado un chorro de tentáculos.

Ganner se echó atrás mientras los tentáculos sisearon entre la niebla que los rodeaba, como cuerdas musculosas imposiblemente flexibles que cortaron el aire con tanta rapidez que no pudo ni distinguir cuántos eran. Los tentáculos golpearon la plataforma, derribando a Ganner, arrancando trozos de coral del tamaño de una cabeza.

Jacen no se movió.

—Éste… bueno… amigo tugo —dijo Ganner temblando—. No parece muy contento de verte.

—Sí, bueno, no puedo decir que me sorprenda. La última vez que nos vimos, intenté matarlo.

—¿Matar… esto… a tu amigo? —miró hacia abajo en una neblina de horrorizada repulsión e intentó reírse. La risa le salió demasiado aguda, demasiado tensa, demasiado parecida a una risita histérica—. ¿Cómo tratas a tus enemigos?

Jacen inclinó la cabeza, sus ojos castaños se volvieron repentinamente pensativos, y se encogió de hombros.

—No tengo enemigos. —¿Qué?

Jacen señaló una esquina al otro lado del Pozo.

—¿Ves esa plataforma… la que sobresale bajo ese pliegue de coral? Era la plataforma de la delegación de Kashyyyk. Les gustan las puertas manuales. Sé que no eres tan fuerte como un wookiee, pero podrás abrirlas con la Fuerza.

—¿Allí abajo? —Ganner volvió a agarrarse las tripas—. ¿Quieres que vaya allí abajo?

—Escúchame: a tu derecha encontrarás el despacho privado del senador de Kashyyyk. Junto a su escritorio, tras una puerta oculta, hay un hueco de turboascensor. Deslízate por el interior. Te llevará a los túneles.

¿Los túneles? ¿Un turboascensor secreto? ¿Cuándo empezaría Jacen a hablar con sentido?

—¿Para qué querían los wookiees un turboascensor secreto?

—Creo que los tienen todos los despachos de los delegados. Conducen a túneles ocultos donde hay salas de conferencias herméticas en las que celebrar reuniones secretas y esas cosas. Hasta llevan a las oficinas de Fey'lya en el Palacio Imperial.

—¿Cómo sabes tú todo eso?

—Ganner —dijo Jacen secamente—, esas oficinas solían ser las de mi madre. —Ah, sí.

—Si consigues llegar a los túneles, como mínimo encontrarás algún lugar donde esconderte por un tiempo. Podrías aguantar varios días. Incluso escapar.

Ganner sintió un escalofrío.

—¿De qué estás hablando?

—Hablo de que intentes huir, Ganner. Date una oportunidad.

—Oh, no, no, no —Ganner retrocedió, negando con la cabeza—. Oh, no tú no…

—Sólo tenemos uno o dos minutos antes de que Nom Anor decida que no puede seguir simulando que no pasa nada. Y dos minutos después reventarán la Gran Puerta. Me matarán cosa de treinta segundos después.

—¿Qué puedes hacer aquí que valga el arriesgar la vida? —No tengo tiempo para explicártelo. Ni siquiera estoy seguro de que pueda explicarlo.

—¿Esperas que me vaya y te deje aquí para morir? ¿Por algo que no puedes ni explicar? ¡O te vienes conmigo, o no me voy!

—¿Sigues jugando al héroe, Ganner?

Ganner hizo una mueca. Eso le había llegado demasiado cerca, pero no cedió terreno.

—No, aquí yo soy el compañero del héroe. El héroe eres tú, Jacen. *Necesitamos* héroes como tú. Por eso te busqué. La Nueva República te necesita —bajó la voz—. Jaina

te necesita. Si hay la menor oportunidad de que vivas, debes vivir, Jacen. ¡Al menos tienes que intentarlo!

Jacen negó con la cabeza. Volvía a tener esa expresión de duracero de los Skywalker.

—No, no tengo que intentarlo. Lo único que tengo que hacer es ser quien soy.

—¿De qué estás *hablando*?

—Anakin tenía su camino. Jaina tiene el suyo —abrió las manos, como para señalar lo fútil que era cuestionar al destino—. Yo tengo el mío.

—¡Me da igual ese estúpido *camino*! —dijo Ganner con desesperación—. Reventarán la puerta en cualquier momento… ¡Tenemos que irnos! —

—No. Tú tienes que irte. Yo tengo que… Mira, Ganner, necesito que entiendas esto. El único poder que tengo… El único poder que tiene *cualquiera* de nosotros… es ser quienes somos. Eso es lo que voy a hacer aquí. Voy a ser lo que soy.

—¡Hablas sin sentido! ¿Cuántos años tienes? ¿Diecisiete? ¿Dieciocho? ¡Si ni siquiera sabes quién eres!

—No tengo que saberlo. Sólo tengo que decidirlo —respondió Jacen con serenidad—. Elegir y actuar.

—¡*No* te dejaré aquí!

—Eso depende de ti.

—¿Cuánto tiempo te llevará eso, Jacen? ¿Cuánto? —repuso Ganner, avanzando hacia él—. ¿Y si te matan *primero*?

Jacen se encogió de hombros.

—Entonces habré perdido. Cuando empiezas a convertirte en lo que eres, lo primero que aprendes es que no tienes nada que temer.

Un trueno ensordecedor resonó tras él llevándose la réplica de Ganner, y la pasarela vibró ostentosamente, golpeándole los pies, haciendo que se tambaleara. Se volvió para ver salir de la boca del túnel una voluta de humo, una vaharada apestosa que parecía ardiente gas de pantano.

—Esa era la puerta —dijo Jacen distante—. Se nos acaba el tiempo. Parece que al final perdemos los dos.

Ganner no se movió.

La iluminación estalló en su cerebro.

En ese momento todo adquirió sentido. Entendió lo que le decía Jacen. No había nada que temer.

Entendió el poder de ser quien era.

Ni siquiera tenía que saber quién era. Podía *decidirlo*.

Podía elegir, y actuar. De pronto, su vida tuvo sentido.

Su vida había sido una historia de pretender que era un héroe. Bueno, pensó. Pues, le parecía bien.

Habían desaparecido sus náuseas. Ya ni las recordaba. Se acabó la debilidad. Se acabó la inseguridad. La duda y el miedo habían desaparecido con las nauseas.

Sopesó el sable láser de Anakin.

—Perderemos los dos, a no ser… —habló despacio—, a no ser que alguien *no les deje pasar*.

—Tienes que hacerte el héroe —repuso Jacen con tristeza—. Aunque eso te mate.

Ganner hizo que la hoja cobrase vida, y contempló su siseante hoja púrpura. Era la arma de un héroe. De un héroe de verdad. No de un actor. No de un falso héroe, que era lo que Ganner había sido siempre.

Pero ahora esa arma estaba en manos de Ganner.

«No tengo que ser un héroe de verdad», pensó. A su rostro asomó una deslumbrante sonrisa del viejo Ganner, una sonrisa de olvidemos las consecuencias y divirtámonos un poco. Se estremeció, y los años se desprendieron de sus hombros; sus ojos se iluminaron, centelleando con electricidad en la penumbra iluminada de rojo. Se sintió reluciente como un droide bélico y el doble de duro.

«No tengo que ser un héroe de verdad —pensó maravillado y en silencio—. Sólo tengo que simularlo».

—Ya te he dicho, que aquí sólo soy el amigo del héroe —dijo despreocupado—. Mi trabajo es asegurarme de que el verdadero héroe viva lo bastante para hacer el suyo. Todo eso de necesitar ser un héroe siempre fue mi mayor debilidad.

Jacen lo miró, miró en él, a través de él y asintió como si lo conociera hasta en lo más íntimo de su ser.

—Pero debes saber que eso también puede ser tu mayor fuerza. Permítete usar esa fortaleza, Ganner. La necesitarás.

—Sí —Ganner miró la hoja del sable láser como si pudiera leer su futuro en la luz amatista. Sonrió ante lo que vio—. ¿Sabes? Nunca me gustaste, Jacen. Te consideraba un blando. Un sentimental. Un llorica hiperintelectual.

—Tú tampoco me gustabas —Ganner alzó la mirada para encontrar que Jacen respondía a su sonrisa con un guiño amable y conocedor—. Siempre te consideré un teatrero. Un actor busca glorias, más preocupado por tener buena pinta, que por hacer el bien.

Ganner se rió con ganas.

—Tenías razón.

—Tú también —dijo Jacen alargándole la mano—. Y ésta es nuestra oportunidad de enseñar a los yuuzhan vong lo que pueden hacer un teatrero y un sentimental.

Ganner estrechó la mano de Jacen con fuerza.

—Será una función que nunca olvidarán.

Jacen retrocedió un paso y alzó los brazos, y la pulsación de los brillos escarlata y verde de los signos arteriales de su túnica se sincronizó con la cambiante luz del burbujeante cieno de abajo. Unos tentáculos se alzaron detrás de él, sobrepasando el borde de la plataforma, arqueándose en lo alto, dejando un rastro de cieno que brillaba y latía, enmarcándolo como si fueran una corona viviente: la silueta de Jacen se convirtió en una sombra contra una zarza de luz.

—¡*Jacen*…! —jadeó Ganner, alargando la mano hacia él—. ¡*Detrás de ti*!

—Lo sé —Jacen volvió el rostro hacia arriba. Los tentáculos se curvaron y descendieron hasta él, que alzó las manos para aceptarlos cuando sus relucientes anillos le rodearon los hombros—. No temas. Esto es parte de ello.

Los tentáculos levantaron a Jacen, sacándolo de la plataforma, acunándolo suavemente, casi amorosamente, mientras lo bajaban hacia el burbujeante cieno, pero los inmensos ojos amarillos seguían brillando abajo con malevolencia alienígena.

—Dame diez minutos —dijo Jacen—. Debería bastar.

El sonido de botas corriendo aumentó en el túnel. Ganner se detuvo un último momento, para ver como Jacen era arrastrado bajo la superficie del cieno. Sintió un estallido de poder en la Fuerza, un empujón desde abajo, un impulso: Ve.

Se agarró la parte frontal de la túnica con la mano libre y tiró para arrancársela del cuerpo. Los signos arteriales de oscuro brillo se convulsionaron, filtrando luz negra. Arrojó la túnica a la plataforma en un montón.

Y fue.

Nom Anor entrecerró los ojos ante las volutas de humo que se enroscaban en la abertura rota que había sido la Gran Puerta. Una escuadra de guerreros tras otra pasó junto a los retorcidos restos de duracero que crujían y gemían al enfriarse. Se dispersaron por el atrio lleno de humo y sombras, con la arma preparada, buscando con los ojos el menor indicio de un posible objetivo.

Un escuadrón de guerreros ya había entrado en el túnel de coral que llevaba al Pozo, para reconocer el terreno. Eso había sido cinco minutos antes. Ninguno había vuelto.

Nom Anor se había quedado en el umbral. Si había sobrevivido tanto tiempo en la guerra no había sido por subestimar a los Jedi. La luz rojo y oro del cieno latía en el humo procedente de la arcada del Pozo. Una figura se solidificó en esa arcada, una silueta que se* acercaba tranquilamente entre el humo, recortándose contra la luz del cieno.

Una silueta humana. Poderosa pero reposada, como una pantera de las arenas que sale a dar un paseo. Relajada pero alerta. Con aplomo.

Depredadora.

Un escalofrío supersticioso recorrió la columna vertebral de Nom Anor.

Los guerreros se dispersaron, los oficiales miraron a sus comandantes, que miraron a su vez a Nom Anor.

—*Tú* diriges la función, Ejecutor. ¿Qué quieres que hagamos?

—¡Tú! ¡El de dentro! —gritó Nom Anor nerviosamente en Básico—. ¿Qué haces ahí?

La respuesta fue un gruñido grave, burlonamente alegre.

—¿Es que no es evidente? Interponerme en tu camino.

Ganner Rhysode. Nom Amor se relajó; era Ganner Rhysode, el debilucho que no pudo ni subir la rampa. Ganner Rhysode, que carecía del respeto de los demás Jedi.

Ganner, el falsario, el actor. El chiste. Nom Anor lanzó un bufido. Debería limitarse a dar orden de que lo mataran… Pero Ganner no sonaba como alguien débil. Ni estúpido.

¿Y qué había pasado con el escuadrón de reconocimiento?

¿Y de verdad quería ser responsable de iniciar una pelea en el Pozo del Cerebro Planetario?

Se mordió el labio con tanta fuerza que se hizo sangre.

—¡Apártate a un lado! ¡Aquí hay miles de guerreros! No puedes aspirar a detenernos.

—No tengo que deteneros. Sólo tengo que retrasaros.

Un cortante zumbido chisporroteó sobresaltando a Nom Anor. De la mano de la sombra brotó una barra de un metro de largo de vivida amatista.

—¿Quieres que me aparte? —la sombra le hizo señas con la hoja de luz—. Ven tú a apartarme.

El humo se despejó y aclaró, y el humano parado en la arcada no parecía el Ganner Rhysode que recordaba. Este Ganner sólo vestía gastados leotardos marrones y unas castigadas botas de cuero. Este Ganner era alto, de hombros anchos, y la luz de su arma resaltaba los músculos esculpidos de su pecho desnudo. La hoja de su mano era firme como las raíces de una montaña, pero no fue eso lo que hizo dudar a Nom Anor, lo que hizo que se pasara la fina lengua amarilla por los afilados dientes.

Fue el brillo en los ojos de Ganner.

Parecía feliz.

—Aquí hay *miles* de guerreros —repitió Nom Anor, agitando inútilmente el puño—. Y tú sólo eres un hombre.

—Sólo soy un Jedi.

—¡Estás *loco*!

La risotada con que le respondió el hombre era profunda y larga y alegre, llena de felicidad y libertad.

—No. Soy Ganner.

Hizo girar su brillante hoja en una fioritura deslumbrantemente compleja que iluminó la arcada en la que estaba parada, haciéndola brillar como un arco iris enmarcado por la gracia pura y animal de su cuerpo.

—Este umbral es *mío* —anunció con una sonrisa feliz—. Reclamo su posesión. Envíame a tus miles de guerreros, uno a uno o todos en tropel. Me importa un bledo.

Concluyó la fioritura con la hoja inclinada ante el pecho y sus dientes brillaron en la oscuridad.

—Ninguno pasará.

Capítulo 14

El camino del destino

Fueron a por él de uno en uno, en un chorreo interminable, enfrentándose a él en honorable combate singular. Y luego.

Le atacaron de dos en dos.

Para cuando empezaron a atacar en grupo, ya tenían que pasar sobre los cuerpos de sus camaradas caídos si querían llegar hasta él. Una pila de cuerpos.

Una pila que se convirtió en una pared, en una muralla.

Ganner Rhysode se construía una fortaleza de muertos.

Nom Anor miraba con horrorizada fascinación desde un lugar seguro, tras un retorcido pedazo curvo de duracero que una vez fue parte de la Gran Puerta. Lo único que podía ver a través del humo y de la masa de guerreros que empujaban por enfrentarse al Jedi loco, eran fogonazos de brillante púrpura, a veces unidos al propio Jedi cuando éste saltaba y giraba y volteaba, siempre en movimiento, siempre atacando, cortando y clavando, llenando el atrio de cadáveres y extremidades cortadas.

—¡Esto es de locos! —Nom Anor se volvió hacia el guerrero comandante que tenía a su lado—. ¿Es que no podéis hacerlo explotar? ¿Gasearlo? ¿Algo?

—No —las cicatrices faciales del comandante se volvieron azul pálido—. Se enfrenta a nosotros con honor. ¿Quieres que los guerreros yuuzhan vong muestren menos honor que un infiel Jeedai?

—¡Al espacio con tu honor! ¿Es que no lo entiendes? Hay un Jedi en el Pozo del Cerebro Planetario… ¡y ese Jedi es Jacen Solo!

Utilizó el nombre como si pudiera conjurar demonios con él… y quizá fuera así.

Sólo un demonio podía haber matado a la reina voxyn. Sólo un demonio podría haber matado a los dhuryam y los cuidadores y los guerreros de la Guardería, y aún así haber conseguido ganarse la confianza de Nom Anor, hasta el punto en que él… él, el propio Nom Anor, había conducido ese Jedi aterradoramente letal al único lugar de Yuuzhan’tar ¡dónde podría matar al planeta entero!

—Jacen Solo está solo con el Cerebro Planetario.

—El Cerebro Planetario es muy capaz de defenderse solo —al otro lado de Nom Anor estaba Ch’Gang Hool, el Maestro Cuidador—. Cuestiones de honor al margen, no podemos usar explosivos demasiado potentes ni gases venenosos. El Cerebro Planetario correría más peligro en un intento de rescate mal ejecutado que a manos de un solo Jeedai.

—Éste no es un Jedi corriente —dijo Nom Anor con sentimiento—. ¡No tienes ni idea de lo que es capaz! ¡Tenemos que entrar allí! ¡Tenemos que detenerlo!

El comandante dio una serie de órdenes, y una escuadra de infantería pesada se dirigió a la arcada, cubiertos de pies a cabeza con placas solapadas de armadura de cangrejo vonduun que brillaba a la luz del cieno. Miró a Nom Anor.

—Entraremos enseguida. Mantenga la calma, Ejecutor.

—¡Al espacio también con su calma!

—Pareces un tanto… mmm, alterado —murmuró Ch'Gang Hool. Los tentáculos de su boca se contrajeron—. Uno podría preguntarse si, de algún modo, no te sientes… mmm, responsable de esto.

Nom Anor abrió la boca, respiró hondo, empezó a decir algo, cambió de idea, empezó a decir otra cosa… y volvió a cerrarla. Los tentáculos bucales del Maestro Cuidador se trenzaron de una forma sutilmente obscena. Nom Anor apartó la mirada. Estaba a un segundo de arrancarle esos ridículos tentáculos de su sonrisa de burócrata satisfecho, y comérselos…

Vio a Vergere unos pasos rampa abajo, entre la multitud de sacerdotes y guerreros. Encontró su mirada, y ella le hizo un gesto con la cabeza para que la siguiera. Oh, sí que la seguiría, pensó mientras se disculpaba e iba tras ella. Tenía que decirle unas palabras escogidas a esa pequeña criatura…

Ella bajó por la ladera hacia la luz del sol blanquiazulado y se detuvo, sujetando con una mano una rama vertical llena de hojas de un árbol del camino. Nom Anor ya estaba ladrando para cuando llegó hasta ella.

—¿Sabes lo que ha hecho tu «estudiante»? Ese traidor llorica nos ha traicionado a todos… ¡y tú tienes la culpa!

—Quizá —su voz aflautada era tan alegre como siempre—. Pero dejemos clara la cuestión de la culpabilidad, ¿eh, Ejecutor? Lo importante no es quién tiene realmente la culpa, sino a quién elegirá culpar Tsavong Lah, ¿verdad?

Nom Anor contrajo los labios sin carne sobre los dientes afilados. Podía imaginar perfectamente lo que haría Tsavong Lah cuando llegara a sus oídos de fanático la noticia de este desastre.

—¿Y por qué acudes ahora a mí? —Porque deberías llevarme contigo. Él se quedó completamente inmóvil.

—¿Llevarte conmigo? —preguntó con estudiada inexpresión.

—Me necesitarás. Yo le salvé la vida a la mujer de Luke Skywalker. Puede que conmigo a tu lado, la Nueva República no te dispare nada más verte.

Nom Anor admitió en silencio que era un buen argumento, pero su expresión no reveló nada.

—¿Crees que tengo… un plan de huida?

—Por favor, Ejecutor —le regañó Vergere—. Siempre tienes un plan de huida. Esta vez tienes algo aún mejor: una coralinave secreta, criada bajo el Pozo.

—¡No… no… no tengo nada de eso! —¿cómo podía saberlo ella? Un acceso oculto en una pared del Pozo, que sólo se abriría para él, conducía hasta la coralinave que un cuidador al que había sobornado sembró meses antes, en las primeras etapas de la

conversión del Senado Galáctico en el Pozo del Cerebro Planetario—. No puedes pensar…

—Por favor, de nuevo, Ejecutor. ¿Crees ser el único que puede sobornar a un cuidador? Con todas las atenciones y cuidados que necesita una coralinave secreta hasta que madure…

—¡Hsst! ¡Basta! —Miró a la rampa por encima del hombro. Aunque el comandante se había vuelto para contemplar la batalla, Ch'Gang Hool seguía mirando expectante a Nom Anor. Irse en ese momento sería demasiado sospechoso. Puede que no lo consiguiera.

Vergere padeció leerle la mente de algún modo.

—Ejecutor, si no nos vamos ahora, nunca podremos irnos. No habrá ninguna nave, —se puso de puntillas para acercarse a él y susurrarle—. Jacen Solo *la robará*.

La superficie del estanque de cieno se cerró sobre Jacen Solo como si fueran labios cálidos como la sangre. Jacen no lo nota.

Tentáculos nudosos le estiran los brazos separándolos, le atrapan las piernas cerrándolas, le rodean el cuello como un garrote vil. Su áspera piel escamosa araña sangre de su piel, sangre que le sigue en una espiral fractal en árbol congelada en el cieno. Los tentáculos lo retuercen y le dan la vuelta y lo doblan hundiéndolo más y más en el cieno fluorescente amarillo oro y escarlata que lo envuelve, colores brillantes que cambian con sus movimientos y brotan al contacto con el calor de su cuerpo.

Jacen no los ve.

Los tentáculos lo sujetan boca arriba en las profundidades del estanque de cieno, dando la espalda a un anillo de escombros mellados que una vez fueron la base del podio del Jefe de Estado, desde el que tan a menudo declamó su madre. Los tentáculos lo arrastran hacia allí, alzándolo, hacia un cuerpo enorme e hinchado, con negras curvas de carne abultada entre capas de verde translúcido y cuerdas de vísceras. Los tentáculos nacen de un anillo carnoso que rodea una boca abierta y hambrienta, y unos ojos inmensos brillan amarillos y desconfiados a cada lado de esa mandíbula que mastica el vacío.

Jacen no se da cuenta.

Toda su atención está centrada en el hueco de su pecho.

Su centro vacío resuena con ira y desconfianza y ávido triunfo; emociones del Cerebro Planetario, que ha capturado al antiguo amigo que intentó asesinarlo.

El antiguo amigo en el que confiaba y que lo traicionó.

Dientes móviles como espadas sobresalen de nódulos musculosos que parecen múltiples lenguas, y se mueven en círculo entrechocándose dentro de la boca rodeada de tentáculos.

Jacen sólo puede responder con pesar y tristeza.

«Sí. Te traicioné. Te enseñé lo que era la confianza, y te enseñé lo que significa confiar en un traidor».

No puede enseñarle a perdonar. El mismo no había aprendido esa lección; hay tantas cosas que nunca podría perdonar.

Los tentáculos se contraen, atrayéndolo a las abiertas fauces, y los dientes espada se cierran en su carne.

Jacen no retrocede aterrado.

No se resiste.

No forcejea.

En vez de eso, se abre a él. Ofrece un abrazo en su centro más secreto, en ese agujero de su ser que una vez le proporcionó dolor.

Derrama compasión en el hueco de su centro. Empatía absoluta. Comprensión perfecta.

Acepta el dolor que causó al dhuryam con su traición, comparte con el dhuryam el dolor que le causó esa traición. Comparte con el dhuryam toda su experiencia con el espectro de la vida: la agonía de la blancura sin rasgos, la marea roja de la rabia, la negra sima de la desesperación, el granizo gamma de la pérdida… y el lujurioso verdor de hacer crecer cosas, los grises de la piedra y el durocemento, el lustre de las piedragemas y el transpariacero, el siseo blanquiazul del sol de mediodía y su eco preciso en la hoja de un sable láser.

Comparte cuánto ama todo eso, pues todas esas cosas son una sola cosa: dolor y alegría, pérdida y reunión, vida y muerte. Amar algo es amarlo todo, pues nada puede existir sin lo otro.

El universo. La Fuerza. Todo es uno.

Los yuuzhan vong y las especies de la Nueva República. Jacen y el Cerebro Planetario.

«Al traicionarte a ti, me traicioné a mí. Cuando maté a tus hermanos, maté partes de mí. Puedes matarme, pero viviré en ti». «Somos uno».

Y Jacen no puede decir si esas palabras son de él para el Cerebro Planetario, o si son del Cerebro Planetario para él, pues Jacen y el Cerebro Planetario sólo son diferentes caras de la misma cosa. Llámala Universo, o la Fuerza, o Existencia, pues todo eso sólo son palabras.

Son verdades a medias. Menos aún.

Son mentiras.

La verdad siempre es mucho más grande que las palabras que se utilizan para describirla.

El sonido del sable láser al cruzarse con un anfibastón, un entrechocar que chisporrotea con energía desintegradora en la red de piel entre el pulgar y el índice de un yuuzhan vong allí donde la mano sujeta el anfibastón…

El viento arremolinado que provoca una voltereta en el aire sobre la cabeza de dos guerreros que embisten codo con codo, y se desploman laxos cuando un solo corte de sable láser les abre la nuca y corta los hilos que manejan las extremidades…

El pestañeo asombrado en los ojos de un guerrero cuando una barra de energía amatista le traspasa la boca abierta, inclinada hacia arriba para quemar un túnel de tres centímetros de ancho en su paladar que llega hasta el techo del cráneo…

Con esos instantes fugaces se construye la muerte de Ganner Rhysode.

… Con la peste a leche quemada de la sangre yuuzhan vong al evaporarse en su hoja con un siseo…

… Con las líneas de ardiente hielo que son los cortes que los anfibastones dejan en su costado…

Simples instantes melódicos en la sinfonía de la Fuerza de Ganner Rhysode. La Fuerza hace algo más que darle energías, levantarlo, hacerlo girar en el aire; recorre sus venas para entonar su corazón con el ritmo del universo.

Se ha convertido en la Fuerza, y la Fuerza se ha convertido en él.

No es directamente consciente de la secuencia de su muerte; durante ese segundo eterno en el que renunció a controlarse a sí mismo el tiempo desapareció con el miedo, y la duda, y el dolor. Parado en esa arcada, esperando a que llegasen los yuuzhan vong, Ganner se dio cuenta de que toda su vida había estado destinada a esto, a este momento, a este lugar.

El mismo día en que nació dio inicio al camino que lo llevaría hasta allí. Cada triunfo y cada tragedia, cada hazaña imprudente y cada humillación, cada vuelco inútil del cruel destino contribuyó a crear una presión en él, que fue acumulándose en un maremoto creciente tras los diques de su control. Los diques habían sido construidos por sus padres Cuando intentaron suavizar las aristas de su arrogancia; habían sido construidos por la risa burlona de sus compañeros cuando abucheaban sus intentos de impresionarlos; habían sido construidos por el entrenamiento Jedi de Luke Skywalker…

—Un Jedi no *presume*, Ganner. Luchar no es un juego. Para el Jedi, el combate es un *fracaso*. Una tragedia. Cuando hay que derramar sangre, un Jedi lo hace con rapidez, de forma quirúrgica, con solemne reverencia. Con pesar.

Ganner lo intentó tanto tiempo, intentó ser lo que todo el mundo le decía que se suponía que debía ser, intentó controlar su afición a lo teatral, a lo elegante, lo grácil, lo artístico, intentó ser un buen hijo, un buen amigo, un hombre humilde, un buen Jedi…

Pero en la arcada, descubre que debe dejar de intentarlo.

Ya no hay motivo para resistirse a la verdad de su ser. Interpretar el papel del héroe no sólo es permisible…

Es *necesario*.

Para resistir en la arcada no basta con herir y matar, no basta con mantener la calma, con ser quirúrgico y apenarse.

Para resistir en la arcada no sólo debe matar, sino matar sin esfuerzo, despreocupadamente, riéndose. Alegrándose.

Para resistir en la arcada, debe danzar y girar y saltar y dar volteretas, y reclamar más contrincantes. Más *víctimas*.

Debe hacer que duden en enfrentarse a él.

Debe hacer que le tengan *miedo*.

Ha dicho las palabras, ha encontrado un encantamiento mágico que resquebraja los diques de su interior e inicia la avalancha.

«Ninguno pasará».

Enarbola la arma de un héroe caído, pero ahora el héroe es él y son otros los que caen. Está creciendo.

La Fuerza truena en su ser, y él truena en la Fuerza. Ha encontrado un poder inimaginable al liberarse de las ataduras del control, al prescindir del pensamiento consciente, y responder sólo al embate de su pasión y su alegría.

Se ha convertido en la batalla.

No es directamente consciente de los cadáveres que cubren el túnel, que sus pies evitan ágilmente con volición propia.

No es directamente consciente de las placas de retorcido duracero que atrae a su lado desde los restos de la Gran Puerta y que giran y caen a su alrededor para ser yunques ante el martilleo de los insectos aturdidores y ser escudos para proteger sus flancos.

No es directamente consciente de las estatuas empotradas en coral del atrio que coge en su danza con la Fuerza, inmensas figuras que representan a las especies de la Nueva República que ahora parecen cobrar vida para luchar por su causa, estatuas que se tambalean y giran y caen, aplastando a docenas y centenares de contrincantes, convirtiendo el atrio en un matadero.

Es tan consciente de la textura del coral que cubre las paredes como de la calidad de la luz o del número de contrincantes. ¿Se ha enfrentado a una docena? ¿A un centenar? ¿Cuántos se han puesto a salvo tras recibir una herida que los inutilizaba? ¿Cuántos yacen muertos entre el sulfuroso humo?

No lo recuerda, porque no tiene memoria. No existe el pasado. No existe el futuro.

Ni siquiera es consciente de sí mismo. O de los yuuzhan vong. Se ha convertido en los guerreros que combate, matándose a sí mismo cada vez que uno cae. Ya no existe algo que sea Ganner Rhysode, ya no existen los yuuzhan vong, ya no existen los Jedi.

Sólo existen los danzarines, y la danza. La danza es todo lo que existe; todo es movimiento, desde el girar de los quark a la rueda de las galaxias. Todo es danza. Todo *és*.

Nom Anor hizo una señal a Vergere para que esperase mientras él echaba un vistazo. Ante ellos se levantaba la montaña de coral del P020. El laberinto de espinas a medio terminar se alzaba tras ellos, vaciado de cuidadores. Seguramente habían ido al Pozo, atraídos por el ruido del combate. Explosiones lejanas se oyeron con un tartamudeo arrítmico puntuado por gritos más débiles.

Convencido de que no los veían, Nom Anor apartó una capa blanda de falso coral semejante al musgo para descubrir la lenguanariz de un esfínter escotilla. Metió la mano en ella, mirando todavía nerviosamente a su alrededor mientras la lenguanariz saboreaba y analizaba las secreciones enzimáticas de su piel. Un segundo después lo reconocía y una capa más grande de coral falso se hinchó de repente cuando un pequeño esfínter escotilla oculto se abrió tras él.

Hizo una señal a Vergere para que le siguiera, y entró.

El coral yorik dio paso a durocemento ensuciado por los años; el pasillo se convirtió en un laberinto. A medida que avanzaban, Nom Anor se felicitó por lo inteligente de su plan de huida. Nadie había estado en el Pozo desde que dio inicio la conversión, aparte de los maestros cuidadores y sus ayudantes; nadie quería incurrir en la ira homicida de Ch'Gang Hool… salvo un cuidador cuya avaricia resultó ser más fuerte que su cobardía. De todos los yuuzhan vong, sólo este cuidador y el propio Nom Anor estaban al tanto de las inmensas cámaras que había bajo el Pozo del Cerebro Planetario, y que una vez fueron las oficinas del canciller de la Antigua República.

Las cámaras estaban destrozadas. Resultaron dañadas durante la destrucción del Senado, situado justo sobre ellas, y nunca se habían reparado. Nom Anor pasó sobre montañas de escombros y a través de una selva de duracero retorcido y cables colgantes, guiando a Vergere entre los cascotes. Todavía funcionaban algunos globos luminosos, que se habían salvado de ser destruidos por heréticos al conocer su existencia sólo Nom Anor y su cuidador sobornado.

Pasó sobre una viga torcida y allí estaba: alargada y esbelta, esculpida para acelerar en la atmósfera, con dovin basal gemelos, uno para moverse y otro para defenderse, con superficies inclinadas para desviar a los sensores, de color negro mate antirreflectante para evitar los sistemas de puntería visual.

El criador que lo había cultivado le había garantizado que esa coralinave sería tan veloz como cualquier otra de la flota yuuzhan vong. Nom Anor había usado numerosas veces el esfínter escotilla para visitar en secreto la nave mientras crecía, para que su cerebro piloto pudiera imprintarse con su signatura mental. Mientras lo visitaba, solía divertirse pensando en el nuevo uso que había encontrado para las cámaras que una vez pertenecieron al legendario Palpatine…

El dovin basal defensivo colapsaría un túnel a través del duro-cemento y el coral yorik, abriendo una puerta al cielo. El cerebro piloto estaba entrenado con los códigos de reconocimiento necesarios para atravesar el cordón de la flota que rodeaba el planeta, y ya tenía memorizadas las coordenadas necesarias para saltar al espacio de la Nueva República.

Una vez dentro, nada podría tocarlo. Una vez dentro, estaría a salvo.

—Preciosa, ¿verdad? —murmuró mientas metía la mano en la lenguanariz de la coralinave. Su escotilla se abrió, instantáneamente obediente—. Es el resultado de tener un plan de emergencia, Vergere. Nunca doy por hecho el éxito. Por eso sobrevivo siempre. Siempre tengo un plan de emergencia que cubra cualquier posible desastre…

—¿Siempre, tienes un plan? —algo en su voz lo paralizó donde estaba—. ¿Cualquier posible desastre?

Antes de que pudiera tomar aire para preguntar lo que quería decir, la pregunta sin formular fue contestada por un sonido mareantemente familiar…

Spnap-hiss hummmmm.

Nom Anor se volvió hacia la nueva luz del edificio en ruinas, lentamente, fríamente, temiendo lo que vería pero incapaz de detenerse; una luz que siseaba con color verde y arrancaba reflejos blancos en la negras curvas de su coralinave. Y se encontró mirando a la curva terminal de una hoja de sable láser, a un centímetro de su nariz.

—El sable láser es una arma interesante —dijo Vergere en tono de conversación—. Es una hoja única en la historia de las guerras. Es una paradoja, muy semejante a la de los mismos Jedi que las utilizan: guerreros pacíficos que matan al servicio de la vida. ¿Lo has pensado? La hoja es redonda. No tiene filo. Pero es un sable láser, lo que significa que sólo es filo. No hay parte de esta hoja que no corte. Curioso, ¿verdad? Incluso podría decirse que simbólico.

—¿Qué? —su boca se abría, se cerraba, volvía a abrirse. Quería preguntar qué estaba haciendo. Quería preguntar de dónde había sacado un sable láser. Quería preguntar muchas cosas, pero lo único que acudí a sus labios era—: ¿Qué?

De nuevo, Vergere pareció leerle la mente.

—Es el de Jacen —tintineó alegre—. Creo que igual lo quiere de vuelta, ¿no te parece?

—*No* puedes…

—Sí puedo —hizo una seña con la cabeza hacia la oscuridad que había más allá de la coralinave—. Debería poder abrirme paso hasta el Pozo con facilidad.

—Si me matas… —empezó a decir Nom Anor con desesperación.

—¿Matarte? No seas tonto —cables de la selva de escombros se agitaron cobrando vida, azotando el aire para sujetar las extremidades de Nom Anor. Lo envolvieron con fuerza suficiente para hacerle expulsar el aire de los pulmones, atándose luego en nudos espantosamente complejos. Vergere contempló cómo pasaba esto, haciendo que pasara, con una expresión divertida en el rostro y un brillante color naranja en su cresta—. Si te quisiera muerto, sólo tendría que dejarte aquí. Tsavong Lah se ocuparía del resto.

—Pero *no puedes* dejarme atrás —dijo Nom Anor. Empezaba a recuperar el control sobre sí mismo—. No puedes pilotar mi nave. ¡Está imprintada *conmigo*! Sólo puedo pilotarla yo…

—Eso podría ser cierto —admitió ella—. Pero lo dudo. Después de todo, tu coralinave es una criatura viva, y habrás notado que Jacen tiene cierta habilidad para hacer amigos.

—Tú… El… ¡Estás *loca*! ¡Esto no puede estar pasando!

—Ejecutor —respondió con severidad, callándolo con un movimiento del sable láser—, ¿no te dije que Jacen Solo robaría tu nave?

Nom Anor se le quedó mirando boquiabierto.

—¿Cuándo aprenderás —preguntó ella negando con la cabeza con falsa tristeza—, que todo lo que te digo es la verdad?

De pronto, la danza decae, titubea, empieza a renquear. No queda nadie con quien luchar.

Ganner se tambalea, mareado, moribundo, envenenado por docenas de heridas de anfibastones. Su sangre pinta el suelo bajo sus botas y las paredes del túnel que lo rodea.

Sólo la Fuerza lo mantiene erguido.

Oye acercarse un rumor chirriante y pronto ve lo que hace ese sonido, lo que produce los temblores que sacuden el suelo: algo grande y oscuro, que avanza sobre musculosas patas-curvas como arbotantes, garras abiertas que aplastan sin inmutarse cadáveres de yuuzhan vong a medida que se acerca. Su cuerpo está cubierto por una malla de placas de cuerno, y una enorme cabeza gira lentamente de lado a lado como la cabina de control de un AT-AT en modo de ataque. Sus grandes mandíbulas gotean fuego.

Y hay guerreros avanzando junto a sus flancos.

«Supongo que era inevitable —pensó Ganner con una punzada de melancolía—. Tarde o temprano, los malos siempre recurren a la artillería pesada».

Esto está a punto de acabar; no puede enfrentarse a una bestia así apoyada por la infantería… pero la Fuerza le proporciona un último recurso.

Aunque la Fuerza es ciega a los guerreros y a la bestia tanque y al coral que los rodea, en ella puede sentir las paredes de durocemento del Senado que conforman la estructura básica del Pozo; puede sentir que el túnel se ha abierto a través de varias vigas maestras, que el durocemento que lo rodea está salpicado de grietas de tensión, cada vez mayores, y cediendo bajo las inimaginables toneladas del coral que lo rodea.

Ganner sonríe.

La bestia tanque ruge escupiendo un goterón de ácido concentrado; Ganner emplea la Fuerza para doblar una astilla de la Gran Puerta y formar un escudo de duracero que desvía el ácido a un lado, para que salpique a una pared. El coral humea, muriéndose, licuándose al instante. La astilla de la Gran Puerta empieza a fundirse.

Insectos explosivos zumban hacia él desde los guerreros, y la astilla que se está fundiendo danza colocándose ante él y desviándolos contra la pared quemada por el ácido. Las explosiones salpican coral líquido y astillas de durocemento.

El edificio gime sobre sus cabezas. Los guerreros se encogen, alzan la mirada con miedo repentino. La bestia tanque aúlla.

Ganner se ríe. La Fuerza está con él y vuelve a ser el danzarín.

Se ha convertido en la danza.

En la Fuerza llega al durocemento que los rodea, y empieza a *empujar*.

La vida sorprende a Jacen.

Los dientes del Cerebro Planetario no se han cerrado sobre él. Sus tentáculos no le han arrancado la carne de los huesos. No se ha ahogado en el estanque de cieno, no se ha asfixiado en la viscosidad fosforescente. No han aparecido guerreros yuuzhan vong para sacarlo del barro y arrancarle la vida con sus anfibastones.

En vez de eso, se ha formado una burbuja de aire a su alrededor y los tentáculos lo han acunado como a un niño dormido y los labios se han cerrado sobre los dientes como espadas para tocarlo con un beso. Porque él era el Cerebro Planetario, y el Cerebro Planetario era él, y cada uno de ellos era todo lo demás, y Jacen había aprendido que uno puede acoger al universo con todo su dolor irracional, que es como acogerse a uno mismo, y recibirlo con miedo, o con odio, o con desesperación. O puede elegir recibirlo con amor. Jacen había elegido.

Pero, aun así, le sorprendió descubrir que el universo pudiera amarlo a él.

Sintió en el otro extremo de una distancia infinita, que es como decir aquí mismo, un movimiento oceánico de la Fuerza que congregaba un fortísimo interestelar de sinfónica alegría, al tiempo que el hueco de su centro sentía dolor y rabia y un deseo feroz de combate, y comprendió otra razón por la que aún vivía.

Ganner…

Buscó con sus sentimientos y reunió poder de todo el universo. Los tentáculos se apartaron de sus brazos y piernas, y la burbuja que lo rodeaba se colapso. Acarició suavemente el Cerebro Planetario con las yemas de los dedos, despidiéndose de un amigo. Y entonces Jacen Solo saltó del estanque de cieno como disparado por un lanzatorpedos.

Salió al humo sulfuroso,, con las ropas reluciendo por el cieno que goteaba de sus vestiduras como estrellas fugaces, y nadó por el estanque hasta el borde del cuenco, donde el coral se encontraba con el duracero desnudo de una plataforma senatorial. Alzó la cabeza, fijando la mirada en la pasarela que sobresalía sobre el Pozo como una lengua, una lengua de una boca que eructaba humo y llamas escarlatas y el relámpago amatista de un sable láser mordiendo la carne.

Y pudo oír una voz humana procedente de ese lugar. No distinguió las palabras, pero el tono era inconfundible.

Ganner se estaba riendo.

Jacen, sumido en la Fuerza, se agarró a la pasarela con las manos de su mente. Un suave tirón lo elevaría hasta ella, y podría ir hasta Ganner, y unirse a su lucha y estar a su lado contra los yuuzhan vong…

—Jacen, espera.

Las palabras no se dijeron muy alto, pero resonaron con tanta perfección que tintinearon en su oído como si estuviera a su lado quien las había dicho. Y bien podría haberlo estado, pues notó en la Fuerza que una mano invisible le cogía del hombro.

El asintió para sí mismo.

—Debí suponerlo. Debí suponer que estarías aquí.

Vergere estaba parada a sólo unos metros más arriba a su derecha, en la plataforma senatorial cubierta de coral yorik que una vez perteneció a la delegación de Kashyyyk.

—Ven, Jacen. Tu viaje por el país de los muertos llega a su fin. Ya es hora de que vuelvas a recorrer los luminosos campos del día.

En vez de contestar, se volvió hacia la pasarela, pero la mano de su hombro apretó aún más.

—No puedes salvarlo, Jacen. Lo único que puedes hacer es morir con él. Ha elegido su destino. La única ayuda que puedes prestarle es honrar su elección. Estás en las puertas de la muerte, la vida se abre ante ti. Si das media vuelta, aunque sólo sea para mirar por encima del hombro, estarás perdido.

—¿Qué quieres que haga? ¡No pienso abandonarlo! ¡No lo haré! —una oleada de temblores se desató en su nuca, recorriéndole brazos y piernas con un estremecimiento—. ¡No puedo dejar que los demás sigan dando la vida por mí!

—No da su vida por ti. Te da tu vida. ¿Vas a rechazar el regalo de un moribundo?

—No puedo… Vergere, no puedo limitarme a…

—¿Te parece el mejor final para la historia de tu vida?

El recurrió a la Fuerza para darle un empujón que lo liberó de su mano.

—No lo abandonaré.

Ella se encogió de hombros.

—Entonces querrás esto.

Le arrojó algo. Giró perezosamente en el aire, lanzando destellos plateados a la luz del cieno. Él lo cogió de forma instintiva.

Era un sable láser.

Era *su* sable láser.

Lo notó extraño en su mano. Raro. Alienígena.

No lo había visto desde la muerte de la reina voxyn.

La última vez que lo había empuñado, era otra persona. Un niño. Un niño triste y con dificultades que buscaba desesperadamente algo de lo que poder estar seguro, dispuesto a morir por una nada certera antes que a vivir por un algo incierto.

—Elige, y actúa —dijo ella.

El miró al resplandor de la batalla. Deseaba ir, ardía por ir, por sumirse en esa liberación pura, en esa sinfonía cósmica que sentía resonando en Ganner… pero…

Volvió a mirar a Vergere.

—Cada vez que me dices eso, es un truco.

—Igual que ahora —admitió ella—. Pero no es el mismo truco. La primera vez sólo eras un niño. No entendías realmente a qué estabas renunciando. La segunda vez estabas perdido en la oscuridad. Y necesitabas acero y pedernal para encender una antorcha. Pero ahora… ¿Qué eres, Jacen Solo?

Ante sus ojos pasó todo lo sucedido, desde lo de Sernpidal y Belkadan pasando por Duro y Myrkr hasta el Abrazo del Dolor, la Guardería, el Templo Jedi y la bestia caverna…

No era un guerrero, de eso estaba seguro. No como lo era Jaina, o como lo fue Anakin. No era un héroe como el tío Luke o como su padre, ni un gran estadista como su madre o un estratega como el almirante Ackbar o un científico como Danni Quee…

Recordó que no tenía que saber lo que era. Lo único que tenía que hacer era decidirlo.

—Su… supongo… —dijo despacio, bajando la mirada hacia la arma de su mano—. Supongo que… soy un estudiante.

—Quizá lo seas —asintió Vergere—. Entonces también eres un profesor, porque los dos son uno. Pero para ser eso, debes aprender, y debes enseñar. Debes *vivir*.

Tenía razón. Sabía que ella tenía razón. Podía sentirlo con más claridad de lo que había sentido nunca nada. Pero Ganner…

Alzó la mirada, un nuevo sol nacía en el Pozo del Cerebro Planetario, en las profundidades del túnel que había sobre él; un resplandor amarillo cuya brillantez aumentó, volviéndose blanco, hasta refulgir de tal modo que Jacen tuvo que protegerse los ojos con la mano y apartar la mirada.

El Pozo se estremeció y pudo sentir un temor repentino en el Cerebro Planetario cuando la pasarla y la plataforma se desplomaron, cayendo cien metros para estrellarse en el estaque de cieno, y el mundo pareció vibrar y temblar, y un estallido de humo y polvo brotó del túnel.

—¿Qué…? —jadeó Ganner, tosiendo en el polvo que olía a durocemento y sangre quemada—. ¿… qué? ¿Ha sido Ganner? ¿Qué ha pasado allí?

—Puede haber sido Ganner. Puede haber sido una arma de los yuuzhan vong. No hay diferencia. Tu elección sigue siendo la misma: quedarte o irte.

El resplandor de las alturas murió con un largo temblor sísmico y nuevas nubes de polvo, y cuando Jacen volvió a buscar en la Fuerza, Ganner ya no estaba allí.

Los guerreros que combatían con él también estaban ausentes en el hueco de su pecho.

Jacen se quedó mirando a la boca del túnel. Ahora podía verlo, cegado por los cascotes. Entonces la plataforma a la que daba empezó a ceder, a desmoronarse y a resbalar por el borde del cuenco hacia el estanque de cieno. Hasta el techo envuelto en la oscuridad de las alturas pareció caer, y sintió una mano cálida en su hombro y oyó un susurro cálido en el oído: *Vete*.

Parecía Ganner.

Frunció el ceño a Vergere. Ésta le devolvió una mirada inexpresiva.

Nunca sabría lo que había pasado allí.

Nunca sabría si la voz que acababa de oír era la de Ganner, u otro de los trucos de Vergere.

Nunca llegaría a saber, nunca *podría* saber, nada de nada. La verdad es escurridiza, y las preguntas son más útiles que las respuestas.

Pero sabía que la vida es más una cuestión de elecciones que de conocimiento. Nunca sabría a dónde le llevaría su camino, pero siempre podría elegir en qué dirección daría cada paso.

Eligió.

—Se supone que tú eres mi guía por el país de los muertos, ¿no? —dijo—. Pues, adelante, y guíame. Muéstrame el camino para salir de aquí.

Ella le sonrió orgullosa.

—Por supuesto. Sólo esperaba a que me lo preguntaras.

Epílogo

Lecciones

Jacen se reclinó en la bestia diván del estómago de carga de la coralinave, mientras miraba a la ausencia de color del hiperespacio a través de la transparente curva de un puerto córneo. Vergere estaba encogida en una posición de reposo muy felina al otro lado de la habitación. Podía estar durmiendo, pero Jacen lo dudaba. Aún no la había visto dormir.

Cada vez que la miraba recordaba cómo habían llegado a la coralinave oculta bajo el Pozo, recordaba que encontró a Nom Anor atado como un nerf recién cazado. Recordaba cómo le suplicó el ejecutor yuuzhan vong que le llevaran con ellos.

—Dejarme aquí… ¡es matarme!

Jacen le dio la espalda y se dirigió a la coralinave con rostro inexpresivo.

—No lo consideres tu muerte —le había dicho—. Considéralo tu Bendita Liberación.

Una vez Nom Anor se dio cuenta de que suplicar no le serviría de nada, sus súplicas se convirtieron en maldiciones. Insistió en que sólo su protección les había permitido vivir tanto tiempo.

—Llévatela contigo, sí, vil traidorzuelo —escupió a Jacen—. Un traidor se merece otro.

Vergere le contestó con tono alegre.

—¿Y qué esperabas? ¿Cómo iba a enseñar a traicionar si no lo hubiera aprendido yo antes?

Y aun así, reflexionó Jacen, había cierta verdad en el epíteto traidor. Tanto ella como él habían mentido, habían engañado, habían simulado lealtad para poder alcanzar sus fines.

Era curioso cómo hasta conceptos claros como traición se volvían escurridizos cuando estaba Vergere cerca.

De vez en cuando tomaba otro sorbo del caldo de arrastrialgas contenido en el gusanosaco o picaba de la carne de otro escarabajo gancho. Se preguntó cómo reaccionaría su estómago ante el sintofilete y la protata de siempre. Ya no recordaba el sabor de la comida normal.

Se preguntó qué estaría comiendo Jaina en ese momento, y por un instante estuvo tentado a abrirse a su lazo de gemelos…

Pero no lo hizo. No podía. Todavía no.

No estaba preparada.

¿Qué podía decirle? ¿Qué clase de información podía transmitirle por su lazo que tan sólo le insinuase en qué se había convertido? Y lo que era más, le asustaba descubrir en qué podía haberse convertido ella.

No sabía qué iba a decirle a la gente una vez volviera al espacio de la Nueva República. No podía imaginarse presentándose a su madre. O a su padre. O al tío Luke.

No podía imaginarse intentando explicar cómo había muerto Ganner Rhysode.

Log-primeros días de su viaje había pensado un poco en Ganner. No conseguía reconciliar el Ganner pomposo, arrogante, y algo tonto que había conocido casi toda su vida con el poder trascendental y la profunda alegría que sintió en la Fuerza. ¿Cómo había pasado Ganner de una cosa a otra? No tenía sentido. Ni siquiera podía entender porqué había elegido sacrificarse.

—Yo ni siquiera le caía bien —le dijo a Vergere—. Y él no me caía bien a mí.

Vergere le había mirado desde la comisura de sus ojos sin fondo.

—No necesitas que alguien te caiga bien para quererlo. El amor no es más que el reconocimiento de que dos son uno. De que todo es uno.

Jacen había pensado en el dhuryam que se había convertido en el Cerebro Planetario, y asintió.

—Ganner lo supo, al final, mucho más que tú ahora mismo. Ese conocimiento es semilla de grandeza.

Jacen negó con la cabeza, sonriendo con tristeza.

—Sigo teniendo problemas para utilizar las palabras grandeza y Ganner Rhysode en la misma frase.

—Nació para ser una leyenda.

—Quizá fuera así —suspiró Jacen—. La última hazaña de Ganner. Lástima que nadie la viera.

—¿Nadie? Querrás decir nadie de la Nueva República. Deja que te cuente una visión que tuve. Una imagen de un futuro lejano. Me llegó hace tiempo en la Fuerza, pero sólo ahora he podido entenderla. En esa visión, vi un nueva figura en la mitología de los yuuzhan vong. No era un dios, ni un demonio, sino un gigante invencible llamado «el Ganner».

—Estás de broma, ¿no?

—En absoluto. Llegarán a creer que el Ganner, el gigante Jedi, es el guardián que defiende la puerta de entrada al país de los muertos. El Ganner, y su espada luminosa que arde sin consumirse nunca, vigila toda la eternidad para impedir que las sombras de los muertos crucen la puerta para perturbar a los vivos. La parte más curiosa de la visión —lanzó una risita—, si que puede ser todavía más curiosa de lo que ya es, es que las palabras grabadas en la puerta, en un arco sobre la gran cabeza del Ganner, están en Básico.

—¿En Básico? ¿Por qué están en Básico?

—¿Quién sabe? Esas visiones son enigmáticas, y rara vez vienen acompañadas de notas a pie de página.

—¿Y qué dice?

Vergere abrió las manos, con las palmas hacia arriba, encogiendo los hombros en impotente incomprensión.

—En mayúsculas profundamente talladas, pone «NINGUNO PASARÁ».

Pasaron los días. Cada uno muy parecido al anterior.

Jacen tuvo mucho tiempo para pensar.

Pensó en lo de ser un estudiante. En ser un profesor.

En ser un Jedi.

En ser un traidor.

En ser una polillasombra.

Una vez se lo comentó a Vergere.

—¿Puedes decirme ya que buscabas todo este tiempo? ¿Qué querías que fuera yo?

—Claro —dijo ella sin poner dificultades—. Quería que fueras exactamente lo que eres.

—No es una respuesta muy útil.

—Es la única respuesta.

—Pero, *¿qué soy…*? No, no lo digas, ya lo sé: «Ésa ha sido siempre la pregunta, .¿verdad?» Si tan sólo supieras lo irritante que acaba resultando eso…

—Disculpa mi curiosidad —le interrumpió ella con la clara intención de cambiar de tema—, pero me he estado preguntando qué fue lo que hiciste exactamente en el Pozo del Cerebro Planetario.

Entonces Jacen se asentó y se removió en la bestia diván para encontrar una postura más cómoda.

—¿Qué esperabas que hiciera?

—Nos conocemos demasiado bien —repuso ella, con su cresta tornándose verde—. Muy bien, lo confieso: No sabía qué esperar. Supuse que matarías al Cerebro Planetario, o te matarías tú mismo. La tercera posibilidad, el que llegases a sacrificar a Ganner, no me parecía probable.

—Peor no imposible.

—No. No era imposible.

—Elegí otra opción —dijo Jacen—. Lo seduje.

—¿Perdón? —la cresta de Vergere derivó al naranja.

—Voy a utilizar al dhuryam para enseñar una lección a los yuuzhan vong. Una lección de verdad. Como las que me enseñaste a mí —Jacen sonrió, pero era una sonrisa dura, fría, que en sus ojos brillaba como el hielo—. Ahora el Cerebro Planetario está de nuestro lado.

—¿Va a combatir a los yuuzhan vong? ¿A trabajar por la Nueva República? —preguntó Vergere escéptica—. ¿Como un agente doble creado genéticamente?

—No. No del lado de la Nueva República. De nuestro lado. Del tuyo y el mío.

—Oh —se asentó en su postura felina, y le brillaron los ojos negros—. ¿Tenemos un lado propio?

—Creo que sí —dijo Jacen—. El dhuryam no va a enfrentarse a ellos. Los yuuzhan vong son fanáticos. Para ellos, todo está bien o mal. Es honorable o malvado. Verdad o

blasfemia. Cuando se combate con fanáticos sólo consigues hacer que sean más fanáticos de lo que lo eran al principio. En vez de eso, mi amigo el Cerebro Planetario va a enseñarles algo —se incorporó—. Van a descubrir que la vongformación de Yuuzhan'tar no se va a desarrollar como está previsto. De hecho, a partir de ahora, todo va a salines un poco mal. Por mucho que lo intenten, nada les saldrá, como quieren que les salga.

La cresta de Vergere se agitó desconcertada.

—¿Y qué les enseñará eso?

—Es ese fanatismo. Es el principal problema de los yuuzhan vong. En vez de enfrentarse a lo que es, intentan obligar a todo a que encaje en cómo creen que debe ser. Y eso no podrán hacerlo en Yuuzhan'tar. O matan al dhuryam y empiezan de cero, para lo que no tienen ni tiempo ni recursos, o tendrán que aprender a transigir. ¿Entiendes?

—Entiendo —dijo Vergere con tono apreciativo—. Es la lección más valiosa que puede enseñarse a un fanático, que el fanatismo es contraproducente.

—Sí —Jacen volvió a mirar por el puerto córneo a la nada infinita del hiperespacio—. Se me ocurren unos cuantos Jedi que también podían aprender eso.

Vergere se puso de pronto en pie, y sus brazos rodearon los hombros de Jacen en un abrazo sorprendentemente cálido. Cuando se apartó, sus ojos le brillaban, y con lágrimas en vez de con su burla acostumbrada…

—Jacen, estoy muy orgullosa de ti —susurró—. Éste es el gran momento en la vida de una profesora, cuando se ve superada por su estudiante.

Jacen se encontró pestañeando para contener sus propias lágrimas.

—¿Así-que al final eres eso? ¿Mi profesora? —Y tu estudiante, porque los dos son uno.

Él bajó la cabeza. El pecho le pesaba con una solidez dura y fría que no le dejaba mirarla a los ojos.

—Unas lecciones muy duras.

—El universo es duro —repuso ella a su lado—. Ninguna lección se aprende de verdad mientras no se consiga con dolor.

—Quizá tienes razón —suspiró Jacen—. Pero tiene que haber un modo mejor.

Ella se unió a él ante el puerto, y miró al espacio que había fuera del universo.

—Puede que lo haya —dijo ella por fin—. Quizá sea eso lo que tú tienes que enseñarme a *mí*.

Fuera del universo está la nada. A esa nada le llaman hiperespacio.

Una pequeña burbuja de existencia flota en la nada. A esa burbuja le llaman nave.

La burbuja carece de movimiento o de inmovilidad, hasta de orientación, dado que la nada carece de distancia o dirección. Flota allí desde hace una eternidad, o menos de un instante, porque la nada también carece de tiempo. El tiempo, la distancia y la dirección

sólo tienen sentido dentro de la burbuja, y la burbuja conserva la existencia de esas cosas sólo porque hay una separación absoluta entre lo que está dentro y lo que no lo está.

La burbuja es su propio universo.

Dentro de ese universo hay traidores. Uno es un profesor, y un estudiante; otro es un estudiante, y un profesor. Uno es jardinero.

Ese universo se precipita hacia otro, hacia un universo mucho más grande, un universo que es un jardín…

Que aún está lleno de hierbajos.

FIN